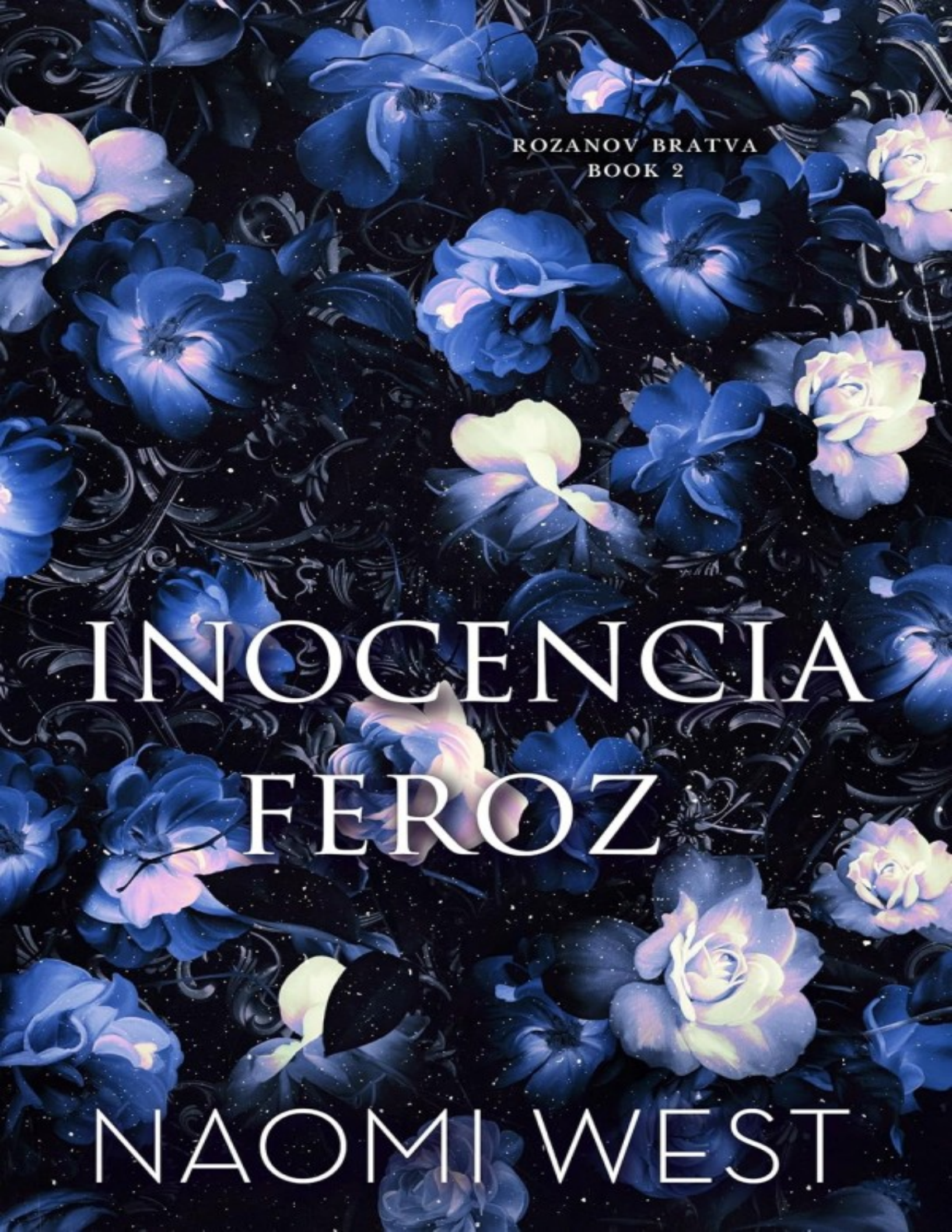

ROZANOV BRATVA
BOOK 2
INOCENCIA
FEROZ
NAOMI WEST

INOCENCIA FEROZ

LA BRATVA ROZANOV

LIBRO 2

NAOMI WEST

ÍNDICE

Mi lista de correo
Otras Obras de Naomi West
Inocencia Feroz

1. Amara
2. Ransome
3. Amara
4. Ransome
5. Amara
6. Ransome
7. Amara
8. Ransome
9. Amara
10. Ransome
11. Amara
12. Amara
13. Ransome
14. Amara
15. Ransome
16. Ransome
17. Amara
18. Amara
19. Ransome
20. Amara
21. Ransome
22. Amara
23. Amara
24. Ransome
25. Amara
26. Amara
27. Ransome
28. Amara
29. Amara
30. Amara
31. Ransome
32. Amara

33. Ransome
34. Amara
35. Ransome
36. Amara
37. Ransome
38. Amara
39. Amara
40. Amara
41. Ransome
42. Ransome
43. Amara
44. Ransome
45. Amara
46. Ransome
47. Amara
48. Ransome
49. Amara
50. Amara
51. Amara
52. Ransome
53. Amara
54. Ransome
55. Ransome
56. Ransome

Copyright © 2026 por Naomi West Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

MI LISTA DE CORREO

¡Suscríbete a mi lista de correo! Los nuevos suscriptores reciben GRATIS una apasionada novela romántica de chico malo.

Haz clic en el enlace para unirte.

OTRAS OBRAS DE NAOMI WEST

La Bratva Gubarev

Romeo Cruel

Julieta Cruel

La Bratva Krayev

Tentación Tóxica

Salvación Tóxica

La Bratva Pavlov

Daño Ardiente

Penitencia Ardiente

La Bratva Adamov

Rey Marcado

Reina Marcada

La Bratva Chekhov

Resplandor Pecaminoso

Novia pecaminosa

La Bratva Kulikov

Pecados del Crepúsculo

Lágrimas del Crepúsculo

La Bratva Zakharov

Diablo de diamantes

Ángel de diamantes

La Bratva Zaitsev

Malicia Rubí

Misericordia Rubí

La Bratva Tasarov

Juramento de Medianoche

Mentiras de medianoche

La Bratva Nikolaev

Dmitry Nikolaev

Gavriil Nikolaev

Bastien Nikolaev

La Bratva Sorokin

Príncipe Arruinado

Novia arruinada

La Bratva Aminoff

Rosa Enjaulada

Espina Enjaulada

INOCENCIA FEROZ

Hace seis meses, el hombre más peligroso de Nueva York me dijo que desapareciera.

Así que lo hice.

Nuevo nombre. Nuevo estado. Nueva vida en un pueblo tan pequeño que ni siquiera tiene un Target.

Cambié las vistas desde un ático, por un uniforme de dentista y un coche lo bastante viejo como para votar.

Dejé atrás a Ransome Rozanov y, con él, todo lo que me mostró de sí mismo… y todo lo que le permití hacerme.

Yo estaba bien.

Hasta que cometí un error estúpido e imprudente.

Una conexión nocturna para echar un vistazo fugaz a un sistema que debería haber olvidado, porque aún no consigo sacarme a ese hombre de la cabeza.

Por desgracia, ese ping delató exactamente dónde estoy.

Ahora, los hombres de Ransome están dando vueltas alrededor de mi supermercado en camionetas todoterreno con los cristales tintados y el mismísimo jefe de la Bratva acaba de bajarse de un coche rentado en medio de Montana.

Me mira como si le hubiera robado algo que le pertenece.

Lo cual, técnicamente, es cierto.

¿Por qué?

Porque el secreto que he estado guardando durante seis meses **es suyo.**

Y según Ransome, un heredero Rozanov no crece en un pueblo pequeño con candados para osos en los botes de basura.

Crece en el seno de la familia.

Eso significa que vuelvo a Nueva York.

De vuelta al mundo, del que apenas salí con vida, y al hombre que todavía es dueño de cada parte de mí.

Solo hay un pequeño problema:

Se casó mientras yo estaba fuera.

INOCENCIA FEROZ es el Libro 2 del dueto de la Bratva Rozanov. La historia comienza en el Libro 1, OBSESIÓN FEROZ.

1

AMARA

—No hay como estar en casa.

Solo una chica de dieciséis años podría hacer que una cita de *El Mago de Oz* suene como una pena capital, pero así es Bella, que lleva apenas una semana con dieciséis años y ya domina el arte del sarcasmo. Una habilidad más que Manhattan le ha brindado.

Arroja su bolso sobre la mesa de la cocina que se desliza y cae al suelo. Finjo no haberme dado cuenta y no querer enrollarle la correa alrededor del cuello.

Quiero mucho a mi hermanita. De verdad que sí.

Si no lo hiciera, ella ya no estaría respirando.

—¿Qué tal te fue en el colegio? —pregunto con el tono más informal que puedo—. ¿Hiciste amigos?

Bella me mira con expresión impasible.

—Claro. *Muchísimos* amigos. Compartimos chocolate en la cafetería y después intercambiamos pulseras de la amistad en las barras del patio.

—La amistad no es solo para niños de preescolar, ¿sabes? Puedes tener conexiones emocionales profundas con la gente incluso si ya han empezado a afeitarse.

—¡Qué asco!

—¿La parte de afeitarse o la de conectar emocionalmente? —parpadeo inocentemente. Luego la sigo al pasillo mientras intenta escapar—. ¡No da *cringe* tener amigos, ¿sabes?!

—Qué *cursi* —responde Bella—. Ya nadie menor de treinta dice "cringe". Ni siquiera en los barrios bajos de Manhattan.

Genial. Ya lo sabía.

Se podría decir que Bella se ha vuelto una amargada en su juventud. Y con "amargada", si es que todavía se usa *esa* expresión, me refiero a que durante los últimos seis meses ha dejado muy claro, día tras día, lo mucho que odia estar aquí.

Por cierto, se refiere a Manhattan, Montana. No a Nueva York.

Sí, es un lugar real. No te preocupes, yo también tuve que buscarlo.

Jamás pensé que acabaría empacando mis cosas, junto con mis tres hermanos, y cruzando Estados Unidos en coche hasta un pueblito perdido en medio de las montañas para escondernos de la Bratva. De hecho, cada palabra de esa frase suena descabellada. Y sin embargo, aquí estamos, refugiados en una casita vieja sin triturador de basura y con botes con candados para osos. (Si, los candados para osos existen. Y yo los tengo. Aunque no estamos ni cerca de la Montana de postal, que al menos se vería bonita. No, la nuestra es simplemente la Montana fría, vacía y sin wifi).

No hace falta decirlo, todos estamos un poco agotados.

—Sé que esto no es Nueva York —le digo a mi hermana mientras reviso la montaña de facturas sobre el mostrador, todas a nombre de Erin Hathaway, o sea, la nueva yo.

Sí, también tuve que cambiar de nombre. Todos lo hicimos. Ahora somos Erin, Kate, Noah y Rachel Hathaway. Propuse Anne, pero nadie lo aceptó.

—No me digas —dice Bella mientras ojea el contenido de la nevera, prácticamente vacía, antes de cerrar la puerta de golpe.

—Sin groserías.

—*Joder*, no me digas, Sherlock.

Dios mío. Cada día sueno y me *siento* más como una madre que como una hermana mayor. No es que nuestra relación haya sido nunca normal. He criado a mis hermanos. Esa es nuestra realidad. Al igual que el hecho de que dejáramos mi trabajo bien remunerado y el único hogar que hemos conocido en Nueva York.

Resulta que la realidad apesta.

—Se que es un pueblo pequeño, y los pueblos pequeños son muy diferentes. Pero es tranquilo y…

—¡Tranquilo significa seguro! —añade alguien desde la puerta.

Eliza (también conocida como Kate) entra con bolsas de papel marrón y el inconfundible aroma a comida china. La puerta mosquitera se cierra de golpe tras de mí (sí, tenemos candados para osos *y* una puerta mosquitera) y ella deja la cena sobre la mesa con una sonrisa. A pesar de todo, siempre puedo contar con que Eliza tenga una sonrisa. Es una optimista empedernida y mi salvación.

Mientras tanto, Bella deja escapar un gruñido de frustración.

—¿En serio? ¿Otra vez comida china?

—Era eso o comida mexicana —dice Eliza con el mismo tono alegre —. ¡Aunque hoy en la peluquería oí que quizás abran un nuevo restaurante italiano! ¿Te imaginas? ¡Pizza y pollo a la parmesana como en casa!

—No tendrá el mismo sabor que la de casa —interviene una voz masculina—. Pero lo prefiero al arroz frito con cerdo.

Mi hermano Gianni, alias Noah, entra con las manos manchadas de grasa. El inmutable olor a aceite de motor y metal frío impregna el aire y se mezcla con el aroma a salsa de soja.

A pesar de todo, me encuentro sonriendo.

—Hola, G. —me levanto para darle un beso en la mejilla sucia—. ¿Qué tal el trabajo? ¿Te estás dejando la barba?

—No puede dejarse la barba —dice Bella, mientras saca el repollo del *lo mein*—. Es un hombre bebé.

—Al menos no soy una *llorona* y me como todas mis verduras. —sonríe y le saca la lengua. Ella le muestra el dedo medio. Eso solo hace que él sonría aún más.

Aparto el correo y abrimos todas las cajitas, comiendo directamente de ellas. Primero, porque no quiero lavar platos, y segundo, es más divertido así, compartiendo los rollitos de primavera y peleándonos por los trozos más grandes de pollo a la naranja.

—El trabajo estuvo bien —dice Gianni—. Hay muchos motores Ford viejos y cambios de neumáticos de invierno, pero es trabajo.

—¿Quieres decir que no hay coches de carreras en medio de la nada? —pregunta Bella fingiendo sorpresa—. Qué sorpresa.

Él le arroja un trozo de repollo.

—Nada de hablar de carreras en la mesa —les recuerdo.

Desde que nos mudamos a Montana, establecí un par de reglas nuevas. La primera: no hablamos de carreras. Tampoco hablamos de El Paso, Apex, ni decimos nuestros nombres reales. Para todos, nos mudamos de Nueva Jersey cuando "murió nuestro papá" y quisimos empezar de cero.

¿Pero cuál es la regla más grande e importante de todas?

Jamás mencionar los nombres de Rozanov o Chadovich.

—Bueno, yo, por mi parte, tuve un día estupendo en el trabajo —empieza diciendo Eliza. Hay que reconocerlo, para ser una estilista que pasó de trabajar en un salón exclusivo de Nueva York a un pequeño local llamado literalmente *El Salón*… por ser el único de la ciudad… sin duda es muy optimista.

—¿Por qué te gusta tanto trabajar allí? —pregunta Bella, dando finalmente un bocado a la comida—. ¿No es solo un grupo de viejas chismosas?

—¡Sí! —exclama Eliza—. Escucha, los chismes de pueblo son mejores que… —se detiene antes de romper una de las reglas mencionadas—. Bueno, en realidad, que todo. Las señoras mayores van a la peluquería a hacerse permanentes y peinados. Es su escapada semanal donde se gastan el dinero de sus maridos jubilados, así que las propinas son estupendas. Mejor aún si te involucras en sus historias. Es mejor que teñir el pelo de las tacañas que se enfadan porque no pueden conseguir un rubio platino de una sola vez después de haberse teñido el pelo de negro en casa durante dos años. Y nunca dejan malas reseñas en Yelp.

—Dudo que siquiera sepan qué es Yelp —murmura Bella.

—¡Exacto! —Eliza la señala con un palillo—. Entonces… ¿ya has hecho algún amigo en la escuela?

Casi me atraganto con el pollo agridulce. Eliza parece confundida y Bella no está nada contenta.

—Esta conversación ha terminado. Voy a comer en mi habitación.

Dicho esto, agarra el resto del lo mein y se marcha. Suspiro, Eliza sonríe con aire de disculpa y Gianni niega con la cabeza riendo. Luego se mete más arroz en la boca antes de levantarse.

—No me gusta tener que hacer lo mismo, pero el sol se va a poner dentro de poco y de verdad quiero instalar la bomba de agua.

Se refiere al motor de su nuevo proyecto de coche. Vendió el anterior cuando nos mudamos. Fue un día triste, pero teníamos que dejar atrás todo lo que *ellos* pudieran rastrear.

—Gracias por la cena, hermana —le dice a Eliza. Luego grita por el pasillo—. ¡Gracias por la agradable conversación, Bella! ¡Siempre es un placer!

No hace falta que la veamos para saber que le está mostrando el dedo medio a través de la puerta cerrada.

Suspiro de nuevo, dando un sorbo a mi vaso de agua. Eliza me sonríe.

—¿Cómo estás? —pregunta ella.

—Soy la mayor. Se supone que sea yo quien te pregunte eso —le recuerdo.

—Tú también importas —me recuerda—. Últimamente has pasado muchas horas en la consulta del dentista. Me preocupo por ti.

—Tengo un trabajo de oficina —digo secamente—. Uno que no requiere ir a buscar café ni llevar la ropa a la tintorería . *Entre otras cosas.*

—Bueno, creo que es bueno que ya no tengas un trabajo tan exigente, aunque el sueldo fuera mejor. Seguro que la recepción de un dentista es mucho más tranquila. Para ti y para la protuberancia.

Se refiere a mi barriga, a la que en los últimos seis meses he estado llamando con ese nombre. Aunque ahora es algo más que una simple protuberancia. *Su* bebé crece rápido, se mueve, patea y me revuelve el cuerpo.

—Me alegra verte comer de nuevo —dice Eliza—. Por fin se te han quitado las náuseas matutinas.

—Sí. Y solo tardé cinco meses y medio —murmuro.

Ella se ríe entre dientes, luego extiende la mano por encima de la mesa y toma la mía.

—De verdad lo estás haciendo genial, hermana. Sé que no lo parece, pero todo esto fue la decisión correcta, no podemos mirar atrás. Por muy difícil que sea a veces.

Asiento con la cabeza, sintiendo que las lágrimas me pican en los ojos.

—Lo sé. Es solo que… todavía me siento culpable. Por todo. Me preocupa haber arruinado sus vidas. Me preocupa arruinar la suya.

Me llevo la mano al estómago y siento un nudo en la garganta.

—No le has arruinado la vida a nadie. Todos estamos mejor y más seguros gracias a ti. La vida es mucho mejor aquí. Solo es cuestión de acostumbrarse.

—Díselo a la adolescente del pasillo —murmuro con un resoplido.

—Ella lo superará. Pero por ahora, no puedes desanimarte.

—Eres bastante increíble para tener veinte años —le digo.

—Sí, bueno, tengo una hermana mayor estupenda.

Después de limpiar la mesa, preparo un baño caliente. Como soy de Nueva York, estoy acostumbrada al frío, pero por alguna razón aquí se siente diferente. Quizás sea por el espacio abierto. Quizás sea la ausencia de caos lo que te da tiempo para sentarte y pensar de verdad. Sobre dónde estás, dónde estabas antes…

…*o a quien solías amar.*

Tengo que sacarme ese pensamiento de la cabeza. No puedo *dejarlo* entrar, aunque lo intenta cada hora, o incluso más a menudo.

Pero *él* pertenece al pasado. Y si hay algo que he tenido que repetirme desde el momento en que me dijo que me largara y empezamos a conducir por el país sin rumbo fijo, es que no hay que

fijarse en el retrovisor. Es un recordatorio de lo que queda atrás y nada más.

Mientras estoy en la bañera, la personita que llevo dentro cobra vida. Le encanta el agua tibia. Observo cómo un codo, tal vez un pie, se desliza por mi vientre bajo la piel. No puedo evitar sonreír.

Pero es una sonrisa triste. Nunca conocerá a su papá. Nunca sabrá de dónde viene. Su historia comienza con páginas en blanco. Páginas en las que tendré que escribir mentiras para protegerlo.

Pero al final del día, eso es lo único que importa. Que todos estén a salvo. Solo tengo que seguir diciéndomelo a mí misma.

No importa cuánto duela.

2

RANSOME

—Son muchos ceros —dice Baron mientras ambos miramos fijamente la tableta que tenemos delante.

Esos ceros siguen a una cifra que muestra nuestras ganancias, ganancias que se han cuadruplicado desde que se puso en marcha el acuerdo de El Paso.

—No puedo creer que lo estemos logrando —dice mientras regresamos al almacén principal donde están estacionados los camiones. Hay cuatro aquí ahora mismo. Dos descargando, con sus motores calientes emitiendo gases de escape recalentados por el intenso trayecto, y dos listos para partir. Los envíos son ininterrumpidos, sin pausas entre la recogida, la entrega y la distribución. De ahí los ceros.

—Sí, bueno, eso es lo que pasa cuando un líder obsoleto deja el cargo y un hombre nuevo ocupa su lugar.

—Tengo que decir que las cosas han ido mucho mejor desde que te convertiste en *pakhan*, primo —sonríe mientras observamos a los trabajadores descargar cientos de bloques de cocaína.

—Una vez más, un liderazgo con conocimientos lo es todo.

Y tiene razón. Desde que mi papá se vio obligado a dimitir (por más de un motivo), las cosas han ido mucho mejor. Por no hablar de que ahora son más rentables. Los Chadovich se han quedado callados, escondidos en las alcantarillas como las ratas que son. Nadie cuestiona mis decisiones ni desafía mi autoridad. Mi padre ya no convoca reuniones a todas horas del día y de la noche, así que por fin puedo separar mis dos trabajos. Aunque, para ser sincero, la ayuda podría ser mejor.

—¿Qué tal la nueva asistente? —pregunta Baron como si pudiera leerme la mente. La verdad es que a veces estoy bastante seguro de que lo hace. Desde el tiroteo de hace seis meses, se ha superado a sí mismo, convirtiéndose en mi mejor amigo. Primo, mano derecha, compañero inseparable. Si además supiera preparar un buen café, no necesitaría una nueva asistente.

Frunzo el ceño al oír mencionar a Vera.

—Se equivocó con mi pedido de café. Otra vez.

—¡Uy! Supongo que no todos pueden ser…

—No. Digas. Su. Nombre.

—No pensaba hacerlo. —Baron levanta las manos en señal de defensa.

Casi mencionar su nombre todavía me resulta insoportable. La realidad es que se ha ido y estoy haciendo lo posible por salir adelante.

Aunque mi café no esté a la temperatura adecuada y mi tintorería siempre llegue tarde.

—Escucha, jefe. Sé que no te gusta hablar del pasado…

—No. Así que termina tu frase ahí.

—Pero, ¿les has estado vigilando a ella y a sus hermanos?

—Dije que no vamos a hablar de eso —espeto.

Pero Baron no sabe cuándo parar. Cuando algo le preocupa, no se detiene hasta que lo resuelve. Siempre ha sido exasperantemente meticuloso en lo que respecta a la lógica, desde que éramos niños.

—Solo digo. Le dijiste que se largara, ¿verdad? Que se fuera y no volviera jamás. Y hasta ahora no lo ha mantenido.

—Lo que significa que, por una vez en su terca vida, impulsiva e indisciplinada, obedeció órdenes. Y te sugiero que hagas lo mismo y te calles.

—Solo creo que si no sabes dónde está, eso en sí mismo podría ser peligroso.

—Está por algún lugar del oeste —le digo—. La seguí hasta allí. Después de eso, ella y sus hermanos malcriados desaparecieron. Si tuviera que adivinar, diría que sabe lo importante que es mantener la boca cerrada. Tenía miedo la última vez que hablamos y con razón. En mi opinión, quien habla mucho pierde dedos. Y no hay excepciones.

—Sí, de acuerdo.

Es una rendición temporal, lo sé. Baron no va a dejarlo pasar. Por eso tengo que frustrar sus intentos cada vez que saca el tema.

Ella no se fue precisamente en buenos términos conmigo. Le dije que desapareciera lo suficiente como para que nadie pudiera encontrarla. Y por lo que veo, eso fue exactamente lo que hizo. Se esfumó. Se escondió tanto que, tras tres meses de búsqueda, no pude localizarla ni a ella ni a sus hermanos. Obviamente, si de verdad quisiera encontrarlos, probablemente podría. Pero si ese es el esfuerzo que requiere, ya se fue lo suficiente.

También le entregué una indemnización considerable. Le dije que no la autorizaría sin un acuerdo de confidencialidad. Claro, Recursos Humanos se encargó de eso, no yo. Lo único que sé es que, tras unas horas de trámites complicados, llegó el acuerdo con su firma digital y le entregué el dinero. Le alcanza para vivir un tiempo. Para

alquilar una vivienda decente y para todo lo que necesiten para sus nuevas identidades. Y para protegerme.

No tiene nada que ver con mis sentimientos hacia ella. Porque después de todo lo que pasó con Tristan… después de ver cómo subían a Maverick inconsciente a la ambulancia, no siento nada. Al menos no por ella.

Maverick sobrevivió al disparo. De algún modo, la bala le atravesó el hombro sin alcanzarle ningún órgano vital, aunque debió pasar una semana en el hospital y un par de meses más en rehabilitación. Él no quería, por supuesto, pero no le dejé otra opción.

—*Ya perdí a un hermano* —le espeté aquel día—. *No necesito perder a un amigo.*

Después de eso, cedió. Además, es una ventaja que no sea completamente inútil cuando regrese. Necesita poder rotar el hombro. De lo contrario, es un blanco fácil y no lo necesito en mis filas.

—¿Has oído algo sobre Tristan? —le pregunto a Baron, cambiando de tema.

—No —dice Baron, negando con la cabeza. Ambos observamos cómo los ladrillos blancos se mueven como en una cadena de montaje desde el camión hasta el muelle de carga y de allí hacia abajo—. Pero, para ser sincero, me cuesta creer que solo se haya ido.

—A mi también —admito—. Está al acecho en algún lugar. Aunque se esté lamiendo las heridas, sabes que te está observando. Esperando el momento oportuno para atacar.

—Y cuando lo haga, lo aplastaremos.

Asiento.

—Sí, lo haremos. Esa es la diferencia entre la vieja y la nueva forma de hacer las cosas. Ahora solo hay espacio para un *pakhan*. Y ese

hombre soy yo.

Eso hace sonreír a Baron. Es lo único en lo que ambos podemos estar de acuerdo.

Salimos hacia nuestros coches. Baron me llama.

—¿Quieres tomar algo? Ha sido una semana larga, creo que nos merecemos un poco de descanso.

Por mucho que quiera decir que sí, no lo hago.

—Hoy no —le digo.

—¿Te llama el deber? —pregunta con una leve sonrisa. Menos mal que está al otro lado del coche, o le borraría la sonrisa de la cara de un puñetazo.

—Siempre —digo secamente.

—Bueno, si decides venir, estaré en donde Oliver.

Se refiere a un bar de whisky en el centro, en la línea que separa el territorio de Rozanov del de Chadovich. Honestamente, es nuestro. La mayor parte de la ciudad lo es ahora. Pero no soy tan ingenuo como para pensar que se han ido del todo. Su presencia residual me hará dormir siempre con un ojo abierto, especialmente ahora que Tristan está completamente desaparecido.

—No lo haré. Pero mientras estés ahí…

—Lo sé. *Mantente al tanto de todo*. Siempre, jefe.

—Atacará tarde o temprano —le recuerdo.

—Y le cortaremos las rodillas cuando lo haga. —sonríe con picardía otra vez—. Lo espero con ansias.

Con sarcasmo o no, Baron es un buen hombre. Y además, es de mi familia. Nunca doy por sentado a los buenos hombres, ni a mi familia.

Sobre todo cuando pueden arrebatártelos tan rápido..



APARCO MI COCHE delante de la finca, bajo el toldo. Tengo un garaje con espacio suficiente para él y para mis otros dos vehículos, pero me gusta dejar este en la entrada, listo para salir en cualquier momento.

Para ser sincero, odio vivir en esta finca. Es la casa principal, la de mi padre. Desde entonces, compró otra finca al otro lado de la ciudad, donde él y mi madre asisten a fiestas a todas horas del día y de la noche, ajenos a la actualidad y viviendo a costa de sus ganancias. Un comportamiento típico de un *pakhan* retirado*.*

El ático se vendió. Me deshice de él en cuanto me deshice de *ella.* Y mi casa, donde vivía, está vacía. Aunque preferiría estar allí que en casa de mi padre, a veces hay que hacer concesiones para mantener la paz y quedar bien. Por desgracia, esta es una de ellas.

Entro y me dirijo hacia el aroma a estofado que emana de la cocina. No estoy acostumbrado a la comida casera, al menos no así. Siempre he tenido cenas precocinadas que caliento cuando las necesito o como en reuniones. La comida gourmet preparada en la cocina de mi casa ha sido otra de esas concesiones, un ajuste que se siente forzado. Aunque a mi estómago le guste.

—Justo a tiempo. —Julia, la cocinera de la familia, me sonríe con su marcado acento—. Estará listo en cinco minutos. No llegues tarde o no estará caliente.

—Ni se me ocurriría —le digo. Es una anciana simpática, aunque un poco anticuada. Quizás por eso me cae bien. Es directa y sin rodeos. Además, cocina de maravilla.

—Bien. Ahora lávate. Hueles a *kokain.*

Casi sonrío al oír eso. También lo ignoro y entro en mi oficina.

Tras servirme dos dedos de vodka importado, me siento y exhalo por primera vez en el día. El líquido transparente me llega a los labios, fresco y limpio. Normalmente, soy más del whisky. Pero días como hoy, necesito algo con más carácter.

Justo cuando trago, una voz familiar y aterciopelada se cuela en la habitación, envolviéndome como la cola de un gato que quiere ser acariciado.

—Hola, señor Rozanov. —Jenica está parada en la puerta, vestida como si fuera a algún lugar que requiera satén y tacones, aunque sé que no es así.

Nuestras miradas se encuentran, una comprensión mutua de la situación entre nosotros. Los términos que ambos llegamos a aceptar. La vida que tuvimos que aceptar para llegar a donde estamos hoy.

—Hola… Señora Rozanov.

3

AMARA

—Juro por Dios que ese taladro me está volviendo loca. Lo siento en el cráneo.

Kira, una de las higienistas dentales de Aspen Street Dental, está de pie junto a mi escritorio, con los ojos fuertemente cerrados y las yemas de los dedos presionadas contra las sienes. No la culpo. El taladro es, de hecho, bastante ruidoso.

—O sea, *es* una consulta dental —señala Renee, la otra higienista que trabaja hoy, mientras se acerca con la ficha de un paciente—. Es normal que usen el taladro.

Tomo la gráfica y empiezo a introducirla en el sistema.

—No olvides los gritos.

—Buen punto.

Kira gime dramáticamente.

—Sí, pero ese *zumbido.* Una y otra y otra vez. Tiene que ir contra la Convención de Ginebra o algo.

Me río entre dientes.

—Parece que alguien tiene resaca.

—Lo dijo ella, no yo —dice Renee señalándome.

—¿Cómo sabes que tengo resaca? —gime Kira, mientras sigue dibujando círculos en sus sienes.

—Porque son las nueve de la mañana y estás a punto de vomitar por el zumbido del taladro dental —le digo.

—No se equivoca —añade Renee, y Kira la mira con reproche.

—Vale, en mi defensa, anoche hubo una oferta de dos por uno en Rumores.

—¿Por qué tengo la sensación de que fueron más de dos? —bromeo.

—Erin tiene razón. Tu aliento huele más a cuatro. Quizás cinco.

—Bueno, si Erin sabe tanto, debería salir con nosotras alguna vez —Kira aprovecha para acorralarme. No es que me inmute. Lo hacen casi a diario, intentando convencerme de ir con ellas al bar del pueblo. Y todos los días les digo que no.

Pero, ¿qué pasa con las higienistas dentales? No les importa incomodar a la gente. Simplemente siguen rascando hasta que encuentran un nervio.

—Estoy de acuerdo —interviene Renee—. De hecho, esta noche es noche de karaoke.

—¡Sí! —exclama Kira animándose de repente—. Vamos, Erin, tienes que venir.

—*Tener* es una palabra muy fuerte —digo mientras escribo, aunque me contengo para no sonreír. Sus esfuerzos son divertidos, eso sí.

—Simplemente no lo entiendo —dice Kira—. Eres joven. Eres guapísima. Literalmente no hay nada más que hacer en este pueblo.

Aparto la vista de la pantalla por un segundo.

—¿No hay nada más que hacer aparte de emborracharse con jarras de PBR en un bar de mala muerte mientras escuchas a Hank, el de la ferretería, cantar una canción de Billy Ray Cyrus?

—¡Disculpa! Bebemos vodka con arándanos, todo comprado para nosotras, y cantamos éxitos de ABBA, muchas gracias —me corrige Renee, y me río, aunque la sola mención del vodka me revuelve el estómago.

—Soy más de tequila.

—¡Claro que sí! —exclama Kira como si su cuerpo hubiera olvidado por completo la resaca—. ¡Chupitos!

Renee se une.

—¡Chupitos! ¡Chupitos! ¡Chupitos!

—No, no. —agito las manos—. No tomo chupitos.

—Entonces, margaritas —dice Kira—. Las sirven en peceras. Seis dólares si las pides durante el *happy hour*.

—Gratis si eres como nosotras —dice Renee.

Aparto la silla del escritorio y me pongo de pie, señalando mi vientre.

—Ah, claro. La protuberancia —dice Kira como si yo no pareciera una bola de boliche.

—Siempre se me olvida. Todavía estás tan pequeñita —dice Renee —. Pero escucha, la mayoría de los cócteles son sin alcohol.

Ambas me miran fijamente mientras me vuelvo a sentar.

—Estoy bien. Gracias por la invitación, de todos modos.

—Creo que está casada en secreto y su marido no la deja salir a divertirse —susurra Kira.

—O eso, o es monja. Espera. ¿Eres mormona? —pregunta Renee—. Los mormones no beben.

—Aunque sí que tienen muchos bebés —añade Kira.

—No estoy casada. Ni soy religiosa. Y este es mi primer bebé. Simplemente no me interesa. Lo siento, chicas. Mis días de salir de fiesta ya quedaron atrás.

Entra una mamá con cuatro niños. Es la señal para que volvamos al trabajo y para que la fiesta siga sin mí.

Sinceramente, no me disgusta salir. Aunque no pueda tomar una copa, relajarme en un bar, incluso en uno destartalado, es una buena manera de olvidarme del estrés de la semana. O, en mi caso, de mi vida.

Pero es viernes. Y eso significa una cosa.

Eliza saldrá con unas chicas que conoció en la peluquería. Gianni tiene planes con otros mecánicos del taller. Y Bella, a pesar de insistir en que no tiene amigos y que su vida terminó en Nueva York, irá al centro comercial y luego al cine. Si tuviera que adivinar, diría que no estará sola. Y eso significa que *yo* sí lo estaré.

La sola idea suena gloriosa.

Me detengo en el supermercado y compro algunas cosas para preparar un curry picante salteado. Ahora que las náuseas matutinas han desaparecido por completo, tengo antojos de comida. Cuanto más picante, mejor.

Al llegar a casa, lo mezclo todo en una sartén hasta que toda la casa huele a restaurante indio. Luego me pongo ropa cómoda y me acomodo en el sofá con el plato en una mano y el control remoto en la otra.

Pero mientras navego compulsivamente por el interminable catálogo de Hulu, mi mente divaga. Muy lejos. A seis estados de distancia, para ser exactos.

Esto sucede mucho en noches como esta. En medio del caos de la semana, entre el trabajo, pasar tiempo con mis hermanos y ocuparme de las cosas de la casa, no tengo tiempo para pensamientos como estos. Son intrusivos. Insistentes. Tentadores. Como la nicotina para un fumador empedernido.

Respiro hondo y exhalo, luego apago el televisor.

Lo que pasa con… *él…* es que desde la primera vez que lo vi, que me miró, me quedé prendada. Hay algo en esos ojos azules penetrantes, en esa mandíbula afilada y bien afeitada. Ese ceño fruncido. Es hipnotizante. Adictivo. Posesivo.

Cierro los ojos, incapaz de evitar volver a sumergirme en el recuerdo. Incapaz de ignorar su voz. Sus palabras. Sus exigencias.

"¿A quién perteneces?"

"A ti."

"¿A quién le eres leal?"

"A ti."

"¿Quién es tu dueño*?"*

"Tú, señor Rozanov."

"Buena chica."

Jadeo, abro los ojos lentamente y me doy cuenta de que quizás tenga que cambiarme de pantalones. Diablos, quizás tenga que lavar el sofá con champú.

Quiero sacudirme esto de encima. Lo necesito. Así que me levanto, termino de comer mientras camino y enjuago el tazón en el fregadero. Luego apoyo las manos en la encimera mientras, lentamente, mi mirada se dirige a mi laptop que está sobre el escritorio en la esquina.

No debería. No puedo.

Necesito.

Solo. Una. Mirada.

Antes de poder entrar en razón, cojo el portátil y lo abro. Luego miro a mi alrededor y decido llevármelo a mi habitación.

Me siento con las piernas cruzadas en la cama y vuelvo a abrirlo. Mis dedos se detienen un instante sobre las teclas y luego, letra por letra, escribo la dirección web. La que usaba cuando trabajaba para *él* para acceder al sistema. A ambos sistemas.

Seguramente mi nombre de usuario ya no es válido. Al fin y al cabo, ya no trabajo para él. E incluso si aún existe, lo más probable es que mi contraseña haya caducado. Cuando la escriba, seguramente me desconectará y ahí terminará todo. No habré hecho nada malo y nadie se enterará. Quizás con solo escribirla sea suficiente para olvidarlo. Y entonces podré volver al sofá y disfrutar de mi tranquila velada a solas y…

El inicio de sesión funciona.

Estoy en el sistema.

Y puedo ver todo lo que está haciendo Ransome.

—Mierda.

4

RANSOME

—¿Y qué tal está tu esposa? —pregunta Maverick mientras afila la punta de su taco de billar.

Lo miro con furia.

—¿Qué? ¿Acaso un tipo no puede preguntarle a su mejor amigo sobre su vida en casa?

—Recuérdame por qué llamamos al 911 ese día —le susurro a Baron, pero Maverick solo se ríe. Como era de esperar, se ha recuperado por completo.

—Vamos, hermano. ¿En serio es tan malo estar casado con Jenica? —insiste Mav.

—Fue un matrimonio solo de nombre, y tú lo sabes —hago mi tiro y encesto dos bolas de una vez. Me pregunto si podría hacerle lo mismo.

—Sea solo de nombre o no, tiene que tener alguna ventaja, si me entiendes. —Le da un codazo a Baron, quien se ríe y me mira con expresión de disculpa.

—¿Qué? —pregunta Baron mientras los miro fijamente a ambos—. Vamos, Ransome. Puede que no sea tu primera opción, pero la chica es… atractiva.

Elige la palabra con cuidado, pero sigue siendo la incorrecta. Cualquier palabra sobre mi vida es la incorrecta en este momento.

—Ustedes dos están pidiendo el turno noche —les advierto. Me refiero al trabajo de limpiar a fondo las bodegas de carga de los camiones.

Maverick lanza un tiro, falla y se estremece mientras rota el hombro con rigidez. Pero su sonrisa es implacable.

—Solo dime algo. ¿Es buena?

—¿Buena en qué? —espeto, haciendo mi tiro y encestando.

—Ya sabes… —Mav hace un movimiento de bombeo con la mano mientras se mete la lengua en la mejilla.

Sonrío con picardía y me acerco a él con paso despreocupado.

—Déjenme contarles un pequeño secreto, muchachos.

Mi voz baja. Ambos se inclinan hacia mí, con una sonrisa tonta en sus rostros demasiado ansiosos. Les doy un segundo, y entonces…

—No me acuesto con ella —espeto, golpeándoles las cabezas entre sí.

Maverick suelta un grito. Baron ríe entre maldiciones de dolor.

Pero a mí no me hace gracia.

—Mierda —murmura Maverick, frotándose el hombro. Debo haberlo golpeado, pero por alguna razón, no siento ningún remordimiento—. Podrías haberlo dicho sin más.

—Lo hice. Justo ahora.

—¿Podrías al menos explicarnos por qué?

—Quieres saber por qué no me acuesto con Jenica.

—Bueno, sí.

—Eso no es raro en absoluto.

—Eh, vamos —me mira con su mejor expresión suplicante. Es espeluznante, y lo sabe—. Deja que un hombre herido viva a través de ti.

—Tu pene no está lesionado.

—Debes saber que no se puede embestir sin dos brazos fuertes.

La imagen mental es tan desagradable que respondo solo para quitármela de la cabeza.

—Me quedaban tres semanas antes de cumplir los treinta. Tenía que acelerar mi ascenso a *pakhan* por si Tristan hacía algún movimiento repentino. Así que respeté la tregua y pronuncié mis votos para asegurar mi estatus. Ya está. ¿Contento?

—O tal vez todavía crees que es imposible que puedas tener sexo con una mujer que no sea…

—*No* digas su nombre —gruño.

Maverick levanta las manos.

—No estoy equivocado. No diré su nombre, pero no puedes decir que me equivoco.

—Te estás pasando de la raya.

—Sí, dejémoslo ya —le dice Baron a Mav—. Estamos aquí para pasarla bien. Para olvidarnos del trabajo por un rato.

—Vi a Daniil y a Yury el otro día —continúa Mav, sin prestar atención a nadie—. Parecía que habían visto un fantasma.

—Casi lo eras —dice Baron.

—Creí que no estábamos hablando de trabajo —murmuro.

—Por desgracia, esto no es trabajo. —Mav lanza otro tiro doloroso. Doloroso porque falla, y también porque es evidente la tensión que el juego ejerce sobre su hombro—. Esto es la vida. Nuestra vida.

—Pero no hay rastro de Tristan, ¿verdad? —pregunta Baron, una pregunta que yo no estoy de humor para hacer.

—No —responde Maverick—. Probablemente esté escondido en alguna cuneta. Seguro está bajo tierra y sabe que lo mejor es que se quede ahí.

—Bueno, a menos que esté a dos metros bajo tierra, no está lo suficientemente profundo —disparo con más fuerza de la necesaria —. Y están siendo ingenuos si creen que se va a esconder para siempre. Claramente está planeando su próximo movimiento.

—¿Qué crees que estará tramando? —pregunta Baron mientras dispara.

—Sabe mucho de El Paso —digo—. Tiene más información de la que pensaba. Lo dejó claro aquel día en el almacén.

—Vale, pero ¿cuánto sabe *realmente*? —pregunta Maverick—. O sea, tenía al chico Parker como rehén, presionándolo para sacarle información. Me parece que está desesperado.

—Estás dando por sentado que Tristan no es listo —dice Baron, repitiendo exactamente lo que pienso—. Puede que sea arrogante e imprudente, pero conoce el juego. Además, es despiadado. Sinceramente, me sorprende que no haya matado a Amar… —Baron se detiene justo antes de pronunciar su nombre completo—. Digo, al chico Parker, solo por hacerlo.

—No estaba preparado para empezar una guerra en toda regla — digo—. Pero ahora que soy *pakhan* y el poder ha cambiado, está contratando hombres. Tiene ojos por todas partes. Y está formando un ejército, te lo garantizo.

Baron asiente lentamente, reflexionando sobre ello durante un minuto.

—¿Entonces cuál crees que deba ser nuestro próximo paso?

—Puedo decirte lo que yo haría —murmura Mav antes de darle un sorbo a su cerveza.

Todos sabemos lo que haría. Pero la violencia descontrolada no es la solución. Abrir fuego en las calles, por así decirlo, es lo que provoca la muerte de personas que ni siquiera deberían estar involucradas.

Personas como Nik.

Inundo el repentino dolor en mi pecho con alcohol para adormecer el escozor.

—Debemos mantener todo bajo llave. Ningún detalle puede pasar desapercibido. No confíes en nada ni en nadie. Mantenemos la guardia alta en todo momento con todos. Cualquiera podría ser su informante. Cualquiera podría filtrar información.

—¿Confías en tu esposa? —pregunta Maverick.

Aprieto los dientes al oír esa palabra. Odio que se refieran a Jenica como mi esposa, aunque legalmente lo sea.

—Tenemos un acuerdo —digo—. Ella no es precisamente la mayor fan de Tristan. Está jugando el juego como todos los demás.

—Sí, pero ¿para qué equipo juega? —pregunta Baron.

Me quedo mirando la pared del fondo, pensando en eso.

—¿Sinceramente? Diría que ninguno de los dos. Lo único que le atrae de la vida en la Bratva es el dinero, el estatus. Pero odia todo lo demás.

—¿Acaso no nos pasa a todos? —dice Baron mientras termina su cerveza.

Mi teléfono vibra en mi bolsillo. Es una notificación de seguridad.

—Joder —murmuro mientras lo saco.

—¿Sucede algo, jefe? —pregunta Baron.

Me quedo mirando la pantalla, con el corazón latiendo como un martillo neumático en mi pecho.

—Oye —Maverick se endereza—. ¿Hubo una brecha?

—No —miento—. Solo una actualización sobre el camión. Hay tráfico en la frontera, pero no me preocupa. Ricardo está de servicio, él se encargará de que el conductor lo evite.

La respuesta parece ser suficiente para ambos.

Pulso un par de botones y guardo el teléfono en el bolsillo antes de volver a ponerme la chaqueta.

—¿Adónde vas? —pregunta Maverick—. La noche es joven.

—A casa —respondo—. Muchachos, no se metan en líos.

Dicho esto, me marcho, ignorando la expresión de preocupación en el rostro de Baron. Me conoce bien, pero prefiero no entrar en detalles sobre esto.

Siento que el teléfono me quema en el bolsillo mientras salgo de vuelta hacia el coche. Incluso después de entrar, no lo miro. No lo reviso hasta que llego a casa.

Jenica no está, lo cual no me sorprende. Sale mucho. No es lo ideal tener una esposa a la que le guste la fiesta, pero mantiene los labios sellados. Sale principalmente para desconectar del mundo en el que vivimos. Y ahora mismo, que esté tomando cosmos con sus amigas al otro lado de la ciudad es lo que menos me preocupa.

La notificación *sí* era una brecha de seguridad. Pero no tiene nada que ver con los camiones.

Abro mi laptop para investigarlo. Necesito verlo en un sistema seguro. Necesito asegurarme de que la notificación no fue un error.

Inicio de sesión no autorizado desde un dispositivo no seguro.

Es un inicio de sesión de Apex. Pero no está relacionado con Apex.

Hago clic en la información del dispositivo y se confirman mis sospechas.

Es el nombre de usuario de Amara. Un nombre de usuario que no cambié después de despedirla. Lo hice por una razón. Por si acaso venía a investigar, a husmear, así lo sabría. Y por lo que parece, no pudo mantenerse alejada. No pudo resistirse.

Saco mi teléfono y les envío un mensaje a Mav y a Baron.

RANSOME: Despierten, muchachos. Tengo un trabajo para ustedes.

BARON: ¿Qué pasa?

MAVERICK: Si esto se refiere al turno de noche, nos estamos portando bien. Más o menos.

RANSOME: Amara inició sesión en Apex.

BARON: Mierda.

MAVERICK: Mierda.

Escribo mi último mensaje con la sangre bombeando con fuerza por mis venas por primera vez en tres meses.

RANSOME: Tengo su ubicación. Y quiero tenerla bajo control.

5

AMARA

—Gianni —me quedo boquiabierta mientras rodeo el coche—. ¡Es una locura!

Es sábado y la consulta del dentista está cerrada, así que decidí pasar el día con mis hermanos. Gianni tiene el día libre, lo que significa que está en el campus de la universidad en Bozeman a la que asiste. La ventaja de no contar con ayuda económica de los padres es que las universidades prácticamente te pagan la carrera.

—Diseñamos el motor con esta aplicación —me muestra un plano en su tableta—. Y ahora lo estamos ensamblando. Todavía no funciona, pero creo que estamos cerca. Es increíble. Algunas de estas piezas aún están en fase de prototipo. Pero si funcionan como creo que lo harán, podrían revolucionar la fabricación de automóviles en el futuro.

—Es increíble, G —se me escapan las lágrimas, pero no me importa. Estoy demasiado feliz por él.

—Dios mío, hermana. No empieces a llorar.

—Demasiado tarde. Ya lo estoy haciendo.

Me entrega un trapo que parece limpio pero huele a aceite de motor.

—Toma. Sopla aquí. Puedes quedártelo después.

—Lo siento —digo riendo—. Estoy muy orgullosa de ti. De que siempre hayas perseverado, incluso cuando la vida se ponía difícil. Encontraste una pasión y te entregaste por completo a ella.

Y no solo es mecánico. Lo cual ya habría sido genial, pero además ahora está estudiando ingeniería automotriz. Ese es el sueño de todo padre. Y aunque no sea la mamá de Gianni, qué más da, yo lo crié. Tengo derecho a llorar un poco.

—Bueno, pues —se aclara la garganta con incomodidad—. Resulta que no solo quiero arreglar coches. Quiero construirlos. Ser un mecánico cualquiera normalmente sólo significa cambiar el aceite, las ruedas y arreglar un radiador roto. Mantenimiento, ¿sabes? Quiero crear motores que no necesiten tanto mantenimiento. Quiero construir algo mejor. Que duren más.

—Bueno, creo que puedes hacerlo —me doy por vencida y me seco los ojos con el paño que huele a aceite—. No. *Sé* que puedes.

Seguro que lo estoy avergonzando ahora mismo, pero es duro ver a tu hermano pequeño salir adelante, escapar de una situación que parecía tener un final inevitable. Como todos nosotros, tiene mucha garra. Decir que estoy orgullosa es quedarse corto.

—Eso espero —dice encogiéndose de hombros a medias, sin dejar de sonreír—. Y, la verdad, ser ingeniero da para vivir. Lo suficiente como para que no tuvieras que trabajar más de recepcionista. Quizás podrías volver a estudiar.

Suelto una carcajada nerviosa.

—No te creas tan importante, hermanito. No es tu responsabilidad cuidar de mí ni de nadie más.

—¿No lo es? —pregunta—. Te has esforzado muchísimo desde que éramos niños. Nunca te regalaron nada y nuestro padre tampoco te

lo puso fácil. Creo que ya es hora de que alguien más cuide de ti.

Lo abrazo fuerte.

—Por ahora, concéntrate en obtener tu título y en hacer lo que te apasiona, G. Lo demás vendrá con el tiempo. Estarás en casa para cenar, ¿verdad?

—¿Vas a cocinar? —pregunta.

—Pollo Alfredo casero.

—Claro que sí, allí estaré. No me lo perdería por nada del mundo.

Después de dejarlo con sus nuevos amigos (una gran mejora comparado con los chicos con los que se juntaba en Nueva York) me dirijo a la peluquería para ver a Eliza. De camino, compro algo para comer: sándwiches y patatas fritas en una pequeña tienda de delicatessen en la calle principal que no está nada mal. La verdad es que muchas de las tiendecitas de por aquí no están mal, aunque solo haya unas pocas opciones.

El ritmo más pausado de las cosas tiene sus ventajas. Como no dormir con un ojo abierto.

En cuanto entro en la peluquería, me invade el olor a permanente. Es un aroma agrio y penetrante que me recuerda a *Magnolias de Acero*. No puedo evitar hacer una mueca.

—¡Ahí está! —exclama Gladys en cuanto oye el tintineo de las campanillas de la puerta. Es una de esas señoras mayores que vienen a la tienda tan a menudo que me sorprende que aún le quede pelo para rizárselo—. Tu hermana está hambrienta.

—Para nada —dice Eliza sonriendo mientras intenta rizar el cabello de Gladys, quien gira la cabeza—. Estoy perfectamente bien.

—¿Bien? —exclama Gladys—. Hace apenas diez minutos dijiste que ibas a morir de hambre.

—Es una forma de hablar, Gladys.

Dejo la comida sobre el mostrador. Alaina, una de las otras estilistas, se acerca a Eliza y le quita la rizadora.

—¿Por qué no vas a comer? Puedo terminar con Gladys aquí.

—Kate lo hace mejor que nadie —argumenta Gladys.

—Llevo veinte años peinándote —responde Alaina—. Yo le enseñé a Kate cómo hacerlo.

—No miente —dice Eliza, también conocida como Kate, con una sonrisa—. Estás en buenas manos.

—Bueno, está bien —murmura Gladys. Las dos siguen riéndose a carcajadas mientras Eliza y yo nos dirigimos a la trastienda con nuestra comida.

—Gracias a Dios —dice mientras nos sentamos a comer—. La verdad, sí tenía muchísima hambre.

—¿Quieres decir que Gladys no estaba exagerando? —pregunto bromeando—. Porque si algo he aprendido, es que Gladys siempre es dramática.

Eliza niega con la cabeza, plenamente consciente de ello, y yo me río.

Sacamos nuestros sándwiches: uno de jamón y queso suizo con pepinillos extra para ella y uno de ensalada de huevo en pan blanco para mí. Después de que ambas le damos un bocado, la oigo reírse.

—Dios mío, míranos. Comiendo comida campestre como un grupo de viejecitas.

—¡Te oí! —grita Alaina desde la otra habitación.

Ambas nos reímos.

—No lo sé —digo—. Odio decirlo, pero la verdad es que me gusta estar aquí.

—Sin duda es diferente —admite—. Pero no es lo peor, es mejor que el barrio donde crecimos.

—Dios mío, no me lo recuerdes. Esa calle está en muy mal estado, cualquier cosa es mejor que eso.

Eliza mastica pensativamente. Sé que está pensando en algo, decidiendo si decirlo o no. Me llevo bien con mis tres hermanos, pero mi relación con ella siempre ha sido un poco diferente. Más fraternal que maternal. Aunque soy un poco mayor que ella, siento que estamos al mismo nivel.

Crecer con perseverancia te forja ese carácter. Lo veo en todos ellos, por no hablar de mí misma.

—Vamos, chica. Suéltalo.

—¿Soy tan fácil de leer? —pregunta.

—No tan fácil como las capas de maquillaje de Bella, pero sí.

Ella sonríe, pero la sonrisa se desvanece un poco. *Oh-oh.* Sea lo que sea, en realidad la está molestando.

—¿Has… hablado con él?

Mi sonrisa también se desvanece.

—Por supuesto que no —respondo rápidamente. Quizás demasiado rápido, porque sus ojos se clavan en los míos mientras intenta descifrar mi expresión.

—¿Lo has pensado? —insiste.

Mastico con más fuerza.

—Si me preguntas si he pensado en él… claro que sí. Estuvimos juntos, aunque fuera de una forma complicada y un poco tóxica.

—¿Un poco tóxica? —pregunta. Bajamos la voz para que las gallinas de la esquina no nos oigan, aunque estoy segura de que hablan de

nosotros. Deben tener todo tipo de teorías sobre por qué nos mudamos aquí. Por qué cuatro hermanos vivimos juntos en una casita alquilada.

Por qué la mayor está embarazada y soltera.

Supongo que esa es una de las pocas cosas malas de mudarse a un pueblo tan pequeño. Siento las miradas sobre mí, miradas que juzgan mi situación. Los rumores circulan y luego se desvanecen antes de que surja otra teoría. Lo último que supe es que el padre del bebé está destinado en el extranjero. Un marine. Decidí que no era un mal rumor. Al menos no me convierte en la cualquiera del pueblo.

—También estás embarazada de su hijo. —Murmura las palabras para mantener la voz lo más baja posible.

Como si no lo supiera.

—Es complicado —digo, y ahí termina todo.

Terminamos de comer. Promete venir a cenar, sobre todo cuando le cuento lo que voy a preparar. Es una receta antigua, sencilla, con nata, mantequilla, ajo y parmesano rallado de buena calidad. Cuando éramos más jóvenes, solo la preparaba cuando había ahorrado un poco de un par de buenos sueldos. No es lo mismo sin un buen queso.

Desde allí, paso por el supermercado, compro todos los ingredientes necesarios y me dirijo a mi coche para guardar las bolsas en el asiento trasero. Mientras lo hago, un niño me quita el carrito vacío con una sonrisa. Le devuelvo la sonrisa.

Es realmente asombroso lo diferente que es la gente aquí en comparación con Nueva York.

Pero mi sonrisa se desvanece al ver pasar lentamente un coche negro con cristales tintados. Nadie conduce muy rápido por aquí, pero este coche va a paso de tortuga.

El pánico me invade. Me apresuro a subir al asiento del conductor, cerrando la puerta con llave al mismo tiempo.

Tras pasar el aparcamiento del super, el coche acelera. Trago con dificultad.

Incluso después de llegar a casa y empezar a cocinar, me siento intranquila. Esa sensación de hormigueo en la nuca me ha seguido hasta dentro. Como si me estuvieran vigilando. Como si estuviera de vuelta en el ático, con un guardia en la puerta y coches enemigos dando vueltas y…

La puerta se cierra de golpe.

Grito.

—¡Jesús! —grita Bella—. ¡Soy yo!

Consigo salvar la cacerola, pero por los pelos.

—Lo sé —miento—. Lo siento. No fue por ti. Solo me quemé un poco, es todo.

Vuelvo a revolver, actuando como si no acabara de saltar fuera de mi propia piel.

—Oh, ¿es Alfredo? —pregunta.

—Sí.

—Genial. ¿Te parece bien si Oliver viene a cenar? Ya le dije que podía.

Me giro para mirar a mi hermana pequeña, que lleva medias de rejilla, una falda corta de cuadros y una blusa corta sin mangas y…

Sin sujetador.

—¿Quién es Oliver? —pregunto—. ¿No tienes frío? Pareces tener frío.

—¿Mi novio? —frunce el ceño como si intentara averiguar dónde pude haber dejado mi última canica—. Ya te hablé de él.

—¿Lo hiciste? —estoy segura de que no, pero no lo digo—. En serio, Bella. Tienes que ponerte un sujetador. Mira, se te ve todo…

—¡Dios mío! —gime, y tira su bolso de cuero sobre el mostrador—. Sí. Anoche. Te escribí un mensaje diciéndote que estoy saliendo con alguien. Y *llevo* sujetador. No todas usamos sujetadores con relleno, ¿sabes? No todas exhibimos nuestros senos.

Me quedo boquiabierta, indignada, y bajo la mirada hacia mi pecho.

—No llevo un sujetador con relleno.

—Ahora no. Pero sí los usas. O las usabas cuando trabajabas para la empresa de traje y corbata.

La miro con los ojos entrecerrados, pero ella simplemente roba un trozo de pan de ajo del calentador. Entonces elijo una batalla por la que luchar hasta el final. Lo cual es bastante difícil, considerando las dos que tengo ahora mismo.

—Entonces, este chico Oliver. ¿Lo conociste en la escuela?

—No —dice, subiéndose al mostrador para sentarse—. En la pista de patinaje. Hay una jodida pista de patinaje aquí, ¿lo sabías? ¡Qué clásico!

—No digas "jodida" —le digo.

—¿Por qué no? Tú lo haces.

—Soy mayor —replico—. ¿Así que lo conociste patinando?

Otro gesto dramático de poner los ojos en blanco. Llevo tres intentos fallidos, pero tú intenta seguirle el ritmo a una adolescente hormonal de dieciséis años.

—No. Él trabaja allí.

—Por supuesto —vierto la salsa sobre la pasta—. ¿Y cuántos años tiene?

—Diecisiete —responde ella con la boca llena de pan.

—Genial. ¿Cuándo es su cumpleaños?

—Ay, Dios mío —dice Bella con voz monótona—. No es un mal tipo. No todas salimos con tipos peligrosos, Amara.

—¿Sabe tu nombre? —Decido esquivar su insulto para llegar a lo más importante.

—No mi nombre real.

—Bien.

—Genial. ¿Ahora puede venir?

—¿Quién puede venir? —Eliza entra y Bella deja escapar otro suspiro de frustración.

—Nadie. Dios.

—El novio de Bella —respondo, repartiendo la pasta en cuencos y espolvoreándola con parmesano fresco antes de servirla.

—¿Bella tiene novio? —pregunta Eliza.

—Un momento, ¿Bella tiene novio? —pregunta Gianni al entrar por la puerta.

—Los odio a todos —dice Bella.

Sonrío, un poco demasiado complacida con el rumbo que está tomando la conversación.

—Dile que venga. Le guardaré un tazón caliente.

Ella gruñe de nuevo y escribe un mensaje de texto.

MÁS TARDE ESA NOCHE, después de que Gianni esté en su garaje, Eliza en su habitación leyendo y Bella se despida de su novio, me doy un baño para relajarme.

Novio. Dios, ¿desde cuándo mi hermanita tiene edad para tener novio? No es que haya nada malo con Oliver el de la pista de patinaje, tiene la edad adecuada e incluso parece simpático, pero vamos. ¡Está creciendo muy rápido!

No es que sea la única que está creciendo rápido.

Mientras estoy en el agua tibia y la espuma con aroma a lavanda, acaricio mi vientre con el dedo. El calor despierta a la personita que llevo dentro y él comienza a moverse y estirarse.

Cuando tuve mi primera cita médica, ya tenía unos meses de embarazo. Sabía que estaba embarazada. La ausencia de la regla, las náuseas matutinas y el crecimiento de la barriga lo confirmaban. Sin mencionar la prueba que me hice. Porque sí, pueden darse falsos positivos, pero no creí que este fuera uno. Al principio me daba pánico ir al médico, no porque estuviera en negación. Es difícil negar que estás embarazada cuando se te antoja salsa picante en los churros. Sino porque temía que Ransome me encontrara si entraba en algún sistema. Como si el hecho de que mi nombre estuviera registrado, fuera falso o no, le facilitara el rastreo.

Entonces me di cuenta de lo absurdo que sonaba. La última vez que lo vi, me dejó muy claro que no quería volver a saber de mí.

Así que cuando finalmente fui al médico, ya estaba lo suficientemente avanzada en mi embarazo como para ver al bebé con claridad en las ecografías. Una naricita en una carita pequeña, manitas agarradas, piececitos diminutos… y ese detalle inconfundible que me decía que iba a tener un niño.

Un niño.

Me enamoré más rápido que de nadie ni de nada en mi vida. Aunque me asuste. Aunque todo sea desconocido. Sé que tengo que

mantenerme fuerte por él.

Salgo del baño y me envuelvo en una toalla. Mi habitación está en la parte delantera de la casa y de camino me doy cuenta de que he dejado las persianas abiertas en la ventana del salón. Camino hacia allí, con una mano en la toalla y la otra en la barra.

Pero entonces me detengo.

Se me revuelve el estómago. Se me congelan las manos mientras la sangre se me hiela en las venas.

Estacionado afuera, al otro lado de la calle, está el mismo auto con los cristales tintados que vi antes al pasar por el supermercado. Solo que esta vez, la ventanilla está lo suficientemente baja como para que pueda ver la silueta oscura de quien está dentro.

En cuanto me asomo, la ventanilla se sube y se marchan. Al principio despacio, luego más rápido, hasta que desaparecen en la noche.

Si no supiera mejor, diría que me están acosando.

Y si no supiera mejor, diría que el tipo del coche se parecía muchísimo a Maverick.

¿Es eso posible? Me devano los sesos. La última vez que lo vi, estaba tirado en un charco de su propia sangre. Incluso si sobrevivió, no puede haberse recuperado tan rápido.

¿O sí?

Antes de perder la cabeza, cierro las persianas y me voy a la cama.

6

RANSOME

—La encontré.

Las palabras de Maverick llegan a través del teléfono. Me aparto de la mesa del desayuno para poder continuar la conversación en mi oficina.

Jenica ni siquiera levanta la vista del teléfono ni de la ensalada de frutas. Es ridículo. La mujer que contratamos prepara un desayuno gourmet completo todas las mañanas, pero Jenica no prueba nada más que medio pomelo espolvoreado con edulcorante artificial y exactamente cinco cubos de melón de distintos tipos.

Pero eso no importa ahora mismo. Nada en todo el planeta me importa más que la conversación al otro lado de la línea.

No hablo hasta que cierro la puerta.

—¿Cuándo? ¿Dónde? Dios mío, Mav, ha pasado casi una semana. ¿No estaba en el lugar indicado? —exijo. Camino de un lado a otro con tanta fuerza que podría desgastar el revestimiento de madera.

—Oh, no, está aquí. Ella, su hermano y sus hermanas. ¿Quién iba a pensar que Manhattan, Montana, era un lugar real?

—Dime dónde vive.

No es que me importe. Es más que sé que me ha estado vigilando y necesito asegurarme de que no se meta en asuntos que no le incumben. Están pasando demasiadas cosas como para que vuelva a involucrarse.

—Tienen una casita en las afueras del pueblo. Está un poco destartalada, pero no como su anterior casa. Parece construida hace cien años. Incluso tiene un columpio de neumático delante.

—Me importan un carajo los columpios de neumáticos. ¿Qué estaba haciendo ella cuando la encontraste?

—Comprando en un supermercado. Trabajando en la recepción de una consulta dental. Dando largos paseos por el parque del pueblo. Saliendo de la bañera…

—Más te vale que estés jodidamente bromeando —gruño.

—Oye, me dijiste que vigilara a la chica —dice a la defensiva—. No es mi culpa que no corra las cortinas antes de pasearse por la casa en toalla.

Decido ignorarlo, pero solo porque atravesar el teléfono no es una opción. También me propongo darle un gancho de izquierda en el hombro lesionado cuando regrese.

—¿Trabaja en una clínica dental?

Lo primero que pienso es en lo mal que debe estar cobrando. Me duele. No porque me importe. No me importa. Sino porque ahí se desperdician sus cualificaciones. Daría cualquier cosa por encontrar ahora mismo a alguien la mitad de competente que ella. Pero eso no viene al caso.

—¿Tienes más información? —insisto—. ¿Algo que realmente pueda ser útil?

—Acabo de cruzar el país en avión, alquilé un coche, conduje desde Missoula hasta el maldito Little Egypt y la seguí por toda la ciudad durante casi dos semanas —recita—. Sé dónde vive, dónde trabaja, dónde están todos sus hermanos. Creo que me merezco un "bien hecho, hermano". O al menos un "gracias" a medias.

—Te lo agradeceré cuando tenga información que me explique por qué hackeó nuestro sistema seis meses después —grito. No intento bajar la voz, pero teniendo en cuenta que puedo oír a Jenica viendo a las Kardashian en la pantalla grande, dudo que esté escuchando nada de lo que digo.

—Una vez más, no se le da el crédito a quien lo merece —suspira dramáticamente.

Me arrepiento tanto de no haber enviado a Baron. Solo envié a Maverick porque ha estado muy inquieto desde que salió del hospital. Creí que una misión secundaria le vendría bien. Debería haber recordado que ninguna buena acción queda sin castigo.

—No te has callado el tiempo suficiente para poder contarte qué más he descubierto —añade.

—Entonces habla.

—Al principio no dije nada porque quería estar seguro.

—¿Seguro de qué?

—Me pareció notarlo cuando entró al trabajo el día que la encontré. Luego pasé lentamente junto a ella cuando salía del supermercado, y llevaba unos leggings bastante ajustados en el trasero, así que eso confirmó mis sospechas, por no hablar del asunto de la toalla…

—¡Te juro por Dios que será mejor que vayas al grano de una vez por todas, Mav! —grito.

Fuera de la oficina, oigo que suben el volumen del televisor. Casi lo suficiente como para ahogar lo que Maverick dice a continuación.

—Está embarazada, Ransome.

Me detengo.

Dejo de hablar, dejo de respirar, todo.

—¿Qué carajo has dicho?

—Está embarazada —repite.

Embarazada.

La palabra da vueltas en mi cabeza. Por un segundo, no puedo conectarla con mi boca el tiempo suficiente para formar palabras.

—¿De cuántos meses de embarazo? —pregunto finalmente.

—Está muy jodidamente embarazada. Si tuviera que adivinar…

No lo digas. No lo digas, joder.

—¿Seis, siete meses? Está muy grande, hermano.

Lo dijo, joder.

—¿Estás ahí? —pregunta Mav, pero estoy intentando asimilar el enjambre de pensamientos que pululan en mi cabeza.

—Tengo que irme —digo.

—¿Tienes que irte? ¿Entonces qué se supone que debo hacer…?

—Sácale fotos. *No* de ella en toalla. Y vuelve a Manhattan.

—Técnicamente, estoy en…

Cuelgo antes de que Mav pueda decir algo más.

Entonces, tras un instante en el que los nervios me arden, le envío un mensaje de texto a Baron.

RANSOME: Nos vemos en el almacén. Ahora mismo.

~

—¿Está seguro? —pregunta Baron mientras observamos la producción.

El almacén siempre es un buen lugar para reunirse para este tipo de cosas. En cualquier otro sitio podrían estar espiando. Los bares no son seguros, ni siquiera en territorio Rozanov. Mi casa tampoco es segura, porque no hay forma de saber si mi esposa ex Chadovich está prestando atención a la disputa entre Kourtney y Kim o si está escuchando mis conversaciones.

Saco el teléfono sin decir palabra y le enseño la foto que me ha enviado Mav. Una foto que he visto al menos veinte veces desde entonces. Es un perfil de ella entrando en una tienda de delicatessen.

—Sí, está bien embarazada —dice Baron. Luego me mira con expresión de disculpa—. Lo siento.

Guardo el teléfono en el bolsillo y vuelvo a mirar fijamente a los trabajadores.

—Se me ocurre una pregunta —dice Baron mientras miramos al frente—. Una sobe el elefante en la habitación, la verdad. Pero prefiero no formularla.

—Y yo no quiero oírla.

—Qué mala suerte. ¿Crees que es tuyo? —pregunta de todos modos.

Aprieto los dientes.

—Estábamos juntos cuando eso habrá sucedido.

—Entonces, la respuesta es sí —dice.

—Pudo haberme engañado —señalo.

Baron frunce el ceño.

—¿Crees que lo haría?

La sola idea me enfurece. Amara, acostándose con otro mientras estaba conmigo. Quizás con uno de los chicos guapos del club.

O tal vez Tristan.

Reprimo ese pensamiento con todas mis fuerzas.

—Creo que muchas cosas han demostrado que no la conozco tan bien como pensaba.

—Entonces no lo es —dice encogiéndose de hombros a medias—. Tuyo quiero decir. Eso te lo pone más fácil, ¿no?

—¿Más fácil en qué sentido? —pregunto bruscamente—. Significa que no puedo confiar en ella en absoluto. Lo que significa que podría haber estado mintiendo sobre cualquier cosa. Joder, por lo que sé, ella y Gianni estaban trabajando con Tristan.

—Lo dudo —me interrumpe Baron.

—¿En serio? Porque la duda es lo único seguro que tengo ahora mismo. Podría haber solicitado el puesto de asistente personal solo para entrar en la empresa.

—No lo tomes a mal, jefe, pero me parece que estás siendo un poco paranoico.

—¿En serio? —espeto. Cuanto más lo pienso, menos absurdo me parece—. Como mi asistente, se aprendió mi rutina. Tenía acceso a todo. Archivos, contraseñas, lugares de reuniones, incluso mi casa. La mujer me lavaba la ropa, por Dios.

—Bueno, claro, pero es trabajo. No se escondió en tu armario ni nada por el estilo.

Me quedo en silencio.

Las cejas de Baron rozan el techo.

—Espera. ¿Se escondió en tu armario?

—Una vez —admito— solía acosarme.

Parpadea.

—Vas a tener que ser mucho más específico que eso, primo.

—Digamos que me sorprende que la agente inmobiliaria no encontrara un altar en el fondo de *su* armario cuando vendieron el apartamento.

Baron suelta una risita, pero se detiene al ver mi cara.

—Oh, mierda, hablas en serio —se aclara la garganta—. Bueno, en cualquier caso, no creo que estuviera actuando de forma extraña porque Tristan la incitara a atacarte. Creo que solo la hicieron así.

—Cállate.

—Y tampoco creo que te hubiera engañado. Como dijiste, te estaba acosando. La chica estaba literalmente obsesionada. De hecho, si está volviendo a conectarse al sistema, es posible que aún lo esté.

—O está intentando joderme.

Pero Baron niega con la cabeza.

—Sigo sin creerlo. Ella no es de la Bratva, no está hecha para eso. Pero la cuestión es la siguiente: si el bebé es tuyo, da igual si te importa Amara o no. Lo que importa es que su bebé es un bebé de la Bratva. Un Rozanov. Un heredero.

No es que no lo haya pensado. Obvio que lo hice. Pero supone un gran problema.

Quiero olvidarme de ella para siempre. Olvidar que alguna vez irrumpió en mi vida y la arruinó por completo. Pero si ese bebé es mío, entonces no puedo.

Siendo el único hijo varón de Rozanov que sigue vivo, si tengo un hijo, él será el próximo *pakhan*.

Lo que significa que tengo que traerlos a casa.

A los dos.

7

AMARA

—¡Muy bien, chicas, levántenlas!

Renee y yo alzamos nuestras copas.

—¡Salud por el viernes! —grita Kira.

—¡Claro que sí! —Renee levanta el puño—. Joder, lo necesitaba. ¿Sabes que he hecho dos endodoncias seguidas esta mañana? Son como cuatro horas de succión y asco. Y eso ha sido *después* de que un niño me mordiera durante una limpieza.

—¡Y brindemos por nuestra compañera de trabajo, la gata negra, que finalmente se ha unido a nosotras! —añade Kira con un seductor movimiento de cejas, lo que me hace estallar en carcajadas.

Alzo mi cóctel sin alcohol. Con o sin tequila, es afrutado, tiene una sombrillita monísima y, sinceramente, está muy bueno. Aunque estoy contando los días para poder tomarme una copa de vino o una margarita bien fuerte. Con hielo y borde salado, por favor y gracias.

—Bueno, creí que ya era hora de hacer algo divertido —dije. Estamos en uno de los pocos bares del pueblo, un tugurio en medio

de todo, con una carta de bebidas genérica, pero con una de las mejores salsas de alcachofa que he probado en mi vida.

—Solo viniste con nosotras por los aperitivos —bromea Kira—. Admítelo.

—Nunca —sonrío—. Pero sí se me antojan alitas de pollo estilo búfalo.

Volvemos a estallar en carcajadas.

Bueno, quizás en realidad no lo odio. Todavía extraño Nueva York, sobre todo porque extraño a mis amigos, pero esto tampoco está mal.

Ojalá Electra estuviera aquí. Casi ya no hablamos. Le dije que tenía problemas con un amigo de Gianni (no era mentira) y que teníamos que irnos del estado para evitar conflictos (tampoco era mentira), y que estaría un poco ausente por un tiempo. Es una lástima porque estoy segura de que se siente traicionada, pero dadas las circunstancias, no hay mucho que pueda hacer al respecto.

Sinceramente, también es agradable porque nunca antes había tenido la oportunidad de pasar tiempo con mis compañeros de trabajo. En Apex, todos me temían, excepto Annette, la secretaria. Pero era demasiado aburrida incluso para una charla trivial, así que obviamente nunca llegó a nada. Y aunque Kira y Renee no son el tipo de chicas con las que suelo salir, es agradable simplemente *salir con las chicas.*

Soy una persona normal que vive en un pueblo normal, que lleva una vida normal y hace cosas normales.

—¿Qué van a hacer tus hermanos esta noche? —pregunta Renee, e inmediatamente siento una punzada de culpa.

—Están en casa —les digo.

—Sigo pensando que es increíble cómo los cuidas —dice Kira—. No haber tenido buenos padres ni una buena infancia. Dios, no me lo

puedo imaginar. No sé cómo tienes tiempo para ti.

—Bueno, obviamente *algo* de tiempo para sí misma tiene —dice Renee—. Si no, no estaría… —hace un gesto con la mano sobre mi cintura—.

—¿Dónde está ese tipo, de todos modos? —pregunta Kira.

—¡Kira! —dice Renee con vergüenza.

—¿Qué? Nuestra amiga está soltera y embarazada. Creo que es una pregunta bastante válida. Se las arregla sola. No podemos ayudarla si no conocemos su situación.

Renee parece arrepentida, pero también muy curiosa, como es evidente.

Decido optar por la respuesta más reciente y plausible.

—Está en el ejército.

—¡Oh! ¿Así que todavía están juntos? —pregunta Kira.

—No. Quiero decir… Es complicado —digo, dándome cuenta de repente de que ahora tengo que inventarme una historia falsa de verdad.

—¿Es complicado porque él no sabe que estás embarazada? —pregunta Renee.

Supongo que eso funciona.

Niego con la cabeza, forzando una expresión de víctima, y ambas emiten un sonido triste y arrullador.

—Espera, entonces es suyo, ¿verdad? —pregunta Kira.

—Sí —digo rápidamente. Porque lo es, no cabe duda.

—¿Entonces por qué no se lo has dicho? —pregunta Renee—. Quizás pueda pedir permiso para venir a verte. Al menos para el parto.

—Él… no está muy involucrado —respondo.

—¡Claro que no! Está ahí fuera sirviendo a nuestro país con ese uniforme tan sexy, arriesgando su vida —dice Kira, con la mirada perdida en otro lugar—. Dios, me encantan los hombres de uniforme.

—¿Él quiere tener hijos? —pregunta Renee, y me pongo a pensar en ello.

—En realidad no lo sé. Creo que… se supone que debe tener hijos. Por cuestiones de legado o algo así.

—Dios mío —gime Renee—. ¿Qué les pasa a los hombres con su *legado*? Todos tipos mediocres que creen que su linaje va a ser importante. Mientras tanto, trabajan en la construcción o algo así. Ni siquiera tienen un plan de jubilación. Y encima tienes que estar encima de ellos para desatascar el inodoro después de que se pasen cuarenta y cinco minutos destrozándolo.

Kira niega con la cabeza.

—Por eso solo salgo con hombres que usan zapatos Sperry —nos quedamos mirándola fijamente—. ¿Qué?

—¿Qué tienen que ver los zapatos Sperry con ser una persona con la que se puede tener una cita? —pregunta Renee, y yo me río, contenta de que la conversación ya no gire en torno al padre misterioso de mi bebé.

—Bueno, piénsalo —continúa Kira—. ¿Alguna vez has visto a un hombre que se dedica a verter hormigón para ganarse la vida usando zapatos Sperry? No. No lo has hecho.

—Jesucristo. —Renee niega con la cabeza.

Y, por muy absurdo y superficial que parezca todo esto, es agradable salir. Pedimos más comida y más bebidas y hablamos de todo: desde el nuevo estudiante de odontología del trabajo —un chico guapo al que mis dos compañeras adoran, pero yo estoy convencida de que

no está soltero— hasta el último episodio de *Love is Blind*. Por primera vez en mucho tiempo, siento que puedo desconectar.

Bueno. Casi.

Desde que vi al tipo que juraría que era Maverick, he estado un poco nerviosa. Y aunque no he vuelto a ver el coche desde entonces, sigo mirando constantemente a mi alrededor, revisando todo para asegurarme de que estoy a salvo. Y de que no me estoy volviendo loca.

Después de mi tercer cóctel sin alcohol, el bebé se mueve y yo jadeo, bajándome de mi taburete.

—¿Todo bien? —pregunta Renee.

—Sí, tengo ganas de orinar. Siento que es lo único que hago últimamente.

Ambas se detiene un momento a admirar mi vientre, algo que me reconforta, ya que no saben nada de mi situación. Luego sigo las indicaciones para ir al baño y me dirijo a la parte trasera del bar.

—¡Te dije que la Mami Misteriosa sería divertida! —grita Renee por encima de la música.

—¡Aún puedo escucharlas! —les grito por encima del hombro. Ambas me sonríen y Renee me guiña un ojo. Casi me hago pis encima de camino al baño.

Entonces mi sonrisa se desvanece.

Justo antes de apartar la vista de las chicas, juro que está ahí. Un hombre que se parece inconfundiblemente a Maverick, de pie junto a la puerta principal, con una sudadera y jeans negros. Casi como el portero, pero más bajo, más delgado, de piel más oscura y pelo más largo.

Pero al mirar de nuevo, el hombre ya no está.

Entro al baño olvidándome por completo de que tenía ganas de orinar. En cambio, me encuentro hiperventilando frente al espejo. Me agarro al mostrador con fuerza mientras el mundo se vuelve borroso y empieza a dar vueltas; todo gira tan rápido que me entran náuseas.

—Oye, ¿estás bien? —pregunta una mujer que se está lavando las manos.

—Sí. Solo un poco de náuseas, eso es todo. —Fuerzo una sonrisa, pero mi respiración entrecortada dice lo contrario.

—No estás de parto, ¿verdad? —sus ojos van de mi vientre a mi cara y otra vez—. No parece que estés tan avanzada.

Es lo que debe parecer, inclinada sobre el lavabo respirando por la boca.

—No, no lo estoy.

—Entonces son las hormonas del tercer trimestre —sonríe, cierra el grifo y toma una toalla de papel para secarse las manos—. Las recuerdo bien.

Le devuelvo la sonrisa. Pero no son las hormonas.

Sé lo que vi. Y no es la primera vez. El coche negro. Los cristales tintados. La mirada vigilante que siento constantemente sobre mi espalda.

No tiene mucho sentido. A Maverick le dispararon. Lo sacaron del almacén en camilla, cubierto de sangre. Quizás esté muerto y su fantasma me esté persiguiendo.

Cálmate, Amara. No te persigue un fantasma. Aunque esa sería una forma apropiada de castigo, ¿no crees?

Me salpico la cara con agua. Sé que es él. Me está espiando. La única pregunta es: ¿por qué?

Y aunque no tengo la respuesta, sí sé una cosa.

Si Maverick está aquí, Ransome no puede estar muy lejos.

8

RANSOME

—Recuérdame de nuevo por qué vas de viaje de negocios.

Jenica está en mi habitación con su diminuto camisón, con la cadera ligeramente flexionada, intentando derribarme. No va a suceder.

Bajo su atenta mirada, preparo una maleta con lo estrictamente necesario. Siempre he viajado con poco equipaje, sobre todo porque detesto viajar.

—Porque soy el director ejecutivo de una de las mayores compañías de petróleo y gas del planeta y, a veces, mi trabajo me obliga a estar lejos de casa.

—Tal vez lo creería… si *alguna* vez viajaras por trabajo —dice—. Siempre haces que todos vengan a ti.

—Esta vez no. —Agrego otra camisa negra a mi maleta por si acaso. No me imagino que en la Montana rural haya muchas tintorerías de buena reputación, y ni loco usaría la lavandería de un hotel.

—Te llevas todo negro. —Entrecierra los ojos, con los brazos cruzados.

—¿Y?

—No te vistes completamente de negro en la oficina. Solo te vistes completamente de negro para cosas de la Bratva.

—Nunca dije que fuera para Apex —espeto, sabiendo perfectamente lo que acabo de decir. Pero, ¿quién demonios se cree que es?

—Él no está en Montana, si es eso lo que estás pensando.

Cierro la maleta y reviso mi teléfono. El jet privado estará listo en treinta minutos, lo que significa que no tengo tiempo para la princesa y su interrogatorio.

—No sé de quién estás hablando.

—Tristan —dice ella—. No está en Montana ni en Colorado ni en ningún otro sitio al que vayas.

—Lo sé.

Ella entrecierra aún más los ojos.

—¿Entonces por qué vas allí?

Cojo mi maleta de la cama y me dirijo hacia la puerta.

—No creo que eso sea asunto tuyo, Jenica.

—¡Soy tu esposa!

Aprieto la mandíbula.

—Contractualmente.

—No —me corrige—. Legalmente.

Dicho esto, me doy la vuelta.

—¿Hay algo que desees?

—Quiero participar en la toma de decisiones —dice. Y si yo fuera un hombre con un sentido del humor normal, probablemente me reiría ahora mismo. Pero no lo soy.

—No hay nada en lo que debas involucrarte. Esto, junto con todo lo demás, no te concierne.

—Quiero ser tu pareja —añade.

Chasqueo la lengua antes de soltar un suspiro de agotamiento.

—¿Por qué?

—¡Porque yo también tenía mis razones para casarme contigo! —grita Jenica.

—¿Te refieres además del estatus, el nombre y el dinero que conlleva casarse con un *pakhan*?

—Tengo el dinero de mi padre; no necesito el tuyo. Me habría venerado hasta su último aliento aunque no hubiera continuado con el apellido familiar.

—Entonces, ¿por qué te casaste conmigo?

Vuelvo a mirar el móvil. No tengo tiempo para esto. Pero la mujer está claramente disgustada. Su tono es tan agudo que solo los perros pueden oírlo, y lo último que necesito es que se queje con su papi.

Jenica se muerde el labio un instante. Dios mío, ¿va a llorar? Tengo dos minutos antes de salir de casa y eso ya es mucho tiempo. Apenas tengo tiempo para fingir que soy un marido comprensivo, mucho menos para lidiar con las ganas de llorar.

Por suerte, se mantiene fuerte.

—Porque no quiero vivir esta vida.

—¿Qué vida es esa?

Jenica hace gestos dramáticos a su alrededor.

—Esto. No pedí nacer para esto. Igual que mi madre, tu madre y prácticamente cualquier otra mujer de la Bratva no lo quiere.

—No voy a hablar contigo sobre mi madre —digo, dirigiéndome a la puerta.

Pero, una vez más, sus palabras me detienen.

—¿Me equivoco? ¿Es esta la vida que ella quería?

Si Jenica pregunta si mi madre quería casarse con un *pakhan* controlador, indulgente y perezoso que prácticamente arruinó nuestro nombre y, en el proceso, perdió a un hijo, la respuesta es un rotundo no.

Pero así es como funcionan estas cosas.

—Acepté casarme contigo porque pareces tener una idea diferente a la de nuestros padres sobre cómo deberían funcionar las cosas —continúa—. Además, no quiero saber qué pasará cuando Tristan decida contraatacar. Va a ser terrible, Ransome. Y no creo que estés preparado.

Me acerco a ella, mirándola desde arriba, con voz baja y severa.

—He dedicado la última década de mi vida a prepararme para lo que pudiera ocurrir entre nuestras dos familias. No me subestimes.

—Y tú no lo subestimes a él —me dice—. No sigue las reglas. Y odia perder.

—Somos dos —digo antes de salir por la puerta.



Lo único mejor de Manhattan, Montana, que de Manhattan, Nueva York, es que no hay ninguna posibilidad de que me encuentre con alguien conocido. Pero, sinceramente, la Norteamérica rural me hace sentir como pez fuera del agua. Solo una persona en el mundo podría haberme motivado a venir aquí. Pero no es Amara.

Es el bebé que lleva dentro.

Baron tenía razón. Si ese bebé es mío, y es niño, será el próximo *pakhan* Rozanov. La única opción para el *pakhan* Rozanov. Lo que significa que no puede vivir en Montana en medio de la nada. Tiene que crecer en la familia. Tiene que aprender desde pequeño.

Tiene que estar conmigo.

Y por extensión, eso significa que su madre también, por mucho que la sola idea me dé escalofríos ahora mismo.

No es que me dé asco. Ni mucho menos, por desgracia. Pero esa mujer me traicionó en más de un sentido.

Para empezar, no me dijo que estaba embarazada. Lo que me hace pensar que este bebé podría no ser mío. Eso significa que, o estoy perdiendo el tiempo, o estoy a punto de descubrir otra de sus mentiras.

En segundo lugar, ella y su hermano estaban más involucrados con Tristan de lo que estaba dispuesta a admitir, una omisión imperdonable.

Estuve tentado de quedarme en casa. Resolverlo todo desde mi escritorio. Que Maverick la trajera de vuelta. Pero ya no puedo meterla en el maletero de un coche, no en su estado. Y obligarla a subir a un avión sería sin dudas peligroso, lo último que necesito es que mi hijo nazca prematuro a once kilómetros de altura.

Así que la única opción viable era ir yo mismo. Y aquí estoy, sentado en un coche rentado en el aparcamiento de una consulta dental, esperando a que salga del trabajo.

Hubiera ido a la casa, pero sus hermanos podrían estar allí. Me imagino a Gianni sacando una pistola y armándose un lío en el que tenga que quitársela de la mano o rozarlo con una bala mía. No, paso.

Mi mirada capta un movimiento en el espejo lateral cuando se abre la puerta del consultorio del dentista.

Un momento después, Amara sale.

Se me revuelve el estómago al verla. Va vestida con uniforme médico con el logo de la oficina. Me da vergüenza admitir que el uniforme le sienta bien. Y también me da vergüenza admitir que el embarazo le sienta bien, sobre todo si ese hijo es mío.

Sin embargo, no sé si lo es. Por eso tengo que mantener la sangre fluyendo hacia la cabeza correcta y hacer lo que tengo que hacer.

Justo cuando está a punto de meter la llave en su coche viejo, me bajo del mío.

Los ojos de Amara se alzan hacia mí con sorpresa. Luego, con incredulidad.

Sus ojos se ponen en blanco mientras su cuerpo se balancea y la alcanzo justo antes de que toque el pavimento.

9

AMARA

Ransome está aquí.

Está de pie frente a mí mientras busco a tientas las llaves de mi Jetta del año dos mil, porque los llaveros electrónicos no existían en ese entonces. ¿Podría haberme comprado un coche mejor? Sí, pero quería algo que pudiera pagar al contado, para que fuera aún menos rastreable. Según sus exigencias.

Y ahora está aquí, observándome luchar por mi vida.

Parpadeo una o dos veces, captando el sol que enmarca su cabeza en la ventana. Casi como un halo. Su mandíbula sigue tan fuerte como siempre, y sus labios (que jamás olvidaría) están relajados como de costumbre. Lleva gafas de sol que sé que no se quitará, porque puedo leer su mirada como nadie.

Y luego mi visión se nubla. Porque esto tiene que ser un sueño. Estoy dormida. No hay manera de que esté aquí, igual que no había manera de que Maverick estuviera aquí.

Todo es un sueño.

Mi cerebro inventa cosas como una forma de lidiar con los fantasmas de mi pasado.

Al abrir los ojos lentamente, supe que tenía razón. Estaba dormida.

Excepto que…

No estoy en mi cama. Ni siquiera estoy en mi casa. Abro los ojos de golpe mientras la habitación se materializa a mi alrededor. Me mareo tanto que siento náuseas.

A mi lado, las máquinas zumban y emiten pitidos. La sensación fría del tubo de la vía intravenosa se adhiere a mi brazo, goteando líquido en mis venas. La cama es fría y aséptica, rígida y dura.

—¿Dónde estoy? —logro preguntar una vez que mi boca recuerda cómo hablar.

—Hospital Bozeman —me responde una mujer con uniforme quirúrgico, ¿una enfermera?

—¿Qué… qué pasó? —balbuceo, mirando a mi alrededor. Por más que parpadee, la habitación no cambia.

Estoy despierta. Y, de hecho, estoy en una habitación de hospital.

—Salías del trabajo y te desmayaste. En el estacionamiento.

—Dios mío. —Me llevo la mano a la cara. Siento que voy a desmayarme otra vez. Curiosamente, no me duele nada.

Entonces recuerdo…

Me toco el vientre mientras cada célula de mi cuerpo se consume por la culpa y la preocupación.

—¿Está bien el bebé? ¿Lo revisaste?

—Le hicimos una ecografía completa mientras dormías —la enfermera sonríe—. El bebé está bien.

—Ay, gracias a Dios —me hundo de nuevo en la cama, por extraña que me resulte. Pero el alivio es temporal mientras sigo intentando armar el rompecabezas—. ¿Cómo llegué hasta aquí?

—Tuviste suerte. Justo en ese momento, alguien estaba junto a tu coche cuando te desmayaste y te trajo.

Estaba en el trabajo. Salía de allí y, torpemente, intenté meter la llave en la cerradura, una puerta que no siempre se abre, incluso cuando no está cerrada con llave. Y allí estaba alguien… lo suficientemente cerca como para atraparme.

Alguien que me sacaba mucha altura.

Alguien de negro.

Alguien…

—Hola, *Erin*.

Apenas puedo contenerme para no gritar.

Estaba tan absorta en averiguar dónde estaba y si el bebé estaba bien o no que ni siquiera me percaté de la figura oscura sentada en la esquina de la habitación.

Hay algo en la voz de Ransome que le indica a la enfermera que necesitamos privacidad. Se disculpa discretamente, aunque no sin antes mirarme fijamente a los ojos por un instante mientras me entrega el botón de llamada.

—¿…O debería decir Amara? —pregunta en cuanto ella se va.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Se acerca a la luz. La ropa es la misma que en el sueño, lo que me indica que no fue un sueño en absoluto.

—He oído que me has estado ocultando cosas —responde vagamente.

Me confunde, hasta que miro dónde están sus ojos.

Mi barriga.

Me tapo con la manta áspera del hospital.

—¿Cómo te enteraste?

—Yo envié a Maverick.

Así que tampoco fue un sueño. Sabía que lo había visto. Sabía que no estaba siendo paranoica y que mi mente no me estaba jugando una mala pasada.

Muchas cosas empiezan a tener sentido ahora. Y eso me enfada.

—Me has estado acosando —le digo acusándolo.

—No creo que esa sea una palabra que tú puedas usar en mi contra.

Se niega a mirarme más de lo necesario, lo cual está bien. Yo tampoco quiero mirarlo. Ahora que sé que el bebé está bien, no quiero estar aquí.

—Creí que querías que me fuera —le dije.

—Sí.

—Me echaste, negándote a escuchar nada de lo que tenía para decir —continúo.

—Y sigo sin querer oír tus excusas sobre por qué fuiste desleal.

—Entonces, ¿por qué estás aquí? —pregunto.

Con eso, Ransome se gira bruscamente y sus ojos pétreos se clavan en mí con dureza.

—Porque estás embarazada.

—¿Y qué? —espeto.

Los pitidos se intensifican a medida que aumenta mi ritmo cardíaco. Ransome dirige la mirada al monitor.

—Necesitas calmarte.

—De nuevo, ¿por qué te importa? No quieres tener nada que ver conmigo. ¿Qué te importa si yo estoy bien o si el bebé está bien?

—Porque ese bebé podría ser mío —responde bruscamente.

Resoplo.

—De acuerdo. Quiero decir, *es* tuyo. Eso no está en discusión.

—Para mí sí —dice.

Me quedo boquiabierta.

—¿Crees que te he sido infiel?

—Creo que voy a necesitar una prueba de paternidad para asegurarme de que no lo fuiste.

—Increíble —sacudo la cabeza y me recuesto en la cama—. Dios mío, Ransome. Desde el trabajo en Apex hasta todo lo demás que me enseñaste, te fui completamente leal.

—Algunas de tus acciones sugieren lo contrario.

Lo miro con los ojos entrecerrados.

—Sin mencionar las fotos —añade—. Y ese vídeo.

—¿En serio sigues dándole vueltas a eso? —levanto las manos—. No me interesa Tristan. En cada conversación que tuvimos, me acorraló.

—Demuéstralo —dice.

—¡¿Cómo?! ¡No escuchas nada de lo que digo! Y, por si acaso dejaste los estudios incluso antes que yo, te doy una noticia de última hora: *no puedes* demostrar una negación.

—Entonces demuestra un positivo —cruza los brazos—. Demuestra que soy el padre. Con una prueba de paternidad.

—¡Joder, mi bebé *no es* de Tristan Chadovich!

El pitido se intensifica de nuevo.

—Baja la puta voz —gruñe.

Bajo la voz, pero mi tono se mantiene igual. Molesto, articulado, conciso.

—El bebé es tuyo.

—Y si eso es… —empieza a decir, pero lo interrumpo.

—*Él.*

—¿Qué?

—El bebé es un niño. *Él,* no *eso.*

Los ojos de Ransome vuelven a bajar rápidamente. Algo tormentoso aparece fugazmente tras ellos. Algo que no había visto antes y que no puedo descifrar.

—Si… *él* … es mío, entonces vendrá conmigo.

Eso me hace reír de verdad.

—No puedes quedártelo. Soy su madre.

—Entonces tú también vendrás conmigo.

Ransome está de pie frente a mí. Lo cual odio, pero estoy postrada en una cama conectada a máquinas, así que no puedo moverme. Mostrarle el dedo medio es lo más cerca que puedo estar de demostrarle lo que siento.

Pero no lo hago. Porque su ceño nunca ha estado más fruncido que ahora, y no quiero poner a prueba hasta dónde sería capaz de llegar para castigarme. No mientras llevo otra vida dentro mío.

Hay algo más. Mientras se mantiene tan cerca, con su rostro a centímetros del mío, mis sentidos se llenan de cosas familiares y olvidadas.

—Si es mío, es el heredero de los Rozanov. Y de ninguna manera un heredero de los Rozanov va a languidecer en un pueblucho perdido en medio de la nada solo porque su madre es demasiado terca para afrontar su futuro.

El heredero de los Rozanov.

Joder. No había pensado en eso.

El peso de sus palabras me oprime. Lucho contra él lo suficiente como para responder.

—¿Cómo supiste dónde estaba? ¿Me has estado siguiendo todo este tiempo?

—Me estás dando demasiado crédito, *dorogoya.*

—¿Qué se supone que significa eso?

—Sabes lo que hiciste. Sabes cómo te encontré —se me eriza el vello de la nuca al darme cuenta de lo que dice—. Iniciaste sesión en Apex.

Me muerdo el interior de la mejilla por un instante, negándome a mirarlo.

—O querías que te encontraran, o querías que te rescataran…

—No necesito que me *rescaten*. Todos estamos muy bien. De hecho, nos va de maravilla.

—Tu coche apenas arranca. Trabajas por el salario mínimo en una consulta de dentista. Difícilmente podrías llamarlo "de maravilla".

—Me pagan más que eso. Y además recibo beneficios.

—Puedes mentirte a ti misma, pero no puedes mentirme a mí —sacude la cabeza—. Querías que te encontrara. Eso, o simplemente no podías mantenerte alejada.

—¿Qué se supone que significa eso? —espeto.

Por primera vez, los labios de Ransome se curvan levemente en una sonrisa maliciosa.

—Las viejas costumbres son difíciles de erradicar, ¿verdad?

Quiero rechazar su acusación. Quiero decirle dónde puede meterse sus costumbres y sus suposiciones sobre mi vida. La vida que *él* me pidió que cambiara.

Pero permanezco en silencio.

—De cualquier manera, vienes conmigo —dice.

Observo sus manos, aferradas a la barandilla. Sus nudillos están más blancos que las sábanas. Está enfadado, más enfadado de lo que lo he visto en muchísimo tiempo.

Tengo el botón de llamada en la mano. Mi pulgar se cierne sobre el botón. Sé que lo ve, aunque mantiene la mirada fija en la mía.

—¿Y si no lo hago? —me atrevo a preguntar.

10

RANSOME

BARON: ¿La encontraste?

El mensaje me llega como por arte de telepatía, en el preciso instante en que salgo de la habitación de Amara.

Se acabó el horario de visitas. Quieren retenerla durante la noche y controlar sus signos vitales. Me alegra y me molesta a la vez. Por un lado, me encantaría arrancarle los tubos de los brazos y subirla a mi avión para que le hagan todas las pruebas en un hospital que conozco y en el que confío.

Pero como no puedo hacer eso, supongo que al menos están tomando las precauciones adecuadas.

RANSOME: Sí.

BARON: ¿Y?

RANSOME: Está embarazada.

BARON: Sin ánimo de ofender, primo, pero ya lo sabíamos.

BARON: ¿Pero es tuyo?

RANSOME: Todavía no lo sé.

Los mensajes son tan repetitivos que me dan ganas de apretar la mandíbula. No estoy de humor para nada de esto. Una cosa era volver a verla. Otra cosa muy distinta, verla embarazada. Confirmar que podría estar esperando a mi hijo desata una tormenta de emociones completamente diferente en mi interior.

La idea de que pueda estar embarazada de otro hombre eleva esa tormenta a categoría cinco.

Necesito saberlo. Y necesito saberlo lo antes posible. Lo que significa que Amara subirá a mi avión en cuanto salga del hospital, le guste o no.

Me duelen los huesos y me duele aún más la cabeza. Creo que probablemente tenga jet lag. Hay una diferencia horaria de dos horas que no me beneficia en absoluto, porque lo único que quiero es que este día termine.

Dicho esto, me armo de valor y me dirijo a la cafetería a tomar un café. La sola idea me da escalofríos, no solo por el café, sino por la cafetería en general. Me tranquiliza un poco ver que sirven Starbucks. Aunque seguramente que con "servir" se refieren a que lo compran a granel en Costco y lo preparan allí.

Mientras doy el primer sorbo, recordándome a mí mismo que solo lo hago por la cafeína y para tener algo en el estómago que no sea ácido, suena mi teléfono.

Es Baron.

—¿Y cuál es el plan? —pregunta en cuanto le contesto.

—Necesito averiguar si me fue infiel —tomo otro sorbo y salgo. Una cosa es tomar un café en un vaso de poliestireno en un hospital. Otra muy distinta es beberlo rodeado de gente enferma, llorando y presa del pánico. Puede que esté en Montana, pero aún tengo mis principios.

—Supongo que ese es el punto de partida obvio —coincide conmigo —. Vale, en el peor de los casos, el niño no es tuyo. ¿Y entonces qué?

Siento que me arde la piel solo de pensarlo.

—Voy a averiguar quién es el cabrón que la tocó y lo arrastraré por la carretera hasta que no sea más que una mancha de grasa de cinco kilómetros.

—¿Ah, eso es todo?

Baron se ríe, pero no bromeo. La idea de que otro hombre se acerque a menos de tres metros de ella con la intención de acostarse con ella me provoca un deseo homicida como nunca antes. Lo cual es mucho decir, considerando algunos de los pecados que he cometido en mi vida adulta.

—Y entonces la descarto para siempre —añado.

—De acuerdo, jefe. ¿Y si el bebé es tuyo?

—Entonces me aseguraré de que tenga todo lo necesario para llevar el embarazo a término y dar a luz al bebé sano y salvo y la arrastraré de vuelta a Nueva York. No puedo permitir que un futuro *pakhan* Rozanov viva en la maldita Montana. Él tiene un legado que honrar.

—¿Él? —pregunta Baron.

—Sí —digo—. Eso es lo que ella dice, al menos. El bebé es un niño.

—Vaya. Un hijo.

Hijo. La palabra duele. No sé si duele de una forma agradable o desagradable, pero duele de cualquier manera.

—Entonces, si el primer escenario es real… —deja la frase incómodamente inconclusa—. ¿Has pensado en…?

—No lo digas —lo interrumpo, porque sé a dónde quiere llegar con esto.

—Pero hay que tenerlo en cuenta, ¿no? —pregunta Baron—. Quiero decir… Tristan y Amara han sido pillados juntos más de una vez.

—Le voy a pedir que se haga una prueba de paternidad. Hasta entonces, no voy a especular.

—Lo entiendo —dice rápidamente. Luego hay una pausa antes de que salga el siguiente disparo—. Y si el bebé es tuyo, ¿cómo piensas manejarlo? Desde el punto de vista logístico.

—¿Te refieres a que estoy casado con Jenica?

—Bueno, sí. También está el tema de la vivienda. O sea, quieres traer a Amara de vuelta aquí. No estarás pensando en que viva en tu casa, bajo el mismo techo que tu esposa ¿verdad? Sería un reallity desastroso. —Baron se ríe entre dientes—. Dios. *Las Amas de Casa de la Bratva.* Imagínate.

—Ella no viviría en la misma casa —gruño.

—Es broma. Pero en serio, primo… vendiste el ático. ¿Dónde se va a quedar?

Uno pensaría que mi propio primo me daría algo de crédito. Obviamente lo he pensado todo. Aunque la situación siga siendo complicada.

—Puedo comprarme otro ático, ¿sabes? Y además tengo mi finca.

—¿Así que estarías alternando entre las dos? Madre de tu hijo de día, esposa de noche.

—Deja de llamarla así —le espeto.

Mi mano libre se aprieta contra mi costado. Estoy harto de esta conversación.

—¿A cuál? —pregunta. Baron se ha vuelto más atrevido desde que me convertí en *pakhan*. No estoy seguro de que me guste. Necesita recordar quién manda.

—Ambas —espeto.

—Lo siento. Solo… ten cuidado, ¿sabes? Estás casado con una Chadovich. Y no se puede confiar en ningún Chadovich, aunque estén hechos más de plástico que de células humanas. Y sus cerebros estén saturados de estadísticas de programas de citas.

—No es tan tonta como crees —murmuro.

—Oh, sé que no lo es. Por eso yo tendría cuidado pase lo que pase. Esto es mucho para manejar.

—Lo sé.

Aquí termina la llamada. No necesito que mi primo me dé sermones sobre la gravedad de mi situación. Sé mejor que nadie lo perjudicial que es todo ahora.

Si Amara realmente está embarazada de mi bebé, *mi hijo,* entonces se tomarán medidas para asegurar al futuro *pakhan*. Y si ese es el caso, tendré que asegurarme de que no haya problemas en casa, aunque eso signifique mentirle a Jenica y ocultarle cosas a Amara.

Termino el último sorbo del agua quemada y turbia que me hicieron pasar por café y consulto la cobertura en mi teléfono.

Si quiero solucionar este desastre, voy a necesitar algo más fuerte.

11

AMARA

—Nos preocupa un poco su seguridad.

La voz de la doctora es suave. La enfermera ha cerrado la puerta, así que solo estamos nosotras tres aquí dentro.

Son las seis de la mañana. Apenas he dormido. Sean cuales sean sus preocupaciones, ojalá se las hubieran guardado para sí mismas hasta una hora razonable.

—¿Por qué? —pregunto, incorporándome con dificultad—. ¿Apareció algo más en la ecografía?

La doctora hace un gesto con las manos.

—Ah, no, no. El bebé está perfecto. De verdad, está genial. Estás haciendo un trabajo increíble con la atención prenatal.

Frunzo el ceño.

—¿Entonces de qué hay que preocuparse?

—Ese hombre —dice bajando la voz—. El hombre que estuvo aquí antes. El que te trajo al hospital. ¿Es tu marido?

—Joder, no —exclamo antes de darme cuenta de lo mal que probablemente suena—. Quiero decir… lo conozco. Pero ya no estamos… *juntos*. Digo, sí lo estábamos. Más o menos. Es complicado.

Estoy divagando como una idiota. Mientras tanto, ella me dedica un gesto de comprensión. Como si me entendiera.

La chica no tiene ni idea.

—Las relaciones son complicadas —dice.

La subestimación del año.

—Pero nunca deben sentirse inseguras —continúa, y mis ojos se abren de par en par.

—Ah. No. No, no, no —suelto una risita nerviosa—. Gracias, pero… no es así.

—Está exigiendo una prueba de paternidad —dice ella, y yo resoplo.

—Por supuesto.

—Obviamente, eso no es algo que haríamos ni podríamos hacer sin tu consentimiento. Aunque debo decir que podría intentar causar problemas si te niegas. Legalmente, me refiero.

Niego con la cabeza, presionando las palmas de mis manos contra mis ojos.

—No. Está bien. Si eso es realmente lo que quiere —*si eso es lo que hará que me deje en paz,* añado mentalmente—, entonces hagámoslo.

—¿Estás segura? —pregunta—. Porque si necesitas que intervenga la policía, podemos hacerlo.

—No —suelto demasiado rápido. Entonces me doy cuenta de lo mal que suena—. Es que…

La doctora me pone la mano en el brazo.

—Puede ser sincera con nosotras, señorita Hathaway. Aquí está a salvo.

A salvo.

Qué estupidez.

No tienen ni idea de lo que significa, o de lo que *no* significa, en mi situación. No tienen ni idea de con quién estoy tratando. Ransome no es solo un exnovio iracundo y controlador. Ni de cerca. Y ni siquiera la policía podría alejarlo, por eso es más fácil darle lo que quiere. Por ahora.

—No pasa nada, de verdad. Ladra más de lo que muerde —fuerzo una sonrisa. Una cosa es segura: me he vuelto increíblemente buena mintiendo desde que conocí a Ransome Rozanov.

Después de que la doctora y la enfermera se van, cierro los ojos. Estoy tan cansada que me arden en cuanto los cierro. Ojalá pudiera desconectar mi mente el tiempo suficiente para dormir. Aunque solo fuera por un instante.

Casi lo logro. En cuestión de minutos, mi cabeza se inclina hacia un lado. Mi respiración comienza a regularizarse. Y casi alcanzo ese momento de alivio…

Cuando, de repente, la puerta se abre de nuevo.

No. Se abre de g*olpe.* Fuerte contra la pared que tiene detrás.

Me incorporo de golpe y casi me arranco la vía intravenosa del brazo.

Lo primero que pienso es en la policía. Lo segundo, porque estoy agotada y paranoica, es en Tristan.

Pero para mi alivio, y un poco para mi preocupación, son mis hermanos, los tres corriendo hacia mi cama en un estado de nerviosismo.

—Dios mío, ¿qué pasó? —pregunta Eliza, casi arrojándose encima de mí.

—Está todo bien, chicos. Estoy bien, de verdad.

—¡Estás en el hospital! —dice Bella, acercándose al otro lado de la cama. Por primera vez en mucho tiempo, su tono denota más miedo que sarcasmo, y eso me produce un nudo en el estómago.

—Solo me llevé un pequeño susto, eso es todo.

—¿Qué clase de susto? —pregunta Eliza con lágrimas en los ojos—. ¿Está bien el bebé?

Asiento con la cabeza y le tomo la mano.

—Sí. El bebé está bien. Y yo también. Solo me desmayé, eso es todo.

—¡¿Te desmayaste?! —gritan ambas chicas.

Miro a Gianni. Está erguido, pero sus ojos recorren la habitación, desde el tubo de la vía intravenosa hasta las máquinas que zumban.

—Sí. Después del trabajo. Fue un problema de azúcar en sangre —miento—. Pero ya estoy bien.

—Entonces, ¿por qué no te desconectan y te dejan ir a casa? —pregunta Gianni. Intenta mostrarse fuerte, pero siempre ha odiado los hospitales.

—Querían retenerme durante la noche para hacerme algunas pruebas por precaución. Pero estoy segura de que ya están tramitando los papeles del alta —digo justo cuando la puerta se abre de nuevo.

Jesucristo.

Es la enfermera.

—Señorita Parker, los resultados de la prueba están en el laboratorio. Pronto sabremos las noticias.

Joder.

Mis tres hermanos la miran y luego se vuelven hacia mí antes de que se desate el torbellino de preguntas.

—¿Qué resultados de la prueba? —pregunta Eliza.

—¿Estás enferma? —pregunta Bella—. ¿Está enfermo el bebé?

—¿Qué está pasando realmente? —pregunta Gianni.

Respiro hondo, intentando decidir cómo voy a afrontar esto. Obviamente, la verdad va a provocar una explosión. Pero no puedo mentirles, no después de todo lo que hemos pasado. Después de todo lo que les he hecho pasar.

Además, Ransome probablemente siga por ahí, acechando en las sombras mientras espera los resultados de la prueba.

—Bueno… —respiro hondo y me arranco la tirita—. Desde hace más o menos una semana, alguien me ha estado siguiendo.

—¿Te están *acosando?* —los ojos de Eliza se abren de par en par—. ¿Es alguien de…? —deja la frase inconclusa, sabiendo que no debemos decir nada en voz alta.

—¿Quién? —pregunta Gianni—. Porque si es Tristan, le voy a dar una paliza.

—No —niego con la cabeza—. No es Tristan.

—¿Qué quieres decir con que te estaban siguiendo, entonces? —pregunta Eliza. Mientras tanto, Bella está inclinada, con la cabeza apoyada en mi pecho, llorando en silencio.

—Pensé que me lo estaba imaginando. Que estaba siendo paranoica, ¿sabes? Pero luego me di cuenta de que era real.

—¿Qué era real? —pregunta Gianni.

—Un coche oscuro.

—Y no fue Tristan —repite Gianni—. ¿Quizás Yury? ¿O Daniil?

—No —respondo.

—¿Estás segura? —pregunta Gianni.

—Sí. —Ojalá se callaran el tiempo suficiente para que yo pueda hablar. Porque es solo cuestión de tiempo antes de que la historia se revele con la llegada de otra persona. Y por seguridad, es mejor que les explique todo antes de que Gianni intente matar a Ransome en una habitación de hospital que ya me va a costar una fortuna.

—Era Maverick —digo, y todos me miran.

—Maverick está muerto —afirma Gianni.

—No. No lo está. No sé cómo, pero no lo está.

—¿Pero por qué te estaría siguiendo Maverick? —pregunta Eliza.

—Porque… puede que haya… iniciado sesión en mi cuenta de trabajo.

Eliza se queda boquiabierta. Gianni se aparta de la silla en la que acaba de sentarse, tirándola al suelo en el movimiento, antes de pasarse las manos por el pelo.

—Jesús, Amara. ¿Por qué hiciste eso? ¡Es una estupidez!

—¡Lo sé! —digo mientras acaricio la cabeza de Bella, que está llorando de nuevo.

—Él puede ver cuando haces eso, ¿sabes? —continúa.

—Lo sé.

—Y con la tecnología que tienen, probablemente sepa desde dónde iniciaste sesión.

—Lo sé.

Eliza nos mira a ambos.

—¿Eso significa que sabe dónde estamos?

Asiento con la cabeza.

—Joder —exclama Gianni—. ¿Por qué? ¿Por qué hiciste eso?

—Vale, espera —dice Eliza intentando rectificar.

La conozco. Busca el lado positivo de la situación. El lado bueno de las cosas.

Lamentablemente, no existe uno. Ya no.

—Tal vez no lo sepa —continúa Eliza—. Tal vez envió a Maverick por precaución, pero no lo confirmó. Tal vez…

Justo en ese momento, se abre la puerta, lo que prácticamente lo confirma todo.

Ransome ni siquiera dice una palabra. Simplemente se queda ahí parado, con los brazos cruzados, haciéndose notar. Es tan… típico de él.

—Tú —gruñe Gianni.

Ay, Dios, allá vamos.

Ransome clava su mirada gélida en él.

—No empieces, chico.

—¿No empieces? —continúa Gianni—. ¡¿No empieces, carajo?!

—G, para —me obligo a enderezarme. Me siento como un blanco fácil. No puedo levantarme, no puedo moverme. Estoy indefensa.

—Gianni —también advierte Eliza, pero nuestro hermano es un desastre en este momento.

—Yo no estoy empezando nada —dice Gianni, plantándose frente a frente con Ransome—. Él fue quien empezó. El trabajo, la esperanza, las mentiras, las malas compañías. Sí, así es, lo dije. Ni siquiera habría conocido a los Chadovich si no fuera por ti. Todavía tendría mi coche, seguiría cuidando de mi familia, viviendo en mi casa. Sé que no era mucho, pero era nuestra.

Sus puños tiemblan a sus costados, y un leve quiebre en su voz lo sacude mientras escupe meses de resentimiento a los pies de Ransome.

—Y tú nos lo quitaste todo —exhala con voz temblorosa—. Nos dejaste sin un lugar a donde ir, sin disculpas. Simplemente te deshiciste de *tu* desastre.

—Gianni…

—Y está *embarazada*. Joder, está embarazada, hombre. Y para colmo, tiene a tus hombres pisándole los talones.

—G, hablo en serio…

—Así que no. No estoy empezando una mierda. Pero seguro que la voy a terminar.

—¡Gianni! —grito, sin importarme ya quién me oiga. Gianni ya ha provocado un alboroto que seguramente ha hecho que la seguridad se dirija hacia nosotros. Además, con Ransome aquí, da igual que la gente sepa nuestros nombres reales.

—Te sugiero que te sientes, muchacho —dice Ransome—. Estás estresando a tu hermana. Es malo para el bebé.

—¿*Yo* la estoy estresando? —grita Gianni—. Yo la estoy cuidando. Yo. Mientras tanto, tú fuiste quien la metió en esa cama.

—¡Cállense todos! —les espeto—. Todos me están estresando. No me van a dejar ir a casa hasta que mi ritmo cardíaco se estabilice, ¡y es un poco difícil mantener la calma con todos ustedes gritándose unos a otros!

—Tiene razón —coincide Eliza—. Si quieren pelear, háganlo afuera. Pero no delante de Amara ni del bebé.

—Tengo más asuntos con ese bebé de los que te imaginas —gruñe Ransome. Me cubro la cara, mi ritmo cardíaco se acelera.

—¿Y cómo estás tan seguro? —pregunta Gianni.

—¡G! —espeto—. ¡Ya basta!

Con eso, Ransome pierde la compostura y agarra a Gianni por la camisa. —Escucha, mocoso…

—Disculpen —la voz de la enfermera es lo único que logra que todos se callen. Ransome suelta a Gianni, quien se aparta con un gesto de desdén. Eliza me aprieta la mano y Bella se incorpora.

—Ya tenemos los resultados de la prueba —dice.

12

AMARA

Positivo.

Esperaba que la enfermera le contara a Ransome en privado, pero en cuanto dice que tiene los resultados él le grita exigiendo la respuesta. Y como la gente no suele decirle que no a Ransome, sobre todo cuando está furioso, ella suelta la respuesta sin pensarlo dos veces. Una respuesta que yo ya conocía perfectamente.

Y sin embargo, se siente como un clavo más en el ataúd.

El bebé es de Ransome. Él ya lo sabe. Y, por la expresión de su cara, supongo que hará todo lo posible para que volvamos a Nueva York con él.

Por supuesto, a mis hermanos sobreprotectores no les entusiasma mucho la idea, especialmente a mi hermano menor.

—Ni de coña —dice Gianni—. No se va a ir a ninguna parte.

—No creo que seas tú quien deba decidir eso, chico —dice Ransome.

—Es mi hermana —argumenta.

—Está esperando un hijo mío.

—¡Un hijo del que ni siquiera sabías porque nos exiliaste del estado de Nueva York!

—Si te hubieras quedado estarías muerto —afirma Ransome.

—¡Y tú estarás muerto si secuestras a mi hermana y a mi sobrino!

—¡Ya basta! —les espeto a ambos—. Nadie me dirá a dónde voy o no voy.

—No puede simplemente venir aquí y exigir una prueba de paternidad y luego decidir tu futuro —espeta Gianni—. *Otra vez*.

—Estoy de acuerdo —añade Eliza con valentía—. Ya ha pasado por bastante en el último año. Todos lo hemos hecho. Y aunque no lo parezca, nos hemos armado una vida aquí. Una buena vida, incluso. Desarraigarla no va a ser bueno ni para su salud ni para la del bebé.

—Amara está esperando un heredero Rozanov —dice Ransome. Sus palabras hacen que Gianni resople y maldiga entre dientes, pero decide ignorarlo—. Ningún hijo mío va a crecer en medio de la nada.

—Ella tiene voz y voto en eso, ¿sabes? —dice Eliza.

—Tiene razón —coincido—. Yo tengo voz y voto. Y lo que digo es que necesito que los tres se vayan a casa ahora.

—¿Qué? —pregunta Gianni bruscamente.

—Amara… —argumenta Eliza.

—Lo digo en serio —les digo—. Necesitan descansar y no deberían faltar ni a la escuela ni al trabajo. Vayan a casa y déjenme hablar con Ransome.

—Estás hablando con él perfectamente —gruñe Gianni.

—A solas —digo—. Ahora vayan a casa y déjenme resolver las cosas.

Mis hermanos se muestran reacios, pero después de un momento en que me miran fijo sin que yo parpadee, me escuchan.

—Avísanos si necesitas algo. —Eliza me abraza por un lado, Bella por el otro.

Me obligo a no llorar.

—Lo haré.

—Y no dejes que este cretino te engañe —Gianni frunce el ceño—. Tenemos derechos y ese bebé es tanto Parker como Rozanov.

—Gracias, Gianni. Ahora vete.

Es el último en irse. Al salir, le lanza a Ransome una última mirada fulminante.

Una vez que se van, mi atención se centra en Ransome. Está mirando por la ventana como si estuviéramos en su oficina de Nueva York y me invaden los recuerdos. Recuerdos sobre los que no sé muy bien cómo sentirme.

—Antes de que digas nada —empiezo—, debes saber que no voy a renunciar a mi bebé solo porque seas el padre. Y, por cierto, siempre supe que eras el padre. Sería biológicamente imposible que él perteneciera a otra persona.

—Él —reflexiona sin darse la vuelta. Su voz es hueca y no logro descifrar su tono. Pero ahora mismo no me importa—. ¿Desde cuándo lo sabes?

—¿Que estoy embarazada?

—Que es un niño.

Claro. Por supuesto, eso es lo único que le importa. No que esté embarazada de su hijo, sino que esté gestando a su *heredero.* Qué mentalidad tan medieval.

—Mi primera cita fue una ecografía. Me dijeron que ya estaba lo suficientemente avanzada como para ver el sexo. Quería saberlo.

—¿Tanto tiempo tardaste en ir al médico?

Si no lo conociera mejor, casi pensaría que en su voz se notaba inquietud. Preocupación. Por mí y por el bebé.

Pero yo sé que no es así. A estas alturas, me queda bastante claro cómo piensa Ransome Rozanov y qué considera digno de reflexión.

Su legado.

—Es difícil encontrar un médico cuando se está viajando por todo el país —murmuro.

—Podrías haberte detenido.

—No, Ransome, no podía —me incorporo lo más que puedo—. Estaba huyendo. Tenía a mis tres hermanos menores metidos en un coche, tan solo con la ropa que llevaban puesta. Necesitaba encontrar un lugar donde vivir. Uno que estuviera lo suficientemente lejos para cumplir con *tus* requisitos, por cierto. E idealmente, un lugar donde no me persiguieran, ni me secuestraran, ni me mataran a tiros mientras dormía —mi tono ahora destila sarcasmo—. Dos de tres, supongo.

—Lo entiendo —dice Ransome.

—Sí, claro.

—Hablo en serio —finalmente se gira para mirarme—. Entiendo. De verdad.

Y tal vez sea porque veo algo en su rostro. Una sombra de una emoción que no es solo ira, ni solo traición.

Pero por un segundo, le creo.

—¿Lo entiendes?

—Sí —asiente Ransome con gravedad, como si hubiera tomado una decisión—. No voy a arrastrarte a casa a la fuerza.

Ah.

Bueno, supongo que eso es algo.

Pero no estoy negociando con el diablo para conformarme con *algo.* Eso es lo mínimo y los días en que habría aceptado eso de Ransome han quedado muy atrás.

—Esta es mi casa ahora —digo.

—Tienes razón —sus palabras me sorprenden una vez más—. Pero necesitas la mejor atención. Para ti y para nuestro hijo.

—Nuestro hijo.

Lo pronuncio. Suena tan raro. Me he acostumbrado a la idea de que el pequeño dentro mío sea *mi* hijo, pero oír la palabra salir de la boca de Ransome es… algo.

—Sí. Nuestro hijo. Necesita lo mejor de lo mejor, es un Rozanov. Y aquí no se puede conseguir ese tipo de atención.

Debí haberlo sabido. Tantas palabras bonitas, ¿para qué? Para que le resultara más fácil imponer su agenda.

La decepción me invade.

—¿Así que *sí* me estás pidiendo que vuelva a Nueva York?

Y entonces, sin darme cuenta, Ransome está sentado a mi lado en la cama.

Su expresión no es dura. De hecho, es… suave. A su manera, como esculpida en hielo.

—También quiero que tú recibas la mejor atención —me dice.

Pero no me lo creo.

—Por supuesto que sí. Ambas cosas van de la mano. Si yo no estoy sana, el bebé tampoco lo estará. Es lógico que te preocupes por defecto.

Sé que estoy siendo una cretina, pero creo que me lo he ganado. Al fin y al cabo, he estado viviendo en una imitación barata de Manhattan bajo sus órdenes. Ahora cambia de opinión y ¿se supone que debo volver como si nada? ¿Como un perro bien entrenado?

Joder, no.

Estoy absorta en esos pensamientos cuando él me aparta de ellos con una sola frase.

—Tú también me importas, Amara.

Lo único que puedo hacer es parpadear.

Ransome nunca me ha hablado así. Ha sido amable, a su manera. Tierno, en la medida en que puede serlo.

Pero esto es diferente. Y aunque busco un motivo en su expresión, no logro encontrarlo.

Está siendo tan… humano.

—Siento que te debo una disculpa.

Si no estuviera ya acostada, sus palabras me habrían tirado al suelo.

—¿Eh? —pregunto, todo aliento.

—Sí. Creo que nunca te traté como debía, considerando la carga que tenías con tus dos trabajos. Sin mencionar la situación en la que te encontrabas con mi familia e incluso con los Chadovich —hace una pausa, lo suficientemente larga como para que empiece a preguntarme si ahí termina todo. Pero no—. Debí haberte cuidado mejor. No debí haberte acusado de infidelidad. Y de ahora en adelante, eso es lo que vas a recibir. La mejor atención posible. No solo para el bebé, sino también para tus necesidades.

Trago saliva con dificultad. Es todo lo que siempre quise oírle decir y más. Todo aquello con lo que me permití soñar en mis momentos de debilidad, aquí arriba, rodeada de montañas y recuerdos.

Entonces entrecierro un poco los ojos.

—¿Y cuál es el truco?

Sacude la cabeza una vez.

—No hay truco. Simplemente me doy cuenta de que necesito tratarte mejor, que te debo todo lo que has hecho por mí. Quiero arreglar esto, de la forma que tú consideres apropiada. Pero no puedo hacerlo desde el otro lado del país. Necesito que confíes en mí y vuelvas a casa conmigo, *dorogoya*.

Dorogoya. Significa cariño. Lo busqué la primera vez que lo dijo y me he quedado dormida escuchándolo una y otra vez. Sinceramente, nunca pensé que lo volvería a oír. Muchas de las cosas que dice, nunca pensé que las oiría.

Y, sin embargo, aquí estamos.

—Quiero confiar en ti —le digo—. Pero es un poco difícil, teniendo en cuenta cómo reaccionaste a esas fotos de Tristan y yo. Y a ese vídeo.

Ransome se muerde los labios. Sus ojos se llenan de pensamientos. ¿Quién iba a pensar que podían hacer eso? Reaccionar con algo más que un impulso.

—Lo entiendo. Saqué conclusiones precipitadas. La idea de verte con otro hombre, específicamente con ese hombre… me llenó de una rabia que no puedo explicar.

—¿Por qué?

Ransome me mira con incredulidad.

—¿Por qué? He oído que la confusión mental del embarazo existe, pero recuerdas a quién perteneces, ¿verdad?

Trago saliva con dificultad. Mientras tanto, me pellizco bajo la manta. Estoy segura que esto no es real. Segura de que Ransome Rozanov

no está aquí en mi habitación del hospital pidiéndome que vuelva a Nueva York, afirmando que todavía soy suya.

Debería decirle que se largue. Que se vaya. Debería volver a mi casa, a la nueva vida que mis hermanos y yo hemos construido. Seguir adelante y no mirar atrás. Aunque mi tiempo con él fue el más salvaje y apasionado de mi vida. Aunque todavía sueño con los orgasmos que me dio y la calidez de sus manos cuando me abrazaba. Debería decirle que se vaya y no volver a pensar en él jamás.

Pero no lo hago.

—A ti —digo en voz baja—. Te pertenecía a ti.

—Aún me perteneces, Amara. Y quiero… *necesito*… saber que te estoy cuidando. Yo. Personalmente.

Ransome espera una respuesta, pero yo, sinceramente, no tengo ni idea de qué decir. Me cuesta creer que todo esto sea real. Mentiría si dijera que no hay una pequeña parte de mí que siempre soñó con que esto sucediera. Me desvelaba por las noches esperando que algo así ocurriera. Y ahora que está pasando de verdad, no sé muy bien qué sentir al respecto.

Por eso no he dicho que sí.

Y voy a necesitar más argumentos para convencerme de hacerlo.

13

RANSOME

—Lo dije en el hospital y lo diré de nuevo: ni de coña.

Gianni me mira fijamente con toda la rabia contenida que puede generar su cerebro de diecisiete años.

Pero no avanzo. No porque le tenga miedo —eso sería una tontería — , sino porque estoy en su casa (una casa mucho más bonita de lo que esperaba, para ser sincero) y, técnicamente, Gianni es el hombre de la casa.

Además, si quiero sacar a Amara de este pueblucho perdido, tendré que ganarme el respeto, o al menos una aprobación a medias, de su hermano. Eso significa dejar que él tenga la sartén por el mango por ahora.

—Entiendo por qué dudas —digo—. Yo también dudaría si se tratara de mi hermana.

—¿Qué coño sabes tú de eso, Rozanov? —escupe—. No tienes hermanas.

Mantengo la compostura, a pesar de que nadie me habla así sin acabar perdiendo algún diente.

—Sé lo que significa la familia, Gianni.

Casi lo llamo *niño,* pero creo que debería evitar eso también. No es que necesite su permiso para llevarme a Amara y no volver jamás. Pero si quiero que venga conmigo feliz y de buena gana, tengo que obtener la aprobación de sus hermanos. Y, obviamente, convencer a Gianni va a ser lo más difícil.

Admiro su terquedad. Tiene cualidades sólidas. Sólidas como las de la Bratva. Pero ese no es el punto.

—¿Sí? —resopla—. No lo creo. Para que lo sepas, significa no quedarte de brazos cruzados viendo cómo lastiman a la gente que amas. ¿Tienes idea de lo mucho que le dolió venir aquí, dejándote a ti y a ese trabajo atrás? — sus ojos están fijos en el porche donde están sentadas Amara, Bella y Eliza.

—Sé que cometí errores —le digo—. Y sé que me costará mucho compensárselo. Y a ti. Nunca quise que te involucraras con Tristan.

—Sí, bueno, lo hice. Y mira dónde estamos ahora.

Una duda se instala en mi mente.

—Espero que no te estés culpando a ti mismo.

—No. Te culpo principalmente a ti —dice, y casi sonrío con ironía—. Por usarla y mentirle. Por ilusionarla. Por mantenerla en la ignorancia y, al mismo tiempo, exponerla lo suficiente a tu mundo como para que resulte peligroso para ella.

—Lo sé —asiento—. Y no tienes motivos para confiar en mí. Pero necesitas hacerlo en esto. Tristan está ahí fuera.

—Por supuesto, joder —murmura—. Tienes hombres y recursos. ¿Por qué no vas a buscarlo? Haz que pague. Conviértete en el rey de las calles, como siempre has querido.

—Porque no es tan sencillo —respondo—. Está tramando algo. Y aunque no lo lleve a cabo, tiene hermanos que sí lo harán. Tengo

que atraerlo primero. Entonces podré luchar contra él. Derrotarlo. Deshacerme de él. Pero hasta entonces, ningún lugar es seguro para ella. Ningún lugar excepto conmigo.

—¿Crees que no puedo cuidar de mis propias hermanas? —pregunta Gianni con enfado.

—No creo que ningún guardaespaldas del planeta pueda protegerla de Tristan. Sobre todo porque está embarazada de mi hijo. —me froto las sienes e intento encontrar la manera de traer calma a la situación. Aunque nunca se me ha dado bien apagar el fuego. Lo único que sé es echarle leña—. Conozco a Tristan. Es de la Bratva, su mente funciona de una manera particular. Una manera que solo hombres como él pueden entender. Puedo predecir sus movimientos. Y puedo detenerlo. Pero no si estoy teniendo que preocuparme por ella.

Gianni se muerde el interior de la mejilla un momento.

—No me gusta —dice.

—Lo sé —respondo.

—Pero si juras que puedes protegerla de Tristan, entonces puede ir contigo. No pelearé.

Extiendo la mano para un apretón firme.

—Es una promesa.

Salimos al porche para tener la misma conversación con las chicas. Son más fáciles de convencer, pero mucho más emotivas, sobre todo Bella.

—Simplemente no entiendo por qué no podemos ir contigo —dice Bella con voz melosa, apoyando la cabeza en el hombro de Amara mientras están sentadas en el columpio del porche. Al verlas así, no puedo evitar reconocer que el lugar tiene cierto encanto, aunque sea viejo y anticuado. Un encanto familiar.

Pero tal vez sea solo por ellos.

—Aquí estarás más segura —le dice Amara.

Asiento con la cabeza.

—Tu hermana tiene razón. Tienen un buen hogar aquí. Han conseguido trabajos y nombres, y además son prácticamente imposibles de rastrear. Lo sé por experiencia. Soy bueno encontrando gente cuando la busco.

—Pero Maverick nos encontró *y* nos acosó —argumenta Bella.

—Solo después de saber dónde estábamos —dice Amara.

—¿Y cómo supo dónde estábamos? —pregunta ella.

La miro a Amara, listo para inventarme algo, pero ella se me adelanta.

—Porque una noche estaba en mi ordenador y mi ubicación se envió al teléfono de Ransome.

—Mi teléfono personal —digo para tranquilizarlos—. Nadie más podría verlo.

—Sigo odiando que te tengas que ir —dice Bella con un puchero.

Eliza se sienta en el columpio al otro lado de Bella.

—Puede que tengan razón, Bella. Nadie nos está buscando. Pero si se corre la voz de que Amara está aquí, o peor aún, de que está embarazada, ella y el bebé ya no estarían a salvo.

—Ninguno de ustedes lo estaría —añado, y Eliza asiente con gravedad.

—Gianni, ¿cómo puedes estar de acuerdo con esto? Odias a Ransome —dice Bella con sequedad.

—Quiero lo mejor para Amara y el bebé —dice—. Y, nos guste o no, la protección de Ransome es lo mejor para ellos.

Bella y Eliza se acurrucan en Amara. Acepto dejarla quedarse una última noche, para que haga sus maletas y se despida.

Pero mañana tenemos que volar. Cuanto antes nos vayamos, más seguros estaremos. Y dejar que pasen una última noche juntos también me da tiempo para aclarar las cosas.

Hay muchas cosas que no le estoy contando a Amara, y no pienso hacerlo hasta que volvamos a Nueva York. Las cosas no van a ser exactamente como ella piensa. Pero si supiera la verdad, jamás se subiría al avión.

Y mientras esté embarazada de mi hijo, tiene que hacerlo.

14

AMARA

La técnica de ultrasonido sonríe mientras el palito se desliza sobre mi vientre.

—Es un niño.

—¿Ves? —le digo a Ransome, señalando la pantalla—. Te lo dije.

—Pues demándenme por querer verlo con mis propios ojos.

—Bueno, ahí lo tienes. La fontanería exterior. Es imposible no verla.

La técnica se ríe de mi sarcasmo, pero la atención de Ransome sigue fija en la pantalla.

—¿Es fuerte? —inclina un poco la cabeza—. Parece fuerte.

—Su hijo es muy fuerte —dice la técnica—. Esta señorita se ha cuidado de maravilla. Serán unos padres estupendos.

Ella pulsa un botón y la impresora imprime dos fotos, que nos entrega a Ransome y a mí. Luego me limpia y vuelve a encender las luces.

—¿Entonces todo parece estar bien? —pregunto.

—Todo se ve maravilloso, Amara. Tendrás un bebé sano de entre tres y cuatro kilos.

—¿Tres y cuatro kilos? —pregunto con los ojos muy abiertos.

—¿Eso es bueno? —pregunta Ransome.

—Es grande —digo, un poco asustada, pero la técnica solo sonríe.

—Tiene el tamaño perfecto y te irá de maravilla. Tengo la sensación de que eres tan fuerte como el pequeño que llevas dentro.

—No lo sé.

—Lo eres —la convicción de Ransome me sorprende—. Lo vas a hacer genial.

Mantiene un semblante serio, pero a estas alturas, ya puedo leerlo lo suficientemente bien como para vislumbrar una leve sonrisa. Un atisbo de calidez.

Me quedo embelesada mirando la foto en blanco y negro del bebé. Ha crecido tanto. Todavía no me lo creo, estoy creando un ser humano yo sola.

No. Yo sola no.

Con Ransome.

—Solo hay una cosa que les aconsejaría —dice la técnica.

—¿Por qué? —Ransome se pone inmediatamente en alerta máxima —. ¿Sucede algo?

—Me preocupa un poco tu presión arterial, Amara.

—Me imaginaba que dirías eso —murmuro—. ¿Qué tengo que hacer entonces? ¿Más ejercicio? ¿Comer mejor?

—Ambas cosas son recomendables, por supuesto. Pero, sinceramente, lo más importante es reducir el estrés. La fecha de parto se acerca rápidamente. Es hora de empezar a relajarse y de

asegurarse de que el ambiente sea cálido y tranquilo. Preparar el nido es una excelente manera de lograrlo. ¿Ya has preparado la habitación del bebé?

—Todavía no —digo, intentando imaginar una habitación para el bebé en el ático.

—Es un buen punto de partida —dice.

—Entonces, mantener la calma, llenar una habitación de la casa con cosas para bebés. ¿Eso es todo? —pregunta Ransome.

—No se trata solo de estar tranquila e ir de compras —dice con una sonrisa paciente—. La clave es la armonía en el hogar. Nada de caos, nada de dramas. Tan solo un hogar agradable y tranquilo, ¿sabes?

Tengo que reprimir la risa. Está bromeando, ¿verdad? Supongo que probablemente no. Todo eso tiene sentido en una vida normal. En un mundo normal.

Solo no en el nuestro.



Ransome me abre la puerta del coche y espera pacientemente mientras entro. ¿Quién iba a pensar que cargar con una personita tan pequeña dificultaría tanto el movimiento? Me siento tres veces más grande de lo normal y ni siquiera he engordado tanto. Aun así, me siento como un Land Cruiser, intentando aparcar torpemente en paralelo en un espacio reducido.

—Creo que necesitamos una camioneta —digo en cuanto Ransome se sube al coche.

—¿No te gusta mi coche? —pregunta.

—No quepo en tu coche —murmuro.

—Estás exagerando.

—Estás siendo deshonesto.

—Estás guapísima —dice, y yo, sinceramente, no tengo palabras. No estoy acostumbrada a esta versión suya: más paciente, menos irascible y mucho más contenida.

Mientras conducimos, él permanece callado. Puedo notar que su mente está de nuevo en la clínica.

—¿Te preocupa algo? —le pregunto.

—Solo intento encontrar la mejor manera de implementar el plan de reducir el estrés —dice. Mientras tanto, toma un desvío que no recuerdo en cuanto a las indicaciones para llegar al ático.

—¿Quieres decir que no crees que nuestras vidas sean poco estresantes? —bromeo, pero él no sonríe.

—Esto es serio, Amara. La presión arterial alta puede causar estragos en un embarazo, especialmente en el tercer trimestre.

—De acuerdo. ¿Vas a decírselo a los Chadovich o lo hago yo? —le pregunto, y él me mira de reojo.

—No tienes que preocuparte por los Chadovich. Yo me encargo de eso. Lo único que tienes que hacer es asegurarte de que nuestro bebé esté bien.

Ransome da otro giro y de repente nos encontramos serpenteando por una urbanización privada formada por casas que solo podrían describirse como mansiones. Están dispersas por las colinas, cada una con suficiente terreno para tener privacidad. Es precioso, pero estoy confundida.

—¿Adónde vamos? —le pregunto.

—A casa —dice mientras nos adentramos en lo que solo puedo describir como la versión noreste de la zona de los multimillonarios.

—Qué curioso —le digo—. No recuerdo que el ático estuviera por aquí.

—No lo está —dice—. Vendí el ático.

Aparto la mirada de las elaboradas casas para mirarlo.

—¿Lo hiciste? ¿Cuándo?

—Cuando te fuiste, ya no me servía para nada.

—Oh… —Me quedo en silencio mientras ato cabos, dándome cuenta por primera vez de hacia dónde vamos.

Ransome gira en un camino de entrada donde introduce un código y se abre una enorme puerta dorada. Avanzamos por una hilera de árboles y farolas elegantes antes de que la vegetación se abra, revelando una casa enorme y espaciosa.

—¿Dónde estamos? —pregunto con la boca abierta.

—En casa —dice mientras aparca y sale del coche.

Espero a que me abra la puerta, en parte porque me encanta su caballerosidad y en parte porque estoy en estado de shock.

—¿Vives aquí? —pregunto, con la mandíbula aún desencajada.

—*Tú* vives aquí —me dice, tomándome de la mano y tirando de mí. Es como si mis pies no quisieran moverse. Porque, joder, menuda carta blanca.

Entramos por una puerta que debe tener unos cuatro metros y medio de altura. El vestíbulo es tan grande como el salón de la casa en Montana. Todos los suelos son de mármol, al igual que las encimeras y los baños. Una escalera de caracol sube hasta la segunda planta, donde cuento cinco puertas de dormitorios. También hay un gimnasio, una sala de cine, una piscina y un patio con bar y jardín.

—Ransome… —me siento en el enorme sofá en L de cuero, que casi me engulle por completo—. Esto es una locura.

—¿Crees que te sentirás cómoda aquí? —pregunta, trayéndome un vaso de agua.

—¿Estás bromeando? —sonrío mientras se sienta a mi lado—. Ni siquiera sé qué decir. Es como un castillo.

—Me alegra que vayas a ser feliz —me ve sobresaltarme un poco y entrecierra los ojos—. ¿Qué pasa? ¿Qué ocurre? —pregunta.

—No pasa nada. El bebé se acaba de mover.

—¿Sí? —sus ojos recorren mi vientre.

—¡Sí! Ven, dame la mano.

Agarro la mano de Ransome y la coloco sobre mi vientre, moviéndola hasta que él también lo siente. Un piececito presiona contra la piel y contra su mano, y Ransome se queda boquiabierto. Y juro que es la primera vez que lo veo tan desconcertado.

—¿Qué…? —pregunta.

—Eso fue un pie —le digo.

—¿Te duele?

—A veces. Cuando me patea en las costillas, por ejemplo. —los labios de Ransome se curvan ligeramente hacia arriba. Me quedo mirando su sonrisa… ¡una sonrisa de verdad! …hasta que lo nota. Sus ojos vuelven a encontrarse con los míos, con las manos aún sobre mi vientre.

Entonces levanto la barbilla y, al mismo tiempo, él baja la suya y nuestras bocas se encuentran.

Ransome mueve la mandíbula para separar mis labios y su lengua encuentra la mía. Cierro los ojos y arqueo la espalda mientras pego mi cuerpo al suyo. Luego, con nuestros labios aún unidos, desabrocho el primer botón de su camisa gris oscuro.

Pero antes de que pueda pasar al siguiente, se aparta y se pone de pie. Luego saca el teléfono del bolsillo, que vibra con una llamada.

—¿Está todo bien? —pregunto.

—Tengo que irme —murmura.

—¿Trabajo? —pregunto, pero no contesta. Lo que significa que sí, Y no de Apex.

—No pasa nada —le digo, abrazando mis rodillas—. ¿Volverás para cenar?

Ransome saca otro teléfono y me lo da. El teléfono es desechable.

—La nevera está llena de aperitivos y comida saludable. Y si no encuentras nada que te guste, puedes usar ese teléfono para pedir algo. Iván lo recogerá por ti, tiene acceso a las puertas.

—De acuerdo… —dejo la frase inconclusa. No sé por qué me sorprende. Esta es su vida. La recuerdo. No sé por qué fui tan ingenua de pensar que sería diferente—. ¿Sabes cuándo volverás a casa? —pregunto mientras se pone una chaqueta. Luego se abrocha el botón superior.

—No volveré esta noche. De hecho, suelo quedarme en la otra finca la mayor parte del tiempo.

—¿La otra finca? —repito—. Pero creí que esta era tu casa.

—La finca de mi padre. La heredé cuando me convertí en *pakhan*.

¿Él es pakhan?

O sea, obviamente lo es. Cumplió treinta. Aun así, supongo que no pensé en nada de eso. Estaba demasiado ocupada suspirando ante la idea de que fuéramos una familia. Lo cual, sinceramente, es un poco ridículo.

—Claro —asiento, fingiendo que no me entristece que se vaya—. Entonces… ¿no sabes cuándo vas a volver?

—No. Pero siempre puedes contactarme. Nunca dudes en escribirme. Desde el teléfono desechable.

—¿Por qué ese teléfono? —pregunto.

—Porque es seguro —afirma—. Amara, puede que algunas cosas hayan cambiado desde que regresaste, pero muchas otras siguen igual. De hecho, incluso más. Y tendrás que acostumbrarte.

Con eso, me deja sola en una casa enorme.

¿Acostumbrarme? Ya estaba acostumbrada. Lo viví en carne propia. Y no soy tan ingenua como para pensar que las cosas cambiarían mágicamente, al menos no en lo que respecta a su trabajo. Pero mientras estoy sentada en su sofá, acariciando con los dedos el movimiento de mi vientre, no puedo evitar sentir tristeza.

Una vez más, estoy con Ransome Rozanov, pero no realmente. Una vez más, estoy rodeada de cosas que se parecen a él, huelen a él, se sienten como él. Pero no son él.

Eso se debe a que Ransome Rozanov es un *pakhan* de la Bratva. El puesto más importante en su mundo. Y yo solo soy la mujer que lleva a su hijo en su vientre. Un hijo que probablemente ya tiene en mente convertirlo en el próximo *pakhan* de la Bratva. Me guste o no.

Pero, al igual que con cualquier otro detalle de mi vida que ha salido mal, realmente no hay nada que pueda hacer al respecto.

15

RANSOME

No voy a mentir.

Salir de mi casa, mi verdadero hogar, y dejar a Amara sentada en el sofá con los labios fruncidos casi me mata. No solo porque me siento fatal por haberle dado falsas expectativas sobre cómo iban a ser las cosas, sino también porque esos labios fruncidos me vuelven loco. Me costó muchísimo no arrancarle la ropa y explorar su cuerpo, que lleva a nuestro hijo dentro, con los dedos, la boca y todo lo demás.

Pero no pude.

Para mi mala suerte, Jenica me estaba bombardeando a llamadas. Sabe que he vuelto del viaje y está ansiosa por que vuelva a casa con ella. Pero, obviamente, no por las razones que una esposa suele tener para ver a su marido. Quiere ponerme a prueba.

Y vaya si me presiona. En el momento en que entro por la puerta, se transforma en una auténtica Chadovich.

—*Gde ty byl?* —espeta. *¿Dónde has estado?*

—Ocupándome de mis asuntos —respondo, colgando mi chaqueta.

—¿Hay asuntos más importantes que volver a casa con tu esposa? —pregunta.

—Teniendo en cuenta que no nos casamos por elección, creo que se puede afirmar que cualquier asunto es más importante que eso —digo robóticamente, dirigiéndome a la cocina para servirme un vaso de whisky.

—*Ty mudak* —se burla. *Eres un imbécil.*

—En inglés, por favor —digo mientras doy un sorbo y dejo que el whisky me calme los nervios, que ahora mismo parecen cables a punto de estallar—. No tengo energía para discutir contigo en más de un idioma ahora mismo.

—¿Sabes cómo me veo estando casada contigo? —pregunta ella.

—Teniendo en cuenta mi estatus, diría que bastante bien.

Intento dirigirme a mi oficina, pero ella se interpone en mi camino.

—Me veo haciendo el ridículo, Ransome. Te vas de la ciudad sin ninguna explicación más que "es por trabajo". Lo cual es una tontería, porque literalmente nunca has ido a Montana por nada en tu vida, ni por trabajo ni por ningún otro motivo.

—Fue por motivos laborales —digo, aunque solo miento a medias.

—¿Sí? ¿Cómo así?

Me hago a un lado.

—Fue por negocios.

—¿Qué clase de negocios? —pregunta, poniéndose de nuevo delante de mí.

—Es asunto mío. No tengo por qué contarte dónde estoy ni qué hago todo el tiempo solo porque estemos casados. Este acuerdo es solo para mantener la paz. Pero eso no significa que tengas derecho a controlarme.

Jenica suelta una risa aguda, como la de un pájaro.

—¿A esto le llamas paz? Tu familia anda por ahí con dos resentimientos a cuestas, a pesar de que Maverick está vivo y coleando. Mientras tanto, Tristan acecha en las sombras, listo para atacar en cualquier momento, sin importarle en absoluto nuestro supuesto acuerdo de paz.

Chasqueo la lengua. Perder los estribos con ella no sería inteligente pero, joder, me pone difícil mantener la paz que tanto desprecia.

—Quizás deberías dejar de meterte en mis asuntos y canalizar esa energía en ocuparte de tu propia familia, por una vez.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Eso significa que, si sabes algo sobre dónde está Tristan o qué está haciendo, tienes que ponerle un alto. Quizás deberías hacerle entrar en razón y recordarle que, al nosotros estar casados, tiene que mantenerse al margen.

Jenica entrecierra los ojos con una sonrisa amarga.

—Estamos hablando de Tristan. Le importan una mierda las treguas, el margen y la familia. Lo que le importa es el poder y la venganza.

—¿Y a ti qué te importa? —pregunto—. Si la familia a la que se supone que debes lealtad es un equipo en el que no quieres jugar, entonces ¿por qué te importa en absoluto?

—Ah, claro. Como si dejar esta familia fuera una decisión que puedo tomar.

No tengo nada más que decirle. Soy plenamente consciente de que la situación no es ideal. Cumplir treinta años me coronó *pakhan,* pero necesitaba el puesto antes. Es la única razón por la que firmé los papeles. Y si tuviera que adivinar, la desaparición de Tristan motivó a Jenica a hacer lo mismo. Ella tenía miedo. Todos en la familia Chadovich con un mínimo de sentido común lo tenían. Y con

razón. Porque, si algo se puede decir de Tristan, es que no está cuerdo. Es irracional. Desquiciado. Sediento de poder.

Mi teléfono vibra. Reviso el mensaje antes de regresar a la puerta principal.

—¿Adónde vas ahora? —pregunta bruscamente.

—A una reunión —respondo.

—¿Por la noche?

Esa respuesta me hace reír.

—¿Eres nueva aquí?



—A ver si lo entiendo bien —dice Maverick al otro lado de la mesa en el salón. Ya estaba harto del interrogatorio en casa, y como no puedo volver a mi otro hogar sin convertirme en un depravado sexual, decidí reunirme con Mav y Baron para tomar una cerveza fría.

—Fuiste a Montana. De alguna manera convenciste a Amara para que aceptara hacerse una prueba de paternidad. Además lograste convencerla para que volviera contigo. Y ahora, ella vive en tu finca mientras tú vives en tu otra finca con tu esposa.

—Sí —digo. ¿Por qué de repente me arrepiento de haber salido con los chicos?

—Así que la mamá sexy está detrás de la puerta número uno. Y la esposa sexy está detrás de la puerta número dos. ¿Hay una puerta número tres? —Maverick se ríe.

Y esa es precisamente la razón por la que me arrepiento.

—Sí, la hay, y detrás está mi puño —dice Baron—. El hombre acaba de regresar de un viaje al otro extremo del país. Busca apoyo, no

bromas.

Niego con la cabeza. Mav ofrece una disculpa a medias.

—Lo siento. Parece una situación bastante estresante. ¿Qué vas a hacer?

—Bueno, no puedo abandonar a Jenica. Es lo único que mantiene la paz en las calles ahora mismo. Tristan puede estar desaparecido, pero todos los demás se han portado bien. Pero Amara está embarazada de mi hijo. Mi hijo. Es un Rozanov. No puedo ignorar ninguna de las dos situaciones.

—Es cierto —dice Baron mientras apura su cerveza—. ¿Y cuál es tu plan de acción?

Dejo el vaso sobre la mesa, entrecerrando los ojos mientras pienso. Siendo sincero, no tengo ni idea. Estoy en una cuerda floja muy resbaladiza, colgando sobre un foso lleno de cocodrilos. Si me resbalo, se acabó.

—Voy a decir una cosa —dice Maverick, como si alguna vez se callara—. Puede que las mujeres nos pongan patas arriba. Pero la familia es lo primero. Y en nuestro caso, la Bratva es la familia.

—¿Eso significa que Jenica y la tregua deberían ser la prioridad? —pregunta Baron—. Ese bebé también es de la familia. El legado de la familia.

—Bueno, con eso queda todo resuelto —dice Maverick mientras se termina la cerveza de un trago—. Estás jodido de cualquier manera.

—Jesús. —Baron niega con la cabeza.

Continúo mirando fijamente mi vaso, con expresión seria.

—Es solo cuestión de equilibrio, eso es todo.

Y aunque la verdad es que es un auténtico desastre, siempre se me ha dado bien hacer malabares. Esto no va a ser diferente. Puedo con la situación de estar casado con una mujer y cuidar de otra. Mi

acuerdo con Jenica es precisamente eso: un acuerdo para evitar un baño de sangre mientras averiguo dónde se esconde Tristan.

Pero mi verdadera prioridad es la otra mujer. La que está embarazada de mi hijo. Aquella cuyo aroma me hizo recorrer el país a su antojo, solo para rebajar mi orgullo y pedirle que volviera conmigo. Algo que jamás hago. Porque no se trata solo del bebé, sea o no heredero de los Rozanov.

Se trata de la madre del bebé.

La mujer que lleva a mi hijo en su vientre.

Y esa mujer tiene un lugar especial en mi corazón.

16

RANSOME

—¡Una ronda de bebidas por mi cuenta, para los recién casados! —grita Dmitry Chadovich desde el otro lado de la mesa donde estamos todos sentados.

Somos yo, mi padre, Dmitry, Baron, Maverick y, por supuesto, Jenica. Estas pequeñas reuniones con cócteles son rutina ahora que hemos oficializado la tregua. Tristan también estaría aquí, si no estuviera desaparecido.

Honestamente, todo es una farsa. Humo, espejos, gafas de color rosa y todo eso.

—Llevamos cinco meses casados —digo secamente.

—Y nunca los felicité como es debido —dice Dmitry mientras el camarero trae una bandeja con copas de champán.

—Bueno, yo, desde luego, jamás rechazaría un Dom Perignon —dice Jenica sonriendo, cogiendo una copa y ofreciéndome otra. Hoy luce su habitual sonrisa. Debajo de esa fachada, y de casi un kilo de maquillaje, se esconde una chica que grita en silencio. ¿Pero acaso no lo hacemos todos?

—Por la familia y el éxito —dice Dmitry y todos chocamos nuestras copas—. *Na zdravje!*

Después de que todos bebemos, Dmitry deja su vaso y toma los aperitivos de la mesa.

—Esperaba que también pudiéramos aprovechar este momento para hablar de negocios, aunque detesto convertir una celebración en una jornada laboral.

Dios mío…

Chasqueo la lengua y me recuesto en mi asiento, con la copa aún en la mano. No soy fan del champán. Me parece asqueroso, la verdad. Pero es alcohol, y si no lo bebo, quedo mal. No es que me importe la apariencia. Pero sí me importa que esta reunión termine cuanto antes y la única manera de conseguirlo es seguirles el juego.

—Debo decir, Dmitry, que últimamente hemos estado un poco preocupados por la desaparición de tu sobrino —dice mi padre.

Mis ojos se mueven rápidamente entre los dos hombres sentados frente a mí, sin mover la cabeza. Es como ver una pelea de gallos. Y tengo dinero apostado.

—Nosotros también estamos preocupados —dice Dmitry asintiendo con tristeza.

—¿Así que dices que no sabes dónde se esconde Tristan? —pregunta Maverick. Le lanzo una mirada, aunque estuve a punto de hacer la misma pregunta.

—Claro que no. Mi sobrino es el nuevo *pakhan* Chadovich. Su desaparición nos tiene a todos muy preocupados —responde Dmitry. Está mintiendo descaradamente.

—Ya veo —dice mi padre—. Eso debe ser muy angustiante para ustedes.

—Las peleas callejeras innecesarias son las que provocan todo esto —dice Jenica jugando al juego.

Pero yo ya terminé.

—Lo siento, pero no me lo creo.

La mesa se vuelve hacia mí. Jenica se pone rígida, extiende la mano para coger su bebida, y puedo sentir el calor de los ojos de mi padre.

Me importa una mierda.

—Me cuesta creer que Tristan se haya marchado sin avisar. Que ninguno de ustedes sepa dónde está ni qué está haciendo. Yo siempre sé dónde están mis hombres.

—¿Así que no queda ningún cabo suelto en tus asuntos? —pregunta Dmitry. Sé perfectamente a qué se refiere. Amara. No tenía dudas de que sería imposible traerla de vuelta sin que nadie se enterara. Si los Chadovich se parecen en algo a los Rozanov (y es así, en el sentido de la Bratva), es que tienen ojos por todas partes.

—Mi familia está bajo control, sí. *Yo* la controlo.

—Y eso incluye el trato de El Paso. —Mi papá desvía la conversación de mi vida privada y de Tristan. Ha quedado claro que hablar de Tristan es como darle vueltas a un tema que ya no tiene remedio. No es que yo crea que el tema esté realmente zanjado.

Hace apenas seis meses, El Paso era un proyecto bajo llave, pero el tiroteo en el almacén lo destapó por completo. Así que, claro, los Chadovich ya están al tanto. El desplome de las ventas en las calles, provenientes de nuestros hombres, también les alertó. Ahora, es solo otro tema que *discutimos civilizadamente* en estas reuniones.

—Eso me sorprende, Rozanov —le dice Dmitry a mi padre—. Debo admitir que, cuando me enteré del trato, me sorprendió que corrieras tales riesgos. El trayecto. Los transbordos. El enorme volumen de todo. El trabajo que haces es peligroso.

—Tú mismo lo dijiste —sonríe mi padre—. El volumen era inaudito hasta ahora. Y el riesgo trae consigo la recompensa.

—Supongo que depende del nivel de riesgo —dice Dmitry antes de sonreírle a su hija—. Para mí, la seguridad de mi familia es lo primero. Y mi familia está legalmente vinculada a la tuya. Quizás lo mejor para todos sería que El Paso fuera un… proyecto compartido.

—El Paso es asunto nuestro —digo antes de que nadie más pueda siquiera abrir la boca—. Con tregua o sin ella, nuestro negocio es nuestro y no pienso cambiarlo.

—Quizás podamos llegar a un acuerdo. —Dmitry me mira con una sonrisa burlona. Este hombre gordo, calvo y sudoroso me está sacando de quicio.

—No estamos presentando ninguna oferta. Punto.

Mi declaración incomoda a todos los presentes, pero lo digo en serio. Mi matrimonio con Jenica fue para resolver asuntos del pasado. Eso no convierte automáticamente a los Rozanov y a los Chadovich en socios comerciales.

—Hijo —empieza a decir mi papá intentando disimular, pero ya me cansé.

—Creo que ya hemos terminado —digo mientras me levanto. Le extiendo la mano a Jenica para indicarle que nos vamos, aunque no parece muy contenta. Se bebe el champán de un trago y me toma la mano con una sonrisa forzada.

Y con eso, nos marchamos.

~

—¿Te importaría ser un poco más educado? —me pregunta Jenica al llegar a casa. Se quita los tacones sobre el suelo de mármol, sin

siquiera molestarse en recogerlos antes de ir a la cocina a buscar una botella de vino.

Camino alrededor de sus zapatos, que seguramente serán guardados por la empleada doméstica porque Jenica es una niña.

—Creo que fui bastante educado.

—Si eso fue una muestra de cortesía, no me gustaría verte enfadado.

—Si la conversación continúa por este camino, tendrás un asiento en primera fila.

Pero Jenica simplemente ríe mientras se sirve una copa de vino rebosante.

—Los Rozanov siempre han tenido mal genio.

—Y los Chadovich siempre han sido codiciosos —le respondo con dureza—. Quieren lo que no se han ganado con su trabajo y son capaces de conseguirlo a cualquier precio.

No me refiero solo a mi hermano. Me refiero a todo lo que nos han arrebatado, principalmente su primo.

—¿Podemos simplemente cenar tranquilos?

Como si lo hubiera invocado, el cocinero comienza a poner la mesa. Ella permanece indiferente y en silencio, como de costumbre… una jugada inteligente.

—Con mucho gusto —digo.

Jenica toma asiento en la mesa, que es lo suficientemente larga para doce personas. Yo me siento frente a ella, en el otro extremo de la sala.

Siento su mirada sobre mí mientras desdoblo la servilleta de tela y la coloco sobre mi regazo. Observo el lomo de cerdo que tengo

delante, cocinado a la perfección y acompañado de espárragos al vapor y patatas rojas asadas.

Jenica corta la carne, hace una mueca, revuelve las patatas en el plato y luego pincha un espárrago y le da un mordisco con asco.

—¿No le gusta la comida, señora Rozanov? —pregunta el cocinero con cierta reticencia.

—Está bien —dice—. Aunque prefiero el salmón al cerdo…

—¿Quiere que le prepare algo más…?

—Ya dije que está bien —espeta ella y el cocinero se escabulle.

Observo a Jenica desde el otro lado de la mesa.

—Estás de muy buen humor esta noche.

Es la primera vez que hablamos desde que nos sentamos. No es que el silencio no haya sido agradable, pero sus resoplidos y bufidos son casi más molestos que sus quejas.

—Creí que habíamos quedado en cenar en paz —dice, masticando los espárragos con la boca abierta.

Aprieto la mandíbula. Jenica tiene una doble cara. La fachada artificial que muestra en público es muy distinta de la mujer que es en casa. Por desgracia, tengo que soportar ambas.

Antes de que yo pueda responder, ella prácticamente golpea la mesa con el tenedor. —¿Te costaría tanto tratarme como si en realidad fuera tu esposa?

—¿De qué manera?

—Nunca me haces cumplidos. Jamás. La mitad del tiempo siento que ni siquiera me miras.

—Lo siento. No sabía que nuestro acuerdo incluía ponerte en un pedestal. Lo cual, para ser honesto, ya hago. Vives como una reina.

—¿De qué sirven los vestidos caros y la lencería sexy si nadie los aprecia? —ella exclama—. ¿Si nadie *me* aprecia? Eres el primer hombre con el que he estado que no…

La interrumpo.

—¿Que no qué? ¿Te adora? No sé si te has dado cuenta, Jenica, pero yo no adoro a nadie. E incluso si me rebajara a hacerlo, no empezaría con una novia por correo.

Vuelvo a comer.

—No me tocas —dice, con la voz más suave. Eso me obliga a alzar la vista hacia su rostro. Su expresión es dura y reservada. Pero hay algo oculto, algo que no quiero descubrir.

—Eso tampoco formaba parte del acuerdo.

—Soy tu esposa —dice con toda la rabia que puede reunir—. Te guste o no, *soy* tu *esposa*.

—No fue por elección propia —tomo un sorbo de vino tinto—. Ninguno de los dos tuvo opción.

Traga saliva y se recompone. Las mujeres de la Bratva no pueden permitirse el lujo de ser débiles. Cuando vuelve a hablar, toda emoción ha desaparecido de su voz.

—¿Qué tal tu viaje a Montana?

—¿Por qué? —pregunto secamente.

—Estoy intentando entablar una conversación. Preguntarte sobre el trabajo. ¿O tampoco tengo permitido hacerlo?

—No fue un viaje de trabajo —digo, limpiándome la boca.

Ella sostiene el vaso a pocos centímetros de su boca, con los ojos muy abiertos mirándome.

—Pero dijiste…

—Mentí.

Parpadea y toma un sorbo.

—Entonces, si no fue un viaje de negocios, ¿qué…?

—Amara y su familia han estado viviendo allí.

Le cuesta un rato recordar cómo formar las palabras.

—Amara —repite.

—Fui allí a buscarla.

Deja el vaso sobre la mesa.

—¿Y para qué necesitabas ir a buscarla? —pregunta con cautela, aunque es obvio lo enfadada que está.

También es obvio que me importa un carajo.

—Porque está embarazada. Y no estaba segura allí. Así que la traje conmigo.

—¿Está en Nueva York? —pregunta, aunque suena como una afirmación.

—Eso es lo que dije.

—¿Por qué la trajiste aquí? —su tono sigue siendo forzadamente tranquilo, pero esta vez no puede ocultar la emoción en su rostro—. ¿Te das cuenta de cómo se ve eso?

—Para mantenerla a salvo. Para mantener a mi hijo a salvo —digo mientras me levanto—. Ahora, si me disculpas, tengo trabajo que hacer.

Yo no digo nada más, y ella tampoco.

Decido saltarme la oficina e ir directamente a mi habitación. El hecho de que no compartamos dormitorio dice mucho de nuestro matrimonio. Aunque esta unión parezca un enlace concertado

medieval, al menos tenemos la suerte de que la consumación forzada ya no forme parte del acuerdo.

Cierro la puerta con llave y suelto un profundo suspiro. Una pequeña parte de mí se siente mal. Ella tampoco pidió nada de esto. Pero no es mi culpa ni mi problema. Dios sabe que ya tengo suficientes problemas y no necesito más.

Me quito la ropa y entro en la ducha sin siquiera esperar a que el agua se caliente. No me importa el frío. Me ayuda a borrar la ansiedad del día.

Pero mientras el agua se calienta lentamente, me encuentro pensando en Amara. Todavía me siento culpable por dejarla allí, aunque tenga todo lo que necesita.

Dudo que haya pensado que volvería a estar sola cuando aceptó regresar a Nueva York conmigo. Y no estaba en mis planes decírselo. Hice lo que tenía que hacer para que subiera a ese avión. Pero así es siempre en mi vida: hago lo que *tengo* que hacer.

Mientras el calor me envuelve, calmando y relajando mis nervios y músculos, pienso en ella. En cómo se veía la primera vez que la vi. Está aún más hermosa que hace seis meses. Quizás sea porque está embarazada de mi hijo. Quizás sea la idea de mi semilla creciendo dentro suyo.

Ella me pertenece. Ahora más que nunca. Y haré todo lo posible por protegerla a ella y a mi hijo. Sin importar lo peligroso que sea.

Sin importar a quién lastime.

17

AMARA

Me despierto desorientada. La cama es demasiado blanda, demasiado cara, demasiado desconocida. La habitación es demasiado grande, demasiado limpia, demasiado nueva. Y todo huele a Ransome.

¿Dónde estoy?

De repente, todos los recuerdos vuelven a aflorar.

Estaba en el trabajo. Caminé al estacionamiento. Lo vi, parpadeé, perdí el conocimiento, parpadeé de nuevo y estaba en el hospital. El resto fue borroso y, antes de darme cuenta, estaba aquí, en su mansión. Lo cual parecía demasiado bueno para ser verdad.

Resulta que lo era.

Ransome no se quedó a pasar la noche. Me besó, me confió sus secretos, me miró como solía hacerlo, como siempre soñé que lo haría, como nunca imaginé posible hace menos de un año. Y entonces… se fue. Se fue sin motivo, casi sin decir nada.

Y sin hacerme el amor.

Por increíble que parezca, esa última parte es la que más me decepciona. Dicen que la libido aumenta en el tercer trimestre. Créanme, no es broma. Las veces que he pensado en ese hombre mientras estaba acostada en la cama, teniendo que morder la almohada para que nadie en mi pequeña casa me oyera… bueno. Solo digamos que tenía que lavar las sábanas varias veces por semana.

Lo atribuí a los sofocos del embarazo, que también existen, así que en realidad no estaba mintiendo.

Si no hubiese estado tan cansada anoche, también habría empapado las sábanas de su cama. Pero después de que se fue, me metí debajo de ellas, me enfurruñé un rato, preguntándome si había cometido un gran error al venir aquí y luego me quedé profundamente dormida. Posiblemente el mejor sueño que he tenido desde que quedé embarazada. Maldito colchón con capa superior acolchada.

No tengo ganas de levantarme de la cama. No es que tenga que ir a trabajar. Ni preparar el desayuno para mis hermanos antes de que empiecen su día. Lo echo de menos, para ser sincera. Aunque no fuera un lujo, era nuestro. Lo echo tanto de menos que se me saltan las lágrimas y juro que hasta puedo oler la comida.

En ese momento caigo en la cuenta: *sí* huelo comida. Salto de la cama y me dirijo a la cocina, donde encuentro una bolsa de comida sobre la mesa. Tiene mi nombre, así que la abro de golpe, con un hambre voraz. Dentro, encuentro una frittata de verduras, una taza de fruta e incluso un rollo de canela, todavía caliente y pegajoso. Obviamente, es lo primero que pruebo.

También hay café listo. Tomo un sorbo y extiendo todo sobre la mesa, incapaz de contenerme. Tras unos tres minutos de puro placer, veo los otros paquetes junto a la puerta. Es una montaña de bolsas de regalo de colores pastel que, sin duda, no estaban allí antes. Me meto el resto del rollo de canela en la boca y me sacudo las manos antes de acercarme a inspeccionar.

—¿Beautiful Bump Boutique? —leo la etiqueta de las bolsas—. ¿Qué carajo?

Abro las bolsas, que resultan estar llenas de ropa de maternidad. Ropa de maternidad *preciosa*. Ropa de maternidad preciosa *de mi talla.*

—No puede ser —sonrío mientras saco una prenda tras otra, desde camisetas con fruncido lateral hasta leggings de maternidad, pasando por jeans con paneles suaves e incluso un conjunto de pijama.

Es difícil enfadarse con un hombre cuando te compra un desayuno de lujo y ropa nueva. Además, hay una pequeña bolsa con algunos regalitos extra: bombas de baño, caramelos de jengibre para las náuseas y crema hidratante para el vientre.

Agarro todas las bolsas y me dirijo al dormitorio. Extiendo la ropa sobre la cama y luego voy al baño para llenar la bañera gigante que he estado mirando descaradamente desde que llegué.

Lanzo una bomba de baño al agua y observo cómo se torna rosada con las burbujas y el aire se impregna del aroma a rosas y frutos rojos. Maravilloso. Simplemente maravilloso.

Después, me quito la ropa y me meto. El agua está lo suficientemente caliente como para relajarme, pero no tanto como para que sea peligroso para el pequeño. Me relajo un rato, saboreando tranquilamente mi café con caramelo. Luego me lavo el pelo con un champú caro y me aplico una mascarilla acondicionadora intensiva.

Después del baño, me aplico la crema para el vientre prácticamente por todo el cuerpo, porque huele a almendras y me encanta. Y además me deja la piel suave como la de un bebé.

Luego me pongo unos leggings que se adaptan de maravilla a mi cuerpo de embarazada, cómodos y favorecedores. También había sujetadores de maternidad… ¡sin aros! ¡Aleluya! …y me pongo uno,

casi llorando de la emoción por la poca molestia que siento. A la mierda los sujetadores normales cuando tus pechos se están duplicando de tamaño.

Para completar el look, me pongo una sudadera con capucha que también me cubre la barriga, que está hecha del algodón más suave del mundo, y vuelvo a la sala para terminarme el resto de mi ensalada de frutas.

Justo cuando me llevo una fresa a la boca, llaman a la puerta. No sé quién será, pero la verdad es que estoy tan feliz que no me importa.

Abro la puerta con una mano, mientras con la otra sigo sujetando el vaso de fruta, con el tenedor colgando de mi boca.

Cuando veo quién está allí parada, abro la boca de par en par y el tenedor se me cae, golpeando el suelo con un ruido metálico.

—Hola —dice la mujer con una sonrisa forzada. Sus ojos se clavan en mi rostro antes de recorrer mi cuerpo, deteniéndose en mi vientre, donde se quedan.

La sonrisa se desvanece un poco.

—… ¿Jenica?

Aún con la boca abierta extiendo la mano para alcanzar el tenedor que está en el suelo. No voy a mentir: agacharme estando embarazada de muchísimos meses no es tan fácil como lo pintan en las películas.

Jenica, muy amablemente, no se ríe de mí.

—Te acuerdas de mí —me dice.

—Claro que sí. —*¿Cómo podría olvidar a la mujer con la que Ransome se iba a casar?* — ¿Te gustaría… pasar? —pregunto, aunque me resulta extraño. Esta no es realmente mi casa.

—Claro —dice mientras entra y, al pasar, sus ojos se dirigen rápidamente a mi vientre.

Cierro la puerta y tiro la taza a la basura; de repente, se me ha quitado el apetito.

—Me sorprende que te acuerdes de mí —dice, mirando a su alrededor con incomodidad y las manos entrelazadas. Es como si supiera que no pertenece a este lugar. Como si temiera incluso que el aire de la habitación la tocara.

—¿De verdad? —pregunto con una sonrisa—. No creo que pueda olvidar jamás a Jenica Chadovich.

Dicho esto, sus ojos se dirigen rápidamente hacia los míos y levanta la mano izquierda haciendo un gesto con los dedos.

—Ah. Ahora es Jenica Rozanov.

18

AMARA

Tengo los oídos llenos de ruido blanco.

Apenas puedo entender lo que dice Jenica, sus labios se mueven silenciosamente alrededor de las palabras.

—¿No te lo mencionó Ransome? ¿Antes de traerte de vuelta a Nueva York?

Su voz es delicada. Ligera y etérea como la de un ángel. O la de alguien que lleva años practicando para sonar más dócil de lo que es. Práctica que te da la Bratva.

La miro.

Y ella está sonriendo. Sigue sonriendo, joder.

—Ay, Dios mío. No te lo dijo.

Siento como si mis pulmones hubieran reventado como dos globos baratos.

—No —susurro—. No lo hizo.

Entro en la sala de estar siguiendo su rastro. Está pasando las manos por todas sus cosas, dejando su aroma como si fuera la

dueña del maldito lugar. Como si fuera *su* dueña.

Antes de desmayarme, me siento en el sofá.

—Este lugar es tan precioso —dice con voz melosa—. En serio, es como una versión en miniatura de nuestra finca.

—¿Su finca? —repito como un loro.

Jenica me mira.

—Sí. Vivimos en la finca oficial de los Rozanov. La que heredó de Anton. ¿Es, quizás, tres veces más grande? —agita la mano como si nada, asegurándose de que la piedra en su dedo refleje la luz. Probablemente con la esperanza de cegarme—. Me dijo que tenía otra finca, pero es mucho más pintoresca de lo que me imaginaba.

—¿Cuándo… cuándo has… cuándo él…? —Tartamudeo las palabras, incapaz de formular la pregunta que intento hacer.

Me mira con una sonrisa, se deja caer al otro lado del sofá y suelta una nube de perfume de plumería en el aire.

—¿Cuándo me pidió matrimonio? —pregunta, mirando el anillo con adoración—. Justo después de que te fueras. Estaba destrozado.

—¿Por mi partida? —pregunto.

Jenica aparta la mirada de su anillo el tiempo suficiente para mirarme.

—¿Qué? No. Porque su mejor amigo estaba en el hospital. Le rozó una bala durante una pequeña discusión.

Mi mirada pasa de la perplejidad a la irritación.

—No le rozó. Fue un disparo directo. Me sorprende que haya sobrevivido. Había muchísima sangre…

—¿Estuviste allí? —retuerce la nariz como si fuera lo más grotesco que jamás haya escuchado.

—Sí. Mi hermano también —el veneno me sube por la garganta—. Y Tristan. También desapareció después de eso, por lo que oí.

Jenica esquiva la pregunta. No es de extrañar.

—Eres una auténtica salvaje, ¿verdad? Las mujeres de la Bratva nunca se meten en el trabajo de los hombres. Es… impropio. —su sonrisa se torna menos dulce y más venenosa—. Nuestro trabajo es apoyarlos. Alimentarles el ego. Hacerles quedar bien, ¿sabes?

La miro con expresión impasible.

—Creo que sus egos están perfectamente bien sin necesidad de halagos.

Su máscara se resquebraja un poco antes de continuar.

—En fin, Ransome finalmente recapacitó cuando te fuiste. Sin más *distracciones,* pudo tomar la decisión correcta. Nos casamos en cuestión de semanas, una boda enorme y ostentosa, sin escatimar en gastos. Obviamente —ríe de nuevo, mostrándome el anillo.

—Obviamente —repito con una sonrisa pícara. Mientras tanto, mi mano está sobre mi vientre, mis dedos rozándolo. Sus ojos, lo quiera o no, no pueden dejar de observar el movimiento, y sé que estoy clavando una puñalada en su punto débil.

—Entonces te ama —digo, pero es más bien una pregunta.

—Claro que me ama. Estamos casados. Supongo que eso se da por sentado.

Inclino la cabeza de un lado a otro.

—Los matrimonios concertados no siempre implican un compromiso emocional.

Con eso, su sonrisa se transforma en un ceño fruncido y una mirada fría.

—No sabes nada de nosotros. No sabes nada de las mujeres como yo.

—Y eso está bien —digo levantando las manos—. No tengo ningún deseo de hacerlo.

—Las mujeres como yo son el único tipo de mujeres con las que hombres como Rozanov se casan.

Trago saliva con dificultad, pero me obligo a ponerme de pie para quedar frente a frente.

—Puede que no esté casado conmigo, pero está comprometido —le digo con la mano aún sobre el vientre.

Jenica sonríe con amargura. Baja la barbilla con un gesto condescendiente.

—No está comprometido, cariño. Está obligado. Hay una gran diferencia. Estás esperando un hijo suyo. Un heredero de la Bratva. Y eso es lo único que le importa.

La sangre me hierve en las venas, pero por el bien del bebé, mantengo la calma.

—Creo que ya has abusado de mi hospitalidad —le digo.

—Estaba a punto de decirte lo mismo. Pero creo que aún te quedan unos tres meses antes de que pueda echarte definitivamente. Y créeme, lo haré.

Jenica sale sonriendo. Cierro la puerta de un golpe tras ella.

Solo entonces dejo que mis verdaderos sentimientos se manifiesten.

Empiezo lanzando un jarrón de flores al otro lado de la habitación y termino desplomándome en el sofá, con el pulso acelerado, las lágrimas corriendo por mi rostro y el corazón roto.

Jenica es una perra. Así de simple. Vino aquí para sacarme de quicio. La verdad es que no lo habría conseguido si no fuera por ese anillo.

Pero el anillo cambia muchas cosas.

Ransome no me dijo que estaba casado. Probablemente porque sabía que, de haberlo hecho, lo habría mandado al diablo en lugar de aceptar volver a Nueva York.

Pero incluso después de llegar aquí, él siguió sin decir nada. Como si yo no fuera a enterarme.

Y eso explica muchas cosas.

Como por qué me quedo aquí en lugar de en la finca que heredó, donde él realmente vive.

Y por qué no se queda a pasar la noche.

Y tal vez incluso por qué no quiso tocarme y se fue antes de que pudiera pasar nada.

Es comprensible que intente evitar problemas, ya que se casó para mantener la paz y toda esa mierda de la Bratva. Pero también me hace cuestionarme otras cosas. ¿Eran ciertas todas las cosas que dijo cuando estábamos en Montana? ¿Está arrepentido? ¿Cree que se equivocó? ¿Le importo? ¿O todo es por el bebé?

Y si todo es por el bebé… ¿qué me depara el futuro dentro de tres meses?

19

RANSOME

—¿Necesita algo más, señor Rozanov? —pregunta Mary.

Es Mary, ¿verdad? No tengo ni idea. He estado cambiando de secretarias como si fueran papel higiénico desde que Amara se fue. Creo que esta es la quinta. Quizás la sexta. No lo sé.

—Bueno, Mary, teniendo en cuenta que llegaste tarde al trabajo…

—Se me rompieron las mallas. No pensé que querría que apareciera con las mallas rotas.

—Si el problema son las medias, ponte pantalones. Y no llegues tarde —digo mientras termino de hacer algunas cosas en mi ordenador.

—Molly —dice ella.

Cierro mi laptop y la miro.

—¿Perdón? —pregunto.

—Mi nombre. Es… no es Mary. Es Molly.

La miro fijamente.

Ella parpadea, y juro que ambos ojos funcionan de forma independiente.

—El café estaba frío y el pedido estaba mal —comienzo—. Faltaban dos de mis reuniones en la agenda. Y mi ropa de la tintorería estaba…

—¡Ay, no! Sabía que se me olvidaba algo.

—Creo que puedo afirmar con seguridad que no necesito nada más de ti, ya que no hiciste bien ninguna parte de tu trabajo.

—¡Lo siento! Lo siento muchísimo. Me aseguraré de hacerlo todo bien la próxima vez —dice con entusiasmo.

Pero simplemente me levanto de la silla y agarro mis cosas.

—No hace falta. No habrá una próxima vez.

—¿Me… me está despidiendo, señor Rozanov? —pregunta Mary… Molly, o como se llame… mientras sus ojos me siguen por la habitación.

—Ya no trabajas aquí, si a eso te refieres.

No necesito mirarla para saber lo que va a pasar. Le tiembla la barbilla, se le arruga la cara y está a punto de perder el control en tres, dos y…

—¡Ay! —grita Molly y sale corriendo de mi oficina hecha un mar de sollozos.

Dejo escapar un suspiro de cansancio.

No es que el trabajo sea difícil. Aunque supongo que trabajar para mí no es fácil. Me gustan las cosas de una manera determinada. Y con eso me refiero a la perfección. Pero no es imposible. Si fuera imposible, significaría que nadie habría podido hacerlo. Y alguien lo ha hecho, y a la perfección, nada menos.

Al subir al coche, me detengo un momento. No quiero ir a casa. Bueno, sí quiero. Supongo que debería decir que no quiero ir a la finca de mi padre. Nunca me he sentido como en casa allí. Y menos aún ahora que Jenica se encuentra allí. Seguro que ahora mismo está tumbada en el sofá, viendo alguna basura en la televisión, tomándose selfies y mandando mensajes a sus amigas. Eso, o está bebiendo zumo de apio y corriendo su quinta milla en la cinta.

No puedo evitar preguntarme qué estará haciendo Amara. Si estará bien. Si necesitará algo.

Pienso en enviarle un mensaje, pero guardo el teléfono. Es mi casa. No necesito una razón para ir.



Cuando abro la puerta y entro, Amara parece sobresaltada. Está en la cocina con la puerta del refrigerador abierta, vestida con leggings y una sudadera con capucha.

—¿Qué haces aquí? —pregunta ella.

—Es mi casa —digo, intentando ser gracioso. Su cara me dice que no lo soy.

—Pero tú no vives aquí. Tú vives… —se detiene y vuelve a mirar en el refrigerador.

—Te he traído la cena —le digo. Ella se gira lentamente para mirarme.

—¿Qué trajiste? —pregunta. Dios mío. No sé si son las hormonas del embarazo o qué pero, si no la conociera, diría que no está contenta conmigo.

Dejo la bolsa sobre la encimera y saco los recipientes.

—Una ensalada Cobb con pollo a la parrilla y…

—¿Una ensalada? —me interrumpe—. ¿Qué es lo que intentas decir, Ransome?

Entrecierro los ojos.

—¿Qué…?

—¿Que *necesito* una ensalada?

—Tienes que comer —digo, abriéndola.

—¿Tengo que comer *ensalada*? —pregunta—. Eso significa que crees que estoy gorda.

Casi me río.

—Tiene tocino —le digo—. También te traje una sopa de queso cheddar y brócoli porque no sabía qué te apetecería. Fruta fresca. Y una galleta.

Ella examina la comida mientras la sirvo. Luego toma la galleta, la desenvuelve y le da un mordisco, masticándola con malicia mientras me mira fijamente.

Me paso la mano por el pelo. La verdad es que no sé qué esperaba al llegar aquí, pero no esto.

Miro alrededor de la habitación y abro las persianas.

—Necesitas luz. La luz del sol es buena para ti y para el bebé —digo —. Y hace frío aquí. ¿Tienes frío? Déjame tocarte las manos.

Antes de que pueda responder, acorto la distancia entre nosotros y tomo la mano que no sostiene la galleta entre las mías.

Está fría. Pequeña. Suave.

Y me produce una descarga eléctrica por todo el cuerpo.

He olvidado lo que se siente tocarla.

Mastica más despacio. Deja la galleta y me mira fijamente. Hay una pequeña mota de chocolate en la comisura de sus labios, y me dan ganas de besarla. De lamerla.

Pero, obviamente, no lo hago. En cambio, uso mi pulgar, acariciándole los labios desde el centro, pasando por la comisura y la mejilla.

Entonces me alejo.

—Deberías comer —le digo—. Necesitas mantenerte bien alimentada.

—Claro —dice en voz baja. Muy baja. Ya la he oído así antes. Es el mismo sonido que hace cuando le acaricio los pezones con la punta de los dedos. O cuando mi aliento caliente le roza el coño justo antes de cubrirla con la boca para devorarla.

—¿Te gustaron los regalos que te envié? —pregunto, dándole la espalda para poder acomodarme el pene en los pantalones, aunque a estas alturas ni siquiera metiéndolo en el cinturón lograré ocultar mi erección.

—Sí —dice mientras toma una cucharada de sopa.

—¿Te quedó bien todo? —pregunto—. Las tallas de maternidad son diferentes. Es confuso.

—Todo fue perfecto —dice, antes de añadir—: gracias.

Aun así, aunque su tono se ha suavizado un poco, algo no anda bien. Y no me gusta. No me gusta verla molesta. Definitivamente no me gusta que me conteste de mala manera sin motivo.

Pero más allá de eso, no necesito que más de una mujer esté enfadada conmigo. Ya es bastante malo que todas las demás obligaciones de mi vida me estén agobiando.

—Mira, sé que esto no es lo ideal. Estoy seguro de que extrañas a tus hermanos y…

—¿Lo sabes? —pregunta ella.

—¿Qué quieres decir?

—Tienes un trabajo. Mucha gente depende de ti. Estás ocupado y eres importante. No te quedas sentado sin hacer nada, esperando a que algo suceda.

Entrecierro los ojos, sin entender muy bien de dónde viene esa idea.

—¿Acaso la casa no te parece lo suficientemente buena? —pregunto —. Podrías meter tres de tus casas de Montana solo en la planta baja.

Amara se ríe entre dientes mientras pone los ojos en blanco.

—Lo único que te importa es el tamaño.

—¿Hice algo para molestarte? —pregunto—. ¿Algo que te dé derecho a hablarme así? ¿Después de todo lo que hago por ti? Mira, entiendo que tal vez creías que estaría más presente, pero si no lo recuerdas, tengo mi propia vida.

—Lo sé —dice ella.

—Una vida ajetreada y exigente. Entiendo que te sientas sola, pero…

—No tan sola —dice, y me detengo.

—¿Qué se supone que significa eso?

Pero Amara solo sonríe mientras empieza a comer su ensalada.

—Hoy tuve una visita —dice con naturalidad mientras se lleva un tomate cherry a la boca.

—¿Una visita? ¿Alguien pasó por la casa? —pregunto, cada vez más enfadado.

—Adentro —dice mientras mastica.

—¿Entraron *a* la casa?

Coge un trozo de tocino de su ensalada y se lo mete en la boca.

—Sí. Alguien llamó a la puerta y le abrí.

—Amara —gruño su nombre y ella levanta la vista—. ¿Quién era? ¿A quién invitaste? ¿A tu amiga? ¿La que siempre anda de fiesta por la ciudad? ¿Electra?

—¡No, no fue Electra! —exclama—. ¡Y yo no *invité* a nadie!

—¿Entonces quién era? —pregunto.

Pero Amara se me queda mirando fijamente. Por algún motivo, se ha hecho la idea de que tiene derecho a portarse mal conmigo. Sus ojos se clavan en los míos y una leve sonrisa asoma en sus labios antes de desaparecer de nuevo.

—Tu esposa.

20

AMARA

—Tu esposa —digo. Luego espero su reacción.

No tarda mucho en abrir los ojos de par en par, y la expresión de asombro borra su ira.

Lo dije específicamente de ese modo para tenderle una trampa…

—¿Jenica estuvo aquí? —pregunta después de que su boca comienza a funcionar de nuevo.

Sonrío con suficiencia.

…y cayó completamente.

—Así que es verdad —digo, apartando mi ensalada—. Estás casado.

Ransome se pasa la mano por la cara. No sabe qué decir. De seguro es una sensación nueva para él. Sinceramente, si no me molestara tanto la verdad —tenía la esperanza de que Jenica mintiera— estaría disfrutando de tener la razón ahora mismo.

Pero descubrir que el padre de tu hijo está casado con la bruja malvada no es precisamente una noticia muy alentadora.

—Sí —dice después de un momento.

—Hm —digo. Es la única respuesta que puedo dar en este momento.

—No es lo que piensas.

—¿De verdad? —pregunto—. Cuéntame. Tengo curiosidad por saber qué crees que pienso.

Respira hondo, apretando la mandíbula.

—No puedo creer que vino —sacude la cabeza.

Suelto una carcajada.

—Yo sí. Jenica ha dejado claro desde el primer día que te tiene en la mira. Todo por una tregua familiar poco ética que, literalmente, no cambia nada entre los Rozanov y los Chadovich. Te ha estado meando encima desde el día que me conoció.

Ransome se mueve alrededor de la mesa y se me planta frente a frente.

—Nadie es mi dueño —gruñe.

Pero no dejo que me intimide, aunque me recorra un escalofrío escuchar de nuevo su voz ronca.

—¿Ni siquiera tu esposa? —pregunto, plenamente consciente de cómo esa palabra lo hace estremecerse.

—Ni siquiera ella —dice—. Mucho menos ella.

Me levanto de la mesa, necesito caminar. Necesito espacio para alejarme de él, de su colonia, de su aliento demasiado cerca de mis labios y de todo lo demás.

—Vino a regodearse —digo.

—No lo dudo.

—Estuvo agitando el anillo y hablando de lo lujosa que había sido la boda.

—Tenía que ser algo exagerado. No hacemos nada que no cumpla con eso.

—Estoy segura de que fue encantadora.

La mirada de Ransome se clava en la mía.

—Era necesario —dice, como si eso lo justificara—. Todavía no tenía treinta. Casi, pero aún no. Y por eso, no tuve otra opción. Tristan dejó las cosas tan desordenadas que necesitaba agilizar el proceso. La Tercera Guerra Mundial estaba a punto de estallar y Anton seguía escondido en su oficina, como siempre. Tenía que ser *pakhan*.

—Lo entiendo —digo. Porque conozco las reglas.

—¿Qué más dijo? —pregunta después de un momento.

—No es importante —le digo restándole importancia con un gesto. Ransome se coloca frente a mí.

Justo delante de mí.

—¿Qué dijo? —pregunta de nuevo—. Para ayudar a que te quedes tranquila. Sé lo venenosa que puede ser su boca.

—Solo que nunca seré como ella. Una mujer de la Bratva. Y que estás obligado a preocuparte por mí porque estoy embarazada del heredero Rozanov. Y que después de que nazca, todo habrá terminado. Y que te casaste con ella porque la amas y…

—Detente. —su tono es tan cortante que me muerdo la lengua—. Me casé con ella porque era la única opción. No por amor. Deberías saberlo.

Trago saliva con dificultad, intentando ordenar mis pensamientos y sentimientos. Pero la cercanía de nuestros cuerpos y la mirada en sus ojos oscuros y azules me lo ponen un poco difícil ahora mismo.

—No me crees, ¿verdad? —pregunta.

—Tú no me creíste cuando dije que no pasaba nada entre Tristan y yo —digo en voz baja—. Y tampoco me creíste cuando dije que el bebé era tuyo, aunque insistí en que era imposible que perteneciera a otra persona.

—Estaba ciego. Enojado. Molesto por todo lo que estaba pasando —dice, pero no es suficiente.

—Tampoco me dijiste que estabas casado. Me hiciste creer que volvería a casa contigo. Que seríamos tú y yo. Que todavía me am… —me detengo antes de decir la palabra.

El cuerpo de Ransome se relaja. Extiende la mano y me levanta la barbilla para que lo mire.

—Lo siento —me dice. La dulzura de su voz me conmueve hasta el punto de creerle—. Siento no haber podido ser sincero contigo. Siento que hayas tenido que lidiar con ella. Siento que pensaras que no me importas. No quiero que las cosas sean así. No eres una obligación, Amara.

Busco en sus ojos algo seguro y prometedor a lo que aferrarme. Pero es un hombre oscuro. Un hombre duro. E incluso si hay algo de ternura en su interior, es difícil de ver.

—¿Entonces qué soy? —me atrevo a preguntar con voz temblorosa.

—Eres la madre de mi hijo. Eres la mujer en la que pienso cuando me acuesto por la noche. Y la que aparece en mi mente al despertar. Tú… —dice lentamente, rozando mis labios con el pulgar—. Eres hermosa, *dorogoya.* Embriagadora. Hechicera —susurra y, mientras su boca se acerca a la mía, cierro los ojos—. Tú… eres mía —dice.

Entonces sus labios cubren los míos.

Desvestirse no es tan sexy cuando estás embarazada, al menos no en mi opinión. Ransome no me arranca la ropa, ni me quita la camisa de un tirón, ni me araña el sujetador. No puede tirarme a la cama ni arrojarme a la mesa para tomarme por detrás.

Sin embargo, no parece tener ningún problema en levantarme en brazos y llevarme al dormitorio, con nuestros labios aún unidos durante todo el proceso.

Me recuesta con cuidado y me quita los leggings como si fueran pantimedias, una pierna a la vez, rozándome la pierna con las manos mientras lo hace, provocándome un escalofrío. Luego, me quita la sudadera por encima de la cabeza y se inclina en cuatro patas para besarme el vientre.

—*Trakhni menya, kotyonek* —gruñe—. Nunca pensé que pudieras ser aún más sexy. Pero verte así, llevando a mi hijo, *mi hijo*… —se apaga mientras continúa besando mi vientre.

Entonces su boca se mueve hacia el sur.

Mis piernas se abren con anticipación. He estado necesitando su contacto, he soñado con él todas las noches.

—¿Ansiosa? —pregunta con una sonrisa maliciosa.

Asiento con la cabeza.

—No sabía si volverías por mí.

El rostro de Ransome está ahora entre mis piernas, su aliento a centímetros de mi piel suplicante y sus ojos fijos en los míos.

—Siempre volveré por ti, Amara. ¿No me oíste antes? —besa mi coño, provocándome una sacudida—. Tú —otro beso—, me —una lamida—, perteneces.

Grito mientras su boca me cubre. Su lengua encuentra mi clítoris mientras succiona y lame, directo a mi perdición. Sin juegos previos, solo encuentra el punto que me vuelve loca y penetra sin piedad.

Me retuerzo en la cama mientras se acerca el orgasmo. Ransome es el único hombre que ha logrado que me corra en menos de un minuto y estoy completamente convencida de que es el único que podría hacerlo.

Es implacable, voraz, brutal, dominante. Mientras gimo y jadeo, mis manos se clavan en sus hombros, arañan su cuello y su cabello. Pero su lengua continúa azotándome hasta que el orgasmo me invade como una tormenta arrolladora.

Y entonces la tormenta estalla.

Me quedo tumbada en la cama, jadeando, con la voz ronca. Ransome se levanta y se quita la camisa de un tirón, los botones rompiéndose. Se la quita como si fuera una piel vieja, dejando al descubierto su torso firme y musculoso. Es una imagen que he visto docenas de veces y, aun así, siempre me deja sin palabras. Siempre me deja con ganas de más, por mucho que haya quedado satisfecha.

Luego, se quita los pantalones, revelando cuánto me anhela. Lo duro que está por mí. No hay duda de que este hombre me desea. El abultamiento de las venas en su pene, el goteo del líquido preseminal sobre su mano mientras se da una, dos, tres caricias, mientras me sonríe con picardía… todo me dice cuánto me desea. Cuánto quiere que yo lo desee.

Abro más las piernas, invitándolo a entrar. Pero Ransome se arrodilla en la cama junto a mí y, al hacerlo, me cierra la pierna y me gira suavemente de lado.

—Así, *dorogoya* —susurra con voz ronca mientras se tumba detrás, su cuerpo cálido encajando perfectamente contra el mío.

Desliza su pene dentro de mí con facilidad. Ya estoy tan mojada gracias a él. Pero me quedo sin aliento al sentir su grosor. No importa cuántas veces me penetre, siempre se sentirá como la primera vez. Me toma, me hace suya, cada vez que me folla. Una y otra vez.

Las caderas de Ransome se deslizan contra las mías, entrando y saliendo, mientras me aparta el cabello de mi cuello, besándome detrás de la oreja y bajando hasta mi clavícula.

—No me canso de ti —gime—. Quiero devorarte una y otra vez.

—Hm —murmuro en respuesta, porque ahora mismo no soy capaz de articular palabras reales.

Me abraza. Su mano recorre mi vientre, acaricia la curva de mi abdomen, explora cada centímetro de lo que le pertenece. Mientras tanto, sigue introduciendo su pene cada vez más profundo dentro de mí.

—Ransome —susurro, porque necesito más. Lo suave y lento es delicioso, estimula cada nervio, pero necesito que me den duro.

Y no tengo que decir ni una palabra más. Porque él lo sabe y también lo necesita.

Ransome acelera el ritmo, sus caderas chocan con más fuerza y rapidez contra las mías. Ambos gemimos, y mis manos buscan algo a lo que agarrarse, algo que apretar mientras pierdo el control sobre mí misma.

La mano de Ransome agarra la mía, nuestros dedos se entrelazan mientras él se frota contra mí, una y otra vez, hasta que finalmente…

—Ay, joder —jadeo, mi cuerpo temblando contra el suyo.

—Sí, cariño —gime—. Ay, joder, sí.

Puedo sentir cómo me llena completamente, caliente y dulce, mientras me hace suya de nuevo.

Su cuerpo se apoya contra el mío y ambos nos quedamos dormidos.

21

RANSOME

—Ransome Rozanov. ¿De verdad te vas a ir así, escapando?

La voz de Amara me detiene en seco. Estaba a punto de salir por la puerta. Maldita sea.

—No es escapar si es mi casa —le digo, metiendo la mano en el bolsillo del pantalón y mirándola. Amara está tumbada en la cama, cubierta solo con una sábana blanca, con el torso desnudo.

Joder.

Me cuesta muchísimo no arrancarme la ropa y volver a meterme en la cama con ella. Pero no puedo.

—Es tu casa, pero no es tu hogar. Lo entiendo —dice con un puchero, volviendo a acostar la cabeza. Sabe lo que está haciendo.

Retiro la mano y me acerco, mis zapatos de punta resonando contra el suelo duro a cada paso. Me detengo frente a ella y me inclino, apoyando los puños en el colchón, plenamente consciente de que mis dedos rozan su pezón, provocando que jadee sin poder evitarlo.

Ella me mira, expectante. Pero no digo nada. La atravieso con la mirada y luego la agarro firmemente por la barbilla, levantándo su

rostro hacia mí antes de estampar mi boca contra la suya. Separo sus labios con los míos, mi lengua encuentra la suya, danza con ella, la abraza, la retiene como rehén antes de finalmente soltarla.

Separo mis labios de los suyos y ella jadea, tanto por la intensidad del beso como por la necesidad de aire. Luego la miro sin esbozar ni una pizca de sonrisa.

—No he tenido relaciones sexuales con ella —afirmo.

Y luego me voy caminando.

Solo después de salir de la habitación, sabiendo perfectamente que está en estado de shock, paralizada, esbozo una sonrisa burlona.



El agua caliente de la ducha en forma de lluvia golpea mis hombros tensos con tanta fuerza que parece arrancarme la primera capa de piel. Lo necesito.

Esto es después de desahogarme de la frustración que me causó Amara esta mañana. Ese beso la dejó sin palabras, logrando mi objetivo, pero también me dejó con unas ganas locas que no se me quitan. Ahora me estoy cocinando en la ducha hasta que el agua se enfríe, porque no puedo volver a la cama y tampoco tengo ganas de salir todavía.

Jenica estaba dormida cuando llegué a casa. O, al menos, eso confirmaron los ronquidos que salían de la puerta entreabierta de su habitación. Pero sé que no debo suponer que ignora que estuve fuera toda la noche. Su puerta suele estar cerrada. Probablemente con llave. Pero nunca entreabierta. Eso me indica que estuvo despierta, preguntándose dónde estaba. Probablemente preguntándose con quién.

Al final tengo que aceptar la realidad. O, en este caso, los ronquidos. Aunque en cuanto salgo de la ducha, me doy cuenta de que no

tengo tanta suerte.

—Mira quién decidió aparecer —la voz de Jenica proviene de la puerta del baño, que está completamente abierta.

Rápidamente cojo una toalla del toallero y la sostengo delante de mí.

—Jesús. ¿Qué quieres? —le espeto.

Jenica está ahí de pie, con la cadera ligeramente ladeada, los brazos cruzados sobre el pecho y una sonrisa en la cara lavada. Me sorprende que esté dispuesta a estar sin maquillaje delante de mí. Aunque, la verdad, yo tampoco le estoy ocultando mucho ahora mismo.

—Nada —dice mientras sus ojos recorren las partes expuestas de mi anatomía, que ahora mismo es casi toda—. Solo me preguntaba por qué no volviste a casa anoche.

—¿Qué te dije sobre vigilarme? —gruño mientras me envuelvo la toalla alrededor de la cintura—. No te incumbe dónde estaba.

—¿Y qué te dije sobre hacerme quedar mal?

Niego con la cabeza entre risas al pasar junto a ella.

—La apariencia siempre lo ha sido todo para ti —murmuro.

—La apariencia es importante en nuestro mundo. En nuestra posición. Pensé que lo sabrías, teniendo en cuenta tu estatus. No podemos mantener a Tristan a raya para siempre.

Se muerde los labios en el mismo instante en que pronuncia esas palabras.

Me giro lentamente para mirarla.

—Así que sí sabes dónde se esconde tu primo.

—No. Pero sé que no se quedará escondido para siempre. Sobre todo si le damos más motivos. Y que vayas por ahí con una mujer embarazada no le va a sentar nada bien.

—No creo que le importes tanto como crees —le grito desde el vestidor mientras busco ropa de trabajo—. Sangre o no.

—¿Crees que no lo sé? —espeta, apareciendo de repente en la puerta. Se ve que la privacidad no es una opción—. A Tristan solo le importa la sangre derramada. Pero esto no tiene que ver con él. Se trata de que no me respetas.

Jesucristo, joder. Ahí vamos de nuevo.

—Te pongo un anillo en el dedo. Mantengo las apariencias en público. Te dejo hacer lo que quieras en mi casa —enumero.

—Mientras tanto, la madre de tu hijo tiene vía libre en tu otra casa. Por no hablar del resto de tu vida. Lo mínimo que podrías hacer es fingir que de verdad te importo.

Termino de vestirme y me quedo de pie frente a ella.

—Nuestro matrimonio es contractual. En realidad, ninguno de los dos quería esto.

Jenica traga con dificultad.

—Así que no soy bienvenida para nada. Entendido.

Joder. No tengo tiempo para esto.

—Tengo que ir a trabajar —digo, mientras me dirijo a la salida.

Pero al abrir la puerta, me llama desde el fondo del vestíbulo.

—No olvides que tenemos una cena a la que ir esta noche.

Me detengo sin darme la vuelta.

—¿Qué cena?

—¿El evento benéfico? —pregunta con un tono lleno de descaro.

—Claro —respondo.

Joder.

Ya es bastante malo tener que jugar a las casitas con ella. Es la compañera de piso más difícil que un hombre podría desear. Por no hablar de que me arruina las citas, aunque hasta ahora he encontrado la manera de sortearlo.

Aun así, no quiero ser estúpido. Sé lo que está en juego, por eso camino sobre la cuerda floja. Entiendo que a Jenica no le guste cómo se vería todo si se supiera que Amara está aquí y que está embarazada de mi hijo. Pero lo que no entiendo es su actitud tan brusca. Si no la conociera, diría que mi esposa siente algo por mí. Lo cual es ridículo.

Cuando llego al trabajo, todo es un caos. La secretaria… ¿Janine? No estoy seguro, también es nueva… anda de un lado a otro intentando hacer cosas que no le corresponden.

—¿Dónde está mi café? —grito al entrar en mi oficina.

—Lo pedí, pero aún no ha llegado, señor —responde ella.

—¿Lo pediste?

—También estoy trabajando en su agenda, señor Rozanov. Pero tengo algunas preguntas…

La interrumpo.

—¿Por qué estás armando mi agenda? No tienes ni idea de mi agenda.

—Porque…

—¿Dónde está mi asistente? —pregunto bruscamente, devanándome los sesos para recordar su nombre. Maggie, Mallory… —Molly. ¿Dónde diablos está Molly?

Janine se me queda mirando fijo. Como si las próximas palabras que salgan de su boca fueran a mandarla a la guillotina.

—Se ha ido.

—¿Se ha ido? —pregunto bruscamente, y ella hace una mueca—. ¿A dónde se fue?

—Usted la despidió, señor.

Cierto. Joder.

—Averigua dónde está mi café. Y luego tráeme una lista de todos los solicitantes registrados para el puesto de asistente. Y no vuelvas a tocar mi agenda.

—Sí, señor —sale corriendo de la habitación, muy nerviosa.

Respiro hondo y exhalo con un suspiro de angustia. Todo está en llamas. Mi vida entera es un gran incendio forestal y yo estoy parado en medio, viendo cómo arde sin control.

Y si hay algo que me irrita, que no soporto, que no voy a tolerar, es perder el control.

Necesito un asistente competente. Uno que me prepare el café correctamente y que me organice la agenda de forma coherente. Uno que no me mire como un ciervo paralizado por las luces de un coche y luego balbucee una respuesta ininteligible a cualquier pregunta que le haga.

Necesito a Amara.

Me horroriza solo pensarlo. Una cosa sería pedirle que volviera después de despedirla y mandarla a ella y a sus hermanos a mudarse de estado. Otra muy distinta sería que trabajara en su estado. Necesita concentrarse en el bebé, en asegurarse de no estar estresada. Lo último que necesita es estar pendiente de mí en todo momento, aunque me encante cuando está a mi servicio.

Por suerte, suena mi teléfono y lo saco del bolsillo incluso antes de mirar quién llama.

—¿Sí?

—Jefe, tenemos un lío entre manos. ¿Estás sentado?

Es Maverick. Debí mirar quién era antes de contestar, porque no estoy de humor para aguantar las tonterías en las que anda metido.

—Déjame adivinar. ¿Te metiste en una pelea en algún bar de los Chadovich y necesitas refuerzos?

—No —dice—. Aunque sí que suena a algo que yo haría.

—¿Perdiste una partida de póker y te quedaste sin dinero porque te lo gastaste todo en un club de striptease la noche anterior? —pregunto, revisando el correo acumulado en mi escritorio. Amara sabría cómo organizarlo. Dejar solo los importantes y ocuparse de los demás.

—Escucha, Ransome. Hubo un problema con uno de los envíos —dice.

Eso logra que me detenga.

—¿Qué clase de problema?

—No estoy del todo seguro. En algún punto de la ruta, en el Medio Oeste, apareció la policia alrededor de algunos de los camiones. El Paso detuvo los envíos en cuanto se supo la noticia.

—¿En qué kilómetro? —ladro.

—Te envié toda la información por mensaje hace un rato. Se libraron de todo, pero, por lo visto, la policía recibió un aviso.

Aprieto la mandíbula.

—¿Les avisaron o les pagaron?

—Yo también pensé lo mismo —dice.

—¿Todavía no hay noticias de él? —no necesito mencionar el nombre de Tristan para que Maverick y cualquier otra persona sepan a quién me refiero.

—No —responde—. Dondequiera que esté ese *kusok der'ma*, se está escondiendo muy bien. Al menos por ahora.

El ruso de Maverick no es el mejor, pero tiene razón en dos cosas.

Tristan es un pedazo de mierda.

Y lo vamos a encontrar.

Una cosa es joder con mi cabeza. Con mi vida incluso.

Pero ahora está jodiendo con mi dinero.

Dondequiera que esté, ya es hora de que lo saquemos a la luz.

22

AMARA

Me estoy volviendo loca aquí encerrada.

Suena tonto decirlo, teniendo en cuenta que vivo en una casa del tamaño de un centro comercial. Pero nadar estando embarazada es incómodo. Te dan calambres en la barriga cuando el bebé se tensa por el agua fría y no flotas de manera uniforme. Me siento como una boya de pesca y temo ahogarme incluso en la parte menos profunda.

Siendo sincera, el gimnasio no me atrae en absoluto. Prefiero dar largos paseos al aire libre. Y solo puedes dar vueltas por una finca privada un número limitado de veces antes de que el lujo obsceno del uno porciento más rico empiece a resultar irritante.

He visto todas las series que siempre quise ver en Netflix. He jugado más partidas al futbolín de las que me gustaría admitir. Así que ahora estoy sentada en medio de una habitación vacía, creando un tablero de Pinterest llamado *Habitación del bebé*.

No sé si seguiremos aquí cuando nazca, pero me gusta pensar que sí. Y, si es así, esta será su habitación. Tiene un ventanal y es una de las pocas en toda la finca por donde entra el sol de la mañana.

Quiero que esté calentito. Que se sienta seguro. Aunque no siempre pueda protegerlo.

De repente, la puerta se abre de golpe y allí está Ransome.

—¡Dios! —grito, sintiéndome como un gato en el techo—. ¡Me has dado un susto de muerte!

—¿Qué haces aquí?

—¿Creando un tablero de Pinterest? —no puedo evitar señalar lo *obvio*, pero qué se le va a hacer. A estas alturas, mis hormonas son el menor de mis problemas—. Dios, ¿qué es esto, una emboscada? ¿Te va a salir pelaje y vas a gruñirme que no puedo entrar al ala oeste?

—Puedes ir a donde quieras en la casa, ya te lo he dicho—se pasa la mano por el pelo—. Simplemente no sabía dónde estabas.

Un momento. ¿Ransome está… nervioso?

Y, lo que es más importante… ¿estaba *preocupado por mí?*

Una sonrisa asoma en la comisura de mis labios.

A Ransome no le hace ninguna gracia.

—He tenido un día fatal.

—Evidentemente —gruño mientras me levanto del suelo.

Ransome se apresura a ayudarme.

—No deberías estar sentada en el suelo —dice.

—Bueno, aquí no hay muebles. —señalo lo obvio una vez más.

—Podemos amoblarlo. Lo que tú quieras.

Lo miro con recelo. Luego miro mi teléfono.

—Son solo las doce del mediodía. ¿No deberías estar trabajando?

—No tengo nada para hacer en el trabajo —levanta las manos al aire y empieza a caminar de un lado a otro—. O si, no lo sé.

Me muerdo el labio. Nunca lo había visto así. Algo le ha tocado un nervio.

—¿No debería ayudarte tu asistente con eso?

—No tengo asistente.

—¿En serio? Creí que habías contratado a alguien nuevo.

—Sí, lo hice. Y luego la despedí —espeta.

—¿Por qué?

—Porque era una idiota.

—Entonces… ¿contrata a alguien nuevo? —me froto la espalda. Últimamente me duele muchísimo. El embarazo no es ninguna broma.

Ransome se ríe entre dientes ante mi respuesta.

—Claro. Como si alguien fuera a poder hacer tu trabajo como tú lo hacías. Le has puesto el listón demasiado alto.

—¿De nada? —murmuro, frotándome las caderas.

—¿Qué ocurre? —pregunta.

—Nada —le digo—. Solo tengo los músculos doloridos.

—¿Le pasa algo al bebé? —su mirada se vuelve inquieta mientras me examina—. No estarás de parto prematuro, ¿verdad?

—¿Qué? No. Dios mío. Solo me duele. El embarazo es un poco estresante para el cuerpo, ¿sabes?

Él asiente.

—Claro. Te reservaré un masaje —dice, y yo me río.

—En serio, no tienes que…

Detengo mi frase justo a la mitad. El hombre se ofrece a pagar un masaje prenatal. ¿Quién soy yo para negarme?

Para empezar, un masaje suena celestial. Pero además, significa que podré salir de los muros de mi lujosa prisión durante un par de horas.

—Reservado —dice—. El chofer estará aquí en treinta minutos.

Mi sonrisa se desvanece un poco.

—¿Chofer? ¿Por qué no puedo conducir yo misma?

—No seas ridícula. No es seguro. —Ransome sale de la habitación y yo lo sigo.

—Sé que esto puede sorprenderte, pero sí sé conducir un auto. Incluso tuve uno.

—Lo sé. Te atrapé antes de que pudieras volver a meterte en la trampa mortal que era ese montón de chatarra en Montana.

—Ese coche no tenía ningún problema —argumento.

—¿Te refieres a algo más aparte de los amortiguadores, el motor de arranque, las correas y la dirección asistida?

Pongo los ojos en blanco.

—Gianni trabajó en ese coche. Sé que no era lujoso por fuera, pero cumplió su función. Yo estaba pasando desapercibida.

Ransome se da la vuelta. Casi choco con él.

—Bueno, ya no estás escondida. Estás aquí conmigo y no vas a andar por ahí sola. La gente no sabe… —deja la frase inconclusa.

—¿Que estoy embarazada? —pregunto.

—Que estás aquí siquiera —dice—. Y no voy a dejar que esa información llegue a los oídos equivocados.

Me muerdo los labios antes de decir las palabras que sé que no debería.

—¿Como a tu esposa?

—Como a su primo —dice con el mismo tono sarcástico—. Ahora ve a prepararte para tu masaje. El coche estará fuera en veinte minutos —dice mientras se dirige a la puerta—. Ah, y de nada.



Sinceramente, me siento un poco mal por haberle hablado así. Sobre todo porque me regaló un masaje. La sola idea me hace llorar.

Pero no pude evitarlo. El hombre me mintió. Me engañó para que volviera con él. Con orgasmos espectaculares o no, no voy a dejar que se salga con la suya tan fácilmente. Aunque me folle como si fuera la última mujer sobre la Tierra.

Me subo a la parte trasera de la camioneta negra y me abrocho el cinturón antes de suspirar. El chofer, con gafas de sol, me mira por el retrovisor.

—Señorita Parker.

Reconozco la voz inmediatamente.

—¿Iván?

No dice nada, pero percibo un leve atisbo de sonrisa en las comisuras de sus labios.

Una sonrisa tonta se dibuja en mi rostro.

—¡Todavía estás aquí!

—¿Adónde iría?

No puedo creer que esté admitiendo esto, pero realmente extrañé su marcado acento ruso.

—Lo siento —digo, intentando dejar de sonreír. Debe pensar que estoy loca—. Lo siento. Es que… me alegra ver una cara conocida.

—No creo que nadie se haya alegrado nunca de verme —dice, y yo me río.

El masaje es todo lo que podría haber deseado y más. Noventa minutos de puro placer con la presión justa, a cargo de una terapeuta que apenas me dirige la palabra. Es maravilloso. Casi me quedo dormida en la camilla.

Después, salgo sintiéndome fresca, cálida y relajada, como cuando me levanto de la cama de Ransome, pero esta vez huelo a aceite de lavanda y no a… él.

Como era de esperar, la camioneta negra me espera aparcada junto a la salida de emergencia. Suspiro antes de abrir la puerta. Ni siquiera que me lleven como si fuera un objeto me pone de mal humor ahora mismo, no después de que la terapeuta me haya dado un masaje de más de una hora para que me recupere.

Pero justo antes de entrar, una voz me detiene.

—¡¿Amara?!

Esa voz remueve algo en mi interior. Es una voz que conozco. Una que he echado de menos casi a diario desde que dejé Nueva York.

Y, sin embargo, no puedo creer que la esté escuchando.

Me giro bruscamente.

—¡¿Electra?!

—¡Ay Dios mío!

De pronto, me abraza.

—¡Hace muchísimo que no sé nada de ti! Desde que te mudaste y tuviste que cambiar de identidad y…

—¡Shhh! —digo, pero también se me escapa una risita—. Información clasificada, cariño.

—Ay Dios mío —repite, casi llorando mientras se aparta—. Yo solo… Ay. Dios. Mío.

Sus ojos se clavan en mi vientre.

Electra no sabe mucho. Después de todo lo que pasó, le conté que Gianni se había metido en problemas con unos tipos peligrosos, que nos amenazaron a todos y que tuvimos que huir de la ciudad. Lloré hasta quedarme dormida durante semanas por tener que alejarla, pero le dije que era para proteger a mis hermanos.

Estaba disgustada, pero dijo que lo entendía. No me lo puso difícil en absoluto. Lo único que hizo fue hacerme prometer que me pondría en contacto con ella cuando estuviéramos a salvo de nuevo.

Nunca lo hice. No pude.

Ahora, seis meses después, es obvio que tengo que dar algunas explicaciones.

23

AMARA

—Tu chófer sí que es persistente —dice Electra mientras nos sentamos en una cafetería a la vuelta de la esquina. Iván aparcó delante y está sentado en una mesa al otro lado del restaurante, fingiendo leer el periódico—. ¿Siempre te sigue así? —pregunta.

—Ransome insiste —le digo.

Es quedarme corta. Ransome se habría enfadado muchísimo si hubiera sabido que Iván me permitió almorzar con Electra. Primero, insistió mucho en que Iván me llevara al salón de masajes y de vuelta a casa, a ningún otro sitio. Pero además, Ransome nunca ha sido fan de Electra, y nunca lo ha disimulado.

Pero, sinceramente, me da igual. Por eso le dije a Iván que le dijera a Ransome que el masaje me había dejado hambrienta y que necesitaba comer cuanto antes, antes de que me dieran náuseas.

—Me parece increíble que hayas vuelto —dice ella—. Y que lo estés viendo otra vez. Creí que habías dicho que era un cretino.

—Lo es —admito, dándole un mordisco a mi sándwich y saboreándolo. Ransome dice que el tocino no es bueno para los

bebés. Algo sobre los nitratos. Pero por cómo se mueve el pequeño dentro de mí ahora mismo, parece que le gusta sin problema.

—También es una locura que estés embarazada. Muy embarazada. Y no me lo hayas dicho —dice con tristeza en los ojos. No ha tocado su ensalada de pollo.

Me muerdo los labios.

—Lo siento. Pero no pude. Literalmente lo dejé todo. Mi dirección, mi número de teléfono, mi coche. Incluso usé otro nombre durante un tiempo.

—Eso es una locura. —niega con la cabeza—. ¿Con qué clase de tipos se relacionaba Gianni para ser tan peligroso?

—Los chicos del taller —miento. Aunque solo es una mentira a medias. Al fin y al cabo, Tristan estaba relacionado con los coches.

Respira hondo y exhala.

—Bueno, me alegro de que todos estén bien. Y me alegro de que hayas vuelto también. Tenemos mucho de qué hablar —dice con una sonrisa. Y conozco esa sonrisa.

—Vale, cuéntamelo —le digo, dando otro bocado—. ¿Con qué chico estás saliendo ahora?

—En realidad, es el mismo.

Dejo de masticar.

—¿El mismo? —me devano los sesos tratando de recordar de quién habla. Entonces caigo: el señor Podría-Ser-El-Indicado—. Espera. ¿Ese tipo no era un poco imbécil?

—O sea, sí, era territorial. ¿Pero acaso no lo es Ransome también?

—Ransome es diferente —le digo.

—Bueno, este tipo también. Además, tiene dinero. Muchísimo. —sonríe mientras toma su mimosa—. Y me deja hacer lo que quiera.

—Suena demasiado bueno para ser verdad —le digo—. ¿No te controla para nada?

—Oh, sí que lo hace. Es solo que no le importa demasiado. Trabaja muchísimo. Al parecer, tiene un trabajo muy importante y muy peligroso. —Electra sonríe como si fuera algo bueno.

Se me encoge el corazón. Electra no tiene precisamente un buen historial con los hombres, realmente dudo que esta vez vaya a ser mejor.

Una parte de mí quiere advertirle. Decirle que no todo lo que brilla es oro y que esté atenta a las señales de alerta. Que tenga cuidado.

Por otro lado, ¿quién soy yo para dar lecciones? Estoy con el mismísimo Sr. Tóxico. Me quedé embarazada de su hijo y todo. No soy tan ingenua como para creer que puedo decirle a nadie cómo vivir su vida.

—Bueno, me alegra que nos hayamos podido ver —choco mi refresco light con su copa de mimosa—. Además, me alegra que estés feliz —mi sonrisa se desvanece un poco, no puedo evitarlo—. Solo prométeme que tendrás cuidado. Lo que parece demasiado bueno para ser verdad nunca lo es en realidad.

—Fue un brindis terrible —dice ella, pero al final ambas acabamos riéndonos.



Después del almuerzo y una despedida muy larga, durante la cual Electra me convence para que intercambiemos números de teléfono, con la condición de que no me llame sin par, Iván me lleva a casa.

Sorprendentemente, Ransome no ha llamado ni enviado ningún mensaje. O está muy ocupado o Iván se las arregló para guardar silencio.

Decido darme un baño en cuanto llego. Hacía mucho que no me daban un masaje, creo que había olvidado lo mucho que duelen los músculos después. Pero el agua no está lo suficientemente caliente como para que penetre bien y de repente me dan escalofríos, así que salgo y decido acostarme temprano.

Durante un rato, doy vueltas en la cama, con la mente ocupada en los pensamientos del día.

Fue una locura volver a la ciudad hoy. Prácticamente no he ido a ningún sitio desde que regresamos. Fuimos directamente del aeropuerto al hospital y luego a la finca. Es como si hubiera vuelto, pero no del todo.

Tampoco puedo dejar de pensar en Electra. Fue tan bueno verla. Se me saltan las lágrimas de solo pensarlo. En la libertad de su vida. Citas espontáneas, moverse por la ciudad sin que nadie la vigile. Sin preocuparse de quién la observa.

Un fuerte dolor en el vientre me hace estremecer.

—Supongo que tú también estás cansado de no poder estar cómodo. —me incorporo—. Seguro que para ti es peor, retorcido ahí dentro como un pretzel.

Cambio de posición otra vez, esta vez con una almohada entre las piernas y otra presionada contra el vientre para aliviar la presión. A pesar de la incomodidad, mis párpados empiezan a cerrarse y pronto me quedo dormida.

Pero no estoy exenta de sueños.

Me vienen a la mente imágenes de Electra. La imagino en citas que no terminan con alguien escapando de su cama al otro día. La idea de que tenga una relación más seria me resulta extraña. Sobre todo

con alguien que tiene tantas buenas señales que, con la iluminación equivocada, podrían confundirse con señales de alerta.

Me despierto en mitad de la noche con un fuerte dolor en el vientre otra vez.

Me incorporo de golpe. La almohada está empapada en sudor y el pelo se me pega a la cara. O acabo de tener una pesadilla horrible o algo no anda bien. Espero que sea lo primero.

Decido servirme un vaso de agua y dirigirme al baño. Al mirarme al espejo, veo mi reflejo. Mis mejillas están enrojecidas sobre la piel pálida como la muerte y tengo ojeras.

Cierro el grifo y llevo mi vaso de vuelta al dormitorio.

Pero justo cuando estoy a punto de acostarme, me quedo paralizada.

El vaso de agua cae al suelo y se rompe. Al otro lado de la habitación, fuera de la ventana, hay un hombre. Solo alcanzo a distinguir su silueta, pero al verlo moverse, juro que lo conozco.

Tristan.

Parpadeo, demasiado asustada para moverme, demasiado asustada incluso para gritar.

Y en un instante, desaparece.

Corro hacia mi mesita de noche, agarro mi teléfono y llamo a Ransome.

24

RANSOME

Odio las fiestas.

Fiestas de trabajo, fiestas de la Bratva, fiestas navideñas… todas. Una auténtica basura.

Por desgracia, ser director ejecutivo de una gran empresa implica asistir a muchas fiestas. No solo asistir, sino ser el centro de atención. Otra cosa que detesto. Queda mal si el protagonista no sonríe, lo que también significa que tengo que fingir. Otra cosa que aborrezco.

Jenica, por supuesto, está posando por los dos. Lo que significa que estoy esperando mi tercer trago.

—En realidad, es un arma de doble filo —dice Jenica con una sonrisa dulzona que sé que esconde un trasfondo de ironía—. Ser la esposa de un hombre como Ransome es muy exigente. Las cámaras, las entrevistas, por no hablar de organizar fiestas y estar en el centro de atención en eventos benéficos como este. A veces puede ser muy agotador.

—No me lo puedo imaginar —dice otra mujer, una que se ha sometido a tantas cirugías plásticas para *casi* parecer Paris Hilton.

—No me malinterpretes. Sin duda también tiene sus ventajas, ¿no, cariño? —Jenica se vuelve hacia mí con una risita nerviosa. Mientras tanto, sus ojos me lanzan una discreta amenaza.

Fuerzo una media sonrisa, antes de plantarle un beso que dura un segundo en su boca con brillo labial. Odio el brillo labial. Es viscoso, pegajoso, un desastre. Y sabe a fruta artificial, es como un jarabe para la tos.

No entiendo por qué las mujeres insisten en usarlo. *Sabemos* que sus labios no tienen la misma textura que la mermelada de uva. Y, aunque parezca mentira, en realidad lo preferimos así.

Respondo con un leve y vago *hm*, y ella vuelve a reír mientras coloca su mano sobre mi muslo debajo de la mesa. Luego, mientras la conversación en la mesa del salón de banquetes continúa, gira la cabeza hacia un lado para que nadie pueda ver su expresión ni oír su voz.

—¿Te costaría mucho fingir que quieres estar aquí? —espeta.

—Pero no quiero estar aquí —digo en voz baja.

—Bueno, eso ya es bastante obvio. Pero al menos podrías fingir que no te repugna estar aquí *conmigo*. Nos estás haciendo quedar mal a los dos. Y cuando yo quedo mal, papi se entera.

Fuerzo otra sonrisa, me muerdo la lengua… literalmente… y le rodeo la cintura, demasiado pequeña, con un brazo.

—¿Mejor? —pregunto con poco o ningún afecto.

Ella no responde, pero su cuerpo rígido me dice que la he enfadado. Maldita sea.

La noche se hace eterna. Cada momento que tengo que dedicar a promocionar Apex y a presumir del éxito de la empresa y su supuesta generosidad (lo cual es mentira, porque a empresas como esta les importa un bledo todo el mundo) se hace eterno. Lo único que quiero es irme, quitarme la corbata y tomarme una copa que de

verdad me calme los nervios, no la porquería aguada que sirven en este bar efímero.

También estoy pensando en Amara.

No puedo evitar preguntarme cómo estará. Cómo le fue con el masaje. Si se siente mejor, si necesita algo o…

—Ransome, cariño, estás en otro mundo —la esposa de uno de los jefes de Apex me saca de mis pensamientos con su risa estridente. Tiene sesenta y tantos años y usa tanto maquillaje que podría abastecer media tienda Sephora, lo cual no le favorece en absoluto.

—Estoy pensando en el trabajo —digo, cogiendo mi vaso con una sonrisa fingida que dudo que alguien se crea.

—¿No es así siempre? —ríe Jenica. Mientras tanto, su mano sobre mi muslo sube un centímetro.

Me aclaro la garganta, meto la mano debajo de la mesa, le quito la mano y la coloco sobre su regazo.

Ella se pone rígida de nuevo.

—Estos eventos son maravillosos, pero sin duda te dejan agotado —añade la señora—. Sé que mi William siempre termina exhausto después de tanta interacción social.

—Estoy seguro —digo entre dientes. Pero por mucho que deteste las charlas triviales, mi tono no va dirigido a ella. Es una respuesta a la mano de Jenica, que vuelve a estar sobre mi muslo, esta vez incluso más arriba que cuando la quité.

De nuevo, la agarro, esta vez simplemente la aparto con un movimiento rápido.

—Quiero saber más sobre ustedes dos —dice otra mujer. Sale con uno de los altos mandos de Apex. Él tiene cincuenta y tantos años y ella quizás tenga edad suficiente para beberse el vino que tiene delante. Tiene mucha audacia al hablar, considerando que

probablemente solo sea su ligue pasajero, pero claramente no tiene ni idea de lo que es apropiado en situaciones como esta—. ¿Cómo se conocieron?

—Viejos amigos de la familia —respondo antes de que Jenica pueda decir algo que no debería.

—Vaya. Todo este tiempo delante de sus narices, y aun así tardaron años en darse cuenta —dice la anciana con tono romántico.

—Demasiados años —bromea Jenica, y todos ríen. Me dedica una sonrisa y me besa, y me veo obligado a soportarlo. Mientras tanto, su mano vuelve a encontrar mi muslo, esta vez apenas a un centímetro de mi entrepierna.

Cuando puedo sentir su dedo meñique en mi pene, pongo un límite.

La tomo de la mano, pero en lugar de apartarla, me levanto y la arrastro conmigo. Luego, pongo la sonrisa más falsa que puedo para que todos la vean. Si lo que quiere es atención, la obtendrá.

—Hablando de eso —empiezo a decir—. Tendrán que disculparnos —les digo a todos mientras la aparto de la mesa.

—Ransome, cariño, ¿a dónde vamos? —pregunta con una sonrisa forzada.

—Creo que necesitamos un poco de privacidad, *cariño* —digo para complacer a la multitud.

Pero una vez que estamos afuera, en el aire fresco de la noche, el agradable tono desaparece.

—¿Has perdido la cabeza? —espeta.

—No. Pero claramente, tú sí —respondo bruscamente—. ¿Qué demonios fue eso ahí dentro?

Los ojos de Jenica se abren de par en par.

—¿Te refieres a actuar como una esposa cariñosa? ¿A hablar maravillas de tí mientras tú me ignoras con frialdad?

—De frío no tuvo nada —argumento—. Ya te encargaste tú de eso con lo que hiciste debajo de la mesa.

—¡Ah, perdóname por intentar ganarme el cariño de mi marido! —exclama—. ¿Sabes cuántos hombres matarían por tenerme del brazo?

—Tal vez deberías casarte con uno de ellos —gruño—. Así me libras de esta carga.

Jenica se estremece ante eso. Quizá me pasé. Fui demasiado lejos. Pero, sinceramente, conoce el acuerdo. No es que alguno de los dos quisiera esto. Nunca antes había mostrado interés real en mí. Es todo un montaje. Es obligatorio. Es parte del juego. Es lo único que mantiene a salvo a las personas que de verdad nos importan.

Ella traga. Sustituye su expresión de dolor por una de ira contenida.

—Bueno, si así es como de verdad te sientes, entonces ya no tendrás que preocuparte de que finja. Obviamente tu corazón está… en otra parte.

—Mi corazón no está en ningún sitio —digo. Lo cual puede ser mentira, pero no es asunto suyo—. Lo importante es dónde estoy mentalmente. Y mi mente solo intenta mantener todo esto en orden.

Jenica abre la boca para decir algo más cuando se abre la puerta del patio.

Damon, el jefe de la policía de Nueva York, y un íntimo amigo mío, sale de la sala.

—Disculpa que te interrumpa, Ransome. Pero tenemos un problema que debemos solucionar.

Ni siquiera miro a Jenica antes de seguirlo de vuelta al edificio.

Damon me mira mientras nos dirigimos a la puerta principal.

—Hay mucho revuelo en las calles, creo, por toda la gente importante que hay ahora mismo en este edificio. Quiero repasar algunos protocolos de seguridad.

Por su tono, puedo deducir que todo eso es solo una tapadera para otra cosa.

Una vez fuera, donde no hay ningún revuelo, Damon se gira hacia mí.

—Mis hombres han visto a Tristan Chadovich.

Mi pulso se acelera.

—¿Cuándo? ¿Dónde?

Pero Damon levanta una mano.

—No te emociones demasiado, fueron avistamientos breves. Y nunca está solo.

Asiento con la cabeza una vez.

—Tiene sentido que tenga escudos humanos cuando se deja ver en público.

—No podemos hacer mucho sin un motivo. Pero lo estamos vigilando.

—Bien.

—Pero eso no es todo.

Por supuesto que no. Sería demasiado bueno para ser verdad.

Le indico que continúe, y lo hace.

—En las últimas dos semanas, se han producido varias fugas de la prisión, todas de máxima seguridad.

—¿Cuántas son varias? —pregunto.

—Cinco, según tengo entendido. Creemos que es un trabajo interno; ese lugar es impenetrable —suspira con frustración—. De cualquier modo, tenemos hombres peligrosos sueltos. Y todos tienen antecedentes penales similares.

—¿Cómo cuáles?

—Tráfico de drogas. Agresión y lesiones. Asesinato.

Joder, genial. Avistamientos *y* fugas de la cárcel, todo relacionado con Tristan. Parece que este tío no se ha tomado ni un solo día libre para hacerme la vida imposible.

—¿Te parece sospechoso? —pregunta Damon.

Observo la ciudad, con los ojos entrecerrados.

—¿Me preguntas si creo que es una coincidencia?

—Te pregunto si crees que lo es.

Tristan está liberando a criminales violentos. Se está arriesgando al hacerlo. Y como dudo que lo haga por caridad, solo queda una opción.

Está reuniendo un ejército.

—Ni de coña.



Regreso a la fiesta. Aunque no pienso quedarme mucho tiempo. Esa es una de las ventajas de ser director ejecutivo. Yo decido cuándo llego y cuándo me voy.

Jenica me mira y me armo de valor. Debería estar a su lado. Lo último que necesito ahora es mala publicidad. Agujeros en la armadura.

Pero justo cuando estoy a punto de acercarme a ella, suena mi teléfono.

Es Amara.

—Hola…

—¿Ransome? —gimotea en cuanto contesto—. Gracias a Dios que contestaste.

Suena asustada, agitada. A punto de sufrir un ataque de pánico.

Me pongo de los pelos. Amara puede ser muchas cosas, pero nunca ha sido el tipo de mujer que arma un escándalo por nada.

Y mi instinto me dice que, sea lo que sea, no es poca cosa.

—¿Qué sucede?

—Necesito que vuelvas a casa. Ahora mismo.

25

AMARA

Siento un gran alivio cuando contesta.

No me lo esperaba. Fue un último recurso. Conociendo a Ransome, seguro está ocupado dirigiendo su imperio. O haciendo de marido de Jenica. Probablemente ambas cosas.

Pero me responde de todos modos.

—Es el bebé —suelto—. Algo anda mal.

—Estoy en camino.

Literalmente puedo oír el movimiento de sus pies. Hay un murmullo de fondo, las suaves notas de música clásica en el aire, pero todo se desvanece cuando sale a grandes zancadas de dondequiera que esté.

Él está viniendo. Viene corriendo.

¿Pero será lo suficientemente rápido?

—¿Debería llamar a emergencias? —me doy cuenta de que estoy entrando en pánico, pero entre el dolor punzante en el abdomen y lo que vi por la ventana hace un momento, se puede decir que no

estoy en mi mejor momento—. No sé qué pasa, pero me duele mucho. Siento que se me tensa el vientre y me da espasmos en la espalda y…

—No. No llames a emergencias. —oigo el portazo de un coche—. Estoy cerca. Te llevaré yo mismo al hospital.

—¿Y Jenica? —pregunto. Sé quién es él. Sé con quién está. Porque, incluso hasta el día de hoy, conozco su agenda. Y hoy es la gala benéfica anual.

—Jenica ya es mayorcita. Podrá resolverlo.

Si no tuviera tanto dolor, eso me subiría un poco el ego.

Pero *tengo* dolor. Un dolor insoportable que viene y se va en oleadas y lo único que puedo pensar es que estoy en las primeras etapas del parto.

—Tengo miedo, Ransome —sollozo por teléfono—. ¡Ay, Dios! —me doblo en el suelo mientras otra ola recorre mi cuerpo.

—¿Qué ocurre? —pregunta—. Amara, ¿qué pasa?

—¡No sé!

Estoy haciendo todo lo posible por respirar profundamente. Pero respirar no es fácil cuando sientes que tu columna vertebral se va a partir por la mitad.

—¿Crees que fue el masaje? —pregunta—. ¿Crees que desencadenó algo?

—Fue un masaje prenatal —digo—. No lo sé. No… —me interrumpe el dolor intenso, y lo único que puedo hacer es gemir.

—Ya casi llego, *dorogoya.* —la voz de Ransome nunca había sonado más suave, llena de dulzura y preocupación. Como si fuera un hombre completamente distinto—. Ya casi llego.

Dejo que el sonido me calme durante la siguiente oleada de dolor.

~

La siguiente hora transcurre como en un sueño mientras Ransome me lleva a toda prisa a urgencias. Lo oigo interrogar a todo el mundo, exigir respuestas, incluso hablar en ruso con uno de los médicos (es real que tiene contactos por todas partes) mientras las enfermeras se mueven a mi alrededor. Me toman los signos vitales, me hacen un análisis de sangre, me ponen una vía intravenosa y preparan una ecografía. Todo es un lío.

Y mientras tanto, tengo dolor. Muchísimo dolor.

En el instante en que el doctor se aparta de mí, Ransome lo sigue de cerca.

—¿Y bien? ¡¿Qué pasa?!

—Bueno, hay buenas y malas noticias.

Creo que Ransome podría llegar a arrancarle el pene.

—Dime —gruñe—, ¿qué le pasa?

—La buena noticia es que no son contracciones reales.

—¿Tuve contracciones? —pregunto, colocando mi mano sobre mi vientre.

—Contracciones de Braxton-Hicks. También conocidas como contracciones falsas. Son comunes en el tercer trimestre, pero aún así pueden ser dolorosas.

—Dios. —dejo caer la cabeza sobre la almohada, a medio camino entre el alivio y el terror—. Si esa es la versión falsa, no me imagino lo horribles que serán las reales.

El doctor vuelve a sonreír. De seguro no valora mucho su vida. Probablemente Ransome haya matado por menos.

—Ya veremos qué pasa cuando llegue el momento —dice—. Pero por ahora, te hemos dado un par de medicamentos que deberían evitar que las contracciones se intensifiquen y también aliviar el dolor. El dolor que sientes también se debe a que el bebé cambia de posición. Es un niño sano y su hombro se encuentra justo contra el nervio ciático. Podemos apartarlo un poco, eso debería ayudar mucho a calmar el dolor.

—¿Entonces ella no corre ningún peligro inmediato? —pregunta Ransome, con preguntas que parecen balas.

—No —dice el médico—. Aunque, para ser sincero, su presión arterial está un poco alta. Más alta de lo que me gustaría.

Por supuesto que sí. Nada como un susto por el parto y alucinar con el mismísimo Slenderman saliendo por la ventana para que a una chica se le acelere el pulso.

—¿Qué podemos hacer al respecto? —pregunta Ransome.

—Menos estrés —dice el médico.

—¿Entonces reposo en la cama?

—Yo no iría tan lejos. De hecho, la actividad ligera, las cosas que Amara disfruta, serían más saludables. Cosas que le den alegría o paz. Cosas que ayuden a que el tiempo pase. Cosas que estimulen la mente. Eso es lo que yo recomendaría —sus ojos se arrugan en las comisuras—. Y si el bebé decide volver a darte un puñetazo en los nervios, dale un baño caliente, haz que se relaje y ve si puedes convencerlo de que cambie de posición. Te dejaremos ingresada esta noche por precaución, pero en general, vas a estar bien. El bebé también.

Dicho esto, el médico se marcha. La habitación queda en silencio, salvo por el pitido de las máquinas a las que sigo conectada. Me recuesto en la cama, exhausta pero agradecida de estar libre de dolor. Aunque me siento un poco tonta.

—Contracciones de Braxton-Hicks —repito, frotándome suavemente el vientre.

Ransome, sin embargo, no está nada relajado. Se aparta bruscamente de la silla y empieza a pasearse por la habitación.

—Esto jamás habría pasado si no hubiera reservado ese masaje —espeta.

—No creo que eso sea cierto. No es como si ella me hubiera tocado la barriga.

—Y no te fuiste directamente a casa. Sé que tenías hambre, pero Iván podría haberte pedido comida. Deberías haberte ido directamente a casa. Necesitas descansar. Evitar la sobreestimulación.

Lo miro con los ojos entrecerrados.

—Disculpa. ¿No oíste nada de lo que acaba de decir el médico? El reposo absoluto no es la solución. Me *falta* estimulación, Ransome. Dios mío. Pasé de una vida muy agitada y ajetreada a una vida estancada. Encerrada en una casa que parece más una prisión que un hogar.

Ransome se gira bruscamente para mirarme.

—¿Acaso mi propiedad no es lo suficientemente buena para ti?

—¡No cuando estoy allí sola como cumpliendo una condena, no! ¡El Palacio de Buckingham no sería suficiente si estuviera sola! Necesito estar rodeada de gente. Amigos. Tener un trabajo. ¡No estar discutiendo contigo cuando el médico acaba de decir que necesito tener más cosas en mi vida!

Ransome abre la boca para decir algo y enseguida la cierra.

—No. ¿Sabes qué? Tienes razón. No más peleas.

—Gracias —digo, aunque todavía me siento bastante resentida.

El teléfono de Ransome no para de sonar. Lo está evitando, pero aún puedo oírlo.

—Deberías contestar —murmuro.

En lugar de responder, se deja caer en la silla junto a mí, suelta un suspiro de alivio y se pellizca el puente de la nariz.

—¿El trabajo va bien? —pregunto. Es una pregunta estúpida. Ya sé la respuesta.

—El trabajo está en llamas —dice sin abrir los ojos.

—¿Más de lo normal? —intento bromear. No sonríe, aunque no me sorprende.

En cambio, me mira, sentado recto y gesticulando con las manos.

—Mucho más de lo normal. Ya es bastante malo que Tristan ande suelto, claramente tramando algo, pero cada día que entro en la oficina es como un nuevo y mayor desastre. ¿Tienes idea de cuántos asistentes he tenido desde que te fuiste?

—¿Quieres decir desde que me despediste?

Probablemente no sea la mejor pregunta, pero es verdad que me despidió. Puede quejarse de sus problemas laborales todo lo que quiera, pero ya no voy a seguir alimentando la idea de que no fue culpa suya.

Aun así, tal vez no sean el mejor lugar ni momento para abordar ese tema.

Le lanzo una mirada de disculpa.

—Lo siento. Continúa. ¿Cuántos?

Su mandíbula se contrae por un instante.

—Cinco —dice—. Al menos cinco. Y acabo de despedir a la nueva sin tener un reemplazo, lo que significa que estoy jodido. Así que Janine

anda como loca intentando averiguar cómo hacer dos trabajos.

—¿Quién es Janine? —pregunto y él levanta las manos.

—¡Exacto! Necesito a alguien competente. Alguien que sepa cómo me gustan las cosas y que pueda hacerlas bien a la primera. Necesito a…

—A mí —le digo—. Me necesitas a mí.

Se detiene. Me mira fijamente.

—Eso está fuera de discusión.

Me incorporo… bueno, me siento más erguida.

—¿Por qué? Piénsalo. Volver a la oficina me sacaría de casa. Me daría un propósito.

—Sería estresante —argumenta.

Y me río.

—Ay, por favor. Ser tu asistente no es tan terrible. Solo se trata de pedir café, tener una agenda diaria detallada con tiempo para respirar y organizar la agenda de la tintorería. Podría hacerlo con los ojos cerrados.

Ransome me mira fijamente, con la boca entreabierta y el ceño fruncido. Está molesto. Porque sabe que tengo razón. Sabe que le convengo.

Pero más allá de eso, sabe que no va a encontrar a nadie más capaz de hacer el trabajo.

—Nadie te conoce como yo —le digo. Es una subestimación, y él lo sabe.

Tras un largo momento de gran tensión, olfatea y me extiende la mano.

—Si vuelves a la oficina…

Se me ilumina la cara.

—Espera un momento. Dije *si. Si* vuelves a la oficina, será solo para asuntos de Apex. Nada de entrometerte en mis otros asuntos —dice en voz baja—. Y nada de preocuparte por cosas que no te incumben. Te mantendré a salvo. Me aseguraré de que ese lado de mi vida transcurra sin problemas. Ayudarás con el trabajo de Apex y solo con el de Apex.

—Listo —digo, dando una palmada antes de volver a tumbarme en la cama—. Ah, otra cosa —añado—. Quiero apuntarme a un gimnasio.

—No. Tienes un gimnasio en casa.

—Quiero hacer yoga.

—Puedes practicar yoga en casa. Hay una pantalla y espejos. No necesitas ir a un estudio para eso.

—Lo necesito si quiero asegurarme de hacerlo correctamente. Necesito que alguien me supervise si estoy haciendo yoga prenatal. Es lo más seguro para mí y para el bebé.

Ransome se muerde el interior de la mejilla y aprieta la mandíbula. Sabe que tengo razón.

—De acuerdo —dice—. Con un chofer.

—Trato.

Lo juro por Dios, este es el mejor día de mi vida. Es un poco patético. Pero, sinceramente, no me importa.

Puedo salir de casa. Puedo volver a atender las necesidades de Ransome. Puedo hacer yoga.

¿Qué más podría desear una chica?

26

AMARA

Americano mediano.

Un chorrito de crema.

Sin azúcar.

Lo suficientemente caliente como para quemarme la mano.

Podría recitarlo dormida. Lo he hecho en sueños. Pero esto no es un sueño. Siento que me arde la mano mientras sostengo la taza, esperando que Ransome entre por la puerta. Y cuando finalmente lo hace, se detiene.

Sus hombros se tensan. Aprieta la mandíbula. Luego la relaja.

Y una leve sonrisa burlona asoma en sus labios.

—Buenos días, Sr. Rozanov —mi voz suena aterciopelada. Es completamente inapropiada y poco profesional. Y totalmente a propósito.

—Buenos días, *krasivyy* —dice, de pie justo delante de mí. Encima de mí.

—Esa es nueva —le sonrío—. ¿Qué significa?

—¿Por qué no la buscas? —pregunta, con una amplia sonrisa en los labios.

—Lo haría, pero no tengo mucho tiempo libre.

—Ah, ¿sí? —coge el café y lo deja sobre su escritorio antes de volverse hacia mí.

—Mi jefe es un poco… exigente —me giro de un lado a otro hasta que mi pecho roza su torso.

Me toma la barbilla entre los dedos.

—Suena como un capataz de esclavos.

—Y eso es decir poco…

Su boca cubre la mía. Y durante dos minutos intensos, me mordisquea el labio mientras me pego a su cuerpo, sus manos bajan hasta mis nalgas y las mías recorren su espalda.

Cuando nos alejamos, la conexión magnética que se rompe es suficiente para desestabilizar el mundo.

Le sonrío y me limpio los labios con el pulgar.

—Tu agenda del día está en tu escritorio.

Ransome me guiña un ojo. ¡Me *guiña un ojo*! Es un gesto tan sexual y coqueto que ni siquiera sabía que era capaz de hacerlo.

Luego se dirige a su escritorio, con el resto de sus gestos deliciosamente y provocativamente rutinarios. Familiar en todos los sentidos. Predecible y estimulante a la vez.

Coge su taza de café, negra y humeante.

Se para frente a su ventana y contempla la extensa ciudad. Una ciudad que domina desde lo alto y, aún así, conoce cada edificio, cada calle, cada alcantarilla. Él lo controla todo.

Toma un sorbo de café. Deja que se asiente. Luego regresa a su escritorio y se sienta, revisando la agenda.

Observo cómo sus ojos recorren cada línea. El día completo, hora por hora. Con cada línea que lee, asiente levemente con la cabeza.

La lee una sola vez, memorizándola. Luego la deja sobre la mesa y me mira. Toma otro sorbo de café.

—¿Hay algo más que pueda hacer por usted, Sr. Rozanov? —pregunto con el mismo tono meloso de antes.

—Sí. Inclínate sobre el escritorio.

Tengo que reprimir la risa de asombro.

—Si me necesitas, ya sabes dónde encontrarme —digo mientras salgo de la habitación. Ni siquiera tengo que intentar mover las caderas al caminar. Gracias al desequilibrio de mi creciente barriga, mi trasero tiene vida propia.

Y, si tuviera que adivinar, diría que eso le está provocando pensamientos muy poco inocentes a Ransome .



El resto del día transcurre sin problemas. Pero eso no significa que no haya ajetreo. Una de las reuniones con Arabia Saudita se prolonga, lo que afecta al resto de su agenda. Esto implica posponer otras dos reuniones, tener que llevar el almuerzo a su oficina y no tener descanso por la tarde. Pero con un pequeño ajuste, todo se soluciona, todo encaja a la perfección. No hay ni un momento de desorden. Y mientras tanto, puedo recoger su ropa de la tintorería y comer mi propio almuerzo (una media ensalada y un wrap de pollo que insistió en que me terminara), todo ello mientras me aseguro de que sus camisas estén colgadas en el orden correcto: por color, estilo y marca.

Estoy en el armario de su despacho mientras él está en una reunión, separando las camisas dejando una distancia de dos centímetros entre ellas para que no tenga que buscar demasiado, cuando oigo que alguien entra por la puerta.

—No te preocupes —digo con una sonrisa, pero sin voltearme—. Esta vez no te faltará ninguna. Ahora que me alojo en tu casa, tengo acceso a todas las camisas que quiera.

—¿Estás segura de que todavía te quedan bien?

Me giro bruscamente y veo a Jenica parada en la puerta.

—¿Qué haces aquí?

Me da vergüenza admitir que estoy asustada. El corazón me late a mil por hora. Pero no me atrevería a dejar que lo viera.

—¿Te refieres a la oficina de mi marido? —pregunta y me sorprende no haber oído sus tacones en el suelo de madera al entrar. Lleva un elegante vestido negro, tan ajustado que hace que su cuerpo de talla 4 parezca una talla 2. Es la primera vez que veo a Barbie Casa De Los Sueños con algo que no sea rosa. Supongo que hoy va vestida de Barbie de Negocios. Qué mona.

—Yo debería preguntarte lo mismo —dice mientras sus ojos me recorren, deteniéndose en mi vientre como siempre. Es como si intentara examinarme de arriba abajo pero su mirada se quedara atascada.

Puede que seas su esposa, pero yo estoy esperando un hijo suyo…

—Trabajo aquí —le recuerdo. La verdad es que solo quería decirlo en voz alta.

—No te hagas la inocente —dice mientras se acerca a mí—. Sé perfectamente lo que intentas hacer.

—¿La tintorería? —pregunto, aún con aire de misterio.

Pero a Jenica no le hago gracia. Levanta la barbilla y baja la voz.

—Quizás pienses que, por estar embarazada de su hijo, tienes algún derecho. Pero no es así. Él está conmigo. Y no es solo algo legal. Es una tregua que pesa más que cualquier lealtad que pueda tenerte a ti y a tu sangre de segunda.

—¿Estás hablando de mí o del bebé de Ransome? —pregunto—. Porque este bebé, *su* bebé, es un niño. Eso lo convierte en el próximo *pakhan* Rozanov.

—Y puede que lo sea —responde ella—. Pero una vez que nazca, Ransome no te necesitará. Te largarás de aquí tan rápido que ni siquiera tu aroma perdurará. Por cierto, el jazmín está sobrevalorado. Muy de la temporada pasada.

Me enderezo. La miro a los ojos con la mano en el vientre y una sonrisa relajada en los labios.

—No vas a quitarme a mi bebé.

—Y tú no vas a quitarme a mi marido.

Suelto una risita y doy un paso atrás.

—Lo dices como si no lo hubiera hecho ya.

Espero a que diga algo más, pero, sorprendentemente, no lo hace. Se da la vuelta y se marcha, sus tacones resonando en el suelo al caminar.

Pero justo antes de que llegue a la puerta, añado una cosa más. Para rematar la faena.

—Solo para que lo sepas, a Ransome le encanta el jazmín —mira hacia atrás, disimuladamente, y yo sonrío—. Lo vuelve loco.

27

RANSOME

—¿Por qué se detienen en Dallas?

Mi día ha sido un desastre. No es culpa de Amara. La planificación fue perfecta, todo en orden, las reuniones puntuales, sin retrasos. Apex funciona a la perfección, pero el problema está en El Paso. Los camiones que van hacia el norte están atascados en Dallas, Texas, de todos los lugares.

—Parece un puesto de control —me dice Maverick mientras entramos en el almacén, de donde acaban de salir dos de nuestros camiones rumbo a Nashville.

—No tenemos ni un puto puesto de control en Dallas —grito—. De El Paso a Las Cruces, a Nashville y a casa. El hecho de que tengamos siquiera una parada entre el punto A y el punto B es una locura.

—Estoy de acuerdo —dice Maverick mientras entramos en la oficina y miramos el mapa en la pantalla del ordenador.

—Tengo dos camiones rumbo a Nashville. Y otros dos que debían encontrarse con ellos allí al mismo tiempo. Pero están en Dallas. Atascados. ¿Por qué?

—Podría ser solo una casualidad —dice Baron, siempre intentando ver el lado positivo—. A veces detienen a los camiones al azar. Podrían estar pasando por ahí todos los camiones de cinco ejes.

—Están bien diseñados —añade Maverick con naturalidad—. Dudo que algún trabajador con salario mínimo en Dallas se dé cuenta de que hay un compartimento oculto lleno de mercancía.

—¡Tengo casi *una tonelada* de polvo entre ambos camiones! —gruño —. No puedo confiar en que seguridad simplemente esté teniendo un mal día. Necesito saber por qué mis camiones están parados en mitad de Texas.

Me paso las manos por el pelo, las mantengo sobre la cabeza un instante antes de volver a mirar la pantalla. Pulso actualizar, pero no hay cambios. No se mueven en absoluto.

Joder.

—Odio tener que mencionar lo obvio —comienza diciendo Baron, y lo interrumpo.

—Entonces no lo hagas.

—Pero, ¿qué probabilidades crees que hay de que Tristan esté detrás de esto?

Literalmente puedo comenzar a sentir el doler de cabeza detrás de los ojos.

Maverick gruñe.

—O sea, es lo primero que pensé. ¿Por qué más estarían estancados en un puesto de control desconocido horas después de haber cargado en Las Cruces?

—¿Crees que están descargando? —pregunta Baron.

Me da un malestar estomacal.

—¿Descargar en dónde? —pregunta Maverick.

—¿En camiones Chadovich? —sugiere Baron.

Me doy la vuelta, harto de mirar la pantalla. Harto de hablar con ellos.

—Si ese es el caso y Tristan fue lo suficientemente listo como para secuestrar nuestro cargamento, lo sabremos pronto cuando los camiones vuelvan a circular y recibamos noticias de los conductores.

—Estás dando por sentado que están vivos.

Mav lo dice en broma, pero sé que habla en serio. Porque si Tristan está detrás de esto y envió hombres para cortar el paso a mis camiones, me sorprendería mucho encontrar a mis conductores con vida.

—¿Cuál es el plan, jefe? —pregunta Maverick.

—¿Tenemos hombres en Dallas? —pregunta Baron.

—Tengo hombres por todas partes —digo.

—Así que lo mandamos a revisar. Fácil —dice Maverick.

—No. —Niego con la cabeza—. Si hacemos eso, caeremos en la segunda trampa.

—¿Entonces qué? ¿Nos quedamos esperando? ¿Y mientras tanto los Chadovich nos roban ochocientas libras de cocaína? Tienes que estar bromean…

—Tristan quiere que hagamos un movimiento repentino. Y si él está detrás de esto, que no dudo que lo esté, que haya secuestrado dos de nuestros camiones es solo la mitad del problema. Está desviando nuestra atención hacia otra parte —aprieto los puños a los costados. Odio esto más que nada: estar sentados, sin hacer nada. Pero no podemos perder la cabeza. No cuando es precisamente lo que Tristan espera—. Así que esperamos. No reaccionamos. Dejamos que las piezas encajen para poder ver todos sus movimientos. Y entonces, cuando sepamos el alcance total…

Maverick sonríe.

—Los aplastamos.

Baron suelta un silbido bajo y yo me chupo el interior de la mejilla. *Aniquilar* era la palabra que tenía en mente.

Pero sí. Eso.



NO TENGO ningún interés en volver a casa. Lo último que necesito ahora s meterme en una discusión acalorada y sin sentido con Jenica. Siendo sincero, no tengo ningún interés en hablar con nadie que tenga sangre Chadovich corriendo por sus venas.

La alternativa es visitar a Amara.

Entro y enseguida siento un ligero nerviosismo. Lleva aquí unas semanas, pero ya se nota su presencia. Huele a ella. Es tranquilo y limpio, a diferencia del *hogar* al que estoy obligado a volver cada noche. Jenica siempre tiene algo a todo volumen, ya sea música o el último reality show donde la gente suele hablar a los gritos. Además, es muy desordenada: deja zapatos y ropa tirados por todas partes y maquillaje desparramado por todas las encimeras del baño.

Amara es ordenada, en todos los sentidos de la palabra.

Hablando de eso… ¿dónde está?

La cocina está vacía, iluminada únicamente por las luces debajo de los muebles. El televisor está apagado en la sala de estar.

Me dirijo hacia las escaleras para ver si está en su habitación, posiblemente dormida. O, si tengo suerte, tal vez esté en la ducha. Pero al pasar por la oficina, noto que la puerta está entreabierta y un tenue resplandor se filtra.

—¿Amara? —pregunto en voz baja, abriendo un poco más la puerta.

—¡Oh! —da un pequeño salto—. ¿Qué haces aquí?

—Creo que debería preguntarte lo mismo —le digo, mientras mis ojos recorren la laptop y una serie de papeles organizados frente a ella.

—Estoy poniéndome al día con el trabajo —dice mientras continúa escribiendo, estudiando uno de los documentos.

—¿Qué trabajo? —pregunto, entrando completamente en la habitación.

—Sin ánimo de ofender pero, desde que me fui, parece que muchas cosas en el sistema de Apex están un poco… desordenadas.

—Oh, lo sé. Por eso te volví a contratar. Pero eso no significa que tengas permiso para trabajar horas extras. De hecho —digo, cerrando la laptop—, te lo prohíbo.

Amara me mira con descaro.

—Solo intento mantener las cosas organizadas. Eso me facilitará el trabajo, lo que hará que el tuyo funcione mejor y…

—Lo único que me importa ahora mismo es que descanses. Trabajaste todo el día. Y si tuviera que adivinar, diría que fue un día largo.

—No tienes ni idea —murmura y me doy cuenta de que hay cierta angustia oculta en ese comentario.

—¿Qué ocurre? —pregunto—. ¿Sucedió algo? ¿Algo que te molestó?

Amara se muerde el labio y evita mirarme a los ojos. Eso ya me indica que algo anda mal. Está ocultando algo. Y después de hoy, no estoy de humor para secretos.

—*Dorogoya*… —murmuro la palabra con toda la dulzura que permite mi acento ruso. Sinceramente, creo que le gusta que el ruso suene áspero. A juzgar por cómo se remueve en el asiento, diría que lo prefiere así.

—Hoy tuve una visita en la oficina mientras estabas en reunión —admite.

Frunzo el ceño.

—¿La misma visita de la última vez?

—Sí.

Suelto un suspiro de frustración.

—¿Y qué quería esta vez? ¿Restregarte por la cara que estoy legalmente unido a ella?

—No. Eso ya lo dejó bien claro el día que pasó por casa. Hoy ha sido más bien una amenaza para que me mantuviera al margen. Que puede que trabaje para ti, pero ella es tu esposa.

Me estremezco al oír la palabra. ¿Qué ocurre con los Chadovich y sus pequeñas amenazas?

—No te preocupes por ella —digo.

—Es difícil no hacerlo cuando aparece todo el tiempo —murmuro.

—No volverá a suceder. Pero mientras tanto, no le des demasiada entidad. Simplemente está celosa.

—Está casada contigo. Va a todas las fiestas y eventos benéficos, sale junto a ti en todas las fotos, vive en tu casa y…

—Ella no es mi dueña —la interrumpo. Luego acorto la distancia entre nosotros, levantándola de la silla y pegándola a mí—. Todo eso es una farsa. Créeme, *dorogoya,* la última persona de la que debes preocuparte es Jenica. Porque ella no es mía. *Tú* sí.

Antes de que pueda decir nada más, la beso en los labios. La dejo sin aliento y pegada a mi cuerpo como una esponja.

Ella gime sobre mi boca. El mundo a nuestro alrededor se desvanece, llevándose consigo todas las frustraciones y problemas

del día, dejándolos en un segundo plano. Lo único en lo que quiero pensar, lo único que me importa, es este momento y follarla.

Amara parece necesitar que le recuerde constantemente que me pertenece. Que es la única. Y si hacerla llegar al clímax, con tanta intensidad que le tiemblen las rodillas, es la única manera de lograrlo, supongo que tendré que aceptarlo.

El sexo durante el embarazo no es tan fácil como el sexo normal. No puedo simplemente levantarla y tirarla sobre mi escritorio. Sin embargo, sí puedo subirla por las escaleras hasta el dormitorio y hacer lo que quiera con su cuerpo cambiante y hermoso bajo la luz de la luna que se derrama por las ventanas de la suite principal.

Sin embargo, a mitad de las escaleras, me detengo.

—¿Qué? —pregunta jadeando, con las mejillas ya sonrojadas por la excitación.

—Nada —le digo. Luego—, ponte de rodillas.

—¿Qué? —pregunta con una mezcla de confusión y diversión en su voz.

—Sin ánimo de ofender, *dorogoya*, estás preciosa con mi bebé creciendo dentro de ti. Pero sí que complica un poco las cosas. Creo que estas escaleras nos darían el ángulo perfecto…

Sus labios se curvan ligeramente en las comisuras y la emoción brilla en sus ojos oscuros.

—¿El ángulo perfecto para qué? —pregunta.

Apoyo mi frente contra la suya, clavando mi mirada en sus ojos.

—Te voy a follar tan fuerte que no recordarás ni tu propio nombre.

Amara se arrodilla, apoyando las manos en los escalones siguientes. Mientras tanto, me desabrocho el pantalón y saco mi pene, duro y palpitante, acariciándome varias veces para lubricarlo. Aunque en

realidad no lo necesitamos. Ya puedo verla, olerla, casi saborearla, gotear por su pierna bajo la falda.

Y hablando de la falda.

La subo hasta sus caderas, dejando al descubierto su culo firme y perfecto.

—¿Una tanga? —pregunto, metiendo el dedo dentro de la tira negra de encaje—. Eres una chica traviesa, ¿verdad?

—Lo siento. Nunca sé cuándo mi jefe va a querer que realice… tareas *extras*…

—Hm. Siempre estás pensando en él, ¿verdad?

—Todos los días desde que lo conocí. Casi todas las noches también.

Rompo la tira por la mitad y le doy una palmada en el trasero, haciéndola gritar. Luego me arrodillo en los escalones detrás de ella, la rodeo con mis brazos y juego con su clítoris un momento. La hago estremecerse, gemir y suplicar. Se moja en mi mano, su coño está abierto, palpitante y necesitado de más.

Así que me meto dentro de ella.

Ambos gemimos. Me agarro a la barandilla de la escalera para no caerme. Está tan apretada, tan caliente, tan deliciosamente mojada, que casi me deja sin aliento.

Pero no puedo dejar que eso me distraiga. Tiene que correrse. Tiene que tener la certeza de que nadie puede alejarme de ella. Y voy a llenarla una y otra vez hasta que no le quede ninguna duda. .

Ella es mía.

—Ransome… —tiembla mientras mis caderas se frotan contra su trasero perfectamente regordete.

—¿Te gusta, cariño? —pregunto. El ángulo es perfecto. No sé por qué no se me ocurrió antes.

—Sí —murmura—. Oh, Dios, sí. Por favor… no pares.

—No voy a parar hasta que te corras —digo, adentrándome más en ella—. Una y otra… y otra vez…

—Joder —grita, todo su cuerpo tiembla de placer mientras entro y salgo de ella, una y otra vez. Cada vez más fuerte.

—Córrete para mí, *dorogoya.* Córrete para mí ahora mismo, joder.

Acelero el ritmo y la follo hasta que la habitación a mi alrededor comienza a difuminarse, hasta que una luz blanca se apodera por completo de mis sentidos.

—¡Joder! —grita, y el orgasmo nos recorre a ambos, ola tras ola de electricidad. Hasta que casi se desploma sobre mis ojos.

Cuando mis rodillas logran volver a soportar el peso, me pongo de pie. Luego me agacho, la levanto y la llevo al dormitorio.

La desvisto con cuidado y preparo un baño. El aroma a lavanda y vainilla inunda el aire con remolinos de perfume mientras la ayudo a entrar en el agua tibia y burbujeante.

—Relájate —le digo, dándole un beso en la frente.

—Oh, confía en mí —ronronea con un suspiro de satisfacción—. Estoy muy relajada.

—Lo digo en serio. No más trabajar fuera de horario. No más preocuparte por cosas que pueden esperar. Y no más preocuparte por Jenica —le levanto la barbilla para que me mire a los ojos—. *Ty moya…* —le digo antes de besarla de nuevo.

Mientras salgo del baño, ella suspira.

—Realmente necesito aprender ruso.

No te preocupes, kotyonek*.*

Te lo enseñaré todo.

28

AMARA

—No recuerdo la última vez que estuve agachada con el trasero en el aire sin que hubiera un hombre detrás de mí.

Contengo la risa ante las palabras de Electra, casi cayéndome de la postura del perro boca abajo. No creo que el resto de la sala —un grupo de mujeres embarazadas haciendo yoga prenatal— aprecie su humor, pero estoy tan contenta de estar con ella de nuevo que me da igual a quién le moleste nuestra presencia.

—En serio, ¿cuánto tiempo tenemos que aguantar esto? —murmura y la instructora, una mujer mayor y delgada con la flexibilidad de un pretzel crudo, nos hace callar.

Electra se muerde los labios y ambas reprimimos la risa. Es la primera clase de yoga a la que asisto, cuando le dije a Electra que iba a ir ella también se apuntó, aunque no esté embarazada.

—Mira, tengo curvas de sobra. ¿Quiénes son ellos para decir que no estoy embarazada? —dijo, y yo simplemente me reí. Está loca y me encanta.

La verdad es que, entre esto y volver a trabajar en la oficina, todo ha sido maravilloso. Bueno, salvo por las amenazas ocasionales e

inesperadas de Jenica, los sudores nocturnos y los sobresaltos de madrugada, cuando juraría haber visto a Tristan de pie al otro lado de mi ventana.

Pero dejando todo eso de lado, la vida empieza a mejorar. Excepto en este preciso instante, en el que llevamos tres minutos seguidos en la postura del perro boca abajo.

—Siento cada gota de sangre bajando a mi cabeza… —dice Electra dramáticamente—. Creo que me voy a desmayar.

Justo entonces, sea porque la clase debiera haber terminado o no, la instructora nos hace cambiar a la postura del loto, también conocida como sentarse de piernas cruzadas. Juntamos las palmas de las manos e inclinamos la cabeza hacia adelante con un *namaste*.

—Gracias a Dios —dice Electra mientras enrollamos nuestras esterillas—. De verdad necesito una mimosa.

Eso le vale no menos de cinco miradas de desprecio.

Salimos del estudio bajo la luz del sol y frenamos. Aún no estoy lista para volver. Y conozco las reglas de Ransome: yoga y casa, nada de paradas intermedias.

Pero hoy salimos temprano. Y de verdad necesito comer.

—Vamos a comer algo —le digo, dirigiéndome hacia un restaurante tailandés.

—Claro que sí. Ahora sí que estamos hablando —suspira dramáticamente—. Tanto estirarme me ha entrado un hambre terrible. ¿Quién iba a pensar que el yoga era tan buen ejercicio?

—Toda la gente en forma que lo hace… —dejo la frase inconclusa.

Solo pone los ojos en blanco antes de enseñarme el dedo medio.

Después de que nos sirvan la comida, pad thai para mí y arroz frito con piña para ella, Electra simplemente me sonríe desde el otro lado de la mesa y niega con la cabeza.

—¿Qué? —pregunto, secándome la boca con una servilleta.

—No puedo creer que estés embarazada —dice ella.

Mi mano se dirige a mi vientre.

—Ni yo. Y ya casi termina.

—Eso es bueno, ¿no? —pregunta mientras llena su cuchara con una buena cantidad de arroz—. Quiero decir, he oído que el embarazo es un verdadero fastidio.

—En realidad no ha sido tan malo —digo—. Excepto por las náuseas matutinas al principio. Eso sí que fue bastante molesto. Que por cierto, el nombre es bastante engañoso. No solo ocurren por la mañana.

—Mierda, ¿en serio?

—En serio. Luego están los calambres en las piernas. Los sudores nocturnos. Los cambios de humor. Y ni hablemos del dolor de ciático. Literalmente pensé que me iba a morir.

—Suena increíble —dice con una sonrisa pícara, y yo me río.

—Vale, pero aparte de eso, la verdad es que se siente genial. Como si estuviera creando un ser humano. Un niño pequeño.

Las lágrimas me pican en el dorso de los ojos. Creo que olvidé mencionar el llanto involuntario.

—Será genial ver al pequeño correteando por ahí —admite—. Jugando en la tierra. Con helado por toda la cara. Y es una excusa genial para ir a Disney, que siempre ha estado en mi lista de deseos.

—Lo único que quieres es recorrer el mundo bebiendo —le digo bromeando, ella levanta las manos.

—¿Y tú no? Una vez que nazca podremos hacerlo.

Sonrío al pensar en un niño pequeño de pelo ondulado, ojos azules brillantes y, además, un carácter complicado.

Pero pronto se desvanece. No sé qué me depara el futuro. Si tuviera que adivinar, diría que no será el típico cuento de hadas familiar. No puede serlo. No con Jenica de por medio. No con mi identidad aún en secreto.

—Cuéntame sobre ese chico con el que estás saliendo —le digo—. ¿Tiene redes sociales?

—No —responde Electra con indiferencia.

—Bueno, entonces, ¿cómo lo conociste? —pregunto—. Siempre conoces hombres en aplicaciones de citas.

—Gracias por eso. Pero no, a este en realidad lo conocí en persona.

Me quedo sin aliento fingiendo sorpresa.

—¿Una conexión orgánica?

—Sí. ¿Puedes creerlo? —se ríe—. Nos conocimos en un bar clandestino. Estaba sola. Bueno, estaba allí porque el camarero esta buenísimo y quería conseguir su número. O al menos una copa gratis. Fue entonces cuando Sean entró y se sento a mi lado. Guapísimo. Rubio. Con una sonrisa pícara.

—¿Cómo estaba su nariz? —pregunto bromeando.

—Derecha y sana —responde ella.

—Un hombre que nunca se ha roto la nariz. Eso sí que suena a un gran avance comparado con algunos de los hombres con los que has estado.

—No eres graciosa. Pero puedes burlarte de mí todo lo que quieras. Es un partidazo. Y me deja gastarme su dinero, que tiene de sobra.

—Mientras sea un buen tipo —digo—. Entonces… si es todo eso y más, ¿cuándo podré conocerlo?

Electra arruga un poco la nariz.

—Bueno… no estoy segura. No es muy sociable.

—Bueno, pero soy tu mejor amiga —le digo—. Es imprescindible que lo conozca antes de que la cosa se ponga demasiado seria.

—Solo si logro ver al padre de tu bebé en un entorno donde no te esté empujando a un callejón en plena cita a ciegas —dice señalándome con el dedo.

Me río entre dientes.

—Me parece justo.

~

Después de que Iván me deja en casa, me acurruco en el sofá con una manta y un libro. Aunque disfrute mucho estar de vuelta en Apex, estoy agotada. El tercer trimestre es, sin duda, el trimestre del cansancio.

Llevo unas cuatro páginas del primer capítulo cuando suena mi teléfono. Al ver la identificación de la llamada, jadeo, tiro el libro a un lado y contesto de inmediato.

—¡Gianni!

—Hola, hermana —dice y puedo oír la sonrisa en su voz.

—¿Cómo estás? —joder, ya necesito un pañuelo—. Dios mío, los extraño tanto.

—Nosotros también te extrañamos —se oye una segunda voz al otro lado del teléfono.

—¡Eliza! ¿Estoy en altavoz? ¿Está Bella ahí también?

—Está en casa, pero está durmiendo —responde Eliza.

Frunzo el ceño y miro el reloj de pared.

—¿Durmiendo? ¿A las dos de la tarde de un sábado? Dios mío. ¿La dejan dormir hasta las dos de la tarde? Despierten a esa niña.

—Se levantó más temprano —dice Gianni—. Aunque dice que no ha estado durmiendo bien por la noche.

—Oh —mi sonrisa se desvanece un poco—. Espero que todo esté bien.

—¿Cómo estás tú? —pregunta Eliza—. ¿Cómo está el bebé?

—¿Te está cuidando como lo prometió? —pregunta Gianni.

—Lo está haciendo. La casa es muy bonita. Y tu sobrino está muy bien. ¡Hoy hicimos yoga prenatal!

—¡Oh! He oído que eso es muy bueno para ti —exclama Eliza con entusiasmo.

—¿Estás a salvo donde estás? —pregunta Gianni, con un tono protector.

—Sí, G. Me estoy quedando en su finca.

—Oh, una mansión —dice, pero sus palabras están cargadas de sarcasmo—. Un escalón por encima del ático.

—Sé amable. Ella suena bien —le espeta Eliza—. Estás bien, ¿verdad?

—Sí —digo—. Pero los extraño. ¿Hay alguna novedad?

—Vivimos en una ciudad donde lo más emocionante que sucede es que llegue una nueva cerveza al bar —murmura Gianni.

—No es que debieras saberlo —digo—. Ni siquiera tienes veintiún años.

—Pero *ellos* no lo saben.

Suspiro. Tenía que ser Gianni quien aprovechara su flamante identidad falsa para beber a escondidas.

Por suerte, Eliza cambia de tema.

—Las cosas han ido bien, hermana. Pero también te echamos mucho de menos.

—Yo también —repito mientras se me cierra la garganta—. Muchísimo.

—¿Con quién están hablando? —pregunta una tercera voz a través el teléfono, una voz malhumorada, que logra que vuelva a animarme.

—¿Bella?

—¡¿Están hablando con Amara y no me dijeron?!

—Estabas durmiendo —dice Eliza.

—Sí. Y no íbamos a despertar a la bestia —bromea Gianni.

Se oye un ligero crujido y, un instante después, se apaga el altavoz y se cierra la puerta exterior.

—Vale, ahora soy solo yo —ella dice.

—Hola —sonrío—. ¿Cómo estás?

—Como la mierda —responde Bella con toda la angustia sin filtros que solo una adolescente puede tener—. Corté con mi novio.

—Ah, ¿sí? —pregunto—. ¿Qué pasó?

—Era un idiota. Me invitó al baile de bienvenida.

—Oh. Qué… tipo terrible —digo.

—¡El baile de bienvenida coincide con el concierto de los Trash Pandas en Missoula! Me invitó a cenar… bueno, a comer pizza. Y pensé que iba a decirme que había conseguido entradas para el

concierto, porque sabía lo mucho que me fastidió no conseguirlas. . Pero entonces se puso raro, se le quebró la voz, empezó a comportarse como un idiota y me invitó al baile. ¿Puedes creerlo?

—Dios mío, no. No hay nada más desagradable que un hombre romántico.

—Lo sé, ¿verdad? Qué vergüenza.

Se me escapa una risita.

—¿Qué tal todo lo demás? Eliza dijo que no has estado durmiendo bien.

—Duermo bien —responde bruscamente—. Simplemente… me despierto a veces y me cuesta volver a dormirme, eso es todo.

—Lo entiendo —suspiro—. ¿Hay alguna razón en particular? Yo cuando tengo demasiado en mi cabeza…

—No tengo demasiado en mi cabeza —me interrumpe—. Es más como… —se detiene y espero. No voy a presionarla. A pesar de la diferencia de edad, Bella y yo siempre hemos podido hablar, aunque a veces requiera paciencia—. Sigo viendo cosas, ¿sabes?

—¿Qué tipo de cosas? —pregunto.

—Como… sombras. ¿Gente? No lo sé.

Siento un ligero vacío en el estómago y me incorporo.

—¿Dónde?

—En mi ventana. O sea, me desperté la otra noche porque tenía sed, así que fui a buscar un vaso de agua. Y cuando volví, juraría que vi a un hombre afuera. De pie en el patio trasero. Fue jodidamente espeluznante.

Mi corazón late con fuerza en mi pecho.

—¿Cómo era?

—No lo sé. Estaba oscuro, obviamente. Así que era más bien una silueta. Pero cuando volví a mirar, ya no estaba.

—Tal vez era solo un árbol o algo así —la tranquilizo—. ¿Se lo dijiste a G o a Eliza?

—Nah —responde ella restándole importancia, como suele hacer Bella—. Pensarán que estoy siendo ridícula. Por lo que sé, a lo mejor intentan asustarme.

—Sí, tal vez —digo. Y sin embargo, lo dudo.

Después de colgar el teléfono, me quedo un rato en el sofá mirando por la ventana de la mansión. Quería hacerle más preguntas. Quería saber cómo era el hombre. Quería saber con qué frecuencia ocurre. Cuándo fue la última vez que sucedió. Pero tampoco quería meterle presión. Está muy estresada y la mente hace cosas raras cuando está estresada.

Aun así, la idea de que vea sombras, *hombres*, fuera de su ventana por la noche, como si alguien la estuviera observando, siguiéndola… No me gusta nada.

No me gusta para nada.

29

AMARA

—Sabes, la verdad es que estoy empezando a disfrutar mucho todo esto del yoga —dice Electra mientras nos dirigimos desde el estudio hacia Juiced, un bar de batidos que se encuentra justo en frente, con las esterillas de yoga enrolladas a cuestas.

—¿En serio? —pregunto—. ¿Qué posturas te gustan más?

—¿Posturas? Dios, no. Las odio a todas. Sobre todo la del perro boca abajo. Uf. ¿Y esa en la que nos tumbamos con el trasero contra la pared, los pies arriba y las rodillas separadas? ¿Para qué sirve eso? —pregunta mientras hacemos cola para pedir.

—Es yoga prenatal —le digo—. Es una postura para abrir las caderas, para mujeres que se están preparando para dar a luz.

—Claro. Siempre se me olvida que estás embarazada —murmura antes de que nos acerquemos al mostrador.

La chica del bar de zumos recorre mi barriga con ojos escépticos, como pensando: *¿Cómo pudiste olvidarlo si es enorme?*

Ante esto, le dedico una sonrisa antes de pedir la *Celebración Citrus*. Electra pide el *Explosión De Frutos Rojos* y bromea diciendo que

deberían ofrecer una versión con vodka.

A la chica no le hace gracia.

—Me alegra mucho poder verte de nuevo —digo mientras caminamos hacia la zona de picnic y nos sentamos frente a una fuente.

—Yo también. Sin ánimo de ofender, pero el tiempo que estuviste en Idaho o donde sea que estuvieras fue insoportable.

Puedo oír la emoción en su voz, lo que me hace llorar. Malditas hormonas del embarazo, lo juro por Dios.

—Yo también lo sentí así. Créeme. Por mucho que me alegrara alejarme de todo lo que pasó… —dejo la frase inconclusa—. Extrañaba mucho mi hogar. Nos extrañaba a nosotras.

—Yo también —dice ella—. Sabes, creo que nunca llegaste a contármelo del todo. ¿Qué pasó exactamente antes de que te fueras, aparte de que Gianni anduviera metido con gente peligrosa y que las cosas entre Ransome y tú estuvieran mal?

Doy un sorbo a mi batido, haciendo todo lo posible por fingir que unas zanahorias y mandarinas espolvoreadas con canela y cúrcuma, mezcladas hasta obtener la consistencia de papilla fría para bebés, saben mejor que un batido de chocolate.

Y ahora que lo pienso, algo de esta monstruosidad naranja va a darme náuseas. Repito, el embarazo es genial.

—Eso es todo —le digo, porque no puedo contarle más. Porque tengo que mentirles a todas las personas que amo. Para protegerlos.

—Vale, pero es que… —empieza a decir, pero la interrumpo.

—Quiero saber más sobre tu novio, Sean. En serio, ¿cuándo podré conocerlo? Nunca me has enseñado una foto. ¿No tiene redes sociales?

Electra niega con la cabeza.

—No. Es como un fantasma en ese sentido. No sé por qué. Es muy guapo. Supongo que simplemente no le gusta la exposición. Pero no me importa. Siempre me manda cosas —dice con una sonrisa radiante.

—¿Te manda cosas? —repito, y su sonrisa se amplía.

Electra hace un gesto teatral al sacar una fina cadena de plata por debajo de su camisa. En el extremo hay un diamante que brilla con la ostentación inconfundible de una joya de Tiffany. —Sí. Regalos. Cositas, ¿sabes?

Me río y niego con la cabeza.

—¿Cositas? Tía —hago una pausa para sacar las gafas de sol de mi bolso y ponérmelas y Electra se ríe—. Es deslumbrante. Dios mío. ¿Cuánto dinero gana?

—Mucho —dice ella.

—¿Qué hace?

Ella se encoge de hombros.

—No lo sé. No le gusta hablar de eso.

La observo y evita mirarme a los ojos. Como si estuviera devanándose los sesos tratando de recordar cosas que sabe sobre él para poder contármelas. De pronto, sus ojos se iluminan y me señala mientras da un sorbo a su batido.

—¡Ah! Le gustan los coches. Le encantan. Coches de lujo, si tuviera que adivinar. Estoy casi segura de que tiene un Lamborghini.

—Joder… —asiento—. Así que sí que tiene mucho dinero.

—Sí. Y no es lo único impresionante que tiene.

—Ah, ¿entonces es bueno en la cama? —muevo las cejas.

Se muerde el labio y asiente.

—Sin duda. Quiero decir, trabaja mucho, pero cuando aparece, es genial.

Me quedo pensando en eso. Es más misterioso de lo que me gustaría. Hasta el punto de ser una señal de alerta, creo.

Pero también conozco lo suficientemente bien a los hombres de Nueva York como para saber que pueden ser complicados. Y extraños. La gente del noreste tiene fama de ser distante.

Aun así…

De camino a casa, reviso mis mensajes de texto. Hay uno de Eliza asi que abro el chat.

ELIZA: Hola. Me preguntaba si podrías hablar con Bella.

AMARA: Por supuesto. ¿Va todo bien?

ELIZA: Últimamente está muy rara.

AMARA: ¿Rara en plan adolescente? ¿Rara en plan drama? ¿O simplemente siendo Bella?

ELIZA: Todo lo anterior.

Una punzada de culpa me invade el estómago. Sé que ella está sufriendo, más que los otros dos. Eliza y Gianni tienen edad suficiente para racionalizar, hasta cierto punto, la película de acción de serie B en la que se ha convertido nuestra vida. Bella, en cambio, todavía es una niña. Y todo esto debe parecerle un drama sin sentido. Por no hablar de lo traumático que resulta.

Me quedan unos veinte minutos antes de volver a la finca y, aunque no estoy sola, la verdad es que no me importa si Iván puede oír mis conversaciones telefónicas. Por extraño que parezca, después de todo lo que ha visto, prácticamente ya lo considero parte de mi familia.

Bella contesta al tercer tono. Si hubiera sonado más, habría saltado el buzón de voz. En estos tiempos de evasión, me considero

afortunada.

—Hola —dice con poca o ninguna expresión o entusiasmo en la voz. Aunque eso no es realmente nuevo.

—¡Hola! —digo con demasiado de ambas cosas y estoy segura de que le estoy dando vergüenza ajena.

—¿Qué pasa? —pregunta ella. Mientras tanto, oigo música de fondo, grunge de los noventa por lo que parece.

—Solo quería saber cómo estás —le digo.

—¿Quieres decir que quieres saber por qué Eliza y Gianni creen que ando depre?

Jerga adolescente, lo juro. Traducción: está actuando un poco loca.

—Sí. Estoy preocupada por ti.

—No veo por qué importa. De todas formas, nadie me escucha cuando cuento lo que está pasando —dice, y yo frunzo el ceño.

—Si te pregunto es porque me importa. ¿Qué está pasando?

—¿Qué puedes hacer tú desde ahí?

Tengo que esquivar muchas trampas. Ya lo sabía de antemano. Toda esta conversación está llena de trampas, pero estoy preparada.

—Puedo amarte. Y, si hace falta, puedo *ayudarte*. Tengo recursos.

—Tu novio mafioso rico y poderoso. Cierto.

—No le llames así —le advierto, aunque cuanto más se prolonga esta conversación, más me doy cuenta de que, después de todo, no hay mucho que pueda hacer desde aquí.

—Tu *papi* mafioso rico y poderoso. Cierto.

Me contengo para no soltar ninguna objeción. Si algo he aprendido de Bella, es que tiene la energía suficiente para dar vueltas en

círculos eternamente si discuto con ella. Y si hay algo *más* que he aprendido, es que, si dejo de discutir, al final cederá y me dirá lo que piensa.

Así que espero.

Y, efectivamente, oigo el suspiro.

—Tengo pesadillas —admite—. Siento que hay gente observándonos. Acechando en cada esquina, escondida entre las sombras. Supongo que podría llamarlas visiones.

—Las pesadillas son horribles —digo con empatía—. Créeme, lo entiendo.

—No son solo pesadillas, Amara —dice—. También me pasa cuando estoy despierta.

—¿Estás viendo gente durante el día? ¿Observándote? —pregunto, enderezándome en mi asiento.

—Sí —dice ella.

—¿Se lo has dicho a los otros dos? —pregunto.

—Más de una vez —murmura—. Creen que estoy siendo paranoica. O que no duermo lo suficiente.

—¿Lo haces?

—¿Cuál de las dos? ¿Dormir lo suficiente o ser paranoica? —me responde bruscamente, y le agradezco su sarcasmo. Me indica que aún conserva algo de ella.

—Dormir lo suficiente —digo.

—Lo haría si no viera sombras por todas partes. Así que supongo que eso también responde a la segunda pregunta, ¿no? ¿Ya terminamos? —se queja.

—No. Porque no me gusta que tengas miedo.

—No dije que tuviera miedo. Dije que nos están vigilando, Amara. Desde que te fuiste. Mira, puedes llamarme loca tú también, pero creo que aquello de lo que huíamos nos ha seguido hasta aquí. Y probablemente te ha seguido hasta Nueva York.

Dejo escapar un suspiro, porque me siento completamente impotente desde aquí. Iván está aparcado frente a la casa, así que agarro mis cosas y salgo del coche, despidiéndome con la mano antes de que se marche.

—Escucha. Sé que da miedo. Solo ten cuidado, ¿de acuerdo? Voy a encontrarla manera de verte pronto.

—Creo que todos debemos tener cuidado.

Hay algo en la forma en que lo dice que me da escalofríos. Como si supiera que se avecina una tormenta.

Pero me encuentro a kilómetros de la puerta mosquitera.

30

AMARA

Cuelgo el teléfono con Bella y dejo escapar un suspiro.

No es que no le crea. Yo también he visto gente en las sombras. Y, por desgracia, no se trataba solo de agotamiento y paranoia. Que es precisamente lo que me tiene mirando sobre el hombro ahora mismo.

Si me hubiera dicho hace un año que veía cosas, lo habría atribuido a las hormonas de la adolescencia. O al hecho de que nuestra zona no era precisamente un barrio idílico con valla blanca y comunidad de vecinos. Pero con la realidad que vivimos hoy en día, no es difícil creer que sus alucinaciones no sean producto de su imaginación.

Lo dejo pasar, por ahora. Necesito comer algo. Algo que no sea un mejunje servido en un vaso de poliestirenocon una etiqueta de diez dólares.

También necesito un baño. El yoga prenatal podrá ser "suave", pero no es precisamente fácil. Me duelen todos los músculos del cuerpo. Y por si fuera poco, el pequeño ya empieza a pesar bastante.

Estoy por teclear el código de acceso a la finca, pero se encuentra en verde.

¿Ya está abierto?

Sinceramente, después de la conversación que acabo de tener con mi hermana, me encuentro un poco nerviosa. Por eso, camino con mucho cuidado por el vestíbulo.

Pero cuando llego a la abertura, me detengo y relajo los hombros.

—Ransome —digo antes de mirar la hora. Las cinco. Es muy temprano para que esté en casa. Bueno, ni siquiera es mi casa. Pero si lo fuera y él viviera conmigo y no con… *ella*… seguiría siendo temprano.

—¿Qué tal la clase de yoga? —pregunta mientras se mueve de un lado a otro en la cocina.

De repente, mi estómago ruge tan profundo que se puede oír.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto. Estoy perdida. También percibo el aroma de unas fajitas de carne chisporroteando y, literalmente se me hace agua la boca mientras dejo la esterilla de yoga, me descalzo y me dirijo a la cocina para verlas más de cerca. O tal vez probarlas.

—Estoy preparando la cena —dice, como si fuera obvio.

—Ya veo —tomo un totopo y lo mojo en un tazón de guacamole fresco. Los sabores del aguacate, la cebolla, el chile y la lima fresca estallan en mi boca y es el paraíso—. ¿Pero por qué estás *aquí*? —pregunto con la boca llena.

Ransome esboza una leve sonrisa.

—Bueno, también soy el dueño de esta casa.

Como me da otra contestación obvia, le lanzo una mirada y espero la respuesta que él sabe que estoy buscando, pero que estoy demasiado hambrienta y cansada para pedir.

—Quería verte —dice.

Bingo.

Sonrío con picardía.

—¿En serio? —lo digo en voz baja y sensual.

Llena dos platos con tortillas calientes, tiras de bistec a la parrilla, pimientos, cebollas y queso.

—En serio. —los lleva a la mesa y yo lo sigo, con el tazón de guacamole en una mano y el de totopos en la otra—. ¿Tengo que tener una razón para querer verte?

—Supongo que no.

Me lanzo de inmediato sobre la comida, derritiéndome en la silla mientras mastico. Como si no le bastara con ser atractivo, rico y un as en la cama. No, también tenía que ser un gran cocinero.

—¿Qué tal? —pregunta, como si no lo supiera.

Cierro los dedos y me beso las yemas en un gesto teatral mientras mastico. Eso me vale una segunda sonrisa burlona. No estoy muy segura de qué hice para merecer este trato, pero lo tomo. Lo acepto sin dudarlo.

—Y ¿qué tal está el bebé? —pregunta después de que ambos terminamos nuestra primera fajita.

—Grande —le digo, y él sonríe.

—Eso es bueno, ¿verdad?

—Quiero decir que sí, pero en algún momento tendrá que salir de mí, así que me gustaría que se lo tomara con calma.

—Van a estar bien. Eres fuerte. Y él es un Rozanov, así que también lo es.

Sonrío ante eso.

Puede que no sea su esposa. Puede que no sea una mujer de la Bratva. Pero el heredero que crece dentro mío es un Rozanov y Ransome lo sabe. Eso vale muchísimo más para mí que un anillo de diamantes.

Me ofrezco a llevar los platos al fregadero de la cocina cuando terminemos, pero Ransome se levanta inmediatamente y se hace cargo.

—Estoy embarazada, no indefensa —le digo con las manos en las caderas. Como si mi terquedad fuera a hacer que se detuviera.

—Y yo estoy siendo protector, no controlador —responde él—. Así que ve a prepararte un baño.

Abro la boca para decir algo insolente, pero no me sale nada.

Ransome levanta las cejas y señala las escaleras que llevan al baño donde se encuentra la gloriosa bañera. Esa que me cubre las rodillas, el vientre *y* los pechos al mismo tiempo.

Y no hay nada que objetar a eso.

Subo las escaleras y abro el grifo. Mientras tanto, oigo a Ransome limpiando la cocina de abajo. La verdad es que no sé qué le pasa ni si hay alguna especie de trampa, pero sin duda podría acostumbrarme a esto.

Tras encender un par de velas, me meto en la bañera perfumada con rosas y disfruto de los aceites y el agua tibia. Tengo muchas ganas de volver a sumergirme en agua bien caliente. Pero por ahora, esto me basta. Incluso es un lujo.

Un momento después, Ransome entra y comienza a desvestirse.

—¿De qué se trata esto? —pregunto mientras deja caer su ropa sobre las baldosas del baño, pieza por pieza.

—Te voy a dar un masaje —me informa mientras se quita la última prenda de ropa.

—¿Desnudo? —le dedico una sonrisa pícara.

—Es más fácil si estoy en la bañera contigo, ¿no? —pregunta. Y aunque no creo haber visto nunca a Ransome bañarse, mucho menos con aceite de rosas y una bomba de baño, no voy a discutir con él.

Ransome entra en la bañera y se sienta detrás de mí, atrayéndome hacia su pecho. Cierro los ojos y me recuesto, dejando que todo el estrés se disipe. Me masajea un hombro, mientras me da un masaje en el cuello, y siento cómo me relajo y me derrito entre sus brazos.

—Esto se siente increíble —murmuro.

—Eso es bueno —dice con voz sensual y grave—. Te lo mereces.

—Hm —respondo en voz baja, intentando dejarlo todo atrás. Dejar de preocuparme. Pero la conversación con Bella vuelve a ocupar un lugar central en mi mente.

Ransome debe sentir la tensión en mí mientras los pensamientos se arremolinan en mi cabeza, porque me interroga.

—¿Qué pasa? ¿En qué estás pensando?

Dudo antes de responder.

—Hoy tomé un batido con Electra —le digo.

—¿Qué tal estuvo? —pregunta mientras sus manos hacen magia sobre mis hombros.

—Estuvo bien.

—Eso no fue muy convincente.

—Quiero decir, era un poco soso.

—¿La compañía o el batido? Porque yo, por mi parte, nunca he sido fan —bromea, y yo abro un ojo con una sonrisa.

—¿De Electra o de los batidos? —pregunto.

—Ambas —dice, y le doy un manotazo en su rodilla sumergida en el agua.

—El batido no tenía mucho sabor, pero me lo bebí a regañadientes porque es bueno para el bebé —le digo.

—Buena chica.

Me estremezco, mis pezones se endurecen con esas dos simples palabras.

—Entonces… Electra está saliendo con alguien —continúo.

—¿Quién es el chico de esta semana? —pregunta.

—En realidad, lleva saliendo con él un tiempo. Unos seis meses, lo cual es insólito en ella. —giro la cabeza hacia el otro lado para que cambie el masaje de cuello hacia la izquierda. Dios, esto es maravilloso.

—¿Seis meses, eh? Bueno, déjame reformular la pregunta: ¿quién es el tonto?

—Se llama Sean. —se gana otro golpe, aunque sonrío—. Me alegro por ella. Pero…

—¿Pero?

—No lo sé, Ransome. Tengo un presentimiento extraño sobre este tipo.

—Bueno, está saliendo *con ella*.

Ignoro ese comentario por completo.

—Hablo en serio. No me dice mucho de él, aparte de que es rico.

—Por supuesto.

—Y la colma de halagos. Regalos caros y cosas así. Pero creo que no la visita mucho, lo cual me parece sospechoso. Y no me puede

enseñar ninguna foto porque él no tiene redes sociales. Pero, Electra es de las que se sacan selfies con sus novios, ¿sabes?

—Uh —gime. Y la verdad es que no creo que entienda mi preocupación.

—No lo sé. Solo tengo una sensación muy incómoda con respecto a él —hago una pausa, mordiéndome el labio—. También hablé con Bella hoy.

—Ah, ¿sí? ¿Y cómo están todos? —pregunta. Sus manos masajean la parte delantera de mis hombros, bajando cada vez más, relajando músculos que no sabía que necesitaban relajarse y tensando aún más otras partes de mi cuerpo.

—Están bien. Pero Bella ha estado viendo gente. Hombres, quiero decir. Tipo en las sombras.

Frunce el ceño.

—¿Pesadillas?

—Pesadillas sí, pero también cuando está despierta —digo.

—Estoy seguro de que solo está un poco paranoica.

Ransome lo dice con naturalidad, pero la palabra me suena mal. Paranoica suena a loca y sé que ella no está loca.

—No lo sé. Creo que podría ser cierto. Estoy bastante preocupada por ellos. ¿Y si los están siguiendo? ¿Espiándolos?

—No lo sabemos. Nadie de mi parte sabe siquiera dónde están. Así que dudo que los Chadovich…

—No creo que debamos subestimar a Tristan —lo interrumpo y él deja de darme el masaje.

Me preocupa que esté molesto o enfadado, pero sus labios se presionan contra mi cuello y su tono se mantiene tranquilo. Bajo. Despreocupado.

—Tristan tiene demasiadas cosas entre manos como para andar preocupandose por tu familia, *dorogoya* —dice—. Y también creo que túte preocupas demasiado. Necesitas mantener bajos tus niveles de estrés, ¿recuerdas?

Ransome me besa el cuello y, aunque eso me pone bastante cachonda, no quita que esté preocupada y que él simplemente lo esté ignorando.

—Es bastante difícil hacerlo cuando estoy preocupada por la gente que quiero —le digo, haciendo todo lo posible por no excitarme.

—Bueno, tal vez pueda ayudar a tranquilizarte —dice—. Entre otras cosas…

Dicho esto, su mano recorre mi hombro, pasa por mi pecho y se detiene un segundo para acariciar mi pezón bajo el agua.

Me quedo sin aliento. La piel está tan sensible ahí ahora que el embarazo está tan avanzado. Siempre he tenido sensibilidad en los pezones, pero la forma en que los toca ahora mismo, aprovechando cada señal de debilidad, casi me hace gemir.

Es típico de Ransome hacer esto. Olfatear mis puntos débiles y convertirlos en algo hermoso. Algo que me dé placer en lugar de dolor.

Su mano sigue bajando, sobre mi vientre, mi cadera, mi muslo.

Y luego…

—Ransome —gimo mientras sus dedos me encuentran.

Mis rodillas se separan instintivamente. Él desliza sus dedos por mi hendidura, rozando mi abertura brevemente antes de volver a frotar hacia arriba. Una y otra vez se toma su tiempo, moviendo las yemas de sus dedos en círculos, haciendo que mis caderas se inclinen hacia arriba. Quiero más contacto, necesito más presión. Más de él.

Me provoca rozando mi clítoris, sin llegar a tocarlo del todo cada vez que me acaricia. Debajo de mí, siento su pene completamente rígido contra mi espalda. Lo deseo. Pero también deseo esto. Sus manos son igual de hábiles. Si se detiene, podría morir.

—Tienes que confiar en mí, *dorogoya.*

—Lo hago —gimo, frotando mi coño contra su mano.

—Siento que no lo haces —dice. Su dedo apenas roza mi clítoris, haciéndome gemir y estremecer de deseo—. Te prometo que no le pasará nada a nadie que ames. No te pasará nada a ti ni al bebé. Se derramaría sangre si alguien siquiera lo considerara.

—De acuerdo —trago saliva con dificultad mientras él continúa jugueteando con mi abertura sin llegar a introducir el dedo. Normalmente lo haría, pero considerando que estoy embarazada y estamos bajo el agua, probablemente no sea la mejor idea. Aun así, si tan solo fuera al grano…

—¿Entonces vas a confiar en mí?

Asiento con la cabeza. Muevo el cuerpo con la esperanza de que su dedo dé en el punto exacto. Pero claro, Ransome no es tonto… sabe lo que estoy haciendo.

Entonces vuelve a acariciarme, esquivando a propósito mi clítoris por un milímetro.

—Ransome… —suplico.

—Dilo —espeta—. Di que confías en mí.

—Confío en ti —susurro.

Esas palabras deben ser la contraseña secreta, o al menos la mitad de ella, porque finalmente, su dedo índice roza mi clítoris. Un escalofrío atraviesa mi cuerpo y un calor intenso me recorre los muslos.

Pero aún no me lo está dando todo.

—¿Por qué confías en mí? —pregunta, y puedo sentir su dedo rozándome.

—Porque soy tuya —digo. Y esas son las palabras justas. La otra mitad de la contraseña que me hace merecedora de ese dedo.

Y es glorioso.

Mis manos se aferran a sus piernas. Mis uñas se clavan en su piel. Su dedo revolotea sobre mi clítoris, sabiendo exactamente dónde y cómo obrar su magia.

—¿A quién perteneces? —pregunta de nuevo.

—A ti —gimo mientras sigue acariciando y frotando. Mis caderas se frotan contra su mano. Necesito más. Necesito que siga, que continúe provocándome, que me haga llegar al clímax.

Necesito. Correrme.

—Ransome —suplico.

—¿Vas a correrte para mí, *kotyonek?* —pregunta, claramente divertido.

—Lo estoy intentando —digo mientras me retuerzo en el agua.

—No lo intentes —gruñe—. Hazlo.

En el instante en que pronuncia sus palabras, sus dedos comienzan a moverse. Y paso de estar al borde del abismo a lanzarme hacia él.

—¡Ay, joder! —exclamo—. Dios mío. ¡No pares!

—¿Alguien está teniendo orgasmos múltiples? —pregunta bromeando.

—Joder…

Continúa acariciándome hasta que me arqueo sobre él. Los orgasmos (sí, en plural) me recorren una y otra vez.

Resulta que olvidar mis problemas no es tan difícil después de todo.

31

RANSOME

—Su café, Sr. Rozanov —Amara me entrega la taza humeante, con la mirada fija en la mía.

Lleva un vestido ajustado de color verde esmeralda. Claro, con esa barriga que tiene, casi todo le queda ajustado ahora. Pero, en mi opinión, eso solo realza lo sexy que se ve esperando a mi bebé. Le es imposible ocultarlo, aunque quisiera.

—Eso es todo —le digo mientras sale de mi oficina con paso elegante.

Paso la lengua por mis dientes delanteros con una sonrisa. Algunos días odio mi trabajo. Corrección: quiero decir *trabajos*. Pero hoy… hoy no es uno de esos días. A pesar de que mi agenda es un desastre de llamadas telefónicas al extranjero y reuniones con gente que solo intenta sacarme dinero simplemente porque lo tengo, sin mencionar a mi papá fingiendo que todavía forma parte del negocio de El Paso.

Pero el café está bueno. Y las vistas también son bastante buenas.

Debo admitir, sin embargo, que mi mente está divagando. Si bien anoche mi atención estaba puesta en hacerla llegar al orgasmo, en

sentir su cuerpo húmedo y desnudo moverse sobre el mío, y casi hacerme llegar al orgasmo solo con la fricción, mi cerebro definitivamente estaba en otra parte.

No me gusta que su hermana pequeña vea hombres rondando por ahí. Porque, aunque le dije a Amara que era pura paranoia, no me extrañaría que Tristan tuviera ojos por todas partes.

Pero no quiero que se preocupe por eso. Amara es una mujer de armas tomar. Una madre protectora con los niños que ha tenido que criar, que ni siquiera son suyos. Y no solo eso: está esperando un hijo mío. Solo Dios sabe lo que haría si pensara que están en peligro.

Por eso voy a mandar discretamente mis hombres a que terminen con cualquiera que esté vigilando a Bella, Gianni y Eliza. Porque, a estas alturas, también son mi familia.

Ty ne trakhayesh'sya s sem'yey.

Con la familia no se juega.

Pero aún hay una pieza suelta en el tablero. Una que no puedo ver y, por lo tanto, no puedo predecir. Y eso nunca me parece bien.

Saco mi teléfono y marco el número de Maverick.

—¿Qué pasa, jefe? —responde al primer timbrazo. Aunque puedo oír el tintineo del metal mientras gruñe. Está con la cabeza metida en el motor de un coche.

—Necesito ayuda para encontrara a un tipo.

—¿Qué clase de tipo? —gruñe.

—Uno que ha estado saliendo con la mejor amiga de Amara —le digo.

—¿Te refieres a la que siempre usa sus tetas para pagar las bebidas? —pregunta con una sonrisa en su voz.

—Sí —aprieto la mandíbula—. Esa misma.

—Pensé que no te gustaba esa chica —dice mientras vuelve a girar la manivela.

—No me gusta.

—Entonces, ¿para qué molestarse? Lo más probable es que ya haya pasado a su siguiente don nadie. Este tipo de cosas desaparecen solas.

Me limpio la boca con la mano y me levanto de mi asiento. Luego me giro y miro por la ventana que da a la ciudad.

—Lo que pasa es que… lleva un tiempo con este. Lo único que Amara sabe de él es que tiene dinero y le gusta usarlo para mantenerla enganchada.

—¿Qué aspecto tiene? Haré que uno de los chicos lo espere después de una cita. Seguro que podemos ahuyentarlo si eso tranquiliza a Amara.

—No lo sé. Amara dice que es un fantasma.

—Hm —oigo que se abre una botella de cerveza—. ¿Nombre?

—Sean —respondo.

—¿Apellido? Vamos, hermano, llevo dos horas intentando arreglar un carburador. Lo último que me apetece ahora mismo es sacarte las cosas a la fuerza para conseguir respuestas sobre un tipo al que quieres que ponga en la lista de desaparecidos de Nueva York.

—Si supiera su apellido ya me estaría limpiando las manos —gruño —. Pero no lo sé. Y tampoco tengo tiempo para buscarlo. Quiero…

Mi teléfono empieza a vibrar. Lo aparto de mi oído.

Jenica está llamando.

Joder. Quiero ignorarlo, pero llevo casado con ella el tiempo suficiente para saber que es menos molesto si no lo hago.

—Escucha, te llamo después —le digo.

—¿Y mientras tanto? —pregunta.

—Simplemente… No te preocupes todavía. Ya lo resolveré.

Finalizo la llamada y acepto la otra.

—¿Sí? —me recuesto en la silla, porque de repente me siento agotado. Y solo son las ocho de la mañana.

—Bueno, hola a ti también, *esposo* —murmura al teléfono.

—¿Qué necesitas?

—¿Eso es todo? —insiste—. Ni un, ¿cómo estás? ¿Estás bien? Yo también te echo de menos.

—Estoy en el trabajo —le digo, enfatizando cada palabra—. Y sabes que no me gusta que me interrumpan en el trabajo.

—De acuerdo —responde secamente—. Quería preguntarte si tienes alguna camisa color burdeos que puedas usar para la fiesta.

—¿Qué fiesta?

—¿El Beaumont? —pregunta, claramente molesta. Somos dos, porque no tengo ni idea de qué demonios está hablando—Jesús, Ransome. ¿Acaso conozco tu agenda mejor que tú? Hay una fiesta esta noche en el hotel Beaumont. Con Silverstreak o como se llame.

—Silverline —la corrijo mientras me pellizco el puente de la nariz. Tiene razón. Esta noche hay una fiesta con una empresa fabricante que nos suministra los materiales para las brocas que usamos en nuestras obras.

—Da igual —dice—. Lo único que sé es que llevaré un vestido plateado de lentejuelas. Quedará bien teniendo en cuenta que

vamos a cenar con hombres que venden diamantes.

Pongo los ojos en blanco.

—No venden diamantes —la corrijo. Mientras tanto, el dolor de cabeza que comienza a aparecer detrás de mis ojos está a punto de intensificarse.

—Pero son una empresa de diamantes —dice ella.

—El diamante se usa para las brocas de perforación —comienzo diciendo y luego me doy cuenta de la inutilidad de esta conversación —. No voy a usar color burdeos. Haré que me planchen mi traje negro.

—Se verá apagado —espeta—. ¿De verdad quieres verte sin brillo delante de hombres que venden diamantes?

Aprieto el puño y luego me muerdo la lengua con tanta fuerza que siento un sabor metálico en la boca.

—Ellos no… olvídalo. ¿De verdad me llamaste para preguntarme qué me voy a poner para una fiesta de negocios?

—En realidad, te llamé para asegurarme de que esta fiesta no sea como la anterior —dice.

—¿Exactamente qué quieres decir con eso?

—Sé que esto es solo un requisito de tu trabajo y que en realidad no me incumbe. Pero habrá mucha gente importante allí. Lo que significa que muchas miradas estarán puestas sobre nosotros. Lo que significa que voy a necesitar que actúes como si estuviéramos casados de verdad.

—¿Qué más da? —pregunto—. Iremos juntos. Estarás siempre a mi lado. Nos besamos, te abrazo. Ya sé cómo funciona la rutina, Jenica.

—La rutina —chasquea la lengua—. Qué romántico.

—¿Qué demonios quieres de mí? —le espeto—. Actúas como si no supieras por qué nos casamos.

—¡Y tú actúas como si no estuviéramos casados en absoluto! —grita ella.

Estoy a punto de lanzar el teléfono contra la pared, pero sé que eso solo la enfadará más. Y ahora mismo, no puedo soportarlo.

—Nos haremos un par de fotos juntos —digo entre dientes—. ¿Eso te haría feliz? ¿Mantener tu imagen intacta?

—Lo que me haría feliz —comienza diciendo—, es que no hubiera distracciones en esta cena.

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunto. No me gusta a donde va esto. De hecho, ni siquiera me gusta cómo empezó.

—Por favor. No soy tonta, Ransome. Esto es una fiesta de Apex. Y cualquier cosa que lleve Apex en su nombre requiere de tu personal cercano. Es decir, de esa zorra que tienes alojada en la otra finca.

Chasqueo la lengua un instante. No voy a mentir. La recontratación de Amara en Apex se me había olvidado por un momento. No es que me haya olvidado de *ella*. Con ese vestido, con esos labios, sería imposible.

—Consideraré tu silencio como una confirmación de que asistirá —dice con una sonrisa amarga. Puedo percibirlo en su tono—. Ya lo sabía. No puedes ir a ningún sitio sin ella, ¿verdad?

—Es mi asistente personal —le digo—. Y es una cena de negocios de Apex.

—Y yo soy tu esposa. Puede que una sea más importante en la oficina, pero no olvides quién es más importante en tu vida personal. Por no hablar de tu *sem'ya.*

—No te preocupes —le respondo con el mismo tono que ella—. No he olvidado nada.

Cuelgo la llamada y guardo el teléfono en el bolsillo. Puede que sea mi esposa y, puede que eso forme parte de una tregua que mantiene al menos algo de paz entre los Rozanov y los Chadovich, pero mencionar la palabra *familia* en mi cara es una actitud bastante osada.

Sobre todo porque la mujer a la que amenaza resulta ser la portadora del linaje más antiguo de todos.

32

AMARA

Estoy en pleno proceso de quitar los trocitos de queso azul de mi ensalada Cobb cuando alguien llama a mi puerta.

—Adelante —grito, llevándome un trozo de tocino a la boca. Si hubiera sabido que el queso azul me daría nauseas, lo habría omitido de mi pedido. En fin.

Levanto la vista y veo a Ransome de pie en el umbral, con los brazos cruzados sobre su ancho pecho.

—¿Sí, señor?

—¿Qué estás haciendo?

—Ahora mismo estoy quitando el queso mohoso para poder comer sin vomitar —le digo, secándome las manos con una servilleta.

Pero Ransome no sonríe. No es que eso sea inusual en él. Ransome solo sonríe cuando algo le divierte, lo cual casi nunca ocurre.

—Me refiero a qué haces en la oficina —pregunta y levanto la vista hacia él, a mitad del bocado.

—¿Trabajo aquí? —pregunto con tono interrogativo.

—Corrección —dice—. Aquí trabajas de las siete hasta el mediodía. Ahora son… —mira su reloj Patek Philippe—. las doce y treinta y siete.

Sonrío y me limpio la boca con una servilleta.

—Para que conste, no estoy trabajando. Cerré la laptop hace quince minutos y ahora estoy en mi descanso de almuerzo.

— No puedes tomarte un descanso para almorzar sino estás trabajando.

—De acuerdo —me encojo de hombros—. Entonces solo estoy almorzando. En mi oficina. Porque la nueva y elegante silla giratoria que me compró mi jefe tiene soporte lumbar *y* asiento calefaccionado.

Ransome me mira fijamente. Yo le devuelvo la mirada. Luego, con una sonrisa, se dirige a mi escritorio sin dejar de mirarme.

Como siempre, cedo.

—Vale. Me voy a casa. En cuanto termine de comer.

—En realidad —dice—, no vas a volver a casa.

—Sin ofender, Sr. Rozanov, pero me está enviando señales muy contradictorias.

—No vas a casa porque vas de compras. A comprarte un vestido nuevo.

Me miro a mí misma.

—¿Hay algo malo con este?

—No. Para nada —se lame los labios un segundo. Ese gesto me hace sentir calor en todo el cuerpo—. Pero no es precisamente apropiado para una cena laboral de Apex en el Beaumont.

Me levanto de un salto.

—Espera. ¿Puedo ir a ese evento?

—No veo por qué no lo harías —responde con naturalidad.

—Es que habrá mucha gente importante allí.

—Y precisamente por eso se necesitará a la asistente personal del director ejecutivo.

Sonrío de oreja a oreja. Luego me arrastro alrededor de mi escritorio y me acerco a él, estampando mi cuerpo de embarazada contra el suyo, perfectamente tonificado.

—Estoy tan emocionada —le digo y le doy un beso.

—Es solo una cena de negocios.

—Podría ser una cena previa a una endodoncia y me encantaría de todos modos. Olvidas que no salgo mucho —termino de comer mi ensalada y recojo mis cosas—. ¿Hay algún código de vestimenta para esto? ¡Ah! Hablando de eso, mandaré a planchar tu traje negro.

—Solo ponte lo que te haga sentir guapa —dice, dirigiéndose a la puerta. Pero entonces se detiene—. Recuerda que estarás ahí como mi asistente, no mi cita.

Lo miro fijamente.

Claro. ¿Cómo pude olvidarlo?

—Por supuesto.

Él asiente con la cabeza y se marcha.

Cita. Claro que no soy su cita. Sería ridículo. ¿Cómo podría serlo? Su esposa seguramente estará allí. Es un hombre casado.

Él no es *mío.*

De repente me siento un poco mal del estómago, con queso azul o sin él.

~

—Espera, ¿no eres su cita? —pregunta Electra.

Ella logró sacarme toda esa información, aunque aún no sabe que Ransome está casado. Y que se casó para mantener una tregua familiar. Y que el primo de dicha esposa anda suelto, intentó matar a mi hermano y probablemente también quiere a Ransome muerto, así que todos debemos portarnos bien.

—No, no lo soy. —Saco un vestido negro del perchero, ladeando la cabeza para imaginar cómo me quedaría cubriendo mi abultado vientre.

—Bueno, ¿entonces qué eres? —pregunta, sosteniendo un suéter de cachemir frente al espejo. A Electra siempre le han gustado las marcas de lujo, pero no fue hasta que apareció su misterioso amante que empezó a comprarlas en tiendas oficiales. Normalmente prefiere comprar imitaciones en tiendas de segunda mano.

—Su asistente.

Ella me mira con desdén. Yo no la miro, sobre todo porque sé lo ridículas que suenan esas palabras.

—¿Asistente? —repite ella.

Tomo un par de vestidos más del perchero: uno rosa, uno morado y uno plateado brillante.

—Sí. Trabajo para él. En Apex. Creí que lo sabías.

Me dirijo al camerino. Electra me sigue, deslizándose conmigo tras la cortina.

—Sé que trabajas para él —dice, poniendo los ojos en blanco—. Pero también sé que le has echado el ojo desde el día que te contrató. Y, *obviamente*, también te has acostado con él —agita dramáticamente la mano sobre mi vientre, que se ve aún más grande al descubierto

—. Simplemente no entiendo cómo puede fingir que no están juntos. Ni por qué querría hacerlo.

—Profesionalismo.

Arranco un vestido de la percha con más fuerza de la que debería, considerando su precio. Lo que le he dicho no es mentira, pero tampoco es toda la verdad. Y tal vez sean las hormonas, pero estoy harta de todas las mentiras que conlleva ser la madre del hijo de Ransome. Grandes mentiras, pequeñas mentiras, al fin y al cabo, sigue siendo mentir.

—Claro.

—Aunque estemos involucrados…

—Ah, *involucrados.* Qué elegante.

—Es mi jefe y no es apropiado mostrar más que eso en público. ¿Este vestido me hace ver gorda? —le pregunto, volviéndome hacia ella. Es rosa y elástico, pero casi demasiado ajustado.

—Parece que llevas un calcetín largo.

—¡Entonces, ayúdame a quitármelo!

Nos ponemos manos a la obra para intentar despegar casi un metro de poliéster rosa chicle de mi cuerpo.

—No lo sé —dice mientras forcejea contra la tela—. Creo que debería ponerte un anillo. Ya sabes, ya que te puso un hijo.

Agarro otro vestido.

—Sí, bueno, eso no es realmente posible ahora mismo.

Frunzo el ceño al ver lo desaliñado que se ve el siguiente. Es negro. El negro nunca se ve desaliñado. ¿Acaso no hay vestidos bonitos en este sitio?

Lo arranco y agarro el último.

—No con esa actitud —dice mientras me ayuda a subir la cremallera del vestido. Luego sonríe al espejo—. ¿Sabes lo que pienso? Al diablo con las reglas. Aunque no te trate como a su cita, sé su cita. Haz que te desee. Haz que se sienta tan atraído por ti que sea obvio lo que siente, le guste o no.

—¿Y cómo hago eso? —pregunto mientras aliso las lentejuelas plateadas del vestido. La verdad es que parece que está hecho de ellas. Me sorprende que no pique más. También me sorprende lo bien que me queda, teniendo en cuenta que ni siquiera es un vestido de maternidad.

La expresión de Electra me dice que ella también lo ve.

—Bueno, puedes empezar por usar ese vestido. Te ves espectacular.

—¿Sí? —me giro de un lado a otro. La luz refleja en cada lentejuela.

—*Claro* que sí —dice—. Es muy Tiffany. Muy Cartier. Muy Marilyn Monroe. No puedes estar equivocada con el.

Me miro fijamente en el espejo. Electra tiene razón: este vestido me hace lucir espectacular. De maravilla, incluso. Como una mujer lo suficientemente valiosa como para ir del brazo de Ransome Rozanov.

¿Y por qué no debería hacerlo?

Tal vez Electra tenga razón. Tal vez debería jugar un poco con él. Hacerle ver lo que se está perdiendo.

—No, no puedo —asiento con una sonrisa.

33

RANSOME

—¿Qué tal es? —pregunta Maverick.

Tomo un sorbo de whisky. Es mi primera copa de la noche y probablemente será la más cara. Estamos en el Royal, un bar en la azotea, encima del salón de eventos del Beaumont donde tendrá lugar la fiesta más tarde.

Aquí solo estamos unos pocos, incluyendo a Maverick y Baron, quienes han venido a darme "apoyo moral antes del juego", como lo llama Mav. Desafortunadamente, conocen mi agenda y saben que esta noche iré a una fiesta con mi esposa y mi asistente, quien también es la madre de mi futuro hijo.

—¿Qué tal es qué? —pregunto, aunque sé que no debería.

—Vas a ir a una fiesta con la mujer con la que te casaste, porque vivimos en una especie de Romeo y Julieta moderno donde todavía se puede estar prometido si eso significa que todos se porten bien. Y aunque no te guste, sin duda es guapísima. Pero también lo es la mujer con la que realmente quieres estar, que casualmente lleva a tu heredero en ese cuerpecito suyo.

Dejo mi vaso con más fuerza de la debida. Varias personas nos miran, incluida la esposa mencionada anteriormente, quien me sonríe mientras sus ojos dicen: *¿Qué clase de escena estás armando ahora, cariño?*

—Te daría un puñetazo en la boca por lo que acabas de decir —gruño—. Pero eso significaría elegir solo una de las cosas que dijiste.

—O podrías darle un puñetazo por cada estupidez que acaba de decir —resopla Baron mientras bebe un sorbo.

—Por desgracia, necesito tener la mano intacta. —Le dedico una sonrisa forzada a Jenica para que me deje en paz, mientras vuelvo a coger mi vaso.

Ella retoma su conversación, su risa alegre llena el aire, sus pestañas parpadean y cada mechón de su cabello rubio se encuentra perfectamente colocado. Si fuera mi tipo, entendería por qué los hombres la miran con deseo. Pero es demasiado superficial para ser mi tipo. Demasiado antipática. Demasiado frívola. Demasiado centrada en el estatus y el dinero.

Demasiado Bratva.

A la mayoría de los hombres les gusta todo eso. La mayoría daría lo que fuera por estar con una mujer como Jenica. Pero, dicho esto, la mayoría de los hombres no han estado con Amara. No han sentido su piel contra la suya. No la han olido después de ducharse ni la han visto morderse el labio inferior. No la han besado. No la han probado.

Y, joder, nunca lo harán.

Me termino la bebida de un trago, molesto con mis propios pensamientos y deseando que la noche termine de una vez.

—Los veo luego —digo mientras me levanto y me arreglo la chaqueta.

—Que te diviertas —dice Baron.

—Y buena suerte —añade Maverick. Me propongo darle un golpe en el hombro lesionado la próxima vez que lo vea.

Me acerco a Jenica y la abrazo. Ella, a su vez, pone su mano en mi pecho, se ríe de algo que sus amigas están diciendo y luego me mira con los labios fruncidos. Es mi señal para besarla, así que le sigo el juego.

—Creo que será mejor que vayamos a cenar —le digo.

Ella sonríe y se despide de sus amigas. Salimos del salón y entramos en el ascensor. Pulso el botón del segundo piso, donde se celebra la cena en el salón de eventos.

En el momento en que se cierra la puerta, nuestras sonrisas desaparecen y reviso mi teléfono.

Jenica toma aire y lo exhala.

—Aquí vamos —dice.

—No te muestres tan emocionada —le digo mientras reviso mis notificaciones.

—Bueno, ¿por qué iba a estar emocionada? —pregunta—. Has dejado claro que te da igual si estoy aquí o no.

Guardo el teléfono en el bolsillo y la miro.

—Estuve a tu lado. Te abracé. Incluso te besé. Hice todo lo que me pediste.

—Pero ella igual viene, ¿no?

—¿Quién igual viene?

Ella simplemente me mira.

—Amara es mi asistente —digo—. Trabaja en Apex y esta es una fiesta de Apex. Así que sí, vendrá.

—¿Qué va a decir la gente cuando la vea embarazada y sola? —pregunta.

—Lo mismo que dicen en la oficina cuando la ven embarazada y sola.

—¿Lo cuál es?

—Nada. Porque yo soy el jefe y nadie que trabaja en Apex está buscando ser despedido.

La puerta se abre antes de que pueda decir nada más, gracias a Dios.

Salimos de allí. Del brazo, por supuesto, porque el espectáculo lo es todo. Pero también lo es el alcohol, así que me dirijo directamente a la barra libre, le guste o no.

Sé que estamos casados. Si alguien lo sabe, soy yo. Entiendo que todo esto sea duro para ella, pero tampoco es que yo lo esté disfrutando. Siendo sincero, me arrepiento constantemente de haber aceptado todo esto. Habría esperado hasta los treinta si no hubiera pasado nada con Tristan y no me preocupara que estalle una guerra.

Jenica y yo saludamos a los clientes antes de sentarnos. Comemos, bebemos, y yo hablo de negocios con hombres ricos con ojos llenos de billetes y mujeres del brazo.

Hablando de mujeres, Jenica se está pasando de la raya. Y lo digo en serio. Se ríe y se mete en conversaciones que no le incumben. Sus manos buscan las mías por mucho que intente apartarlas. Me roba besos cada vez que tiene oportunidad. Y no para de llamarme *cariño.*

En un momento dado, se aferra a mí, riéndose a carcajadas de algo que no tiene ninguna gracia, cuando de repente se detiene. Su sonrisa desaparece por completo, reemplazada por una expresión de disgusto, entre pánico y preocupación.

Es entonces cuando me doy cuenta de que todas las cabezas de la sala se giran hacia la puerta.

Naturalmente, yo hago lo mismo.

Y cuando lo hago, mi corazón se detiene.

Amara está entrando, con los ojos brillantes y salvajes, los labios rojos fruncidos en un leve gesto de disgusto y el resto de ella luciendo increíblemente hermosa.

—Tienes que estar jodidamente bromeando —dice Jenica.

—¿Quién es? —pregunta uno de los representantes de Silverline.

—Esa sería la secretaria de Ransome —dice Jenica.

—Mi asistente —la corrijo, incapaz de apartar la vista de Amara.

—Jenica, querida, ¿tú y esa chica llevan el mismo vestido? —pregunta la esposa del representante.

Parece que sí. Aunque en Amara se ve completamente diferente.

Se detiene en medio de la sala, sus ojos finalmente encuentran los míos y una leve sonrisa asoma en las comisuras de sus labios.

Pero esa sensación se desvanece inmediatamente cuando Jenica se gira hacia mí, me rodea el cuello con los brazos y me besa.

34

AMARA

Estoy completamente convencida de que hay solo una cosa que podría ser peor que entrar sola en una sala llena de millonarios reunidos para la cena de negocios más elegante de Nueva York, especialmente cuando estás enamorada de uno de esos hombres y él está allí con su esposa.

Verlos besarse es la fresa del pastel.

Entiendo que estén casados. Entiendo que él no quisiera casarse con ella. Pero eso no cambia lo que siento cuando veo sus labios sobre los de él. Sobre todo porque la última vez que estuve con él, me estaba penetrando con los dedos y se negaba a dejarme llegar al orgasmo hasta que le dijera: *Soy tuya, soy tuya, soy tuya.*

Quiero huir. Pero no puedo. Para empezar, me vería ridícula. Sería obvio que soy la otra mujer, aunque creo que eso es bastante obvio, considerando que estoy aquí embarazada y ella está allí besándolo apasionadamente.

Me dirijo hacia la barra, pero no sin antes ver cómo el vestido de Jenica brilla bajo la lámpara de araña, captando mi atención.

Llevamos el mismo maldito vestido.

Por supuesto que sí. Solo que hay una diferencia evidente: ella usa una talla doble cero y yo parezco una maldita tienda de campaña. Porque estoy embarazada de mil meses.

Vale, puede que esté exagerando un poco. Es solo una talla 8, y todavía me queda un poco suelto, pero ese no es el caso. El caso es que quiero meterme debajo de la barra en lugar de sentarme en ella. Sobre todo teniendo en cuenta que ni siquiera puedo tomarme una copa ahora mismo.

¿Por qué diablos vine?

—¿Te invito a una copa? —pregunta un hombre. Me giro y veo a un apuesto rubio con un traje azul marino sonriéndome.

—Ah. Yo, eh… —señalo mi vientre, como si no fuera obvio por sí solo.

—Cierto. ¿Virgen, entonces?

Me lleva un segundo darme cuenta de que se refiere a la bebida y no a mí. Obviamente.

También entiendo cómo debe verse esto. Definitivamente trabaja para la otra compañía y no para Apex. Si fuera así, hablar conmigo sería una sentencia de muerte. Aunque, con la forma de ser de Ransome, es peligroso de cualquier manera.

Pero cuando vuelvo a mirar la mesa principal, ni siquiera me está prestando atención. Está enfrascado en una conversación con un hombre al otro lado de la mesa que parece igual de importante. Mientras tanto, Jenica está pegada a él.

—¿Sabes qué? —le digo mientras me vuelvo hacia él—. Me encantaría tomar algo. Algo que sepa a margarita, pero sin lo que la hace divertida.

El hombre se ríe, otra sentencia de muerte si alguien al otro lado de la habitación lo oye.

—Me parece que eres muy divertida sin necesidad de ello. ¿Estás aquí sola?

—Sin duda, así lo parece —digo.

Al cabo de un rato, se unen a mí un par de mujeres más, todas esposas de hombres cuyas conversaciones han aburrido a sus parejas hasta la saciedad. Pedimos varias rondas de bebidas, incluyendo otra margarita sin diversión, cortesía del hombre del traje azul marino que se quedó a pesar de que yo haya desviado mi atención hacia las mujeres.

—¿Saben qué es lo que más me gusta de estas cenas? —pregunta una mujer con acento jamaicano, vestida con un precioso vestido amarillo. Todos nos volvemos hacia ella—. Vestirme como una muñeca Barbie solo para que Ken me ignore porque está demasiado ocupado hablando con sus amigos sobre asuntos del extranjero.

—Miren, prefiero oírles hablar de tierras lejanas que de golf —dice otra mujer y una tercera está de acuerdo con ella.

—Amén, hermana. Llevo cincuenta y cuatro años casada así. Cincuenta y cuatro años de vestidos caros e incómodos y vino amargo, todo mientras escucho a mi marido quejarse de sus drivers y de que el césped está demasiado largo.

Todas ríen y, para mi sorpresa, las risas son genuinas. Al parecer, aquí es donde está la fiesta: con las esposas que llevan años en esto.

—¿Quién iba a pensar que la Tierra de la Leche y el Dinero sería tan aburrida? —pregunta la mujer con el encantador acento.

—¿Qué es eso? —pregunta otra.

—Tan solo como mi marido llama al campo petrolífero.

Las risas estallan por doquier.

—Las Verdaderas Amas de Casa del Petróleo y el Gas —susurro, entonces me doy cuenta de que todas me oyeron.

Me detengo a mitad de un sorbo.

Pero cuando todas se echan a reír, entiendo que no las he ofendido. Gracias a Dios.

—¿Cuál es el tuyo, cariño? —pregunta una de ellas.

El que tiene la sanguijuela rubia pegada a su cuerpo.

Hablando de eso. Ahora va a oler a su perfume, sin duda. Me propongo mandar ese traje a la tintorería dos veces.

—No estoy aquí con nadie —digo—. Soy la asistente del señor Rozanov.

Sus ojos se dirigen hacia mi vientre. Ni siquiera necesitan decir nada. Sé lo que se preguntan. Por suerte, son lo suficientemente recatadas como para no hacerlo.

—Pues te ves deslumbrante —dice una de ellas y yo sonrío.

—Gracias —digo—. Siendo sincera, lo único que quiero es irme a casa.

—¿De verdad tu jefe te mantiene aquí? —pregunta una de ellas.

—Personal esencial, por desgracia —digo mientras mis ojos se dirigen de nuevo a Ransome—. Los asistentes tienen que estar aquí.

—Bueno, por lo que veo, no parece necesitar asistencia —dice la mujer de amarillo.

—Sabes —dice la segunda, inclinándose hacia adelante—. He oído que el señor Rozanov y su esposa se casaron muy precipitadamente.

—¿Sí? —pregunto, apurando el último sorbo de mi bebida.

Ella asiente.

—Algunas personas incluso dicen que creen que fue concertado.

—¿Concertado por quién? —pregunta la tercera mujer.

—Su padre —susurra ella.

—Digo, no parece especialmente cariñoso con ella —dice la segunda mujer y no puedo evitar sonreír.

—Tal vez esté enamorado de otra persona —digo y todas me miran para observarme.

—¿No lo estamos todos…? —la voz de la mujer de amarillo se apaga.

Terminan sus bebidas y regresan a sus asientos, cambiando de expresión y representando sus papeles como deben. Mientras tanto, mi vaso está vacío y el hombre del traje azul marino sigue aquí.

—¿Necesitas otro? —pregunta.

—¿Sí sabes que aquí hay barra libre, no? —le señalo.

—Sí. Pero preguntar si quieres algo de beber es una buena manera de iniciar una conversación.

Sonrío. El camarero me pone otro vaso delante.

Mientras tomo un sorbo, el hombre me sonríe. Pero cuando miro a Ransome, sus ojos también están fijos en mí.

Y no está sonriendo en absoluto.

35

RANSOME

—Querido —dice Jenica en tono de advertencia.

Pero apenas la oigo.

Porque hay un hombre en el bar con Amara y le está *sonriendo.*

Está muerto. Jodidamente muerto.

Me levanto de la mesa y me zafo del agarre de Jenica. Se oyen murmullos, pero no me importa el chisme que esto pueda generar. Lo único que me importa es que se acabe lo que sea que esté pasando allí, donde está la mujer que de verdad me importa.

—Siéntate, cariño. —Jenica me tira de la manga y me dedica la sonrisa más forzada que su rostro lleno de bótox es capaz de esbozar—. No es el momento de…

La ignoro y me dirijo a grandes zancadas hacia el bar.

—Señor Rozanov —el hombre del traje azul barato se pone de pie, arreglándose la chaqueta—. Es un honor…

—Lárgate —le espeto—. Ahora mismo.

Duda un segundo, lo cual me indica que no es de los míos, porque mi gente sabe que nunca debe hacerme esperar. Luego agarra rápidamente su bebida y desaparece.

Adiós y hasta nunca.

Me siento en su sitio y le grito al camarero que me de un Old Fashioned y un gin tonic quien rápidamente se pone a prepararlos.

En cuanto se va, hablo.

—¿Qué coño crees que estás haciendo?

No estoy mirando a Amara. No soy tan tonto como para que sea tan obvio a qué vengo. La negación plausible lo es todo para mí. Si digo que vengo a buscar unos tragos para mi esposa y para mi, entonces esos son los hechos. Fin de la historia.

—Estoy tomando algo —responde sin mirarme.

—Sabes a qué me refiero —le espeto entre dientes. Pero cuando mis ojos se cruzan con los suyos, Amara bebe con delicadeza la bebida verde con borde salado que pidió.

Se está haciendo la tonta. Y yo no estoy de humor para juegos, ni tontos ni de ningún otro tipo.

—No creo que lo haga.

Me muerdo los labios, porque es lo único que puedo hacer para no parecer un monstruo ahora mismo. Lo peor es que ella lo sabe. Sabe perfectamente que tengo que mantener la calma. También sabe que siento todo lo contrario.

—Dejaste que otro hombre te invitara una copa —le espeto—. Delante de mí.

—Y tú dejaste que otra mujer te besara —replica Amara—. Delante de mí.

Tras un largo y obstinado momento, nuestras miradas se encuentran.

Pero es breve.

—Es mi esposa —digo en voz baja mientras el camarero deja las bebidas frente a mí.

—¿Y yo qué soy? —pregunta Amara, volviéndose hacia mí. Ni siquiera se molesta en disimular. Pero, sinceramente, ahora mismo no me importa. No es que no tengamos permitido hablar.

En cuanto nuestras miradas se cruzan, veo su rostro en forma de corazón, sus ojos color miel, su cabello oscuro, liso y recogido detrás de las orejas, sus labios color ciruela.

Quiero agarrarla. Quiero levantarla contra la barra, abrirle las piernas y mostrarle a ella y a toda la maldita sala lo que es.

Quién es.

A quién pertenece.

Obviamente, no puedo hacerlo. Al menos no ahora.

En vez de eso, le hago señas al camarero.

—Añádele otra medida de bourbon —le digo, señalando mi Old Fashioned.

Él lo mira y luego vuelve a mirarme.

—Ya es doble, señor.

Lo miro fijamente con tanta intensidad que podría derretir el metal de su piercing nasal. Entiendo que es camarero, pero esto no es precisamente un bar de mala muerte. Me propongo despedir a quien lo haya contratado. No tanto por el piercing, sino porque está cuestionando mi pedido.

—Lo sé —gruño.

—Claro. Sí, señor. Disculpe, señor —balbucea mientras agarra la botella y añade una medida de cinco segundos, que es más que una medida normal. Hombre listo.

Mientras me llevo la copa a los labios, Amara vuelve a hablar.

—Todavía no has respondido a mi pregunta.

—Sabes que no puedo responder a eso.

Medio segundo después, Jenica está de pie a mi lado, abriéndose paso entre Amara y yo.

—¿No puedes responder a qué pregunta? —pregunta con una sonrisa que podría matar.

—Solo lo estaba aburriendo con detalles del trabajo —dice Amara y Jenica la mira. Ambas sonríen. Ambas se miran fijamente. Es un típico enfrentamiento y el ambiente se está poniendo demasiado caluroso para mi gusto.

Finalmente, Jenica vuelve a mirarme.

—Ransome, cariño, ¿qué te retiene? Llevo tiempo esperando mi bebida. —mira a Amara mientras hace la pregunta.

—Se equivocaron con mi bebida y tuve que pedir otra —miento. Bueno, no es del todo mentira. La hizo bien, pero una vez aquí, necesitaba algo más fuerte.

—Bueno, parece que el error se ha solucionado —me rodea la cintura con un brazo, creando aún más distancia entre Amara y yo—. Ya podemos volver a la fiesta. A donde pertenecemos.

Aprieto la mandíbula mientras la tensión entre nosotros tres aumenta. Pero Amara se levanta, con una margarita falsa en la mano y nos sonríe. Es doloroso ver lo bien que disimula sus verdaderas emociones. Porque la conozco. Por dentro, está haciendo cualquier cosa menos sonreír.

—Disfruten de la fiesta —dice ella.

—¿A dónde vas? —pregunto con insistencia.

Las cejas de Jenica se arquean sorprendidas. Sé que me va a regañar después, pero me importa un bledo.

—A caminar —responde—. Cuanto más avanzo en el embarazo, más difícil me resulta quedarme quieta.

—Parece que estás a punto de dar a luz —dice Jenica—. Y estoy segura de que es bueno hacer ejercicio. Me imagino lo difícil que será perder el peso ganado durante el embarazo.

Casi estoy esperando que Amara le grite. De hecho, con su historial de peleas, no me sorprendería que le diera una bofetada.

Pero en cambio, su rostro se ilumina de sorpresa.

—¡Oh! Dio una patada —dice mientras se lleva una mano a la barriga. La expresión de Jenica cambia por completo y la sonrisa de Amara se ensancha—. Es una sensación increíble, sentir cómo crece el bebé de alguien dentro tuyo. No hay nada que se le parezca.

Dicho esto, levanta su copa en señal de brindis y se marcha, dejándome a solas con la última mujer con la que querría estar. Es una bofetada elegante y bien ejecutada para ambos y no sé si sentirme enfadado o impresionado.

Por supuesto, Jenica está lo suficientemente enfadada por ambos.

Aprieto la mandíbula mientras la veo alejarse. Durante apenas dos segundos, olvido que Jenica está allí parada.

Pero el lujo de esa ignorancia solo dura hasta que ella vuelve a hablar.

—Qué asco —murmura.

—Completamente —digo y ella se vuelve hacia mí.

—¿Entonces estás de acuerdo?

—Estoy de acuerdo en que tu comportamiento fue repugnante, sí.

Se queda boquiabierta.

—¡Estaba hablando de ella! ¿Cómo se atreve a aparecer aquí?

—Por si lo habías olvidado, ella trabaja para mí.

—¿Cómo podría olvidarlo? Nunca le quitas los ojos de encima. Qué descaro el de esa fulana de venir aquí con ese aspecto —escupe.

Tiene suerte de ser mujer. Por desgracia para mí, incluso habiendo crecido en la Bratva, tenemos una estricta política de no golpear a las mujeres. Si alguien con pene llamara así a Amara, las cosas serían diferentes ahora mismo.

—¿Qué aspecto? —pregunto—. Llevas el mismo vestido.

Llamas asoman en su mirada, intentando incinerarme.

—Embarazada. ¡Está embarazada y lo presume por todos lados!

—De mi hijo —digo en voz lo suficientemente alta como para enfadarla.

Jenica niega con la cabeza lentamente, incrédula.

—En realidad no te importa nada, ¿verdad?

—Lo que no me gusta es cómo la tratas —le digo.

—¿Y cómo quieres que la trate? —espeta—. ¿Quieres que seamos mejores amigas? Porque eso no va a pasar, joder.

—Lo que quiero —le respondo bruscamente— es que dejes de echarle toda la culpa a ella. Puede que seas mi esposa, pero ella es la madre de mi hijo. Y tu comportamiento no es nada mejor para la imagen de nuestra relación que el hecho de que la gente me vea con ella.

—No entiendo cómo puedes compararnos. Ella no es una de nosotros. Y ni todo el dinero del mundo ni todos los cafés que te

traiga cambiarán eso. Es de otro mundo, Ransome.

—Tienes razón —le digo—. No son iguales en absoluto.

Ya terminé de hablar. Ya terminé con todo esto.

Pero justo cuando empiezo a alejarme, Jenica me pone la mano en el brazo, aunque no es un gesto íntimo. Es una advertencia.

—No olvides que en cuanto nazca ese bebé, ella se irá. Pero nosotros seguiremos casados.

36

AMARA

Lo único que se siente mejor que desfilar por una fiesta elegante con un vestido de dos mil dólares es irse a casa, arrancarse ese vestido y lanzarlo al otro lado de la habitación.

Lentejuelas plateadas vuelan por todas partes, cubriendo las baldosas de la mansión como confeti, pero ni siquiera me importa. Ver cómo se hace añicos casi compensa el hecho de que mi corazón también esté hecho pedazos, relucientes y esparcidos por todo el suelo.

Debí haberlo sabido. Debí saber que ir a una fiesta de negocios no iba a terminar bien. Estar allí no significaba estar con él. Aunque esté esperando un hijo suyo.

Ransome Rozanov está casado. Y no conmigo.

Dejo mis tacones plateados en el armario y me dirijo a la cocina. Daría lo que fuera por un trago fuerte ahora mismo, pero tendré que conformarme con helado napolitano. Ni siquiera me gusta el helado napolitano, casi me dan ganas de decírselo por mensaje. Desde que me mudé aquí, Ransome siempre mantiene la cocina bien equipada, con comida sana para el bebé y para mí. Es muy nutritiva, salvo por un bote de helado con sabores que cambian constantemente y, para

mi mala suerte, nunca es el sabor que me apetece. Aun así, es lo mejor que tengo al alcance.

Saco el recipiente del congelador y agarro una cuchara del cajón, cerrándolo con la cadera. Luego, me dispongo a cavar un agujero hasta China en la tira de fresa, porque los otros sabores no me resultan apetecibles.

En cuanto la crema dulce toca mi estómago, el bebé empieza a moverse. Creo que es el azúcar. Normalmente, me alegraría mucho. Pero ahora mismo, solo me provoca lágrimas.

Que no se malinterprete. Adoro a este bebé. Pero estar embarazada del hijo de un hombre casado es algo que preferiría evitar.

Mientras estoy en la cocina en ropa interior, con un conjunto negro de encaje que me puse suponiendo que alguien lo vería en algún momento de la noche, veo mi reflejo en el brillo del refrigerador de acero inoxidable.

¿Cuándo llegué a estar tan embarazada? Parezco una vaca. Una vaca comiendo helado. Una vaca comiendo helado en ropa interior porque me fui temprano de una fiesta porque llevaba el mismo vestido que la esposa del padre del bebé.

Tiro el helado a la basura y la cuchara al fregadero con un estruendo. ¿A quién quiero engañar? Jenica es preciosa. No solo eso, sino que es rica, poderosa y proviene de una familia digna de estar en presencia de Ransome. Aunque él los odie a todos. Ransome odia todo, así que ese no es el punto.

La cuestión es que estoy embarazada, sola y no pertenezco a este lugar. Y mientras miro a mi alrededor, con todos los muebles caros, las obras de arte originales y las vistas de la ciudad, me doy cuenta de que tampoco pertenezco aquí.

No pertenezco con él.

Recogiendo mi vestido de su impecable suelo en su impecable mansión.

Mi teléfono suena en mi bolso y regreso al suelo junto a la puerta donde lo dejé. La cara de Electra aparece en la pantalla y contesto.

—Tía, no vas a creer lo que hizo Sean —comienza diciendo sin siquiera saludar.

—Déjame adivinar. Está saliendo con otra persona, borraste su número y tiraste los regalos que te dio al inodoro.

—¿Qué? Dios mío, por supuesto que no. Incluso si rompiéramos, me quedaría con los regalos. ¿Tienes idea de cuánto valen?

—O sea, he visto los diamantes, así que supongo que mucho.

—Mucho, *muchísimo*. Pero no. No rompimos. Me compró un coche.

Parpadeo.

—Te compró un *coche*.

—¡Sí! —chilla Electra—. ¡Un maldito Mercedes!

—Tu novio, con quien llevas seis meses, te compró un Mercedes.

—Sí —dice y, aunque todavía puedo oír la sonrisa en su voz, me doy cuenta de que la estoy desanimando un poco. Pero, o sea, ¿un coche? Vamos—. ¿Y a ti qué te pasa, Gruñona?

—No me pasa nada —le digo mientras me recuesto contra la pared —. Solo… ¿no te parece un poco raro?

—Lo dice la chica que vive en el maldito castillo del papá de su hijo —resopla—. Es solo un coche.

—Un Mercedes —señalo.

—Sí, bueno, no me va a comprar un Civic.

—Solo digo que parece que algo excesivo —agarro la escoba de nuevo, porque tengo al menos cinco lentejuelas pegadas en las plantas de los pies y me estoy volviendo loca—. Además, ¿cuándo lo voy a conocer?

—Él trabaja mucho.

—Como todos. Pero, o sea, sales con él. ¿*Sí sales* con él, verdad? ¿En citas?

—¡Sí, salimos en citas! —espeta—. Solo que no… en el sentido tradicional.

Dejo de barrer.

—¿Qué quieres decir con que *no en el sentido tradicional?*

—O sea… no vamos a sitios normales. Vamos a bares pequeños y recónditos. Lugares que, si no supieras que están ahí, ni te darías cuenta.

—¿Como bares clandestinos? —pregunto.

—Como… ¡no sé! Lugares pequeños y con encanto, donde conoce a todo el mundo. Un poco cutres por fuera, pero súper elegantes por dentro —suspira—. Mira, sé que no es propio de mí estar con el mismo chico tanto tiempo, pero me gusta.

Claro que te gusta. Te compra coches como regalos.

No sé qué pasa con este tal Sean, pero yo también tengo mis propios problemas. Como recoger todas estas lentejuelas del suelo para no tener que explicarle a Ransome por qué mi vestido explotó por toda su casa cuando llegue. Si es que llega. Seguro que se va a casa con Jenica después de la fiesta.

Porque Jenica es su esposa.

—Escucha —le digo a Electra, retomando la conversación—. Te quiero. Y solo quiero que tengas cuidado. Y si tú eres feliz, yo soy feliz. Pero quiero conocerlo pronto, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —dice—. Y tal vez podamos dar una vuelta en mi coche nuevo.

—Eso me gustaría —fuerzo una sonrisa con la esperanza de sonar sincera. Aunque en verdad no tengo ningún deseo de pasearme en su coche excesivamente lujoso.

Pero sí quiero saber quién es ese chico. Ella nunca sale con hombres durante tanto tiempo. Además, nunca es tan reservada.

No me gusta. No me da confianza.

Unos minutos después, justo cuando estoy recogiendo las últimas lentejuelas, oigo que se abre la puerta.

Me doy la vuelta y veo a Ransome allí de pie, con los ojos entrecerrados y la barbilla ladeada por la confusión.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta.

—Se me rompió el vestido —le digo y sus ojos siguen las motas plateadas que caen en la basura.

—Ya veo —dice mientras cierra suavemente la puerta y se acerca a mí—. También estás medio desnuda. Y hace frío aquí dentro.

—No me había dado cuenta —digo mientras guardo la escoba y me sacudo el polvo de las manos.

Ransome revisa el termostato y desaparece un momento. Cuando regresa, trae una bata negra, que me coloca encima y unas pantuflas suaves. Me invita a sentarme en el sofá mientras me las pone, quitándome una lentejuela del pie en el proceso.

—¿Por qué rompiste el vestido? —pregunta. Está sentado en el suelo frente a mí.

—Porque prefiero no parecerme a la versión hinchada de tu esposa —murmuro y los ojos de Ransome se clavan en mí.

—No estás hinchada. Estás embarazada. De mi hijo.

No sé si está enfadado o intentando ser amable. Ninguna de las dos actitudes me resulta atractiva ahora mismo.

—Embarazada e hinchada. Hinchada porque estoy embarazada. ¿Qué más da?

La mirada de Ransome se clava en la mía.

—La diferencia es que tienes que dejar de compararte con ella. Puede que yo esté casado con ella, pero tú…

—¿Yo qué? —lo interrumpo, apartando bruscamente mi pie de sus manos y poniéndome de pie—. ¿Soy la madre de tu hijo?

—Sí —responde bruscamente, poniéndose de pie también—. Y no me importa lo que piense la gente.

—Sí, bueno, a mí sí. Porque estar sentada en esa fiesta hoy, viéndola encima de ti, mientras yo estaba exiliada en el bar, sin siquiera poder tomarme una maldita copa mientras te veía besarla delante de mis narices…

—¡Ella me besó a mí! —interrumpe—. ¡Hay una diferencia!

—¡Joder que la hay! —le respondo bruscamente—. La única diferencia es que, al fin y al cabo, ella puede estar contigo y yo no.

Ransome me agarra, atrayéndome con fuerza hacia él. Sus ojos se clavan en los míos, como para reafirmar que me tiene.

—¿A quién perteneces, *dorogoya?* —pregunta con voz baja y posesiva.

Lo miro fijamente mientras él me mira fijamente.

—A ti —espeto.

—Así es.

Se inclina para besarme, pero lo aparto con fuerza. Nunca lo había hecho y él desde luego no se lo esperaba, así que lo pillo

desprevenido.

—No —le digo.

—¿No? —pregunta—. ¿Qué quieres decir con no?

Él intenta dar un paso adelante, pero yo doy otro hacia atrás.

—Quiero decir que *no*. No te voy a besar justo después de que la hayas besado. Ahora, con permiso, estoy cansada y quiero irme a la cama.

Camino a su alrededor y, aunque la cabeza de Ransome me sigue, el resto de su cuerpo permanece inmóvil. No sé si alguien le ha dicho que no antes. Pero, como dicen, siempre hay una primera vez para todo.

—¿Me estás echando de mi propia casa? —pregunta.

—Supongo que sí.

—¿Y a dónde se supone que voy a ir? —espeta, pero la verdad es que me importa una mierda si está enfadado.

—Ay, no lo sé... —lo miro de reojo—. ¿A casa con tu esposa?

Antes de que pueda responder, subo las escaleras sin mirar atrás. Puede quedarse ahí parado el resto de la noche si quiere. Me da igual en este momento.

37

RANSOME

Me acaban de echar de mi propia casa.

Mi esposa me ha arruinado el polvo.

Dios mío, ¿en qué se ha convertido mi vida?

No voy a mentir. Fui allí con la intención de arrancarle ese vestido yo mismo. En cambio, entré y la vi en ropa interior, con el vestido hecho añicos esparcido por el suelo como una bola de discoteca rota.

Tengo que ser sincero. No era un vestido muy bonito. Cuando se lo vi a Jenica no me entusiasmó en lo absoluto. Pero Amara es capaz de hacer que hasta un saco de arpillera luzca bien, así que lo dejé pasar.

Ese no es el punto. El punto es que sigo con las ganas mientras conduzco hacia mi casa (mi *otra* casa) y no tengo ganas de tener la conversación que sé que se avecina.

Efectivamente, entro por la puerta e inmediatamente lo oigo.

—Vaya, miren quién volvió a casa esta noche en lugar de colarse a las 5 de la mañana.

Jenica está de pie en la cocina, todavía con la bola de discoteca puesta y un cóctel en la mano.

—No estoy de humor —le digo mientras cuelgo mi abrigo en el armario. Un armario repleto de abrigos de piel y bolsos Birkin. Dios mío, esta mujer es muy exigente. Le agradezco al dios que sea lo suficientemente loco como para escucharme, que siga usando las tarjetas de crédito de papi y que no le esté haciendo más que un rasguño a mi saldo.

Suelta una risa condescendiente.

—Nunca estás de humor para nada. No supuse que hoy fuera distinto. Pero sí supuse que la mami de tu bebé te llamaría y saldrías corriendo.

Apoyo las manos en el mostrador frente a ella con una mirada penetrante. Ya me cansé de esto. Ya me cansé de ella.

—¿Qué es exactamente lo que quieres de mí? Porque si se trata de *mí,* sabías que eso no estaba en juego cuando firmamos esos papeles. Sabías que era un contrato para evitar que la ciudad se incendiara. Tienes mi casa. Tienes coches y mi personal te atiende en todo. Tienes cenas elegantes, fiestas, estatus y publicidad. Entonces, ¿qué es?

Jenica me mira con desprecio.

—¿De verdad no lo entiendes? No te *quiero* a ti. Jamás me habría casado contigo si

de mí dependiera. Y es obvio que te importo una mierda. Pero mi vida entera depende de esto. No tengo cabida fuera de la Bratva y tú me haces sentir que tampoco la tengo dentro. Pero mientras estemos casados, no volverás a hacerme quedar como una tonta.

—¿Yo te hago quedar como una tonta?

—Sí, Ransome. Me has dejado en ridículo. Lo haces siempre que estamos juntos en público conversando y estás completamente

ausente. O peor aún, le prestas más atención a ella que a mí.

—Para ti siempre ha sido cuestión de llamar la atención —le digo—. Esa es la diferencia entre tú y Amara.

Jenica golpea su bebida contra el mostrador, casi rompiendo el vaso.

—No. La diferencia entre Amara y yo es que yo soy de la Bratva. Soy una Chadovich. No solo estoy en un puesto más alto; nací allí. Merezco algo mejor que esto. Merezco algo mejor que tú. Pero, por desgracia, aquí es donde estoy atrapada. Atrapada porque las reglas de la Bratva son arcaicas y no puedo ser una mujer sola en nuestro mundo. Soy propiedad de mi padre o de quien él decida que debe casarse conmigo. El amor no es una opción para mí. Pero Amara… Amara puede entrar en tu vida, seducirte como mejor le parezca y conseguir lo que quiere con un chasquido de dedos y un puchero. No quiero esto más que tú, pero te agradecería que al menos fingieras querer estar conmigo cuando la gente nos ve. No solo me haces quedar mal a mí, sino que también te haces quedar mal a ti mismo.

Estoy furioso. Nadie me habla así. Literalmente nadie.

Pero Jenica ya está saliendo de la habitación.

Un instante después, oigo un portazo. Son dos portazos ya. Dos casas donde viven dos mujeres distintas que preferirían verme muerto antes que verme en lo absoluto.

Genial.

Me pongo una camiseta de los White Stripes y unos jeans negros rotos que han visto tiempos mejores. Los uso principalmente para trastear en el garaje, entonces salgo a hacer precisamente eso.

Para sorpresa de muchos, tengo un Chevy Chevelle SS negro de 1967. He descartado por completo las carreras y todo lo que las rodea, pero jamás podría descartar los autos. Los llevo en la sangre,

aunque una parte de esa sangre se desangró y se secó con la muerte de Nik.

Sinceramente, por eso también evito arreglar el coche. En realidad no necesita reparaciones. Está impecable, reluciente y funcionando. Al menos funcionaba la última vez que lo arranqué.

Ese fue el día en que murió. Un día de carreras. Una carrera en la que no quería participar, pero cuando supe que iba a correr, me fui corriendo a la pista… demasiado tarde. Llevé el Chevy al límite y aun así no fue lo suficientemente rápido.

No culpo al coche. No culpo a las carreras. Culpo a las disputas familiares. Culpo a la Bratva.

Me culpo a mí mismo.

Pulo el capó con delicadeza y la mandíbula apretada. Porque algo de lo que dijo Jenica me afectó. Se me metió bajo la piel y enseguida se infectó. Y no tiene nada que ver con su rabieta egoísta ni con sus indirectas a Amara, aunque esas cosas también me dolieron.

La verdad es que yo tampoco quería esta vida. No estaba hecho para esto. Nunca quise ser *pakhan* ni tener nada que ver con todo este mundo. Antes era distinto en muchos sentidos.

Nik era el loco. Era el temperamental y el líder, aunque fuera mi hermano menor. Yo era más tranquilo. Me interesaba la mecánica, cómo funcionaban las cosas. Eso no era propio de un *pakhan*, pero no me importaba.

Hasta que se murió.

Después de eso, me enfadé muchísimo. Asumí el papel que él debía desempeñar y con sed de venganza. No suelo venir aquí. No suelo quitar la funda del coche. No me permito sentarme en él y ahogarme en los recuerdos que me invaden. Porque me hace preguntarme dónde estaría yo si Nik siguiera vivo. Me hace preguntarme cuán diferente sería todo.

Y esos pensamientos son jodidamente asfixiantes.



—Buenos días, señor Rozanov.

Las palabras de Amara son frías cuando entro en mi oficina. Ni una sonrisa. Ni una mirada seductora. Además, hoy viste de forma poco profesional. Pantalones grises y un jersey de cuello alto negro. Si bien le sienta bien, no le favorece tanto como muchas de sus otras prendas.

—Buenos días —repito, y luego me doy cuenta de que nunca lo hago. Normalmente la ignoro, como hacía con cualquiera de mis asistentes. Tomaba mi café, me aseguraba de que estuviera perfecto y seguía con mi agenda. Cuando Amara y yo nos conocimos mejor, empecé a responderle con un beso. En este momento, creo que perdería los labios si lo intentara.

Amara no dice nada mientras rodeo el escritorio y miro por la ventana. Es mi ritual y ella lo sabe. Normalmente bromeamos un poco, pero esta mañana no.

—Hace frío aquí —le digo.

—No tengo control sobre el termostato, señor —responde ella.

No me refiero a la temperatura real.

La observo por un instante. Tras un largo momento, chasquea la lengua.

—¿Necesita algo más de mí, señor Rozanov?

Miro mi agenda y la hojeo rápidamente. Es el típico día caótico, pero da igual.

—No, por ahora estoy bien. Puede retirarse, señorita Parker.

No sabría decir si fue la forma casi militar de despacharla o el hecho de llamarla por su apellido lo que provocó que la irritación se reflejara en su rostro, ya de por sí molesto, pero una cosa está muy clara: la mujer no está contenta conmigo.

Dos de dos, porque Jenica estaba de muy mal humor esta mañana. Normalmente no se despierta hasta el mediodía, pero hoy ya estaba saqueando la despensa alrededor de las 5 de la mañana. Si tuviera que adivinar, diría que se emborrachó anoche y necesitaba carbohidratos para la resaca. De cualquier modo, estaba viva… supuestamente… cuando me levanté para hacer ejercicio. Y tampoco le hizo ninguna gracia verme.

Amara está a punto de salir por la puerta cuando la detengo.

—Espera.

Se detiene y mira lentamente por encima del hombro, con una voz tan gélida que podría congelar los cristales.

—¿Sí, señor Rozanov?

—¿Tengo una reserva para almorzar en Blue Sushi? —pregunto. Solo hay una persona que solicita ese restaurante. O cualquier restaurante de sushi, para el caso.

—Sí, señor Rozanov —responde—. Su madre programó un almuerzo con usted.

Asiento con la cabeza una vez.

—Gracias, señorita Parker —digo, y ella se marcha.

Proklyatiye.

Voy a necesitar un picahielos más tarde. Por ahora, estoy concentrado en el almuerzo con mi madre. No solemos vernos muy a menudo sin mi padre. Siempre lo espero con ansias. Pero también sé que normalmente solo reserva una mesa para dos en la planta alta de Blue Sushi cuando quiere hablar de algo.

Efectivamente, allí está cuando llego, esperándome en una esquina de la planta superior. Se pone de pie cuando me acerco a la mesa.

—Perdona que llegue tarde —le digo.

—No llegas tarde. Llegas a tiempo —me dice con su tono directo de siempre. Mi mamá es una mujer dura, pero amable.

Nos sentamos. La camarera trae gyozas y edamame, junto con dos vasos de agua. Pedimos varios tipos de sushi y un par de bebidas y ella, con un chasquido de palillos, empieza a comer.

—¿Cómo va la vida matrimonial?

Nunca ha sido de las que se andan con rodeos.

—Va bien. Para ser un matrimonio concertado.

Sumerge una empanadilla en la salsa ponzu antes de llevársela a la boca.

—Esto es la Bratva, *syn.* El matrimonio es una cuestión económica. —su capacidad para pronunciar esa frase con tan poca emoción resulta preocupante, o admirable. Quizás ambas.

—¿Así que no estás enamorada de papá? —pregunto con el mismo tono. Ella es incluso mejor que yo en el arte de la indiferencia, pero eso me indica que es un arte aprendido.

—Amor y lealtad son intercambiables —dice—. Al menos cuando la elección no es un factor —luego se seca la boca con una servilleta y me mira con ojos más tiernos—. Ahora cuéntame sobre el bebé.

—No hay mucho que contar.

Nos sirven las bebidas y lo agradezco. Remuevo mi whisky con el sorbete negro antes de dar un sorbo.

—El hecho de que apenas hayas estado esperando la bebida y apenas tocado la comida me indica que eso no es cierto.

Me como una empanadilla solo para que me deje en paz.

—No quiero hablar de eso.

—¿Por qué no? —pregunta ella—. Vas a tener un hijo. Eso es algo muy importante en el mundo de la Bratva.

—Porque la madre no es mi esposa.

La camarera deja la bandeja de sushi frente a nosotros.

—No —reflexiona mamá—. La madre significa más para ti que tu esposa, con quien tienes una relación forzada.

¿Ya mencioné que es muy directa? Dios mío.

—Lo que yo sienta no importa —le digo secamente, mientras me concentro en una pieza de sushi solo para mantener mis manos y mi boca ocupadas. La conversación se siente un poco forzada.

—Dicho esto, sé cómo se siente Jenica.

Dejo de masticar. Eso… es un giro interesante en la conversación.

Mi mamá agarra un trozo del roll de atún picante y continúa.

—No es fácil estar con alguien con quien te dijeron que *debes* estar. Esperas lo mejor, pero a menudo sientes que su atención… *toda* su atención… está en cualquier parte menos en ti. Si no fuera por ustedes, mis hijos… habría sido una vida muy solitaria.

Hijos. En plural. Tan solo mencionarlo da la sensación de que un fantasma se ha instalado en la habitación. Nos deja a ambos en silencio.

—Lo extraño —dice. Y es como una bala en mi pecho.

—Yo también —admito. Mi voz es baja y tengo la garganta hecha un nudo. No suelo permitirme pensar en ello. Pero si va a mencionarlo, no hay mucho que pueda decir.

—Pienso en él todos los días —dice—. Pequeñas cosas me lo recuerdan. Como cuando veo gente con camisetas de los Bills.

—Sí, le gustaba el fútbol —casi sonrío—. Aunque papá decía que era una pérdida de tiempo.

—Tu padre piensa que todo lo que no esté relacionado con el trabajo es una pérdida de tiempo. Como los coches.

Eso duele. Una cosa es mencionar a Nik y, otra muy distinta, es mencionar a Nik y los coches.

—No debió haber muerto —digo incluso antes de darme cuenta de que lo estoy diciendo.

—Fue terrible e imprudente —dice ella, pero yo niego con la cabeza.

Dejo los palillos porque de repente se me quitó el apetito. No es de extrañar.

—No fue un accidente. Ojalá la gente dejara de decir eso.

—Lo que sea que haya pasado, es cosa del pasado —dice—. No podemos quedarnos estancados en ello.

Me enfurece. Porque, para mí, no es cosa del pasado. Cuando muere un niño, un niño que nunca quiso hacerle daño a nadie, un niño con tanto corazón, tanta ambición y tanta vida en sus venas, la verdad no puede ser enterrada con el cuerpo.

—Nik debía ser *pakhan* —digo y mi madre me mira. Su rostro es dulce, pero sus ojos son severos.

—Lo que Nik debía ser entonces no cambia lo que tú debes ser ahora —me dice.

Joder. Podría prescindir de ese lenguaje de galletas de la fortuna.

—¿Qué se supone que debo ser? —repito.

—Ransome, tienes más dotes de líder de los que crees. Lo supe desde el primer día. Solo tienes que seguir el camino que tienes delante y descubrirlo tú mismo.

—Estoy siguiendo el camino —digo—. Estoy haciendo todo lo que se supone que debo hacer. Estoy siguiendo todas las reglas. Tanto es así, que estoy atado a una mujer a la que no amo.

—También estás atado a la mujer que *sí* amas —dice—. Incluso después de que nazca el bebé.

—No tengo la opción del divorcio —digo.

—Tal vez no —dice, dejando los palillos—. Pero tampoco puedes decidir a quién quiere tu corazón.

38

AMARA

Hay dos cosas que me encantan por la mañana: el café y… bueno. Eso.

Y ahora mismo, no logro conseguir ni una cosa ni la otra. Al menos no de manera rápida. Entiendo que las cafeteras de émbolo son sofisticadas y por eso la gente de dinero las tiene, pero nunca entenderé por qué alguien querría una. Y como la cafetera normal parece estar estropeada (porque ¿qué no está roto en mi vida?), estoy a merced de una "cafetera" que tarda no menos de treinta minutos en prepararme una sola taza de café.

Me encuentro buscando en Google cómo usar una cafetera de émbolo cuando oigo que el teclado de la puerta hace ruido. Un instante después, se pone verde y se abre.

Ransome entra. Va vestido como siempre, todo de negro, como si tuviera que ir a un sitio elegante. Pero supongo, siendo las 8 de la mañana de un sábado, que no tiene ningún compromiso.

—Buenos días, señorita Parker —dice mientras rodea el mostrador.

En ese momento me doy cuenta de que tiene en la mano un café de mi cafetería favorita. Me lo ofrece y yo me quedo mirándolo

fijamente.

—Buenos días —digo y casi suena a pregunta—. Esto se siente… al revés.

Ransome no responde. Pero sí se da la vuelta y deja caer una pila de papeles sobre el mostrador. Luego se aparta, me mira y espera.

—¿Qué es eso? —pregunto, dando un sorbo a mi café y saboreándolo. Si él no estuviera aquí, probablemente tiraría la cafetera francesa por la ventana. Pero me intriga todo el papeleo que hay sobre la encimera—. Supongo que no es mi agenda.

Es broma, pero no está sonriendo. Y después de acercarme y ver las palabras en negrita en la parte superior de la primera página, yo tampoco sonrío.

Miro a Ransome. Él simplemente asiente para que siga leyendo. Son unas cincuenta páginas de jerga legal, lo que no lo convierte precisamente en una lectura ligera. La mayoría de la gente simplemente lee el periódico en la mañana.

De todas formas, lo hojeo con los dedos.

Entonces me doy cuenta de lo que es y lo vuelvo a dejar en su sitio.

No puede ser.

¿Qué demonios?

Me falta el aire, pero aun así consigo hacer la pregunta.

—¿Papeles de divorcio?

De seguro estoy viendo cosas. Quizás sea por la falta de café. Quizás haya algo en el café. En cualquier caso, no puede ser. ¿O sí?

—No lo entiendo.

Ransome se acerca.

—Te amo.

Siento que el corazón se me cae por una trampilla en el pecho.

Me quedo sin aliento.

¿De verdad acaba de decir eso?

—Pero… estás casado —le recuerdo.

Ransome se acerca aún más, acortando la distancia entre nosotros.

—No me importa. Quiero estar contigo. Me voy a divorciar.

—¿Puedes hacerlo? —mientras mi barbilla comienza a temblar, me doy cuenta de que estoy temblando.

Ransome sonríe, una imagen poco común que me acelera el corazón.

—Puedo hacer lo que quiera.

Quiere casarse conmigo. Ransome quiere casarse conmigo. Quiere ser mi esposo, no solo el padre de mi hijo. Quiere volver a casa conmigo, llevarme del brazo a cenas de negocios, exhibirme ante las cámaras y mostrarle al mundo que soy suya. Ya no quiere que sea su pequeño secreto.

Él quiere que yo sea suya.

Y él quiere ser mío.

Es mucho más de lo que jamás esperé. Después de enterarme de que estaba casado, con Jenica, nada menos, había perdido la esperanza de tener una vida plena con él. Poco a poco, empecé a desprenderme de mí misma para adaptarme al espacio que él estuviera dispuesto a ofrecerme. Fue doloroso, pero mejor que nada.

Ahora me dice que nunca más tendré que hacerlo.

Aun así, esto es mucho. También es más complicado que simplemente hacer lo que él quiere.

—¿Y qué hay de la tregua?

Ransome pone sus manos en mis caderas. Sus palmas se extienden sobre mi vientre. Grandes, fuertes, protectoras.

—Eso tampoco me importa, *dorogoya*.

Su voz ronca me eriza la piel.

—Pero tu familia…

—Tampoco me importan las tradiciones familiares. Igual son una tontería. Que esté casado con Jenica no va a impedir que gente como Tristan haga lo que le dé la gana. Así que… —se encoge de hombros—. Me voy a divorciar.

Suena demasiado bueno para ser verdad. Demasiado hermoso.

Pero Ransome me mira, con los ojos del color del cielo en lugar del hielo, y sé que no miente. Esta vez no.

Cuando me besa, me derrito. La firmeza de su cuerpo, la presión posesiva de sus labios sobre los míos… todo es perfecto. Me tiemblan las piernas.

Pero aún tengo dudas.

—¿De verdad puedes hacer esto? —pregunto, desmoronándome—. Tristan sigue ahí fuera.

—Si —confirma Ransome—. Y nadie habla, lo cual sigue siendo un problema.

—Entonces, ¿cómo…?

Su mandíbula se tensa por un instante. Sea lo que sea que esté a punto de decir, no le gusta y, tengo la sensación de que a mí tampoco.

—Para que todos estén a salvo, esto tendrá que ser un secreto.

Un secreto. Sigo siendo su pequeño secreto sucio.

—No. —como si me leyera la mente, pone un dedo sobre mis labios —. Sé lo que estás pensando. Nada de eso, *dorogoya.* Esto va a suceder. Soy *pakhan* y quiero estar contigo, así que va a suceder.

Observo su expresión. Sus ojos. La evasión que sentí en Montana, cuando aún me ocultaba un mundo de secretos, ha desaparecido. Solo veo un cielo cálido y despejado.

Y amor.

—Ransome… —mi voz es apenas un susurro. Estoy tan feliz que casi no puedo hablar—. Yo también te amo.

Por suerte, no hay más palabras después de eso.

Nuestras bocas chocan. Ransome me levanta, con las manos bajo mis muslos, mientras intento rodearlo con mis piernas, aunque es duro lograrlo con la barriga. Lo otro que es duro se presiona contra mí y lo deseo con ansias.

Ransome me lleva en brazos hasta el sofá. Me tumba boca arriba y me arranca los pantalones cortos de pijama de satén, llevándose también las bragas.

—No me he duchado —le digo—. Acabo de despertarme.

—Mejor —gruñe mientras se arrodilla, rodeando mis muslos con sus brazos y tirando de mi coño hacia él. Me cubre con la boca y succiona antes de gemir dentro de mí—. Joder,cariño. Me encanta tu sabor.

Jadeo, agarrando el borde del sofá con el puño.

—Podría comerte todo el día —continúa.

—No me molestaría —susurro, mis músculos se tensan ante las caricias de su lengua.

—Ah, ¿sí? —puedo sentir su sonrisa burlona contra mi piel. Es tan excitante, es irreal—. No creo que puedas soportarlo.

A pesar de mis dudas, acepto el reto.

—Pruébame.

Los ojos de Ransome se clavan en los míos antes de oscurecerse.

Entonces empieza a lamer. Lentamente al principio, desde mi clítoris justo hasta debajo de mi abertura. Se toma su tiempo, estimulando cada nervio a su paso, recorriendo cada punto que sabe que me vuelve loca. Luego, la punta de su lengua encuentra mi clítoris y baila, succionando y lamiendo hasta que un orgasmo inesperado me invade, desgarrando mi cuerpo.

—Mierda —susurro, sabiendo en ese instante que he perdido la batalla. Dejo que me consuma, que me deje llevar por completo hasta que no quede nada, antes de pasar mi mano por su cabello, la señal silenciosa de que he terminado y no puedo soportarlo más.

Pero Ransome no se detiene. En cambio, vuelve a abalanzarse sobre mí, sus brazos sujetan mis caderas contra su boca, sin dejarme escapatoria.

—Ransome —jadeo.

—Aún no has terminado —gruñe—. No hasta que yo lo diga.

De pronto, su lengua vuelve a azotarme, con más furia que antes. Grito, retorciéndome en el sofá mientras otro orgasmo se vislumbra, aunque estaba segura de que era imposible.

Parece que lo he subestimado. ¿Pero qué novedad hay en eso?

Me retuerzo y me muevo contra él mientras su boca me hace cosas hermosas y terribles, haciéndome gemir y estremecer. Su lengua presiona contra mi clítoris, caliente y áspera, y comienza a succionar con fuerza. Con la suficiente fuerza como para dejarme un chupetón en la vagina.

Y me deshago.

Ransome se pone de pie y se limpia la boca con la mano antes de desnudarse. Soy un charco, aun luchando por salir de la luz blanca del éxtasis, mientras lo veo acariciar su pene duro como una roca frente a mí.

La adrenalina me recorre al darme cuenta de que no ha terminado. Apenas está empezando.

Ransome se sube al sofá en forma de L detrás de mí y me gira de lado. Es prácticamente la única manera de hacerlo ahora, con lo avanzada que estoy. Pero a no dejarse engañar, el sexo de lado o por detrás no es ninguna broma.

Desliza una pierna entre las mías y luego se introduce dentro de mí, lo suficientemente profundo como para que ambos jadeemos.

—¿Demasiado?

Me lo pregunta porque estoy esperando un hijo suyo. Pero ahora mismo no quiero que pare.

Niego con la cabeza.

—No.

—De acuerdo —susurra con voz ronca antes de apartarme el pelo y besarme el cuello. Luego, sus caderas comienzan a rozarse contra las mías.

Al principio es un movimiento lento. Suelto un suspiro mientras él gruñe, con su mano en mi cadera mientras entra y sale de mí.

—Eres tan hermosa —dice mirándome—. Jodidamente preciosa.

Sonrío mientras respiro hondo con cada embestida, deseando que nunca termine y, sin embargo, necesitando mucho más. Ransome entierra su rostro en mi cuello con un gemido.

—*Ya tebya lyublyu* —susurra.

—¿Eso significa…? —pregunto.

—Te amo.

Repite esas palabras una y otra vez. Me deja sin aliento.

Él me ama. Ransome me ama. Me ama muchísimo y no me va a dejar, ni hoy, ni mañana, ni nunca más.

Porque se va a casar conmigo.

Sus caderas aceleran el ritmo. Se introduce cada vez más profundo dentro mío, reclamando una parte de mí con cada embestida.

—Ransome… —susurro.

Me agarra la mano y entrelaza sus dedos con los míos.

—Lo sé —dice—. Yo también te necesito.

—Haz que me correrme —suplico.

—Sí, señorita Parker.

Él acelera el ritmo hasta que ambos jadeamos y gritamos. Hasta que nuestros orgasmos nos inundan.

Una vez que recordamos cómo respirar, Ransome se retira y se relaja de lado. Uso la poca energía que me queda para girarme hacia el otro lado y quedar frente a él.

La ternura de Ransome es algo que rara vez aparece. Algo que siempre esperé encontrar bajo esa apariencia dura. Y ahora mismo, ahí está. Mientras yacemos desnudos, juntos, completamente expuestos, la luz del sol entra a raudales por las ventanas y nos envuelve como una manta.

—¿En qué estás pensando? —pregunta mientras juega con un mechón de mi pelo.

—Estoy pensando… —lo provoco con una pausa antes de terminar —. Que yo también te amo.

Me obsequia otra sonrisa y un beso.

39

AMARA

—Me alegro mucho de que hayamos hecho esto —digo mientras miro mi Fitbit para ver cuántos pasos hemos dado.

Electra y yo estamos trotando por Central Park, algo que no hacía desde hace muchísimo tiempo. La verdad es que, teniendo en cuenta lo embarazada que estoy, es más bien caminar rápido, pero creo que lo que cuenta es el esfuerzo.

—¿En serio? —Electra da un trago a su botella de agua—. Porque estaba a punto de preguntar qué nos hizo pensar que era una buena idea.

Pero yo solo me río. Estoy de buen humor. De muy buen humor. Desde que Ransome me dijo que se iba a divorciar de Jenica, no he parado de pellizcarme para asegurarme de que no estaba soñando. Resulta que sí estoy despierta y es todo muy real. El único inconveniente es que tiene que ser un secreto. No puedo hablar con nadie al respecto. Ni siquiera puedo hablar con Electra sobre nada de esto.

Así que, en vez de eso, sonrío y camino a paso ligero por la ciudad de Nueva York.

—Bueno, creo que es revitalizante —digo—. Todo este aire fresco. Estoy tan acostumbrada a estar encerrada y… ¿de verdad estás enviando mensajes de texto mientras corres?

Tengo energía suficiente para saber que puede oírme. Sin embargo, Electra está bajando el ritmo y frunce el ceño con preocupación.

Disminuyo el paso para que ella también lo haga. De todas formas, necesito un sorbo de agua. —¿Qué está pasando?

—Oh, es solo Sean. —se detiene por completo mientras escribe un mensaje de texto—. Últimamente ha sido demasiado.

—¿Demasiado en qué sentido?

Me inclino para estirarme. Hablando de estirarme, estos leggings de maternidad son increíblemente cómodos y se adaptan de manera perfecta. Además, son de un rosa menta precioso y vienen con un sujetador deportivo a juego. Ropa como esta hace que casi me de pena pensar que pronto dejaré de estar embarazada.

Eso y que no me disgusta tener al bebé de Ransome dentro mío…

—Siempre me está preguntando dónde estoy. Con quién estoy. A dónde voy después —resopla, mientras sus dedos siguen tecleando sin parar.

—Eso suena un poco controlador, ¿no crees?

—Lo dice la chica que sale con su jefe. El mismo jefe que arruinó una cita literalmente sacándote de la mesa.

Entonces lee un mensaje que la hace tragar saliva y deja de burlarse de mí.

La observo teclear su respuesta con creciente preocupación. Nunca había visto a Electra así. Para empezar, nunca la he visto en una relación seria. Pero además, nunca la he visto sometida a nadie. Incluso cuando mantiene una relación con un chico durante más de tres citas, siempre lleva las riendas.

—Ransome y yo somos… poco convencionales —admito y ella me interrumpe bruscamente.

—Sí, lo son. O sea, te dejó embarazada y te mandó lejos, por Dios —espeta ella.

—Él no sabía que estaba embarazada.

—¿Y nunca se preocupó por ti? ¿Durante seis meses?

Cada vez se pone más nerviosa por lo que sea que le esté diciendo ese tal Sean. Sé que no se trata de mí y que poner excusas por Ransome es ridículo de mi parte, pero aun así me inquieta.

—No tienes por qué atacarme.

—Y tú no tienes por qué atacarme a mí —espeta ella.

Dios. El veneno que emana de sus colmillos tampoco es propio de Electra, al menos no para mí. Otra señal de alarma.

—Mira —respiro hondo para calmarme—. Lo único que quiero decir es que te echo de menos. Siento que entre el tiempo que he estado fuera y el tiempo que Sean te tiene bien guardada en su bolsillo trasero, ya casi no nos vemos.

—No estoy con él tan a menudo —dice, mientras vuelve a teclear y su rostro refleja ansiedad nuevamente.

—Eso es lo que me preocupa. Apenas pasas tiempo con él, pero es como si controlara todo lo que haces.

—De nuevom vez. Repítetelo para ti misma.

Sé que no hay nada más que pueda decir. Si sigo insistiendo, terminaremos peleando y no quiero eso. Tampoco quiero que Electra pierda a su mejor amiga justo cuando más la necesita. Así que, aunque estoy muy preocupada por ella, me retiro.

Finalmente, suelta un suspiro de frustración y mete el teléfono en el bolsillo lateral de sus leggings. Los suyos son de color lavanda y

lleva una sudadera con capucha, algo que también resulta un poco raro en ella. Ahora que lo pienso, todas las veces que hemos salido últimamente, ha ido vestida de forma más recatada.

Otra señal de alarma.

Mi propósito de dar un paso atrás se desmorona como una galleta vieja.

—Si te pasa algo, puedes contármelo —le digo en voz baja—. Somos mejores amigas. Deberíamos poder contarnos todo.

Electra me mira por primera vez.

—¿En serio? ¿Tú me cuentas todo? Porque siento que estoy a oscuras la mitad del tiempo. No supe que salías con Ransome hasta tiempo después. No sabía que te ibas; simplemente te fuiste. Y luego no supe que estabas embarazada hasta que volviste. ¿Qué más me ocultas, Amara? Porque creo que es seguro asumir que sigues guardando secretos.

Respiro hondo y exhalo a medias. Luego me siento en un banco mientras pasan algunos corredores y una chica en patines con un perro.

No puedo contarle todo. No es seguro. Ni creíble, dicho sea de paso.

Pero tengo que decirle algo.

—La razón por la que las cosas son complicadas es por la familia de Ransome —murmuro—. Son… leales hasta la médula.

—También son ricos y pertenecen a la alta sociedad —dice ella y yo me río.

—Sí, es totalmente cierto. O sea, es el director ejecutivo de Apex. Pero ese poder conlleva enemigos —me froto la barriga y elijo mis siguientes palabras con cuidado—. Hay otra familia con la que no se llevan bien y hay mucha animosidad entre ellos. Es un lío… muy complicado.

—¿Qué tan complicado? —pregunta con un brillo en los ojos. Incluso ahora, a Electra le encanta el chisme.

—Lo suficientemente complicado como para verse obligado a contraer un matrimonio concertado.

La boca de Electra se abre tanto que atrae miradas.

—Detente. ¿Me estás diciendo que *Ransome,* es decir, tu novio o tu relación informal o lo que sea…?

—Sí, él.

—El hombre cuyo hijo llevas dentro como si fuera una maldita bola de boliche…

—¡Oye! No pesa tanto.

—¿Está *casado?* —Electra tiene la amabilidad de susurrar las últimas palabras.

Me muerdo los labios y asiento.

—Mierda —exclama. Luego alza la voz y lo repite—. ¡Mierda! Entonces… ¿cómo funciona eso? ¿Y cómo puedes estar bien con eso? ¿Ella sabe de ti?

—Bueno, esta es la cuestión. No se aman. Joder, creo que ni siquiera se caen bien. Esta mañana él vino a la finca…

—La casa donde tú vives. Que supongo que es diferente de la casa donde vive su esposa.

—Sí.

—Jesús. Bien, voy por buen camino. Continúa.

—Llevaba consigo una pila de papeles…

Electra prácticamente baila en el banco del parque.

—¿Qué clase de papeles?

—Papeles del divorcio. —susurro y Electra casi se pone de pie de un salto.

Entonces vuelve a sentarse.

—¡¿Así que está dejando a su esposa por ti y tu bebé?! ¡Ay! ¡Dios mío! ¡Joder!

Sonrío porque no puedo evitarlo. Todavía me cuesta creerlo.

—Tengo una idea —digo—. Vamos a cenar. Últimamente, cada vez que nos hemos visto, ha sido para hacer ejercicio. Hagamos algo divertido. Me apetece mucho comida mexicana, e incluso una margarita sin alcohol me suena de maravilla ahora mismo.

Electra abre la boca para contestar, pero se detiene. Su teléfono vibra. Otra vez.

—Me encantaría, pero no puedo —dice.

—Déjame adivinar. ¿Sean no aprueba que comas en presencia de otras personas? —pregunto secamente.

—En realidad, quiere verme —dice con una sonrisa que no logro descifrar—. Me va a invitar a cenar.

—¿Otro bar de esos de mala muerte?

—Un restaurante de carnes —dice—. Parece que voy a conocer a su familia.

No puedo evitar entrecerrar los ojos.

—Eso es… raro.

Electra parece dolida.

—¿Por qué es raro? Llevamos seis meses saliendo.

Eh… ¿Porque te ha estado viendo exclusivamente lejos de miradas indiscretas?

Podría continuar discutiendo con ella, pero la verdad es que no quiero. Echo demasiado de menos tener amigos como para empezar peleas con ellos. Así que me obligo a sonreír.

—Supongo que es verdad.

—¿Lo dejamos para otro día?

Nos ponemos de pie. Asiento con la cabeza y la abrazo.

—Sí. Pronto. ¡Y! —la señalo—. Quiero conocerlo.

—Pronto —dice mientras nos despedimos.

Regreso a caminar por el parque lentamente, disfrutando del aire libre. Pero por muy agradable que sea, no puedo ignorar la sensación de malestar en el estómago.

Estoy realmente preocupada por Electra. Este tipo la tiene muy controlada.

Y la verdad es que no estoy de acuerdo con eso.

40

AMARA

Aunque no contaba con ello, el "dejarlo para otro día" de Electra llegó dos días después.

ELECTRA: ¿Te apetece comida tailandesa mañana? Invito yo.

Apenas puedo contener la sonrisa.

AMARA: Solo si le sumas esa margarita virgen que me debes.

Cuando llego al día siguiente, Electra ya me está esperando afuera.

—¿Soy yo o estoy teniendo un déjà vu? —sonrío con picardía mientras me quito el bolso del brazo.

—Ay, cállate y siéntate —dice Electra, y yo me río, sentándome en la silla frente a ella en la terraza del restaurante tailandés. Sí, es el mismo en el que estuvimos en nuestra doble cita infernal—. Es un milagro que esté aquí, así que deberías estar agradecida.

Ese comentario normalmente estaría cargado de tono jocoso, pero no lo está. Me produce una profunda inquietud. El hecho de que Electra ya no parezca libre de salir cuando quiera, va mucho más allá

de una señal de alarma. Estamos hablando de alarmas ensordecedoras.

Aun así, intento mantener el buen ánimo. Como dijo ella, es un milagro que Sean se haya relajado lo suficiente como para dejarla venir a almorzar conmigo.

—Al menos esta vez, Ransome no va a aparecer para arrastrarme hasta un callejón —bromeo, pero Electra ni siquiera esboza una sonrisa. En cambio, ojea el menú como si no se lo supiera de memoria. (A las dos nos encanta la comida tailandesa y este lugar siempre ha sido uno de nuestros favoritos).

—Creo que voy a pedir una ensalada —dice.

Vale. Ahora sí que estoy preocupada.

—¿Una ensalada? —repito—. ¿En un restaurante tailandés?

Los ojos de Electra se posan brevemente en los míos.

—Sí. ¿Qué tiene de malo?

—Nunca pides una ensalada. Siempre pides el pad thai, o los fideos o…

—Bueno, hoy quiero una ensalada —me interrumpe—. Dios sabe que la necesito.

Hm. Eso tampoco me gusta.

Pero me quedo callada. Electra ya parece bastante nerviosa.

—¿Qué tal el trabajo? —pregunto.

Deja el menú sobre la mesa y exprime un limón en su vaso de agua.

—Renuncié.

—¿Renunciaste? —repito—. Pero llevas años trabajando en la consulta del Dr. Blakney. Eres la mejor higienista dental más elogiada que conozco.

—Sí, bueno, puede que esté demasiado elogiada —dice, revolviendo su agua. Otra señal extraña. Electra nunca mira la carta hasta después de pedir una bebida, sin importar la hora del día.

—¿Qué quieres decir? —pregunto, pero el camarero que llega me interrumpe.

Pedimos nuestra comida, pollo al curry para mí y una triste ensalada para ella, antes de que Electra, a regañadientes, continúe hablando.

—A Sean no le gustaba que yo trabaje allí.

Una ceja se arquea involuntariamente.

—¿En la *consulta del dentista?*

—Supongo que le parece demasiado… íntimo. Ya que la mitad de los pacientes son hombres.

—Tienes que estar bromeando —digo riendo—. Lo siento, pero no puede estar hablando en serio. Les estás limpiando los dientes, no haciéndoles una evaluación de la polla. Por Dios.

Niego con la cabeza, pero, como de costumbre, Electra se niega a mirarme. De hecho, mira a todas partes menos a mí.

—De acuerdo… intervención.

Eso le llama la atención.

—¿Qué quieres decir? —pregunta a la defensiva.

—¿Qué está pasando con este tal Sean? —pregunto.

—Nada. Simplemente es… un poco protector.

—¿Un poco? Electra, ya nunca sales. Estás todo el tiempo con el móvil. No actúas como siempre. No te vistes como antes. Estás mirando a tu alrededor como si te estuvieran vigilando. Este comportamiento no es protector, es controlador.

—¿En serio te atreves a sermonear sobre esto? —espeta y yo ya me lo esperaba. Pero no pasa nada. Tengo argumentos para defenderme.

—Ransome es posesivo porque conoce a mucha gente peligrosa y, en realidad está intentando protegerme. Pero no le tengo miedo. En cambio tú sí pareces tener miedo —mi tono se suaviza—. Si necesitas ayuda para salir de una situación complicada…

—No necesito ayuda con mi relación. Dios mío. Sean no es mala persona. Simplemente… es un poco intenso a veces. Tiene un trabajo muy estresante y su vida es difícil —dice—: No es culpa suya.

Miro a mi amiga con incredulidad.

—¿No es culpa suya que te tenga con un collar eléctrico? En serio. No creo que este tipo te convenga. Creo que…

—No quiero hablar más de eso —dice—. ¿Por favor? Hablemos de ti.

Dudo, porque estoy muy preocupada. Pero rogar tampoco es una característica propia de Electra. Así que lo dejo pasar.

Por ahora.

—¿De qué quieres hablar? —pregunto, intentando recuperar un tono más animado.

—¿Cuándo das a luz? —pregunta.

—Me queda aproximadamente un mes —respondo—. Aunque la verdad siento que voy a dar a luz en cualquier momento.

—¿Y si… te organizamos un baby shower? —pregunta mientras el camarero nos sirve la comida.

—Oh.

—¿Oh? —pregunta—. Dios mío, dime que no tuviste una ya. La tuviste, ¿verdad? Tu rico novio te organizó una fiesta extravagante y

yo no fui invitada…

—No. No he tenido una. ¿Estás bromeando? Estoy encerrada en esa casa veinticuatro horas al día, siete días a la semana, excepto las medias jornadas que trabajo en Apex.

Se anima de nuevo.

—¡Pues hagámoslo! Conozco a algunas chicas de la oficina a las que les encantaría venir, aunque yo ya no trabaje allí. Y seguro que tú también tienes amigas del trabajo, ¿verdad?

No exactamente. En Apex predominan los hombres y no es que me haya hecho muy amiga de ellos. Además, está la constante rotación de secretarias. Ni siquiera sé el nombre de la actual. ¿Paula? Madre mía. Aun así, la idea de un baby shower… la verdad es que me apetece un poco de normalidad.

—Piénsalo —continúa—. Podríamos comer pastelitos y sándwiches de pepino, jugar a juegos tontos y llenarte de regalos. ¿Siquiera tienes una lista de regalos para el bebé? ¿O pañales? Dime que ya empezaste a preparar los pañales.

Niego con la cabeza lentamente.

—Supongo que simplemente asumí que Ransome lo conseguiría todo según fuera necesario —admito.

—¿Vas a dejar que un hombre de traje y corbata que probablemente nunca ha estado cerca de un bebé en su vida elija todo por ti? Cariño, por favor. Hagamos un baby shower. Puedes hacer una lista de regalos y conseguir todo lo que necesitas. Columpios, una cuna y una mecedora. Un sacaleches, porque lo vas a necesitar. Mi hermana tiene un montón de hijos y, créeme, vas a necesitar un sacaleches. Sobre todo si todavía trabajas. Sin mencionar toda la ropa monísima.

Sonrío porque no puedo evitarlo. Pero mi sonrisa se desvanece cuando vuelvo a la realidad.

—No creo que Ransome esté de acuerdo —digo y ella me mira con reproche.

—Lo dice la chica que acaba de sermonearme sobre tener un novio controlador.

—No es eso. Es solo que… es complicado, ¿recuerdas? Él sigue casado y todo es bastante discreto.

—Bueno, tu embarazo discreto está a punto de convertirse en un bebé no muy discreto, que va a necesitar una habitación llena de cosas para bebés. Como tía por cuarta vez, créeme. Esas personitas necesitan *mucho*. Y ni siquiera tu novio gruñón puede negarte eso.

Me acaricio la barriga, pensandolo un momento. No se equivoca. A pesar de que últimamente está un poco loca, tiene razón en esto. Mi bebé, aunque la situación sea complicada, va a necesitar muchas cosas. Cosas que estoy deseando ver, comprar y preparar. Dios, la idea de organizar la habitación del bebé me emociona más que la mañana de Navidad ahora mismo. ¿A esto le llaman anidar?

—¿Y bien? —pregunta Electra con una sonrisa esperanzada.

—Hablaré con Ransome —digo y ella suelta un chillido—. ¿Pero qué hay de Sean?

—¿Qué hay de él? —pregunta como si todas nuestras conversaciones anteriores nunca hubieran ocurrido.

—Casi nunca te deja ir a yoga, ni a almorzar. No me imagino que te deje organizar una fiesta.

—Oh, eso no me preocupa. Para empezar, es una fiesta para un bebé. No es como si fuera a conocer a otros hombres en ese tipo de fiesta. Y además, le dije que estás embarazada y que has estado un poco guardada, ya que el padre está casado con otra persona y todo eso.

Casi se me cae el tenedor.

—¿Le contaste todo?

Se encoge de hombros con indiferencia.

—Sí. O sea, no le importa si el padre de tu bebé está en pleno divorcio. Solo le importa su trabajo. Mira esto —me da su teléfono. Es una lista de regalos para bebés llena de cosas monas y divertidas y me distrae de la conversación por un momento.

Un baby shower suena increíble. Con todos los lujos y las decoraciones. Cualquier cosa que me haga sentir *normal* en este momento me parece maravilloso y me encuentro inmersa en la idea.

Ahora solo tengo que convencer a Ransome…

41

RANSOME

—No, de ninguna manera —respondo.

Ni siquiera necesito mirar por encima del hombro para saber que Amara se está levantando en señal de protesta.

—¿Y por qué no? —pregunta.

Suspiro, me quito la camisa del trabajo para ponerme ropa deportiva. Ha sido un largo día. Joder, ha sido una larga semana. Y, en este momento, lo último que necesito es añadir una fiesta a la mezcla. Necesito salir a correr y levantar pesas antes de darle un puñetazo a la primera persona que vea. El camino por el paseo marítimo, cerca de la urbanización, es la medicina perfecta. Lejos del trabajo, lejos de mi futura exmujer.

—¿Tienes idea de cuánta atención atraería eso? —pregunto mientras me quito la ropa hasta quedarme solo en calzoncillos.

—¿Qué tiene de malo? —pregunta, de pie justo detrás de mí en el enorme vestidor—. Siempre organizas fiestas.

—Fiestas de trabajo. Fiestas a las que no quiero ir. Eventos obligatorios que evitaría si pudiera —respondo bruscamente. De

verdad que no tengo ganas de esto. Si quisiera que me regañaran, me iría a casa con Jenica.

—¡Estoy embarazada!

—Lo sé.

La mirada fría de Amara es suficiente para convertirme en piedra, pero no pienso ceder en esto.

—Sería demasiado arriesgado. Entre el bebé, Apex, el calvario de Jenica, el asunto de El Paso y toda la mierda de Chadovich, mi vida tiene un millón de cosas en marcha ahora mismo, y ninguna va en la misma dirección. Una fiesta con cien personas, que no conozco, un montón de alboroto, mientras todos te miran… ni hablar.

Sé que mis palabras son duras. El labio de Amara comienza a temblar, aunque su expresión sigue siendo de profunda ira.

—No es justo —dice—. Si es por trabajo o por mierda de la Bratva, está permitido.

—Porque es necesario —afirmo.

—¡Y esto también! Es nuestro bebé. Va a necesitar muchas cosas, Ransome.

—Y podemos costearnos comprarlas —le digo.

—Sé que podemos costeárnoslo. Pero lo que no puedo permitirme es estar encerrada. Fingir que esto no está pasando. No es justo para mí ni para nuestro hijo. Debería ser celebrado, no escondido.

—Y lo será. Cuando no corramos peligro. La situación actual es muy delicada. Nadie puede saber que me estoy divorciando. No cuando Tristan sigue por ahí tramando quién sabe qué. Y no cuando estoy bajo tanto estrés.

Amara me mira fijamente por un instante antes de que su expresión se suavice.

—Tienes razón. Debí haber tenido en cuenta el estrés al que estás sometido.

—Sí —respondo mientras busco una camisa. Estoy listo para terminar con esta conversación de una vez por todas.

Pero cuando me doy la vuelta, Amara está de rodillas. Me mira a través de sus pestañas, con los labios fruncidos y los senos abultados por el sujetador deportivo que lleva puesto, porque el embarazo le ha sentado de maravilla.

—¿Qué estás haciendo?

—No debería pedirte cosas cuando llevas tanto peso encima. Debería preguntarte qué puedo hacer por ti. Y puedo hacer… *mucho*… por ti.

La voz de Amara es aterciopelada mientras desliza su mano sobre mi pene, endureciéndolo casi de inmediato. Me muevo hacia atrás y apoyo las manos en la encimera de mármol en medio del armario.

No me gusta que me manipulen. Pero tampoco voy a pedirle que se levante.

Los ojos de Amara permanecen fijos en los míos mientras mete los dedos dentro de mi ropa interior y me la quita, dejándola caer al suelo. Luego se incorpora hasta ponerse de rodillas y agarra mi pene, acariciando suavemente mi piel con su mano.

Gimo al sentir su pequeña mano rodeando mi miembro mientras su boca se acerca. Lentamente, sus labios se abren y su lengua se desliza seductoramente sobre ellos. Lame mi escroto, el tronco y se detiene justo antes de tocar la punta.

—Maldita provocadora —gruño, pero ella solo sonríe. A menos que la obligue a hacer lo que quiero… cosa que no haré… estoy a su merced.

Su mano se desliza suavemente a lo largo de mi cuerpo una vez.

—Es que me siento muy sola. Y tengo necesidades, ¿sabes?

Jesucristo…

—Y sé que tú tienes necesidades —continúa mientras me suelta. Luego se quita el sujetador y lo tira a un lado. Sus senos, llenos y deliciosos, rebotan con el movimiento y mis ojos se clavan ahí. Me paralizo por completo mientras trago saliva, absorbiendo la imágen.

Luego, se cubre los senos con las manos y los levanta mientras vuelve a ponerse de rodillas.

Y antes de darme cuenta, está metiendo y sacando mi pene de entre ellos.

—Joder… —grito mientras me masajea con sus senos. Cada vez que la punta sale a la superficie, la chupa, saboreando el líquido preseminal y provocándome hasta el frenesí.

—Ojalá pudiéramos llegar a algún tipo de acuerdo —dice con un puchero mientras su trasero se mueve de arriba abajo, sus senos me acarician y su lengua me provoca.

—Te estás portando muy mal —gruño, aunque me desmoronaría por completo si dejara de hacerlo.

—Tal vez merezca un castigo —dice.

Joder…

Puedo soportar muchas cosas. Puedo pasar semanas, incluso meses, sin sexo. Tengo ese tipo de autocontrol. De hecho, me han sometido a torturas reales y no me he quebrado.

Pero la sumisión de Amara es otra historia completamente distinta. Es mi talón de Aquiles.

Aun así, no me importa ganar un poco de ventaja. Y el orgasmo sería diez veces más explosivo si ella también lo disfrutara.

Mientras Amara se desliza hacia arriba, acaricio sus pezones con los pulgares. Sabiendo cuánto le gusta, lo sensibles que son. Sonrío al ver cómo su boca se entreabre y deja escapar un pequeño gemido. Vuelve a moverse hacia abajo y luego hacia arriba y yo vuelvo a jugar con sus pezones. Cada vez que lo hace, la recompenso dándole un ligero golpecito con los pulgares.

Se desliza rápidamente, acariciándome con más fuerza y yo la consiento aún más, hasta que se frota contra mí y enloquece. Finalmente, se aparta, sus labios rodean mi pene y se lo mete casi hasta la garganta. Continúo provocándola mientras gime, succionando y atragantándose y absorviendo más hasta que yo también gimo.

—Ah, joder —me agarro a la isla otra vez porque si no, voy a caerme encima de ella—. *Trakhni menya, detka…*

Siento cómo el calor me recorre y me corro en su garganta. Amara traga, tomándome por completo con facilidad antes de volver a arrodillarse. Me sonríe y se limpia el labio con el dedo, lamiéndolo. Luego desliza su dedo por mi pecho desnudo y sudoroso.

—En cuanto al baby shower… —ronronea.

Aprieto la mandíbula, aún intentando recuperar el equilibrio.

—Ya encontraré una solución.

Sonríe y sale del armario contoneándose.

Quiero correr tras ella. Follarla hasta dejarla sin aliento. Pero no puedo. Primero, mi polla, quizás por primera vez, todavía no está lista para una segunda ronda. Segundo, mi teléfono vibra y se está por caer de la isla.

Lo busco a tientas y veo el nombre de Baron parpadeando en la pantalla.

—Sí… —respondo, haciendo todo lo posible por no parecer desaliñado.

—Tenemos problemas, jefe.

Eso es suficiente para que vuelva a la realidad.

—*Chert voz'mi,* ¿ahora qué? —grito, dejando la camiseta de entrenamiento en el perchero y buscando una camisa negra de botones.

—Tenemos noticias de Tristan.

—¿Lo encontraron?

—Lo encontramos. Pero eso no es todo. ¿Todos esos presos que escaparon de la prisión de máxima seguridad? Están trabajando para él. Ellos y una docena más de tipos que ha sacado de la calle. Tenías razón: está formando un ejército.

Un millón de cosas pasan por mi mente.

¿Sabe lo del divorcio?

¿Le importa la tregua?

Sin embargo, todas las preguntas conducen a la misma respuesta. Estamos hablando de Tristan Chadovich. A él no le importa nada. Ni las treguas. Ni la tradición. Ni siquiera la familia. Quiere venganza y poder. Y no va a detenerse ante nada.

Me visto y me dirijo hacia la puerta para reunirme con Mav, Baron y el resto de los hombres.

Amara tiene la ducha abierta, pero sale envuelta en una toalla.

—¿Qué está pasando? —pregunta.

—No te preocupes por eso.

—Espera, ¿a dónde vas?

Le respondo girándome para mirarla. Luego la beso con fuerza y profundidad, hasta el punto de que pierde el equilibrio cuando me separo.

—No salgas de casa y no le abras la puerta a nadie —le digo antes de marcharme.

42

RANSOME

—¡Oye! Estaba viendo eso —me espeta Jenica cuando agarro el control remoto y apago su programa de televisión de mala calidad.

Me obligo a ignorar el desorden que hay a su alrededor en el sofá: platos sucios, revistas y un montón de ropa.

—Tenemos que hablar.

Mi tono es suficiente para hacerla callar. Aunque no le hace ninguna gracia.

—¿Sobre qué? Dios —resopla—. Siempre eres tan dramático.

—¿A quién le has contado lo del divorcio? —le pregunto. Porque cuando presenté la demanda, no le hizo ninguna gracia. Pero, al mismo tiempo, teníamos un acuerdo.

Ella no deseaba esto más que yo. Y si lo hacíamos discretamente, tal vez podría llevar una vida normal. No normal en el sentido tradicional. Pero podría casarse con cualquier hombre rico que quisiera y, considerando cuántos hombres la miran con deseo a diario, las opciones son ilimitadas. Con su padre prácticamente

ausente y Tristan siendo el único que toma las decisiones, ya ni siquiera está realmente atada a la Bratva.

—Nadie, Dios mío. ¿Crees que quiero presumir de que Ransome Rozanov prefiera estar con su asistente personal que conmigo? Es una locura —murmura mientras toma un sorbo de algo verde.

Esquivo la respuesta, ignorando el impulso de decir algo desagradable a cambio.

—Bueno, alguien más lo sabe, porque Tristan se está moviendo —le digo.

Jenica se detiene, con expresión preocupada por primera vez.

—¿Moviéndose cómo?

Estudio a la mujer con la que estoy casado. La mujer con la que no tuve opción de casarme. La persona cuya relación conmigo es una bandera blanca izada entre nuestras dos familias.

No sé si puedo confiar en ella. Pero tampoco tengo muchas opciones ahora mismo.

—Maverick y Baron se enteraron de que está formando un ejército. Está listo para luchar y no va a seguir las reglas de nadie —respondo.

—Claro que no —dice mientras se levanta del sofá—. Es Tristan. Nunca ha seguido las reglas de nadie. Y nunca ha deseado nada más que ver a tu familia hundirse. Por eso estaba tan empeñado en hacerles daño a ti y a tu hermano hace años. Estoy bastante segura de que no pensaba que serías *pakhan.* Eso, sin duda, le hizo perder los estribos.

—Hay que detenerlo —le digo.

—Buena suerte con eso —dice—. Habría que matarlo para detenerlo. Pero te aseguro que no será fácil. Cada vez que intentes encontrarlo, detenerlo o hacerle daño, enviará a uno de esos canallas a los que

ha golpeado o sobornado para que trabajen para él a ir por ti. Pero no a ti en concreto. A alguien que quieres. Así es como opera. No solo quiere que te vayas, Ransome. Quiere que te rindas.

Aprieto los dientes con tanta fuerza que casi me los rompo. Porque sé que tiene razón. Por increíble que parezca. No suele decir cosas muy inteligentes, pero en el fondo sabe de lo que habla. Sabe cómo funciona la Bratva. Por supuesto que sí. Creció en medio de todo este caos.

—¿Y cuál es tu plan? —pregunta tras una pausa—. Porque si tuviera que adivinar, diría que pronto intentará apoderarse también de El Paso.

—Oh, ya lo intentó —digo. Ahora es más que obvio que él es el culpable de que los camiones estén parados—. Nos estamos divorciando. Independientemente de cómo eso se resuelva, él ya ha perdido la cabeza. De alguna manera ya lo sabe. A estas alturas, lo único que tiene sentido es que… —dejo la frase inconclusa, porque jamás pensé que diría estas palabras a un Chadovich.

—Trabajemos juntos —Jenica termina la frase por mí.

—Sí. Como sea que eso se vea. Porque al fin y al cabo, ya no se trata de mi familia contra la tuya.

No importa cuánta animosidad y resentimiento albergue en lo más profundo de mi ser.

—Son todos los que estén dispuestos a unir fuerzas contra Tristan —dice con seriedad.

Asiento con la cabeza.

Se produce un breve silencio en el que ambos asimilamos la situación. Siendo sincero, resulta casi gracioso. Esta es la primera conversación seria y civilizada que tengo con Jenica desde que nos casamos. De hecho, es la primera conversación seria y civilizada que hemos tenido jamás.

—Creo que necesitamos beber algo —le digo, dirigiéndome a la cocina.

—El alcohol no va a adormecer el hecho de que tú y yo acabamos de hacernos amigos —dice con una leve risa.

Suelto una risita baja y sin sonrisa.

—Nunca dije que fuéramos amigos —le digo, y ella vuelve a reír—. Y ni todo el alcohol del mundo podría calmar mi ansiedad ante esta situación.

Le preparo un Manhattan mientras me sirvo dos dedos de whisky.

—Ah, entonces si es una bebida de amigos —dice mientras le entrego su vaso.

La miro fijo por un instante. No tengo motivos para confiar en ella. Pero ella tampoco tiene motivos para confiar en mí. Y, para ser sincero, no creo que esté trabajando con Tristan. Siendo realistas, Tristan es en parte responsable de que su vida sea un infierno. No, Jenica quiere que desaparezca tanto como yo.

—Llamémoslo… una tregua —le digo y ella sonríe, chocando su copa contra la mía.

43

AMARA

—Creo que necesitamos más serpentina —dice Electra.

Me cruzo de brazos, mirando al techo del que cuelgan no menos de doscientas serpentinas azules.

—Creo que ya no caben más.

—También creo que el chico de la piscina nos matará si vovemos a pedirle que se suba a la escalera —se ríe mientras vemos a Fabio… ¿o era Rubio? …estirar los hombros en la terraza después de pasarse las últimas cuatro horas pegando tiras de papel azul al techo abovedado de la sala de estar.

Los ojos de Electra recorren el resto de la habitación.

—¿Cómo es vivir en un lugar como este? —pregunta—. Es una mansión. Bueno, en realidad no. Es un castillo.

—¿Quieres saber la verdad? —suspiro—. Es solitario. Es un poco gracioso. El lujo no se disfruta tanto cuando siempre estás solo.

—No estás completamente sola —me acaricia la barriga y hace que el bebé se mueva.

—Lo sé —sonrío, mirando los pequeños bultos que aparecen y desaparecen—. Pero aun así…

—No, lo entiendo. No puede darte mucha compañía mientras *ella* siga en la escena.

Miro a mi alrededor. Hay muchísimas serpentinas azules y las mesas están cubiertas con manteles blancos y plateados. Hay bandejas preparadas para la comida que se servirá mañana. Hay souvenirs con temática infantil y juegos. Copas de champán para sidra de pera sin alcohol, porque no quiero que nadie beba en una fiesta que es para mí si yo no puedo.

Habrá pastel, regalos, flores y todo lo demás. Y todo para mí. Para mi bebé. Para un embarazo que hasta ahora ha sido un secreto a voces. Algo que me he visto obligada a ocultar, como si debiera avergonzarme.

—¿Qué ocurre?

No es hasta que Electra me pregunta que me doy cuenta de que estoy llorando.

No lloro desconsoladamente ni nada por el estilo. Incluso con las hormonas del embarazo, suelo controlarme bastante bien y no me pongo demasiado histérica.

Pero las lágrimas me corren por las mejillas. Y hasta ahora no me había dado cuenta de lo absurdo que es todo esto.

—¿Quieres saber lo que siento al vivir en una finca? ¿Tener todo al alcance de la mano? ¿Que me compren la comida y la ropa? —digo señalando el lugar—. Es raro.

—¿Raro en qué sentido?

Electra y yo nos sentamos en el sofá. Respiro hondo antes de continuar.

—Sabes, solía sentarme en casa con mis hermanos, viendo a mi papá beber mientras miraba el reloj de la pared.

—Mi papá solía hacer lo mismo —me dice—. Esperando a que comenzara el partido de los Bills.

—Mi papá estaba esperando a que mi mamá volviera. Pero nunca lo hizo —trago saliva con dificultad—. Un día le tiró la botella al reloj. Lo tiró de la pared y derramó media botella de cerveza light sobre la guirnalda barata de navidad colgada en la repisa de la chimenea. Y lo único que podía pensar era: *tengo que sacar a estos niños de aquí*.

—Y lo hiciste —dice ella.

—Sí. A un lugar perdido en medio de la nada, al otro lado del país. Mientras tanto, yo estoy aquí viviendo en el barrio más caro de Nueva York, gastando más dinero en sándwiches triangulares que lo que solíamos gastar en la compra semanal para los cuatro. —se me quiebra la voz. Otra oleada de lágrimas cae—. Todo por una fiesta de bienvenida para un bebé al que tengo que esconder.

—No por mucho tiempo —dice Electra—. Pronto ya no podrás esconderlo y las cosas serán como son. Tú y tu jefe gruñón y sexy estarán tan absortos en su nuevo bebé que nada más importará —mira a su alrededor—. Hablando de eso, ¿dónde está? ¿No viene esta noche ahora que él y su amada se van separar?

Sonrío con una mezcla de alegría y tristeza.

—Está trabajando, probablemente toda la noche.

—Dios mío. La industria del petróleo y el gas literalmente nunca para, ¿verdad?

Niego con la cabeza.

La Bratva tampoco. Que es donde en realidad está trabajando.

—Lo entiendo —continúa—. Sean también está trabajando. Cuando le pregunté si iba a venir a la fiesta se enojó muchísimo. O sea, sé que es una fiesta para un bebé y todo eso, pero pensé que tal vez le gustaría verme. Últimamente ha estado desaparecido todo el tiempo. Y cuando me llama, suele estar furioso por algo.

Me giro y la miro.

—¿Como qué? Casi nunca sales con nadie. ¿Por qué podría estar enojado?

Me empieza a preocupar mucho no haber conocido nunca a este chico. Y me preocupa aún más que, cuando habla de él, su rostro parezca perder toda la vitalidad.

—Vino a mi apartamento la otra noche y yo no estaba. Cuando volví, me estaba esperando y… —se interrumpe—. Bueno. Estaba furioso. Se puso a despotricar sobre cómo debería estar siempre ahí cuando me necesita. No en un bar emborrachándome y coqueteando con los camareros.

—¿Eso era lo que estabas haciendo? —pregunto, aunque sé la respuesta.

Electra resopla un poco.

—Claro que no. Ya no salgo. Estaba en la farmacia comprando pastillas para el periodo. Pero a él no le importó.

Me giro hacia mi amiga.

—Electra, de verdad creo que este chico no te conviene.

—No siempre es malo —dice con una sonrisa. Es un cambio radical comparado con cómo hablaba de él hace un momento; casi puedo ver la alarma sonando sobre nuestras cabezas—. Su trabajo a veces lo vuelve un poco loco.

—¿Loco como para hacerte daño?

Ella no dice que sí. Pero tampoco dice que no. Por un momento, no dice absolutamente nada.

—Electra… —susurro—. Ransome es un hombre poderoso. Si necesitas ayuda para que Sean te deje en paz…

—Le tengo miedo —admite de forma errática—. Le conté lo de la fiesta y no le gustó la idea de que estuviera aquí ayudándote, se enfadó y tengo la sensación de que cuando vuelva a casa esta noche va a aparecer e intentar decirme que no puedo venir mañana y…

—Entonces no te vayas —le digo, abrazándola—. Probablemente Ransome no esté aquí esta noche. No tienes que irte a casa. Quédate aquí. Es una urbanización privado. Él no puede entrar. Y aunque pudiera, este lugar tiene más seguridad que la Casa Blanca —bromeo. Pero en realidad no bromeo—. Quédate a pasar la noche. Será divertido. Como una pijamada.

Electra asiente y se seca los ojos, haciendo lo posible por sonreír.

—De acuerdo.

—Podemos pedir comida. Lo que quieras. Y ver Crepúsculo.

—Dios, había olvidado cuántas veces hemos visto Crepúsculo… —se ríe y, aunque puedo notar que todavía está nerviosa, se está relajando.

—Me encanta la escena del béisbol —digo y eso nos hace reír a las dos.

Pedimos comida mexicana de un restaurante cercano. Mientras tanto, saco el helado napolitano del congelador. Por suerte, a ella le gusta el de vainilla.

Y mientras estamos sentadas en el sofá discutiendo sobre si somos del bando de Edward o del de Jacob, no puedo evitar sentirme muy inquieta. Todo este asunto de Sean se ha descontrolado. Más que descontrolado. No me importa quién sea ni quién crea que es.

En cuanto le cuente a Ransome sobre él, se irá para siempre.

44

RANSOME

—¿De verdad es necesario? —pregunta Amara mientras se abre paso entre dos guardias de seguridad para venir a gritarme.

Desde que empezó el baby shower, he estado apostado frente al vestíbulo, entre la sala de estar, que ha sido profanada con una cantidad repugnante de decoración infantil, y la puerta principal, que está cerrada con cerrojo y vigilada por otro guardia. Hay cinco en total y eso es solo en la propiedad inmediata.

Amara piensa que es exagerado. Ni siquiera sabe de los chicos que tengo en reserva.

—Solo intento protegerte —le digo mientras doy un sorbo a mi whisky.

—Apenas hay espacio para moverse —sisea con una sonrisa para ocultar nuestra discusión a los invitados. Me encantaría llevarme toda esa chispa al dormitorio y darle una lección, pero como es la protagonista de la fiesta, seguro que la gente se dará cuenta si desaparece.

—Si sientes claustrofobia, se le puede pedir a cualquiera de estas personas que se vaya. A cualquiera menos al personal de seguridad

—le digo.

Amara me mira con furia, pero yo solo le dedico una leve sonrisa. Ella niega con la cabeza y regresa con sus amigas, volviendo a sonreír.

—No está equivocada —dice Maverick—. Hay mucha gente.

—Me sorprende un poco que la hayas dejado invitar a tanta gente —dice Baron mientras da un sorbo a su cerveza.

Luego, Amara nos mira de reojo. Su sonrisa se transforma de nuevo en una mirada fulminante.

—Dios —dice Maverick mientras ella regresa.

—Vaya —añade Baron—. No sé qué has hecho, jefe. Pero la señora parece un poco disgustada.

Pero no me asusta este cambio de humor. De hecho, sus rabietas siempre me han resultado excitantes.

—¿Problemas en el paraíso prenatal? —pregunto.

—Dámelas —espeta y todos la miramos.

—Espera —pregunta Maverick—. ¿Está hablando de nuestra cerveza? Porque no voy a permitir que me digan…

—Dije que no habría alcohol en la fiesta —espeta—. Si yo no puedo beber, nadie más puede.

Los chicos me miran y me encojo de hombros.

—Ya la oyeron.

Antes de que puedan protestar, Amara les arrebata las botellas de cerveza de las manos. Eso los enfurece y me arranca una sonrisa.

Hasta que también se para delante de mí.

—¿Qué? —pregunto.

Sus ojos se mueven rápidamente de los míos al vaso que tengo en la mano.

—Estás jodidamente bromeando —le digo.

—Si está bromeando, jefe, no me gustaría verla enfadada… —murmura Maverick.

—¿De quién es esta casa? —pregunto.

—¿De quién es esta fiesta? —pregunta—. Porque si la arruinas, voy a querer repetirla.

La miro con los ojos entrecerrados. Ella hace lo mismo. Luego, con nuestras miradas fijas, me bebo el resto del whisky de un trago y le entrego el vaso vacío.

Amara no está nada contenta y se marcha dando pisotones. Mientras tanto, Maverick y Baron se aguantan la risa.

—¿Quiénes son todas estas personas de todas maneras? —pregunta Baron.

—La morena que permanece a menos de dos pies de ella en todo momento es Electra.

—¿La del jersey de cuello alto? —pregunta Mav—. Creía que era la chica más popular del pueblo.

—Sí, bueno, con quien sea que esté saliendo no le gusta compartir. Por lo que parece, la tiene atada con un candado a un poste.

Amara ha expresado su preocupación por ese tal Sean con el que Electra está saliendo y me ha pedido que investigue. Si no estuviera intentando desenmascarar al ejército de Tristan, me pondría manos a la obra de inmediato.

—Las otras dos chicas son de su clase de yoga —digo. Aparte de ellas, hay algunas personas de la oficina, mi madre y Jenica.

Sí. Jenica.

Al principio no le entusiasmaba mucho, pero coincidimos en que las apariciones públicas eran importantes durante un tiempo más, para que las cosas no se complicaran de golpe. Ahora, mientras todas las chicas juegan a un juego tonto con invisibles y bolitas de algodón, parece que se lo está pasando bien.

—¿Se sabe algo de Tristan últimamente? —pregunto.

—No —dice Maverick, y aprieto la mandíbula.

—Es decir, no ha estado causando ningún problema o…

—Es decir, nadie sabe dónde diablos está.

Mierda.

—Dondequiera que haya estado escondido durante los últimos seis meses, está excavando de nuevo —dice Baron.

—¿Y las ratas de alcantarilla a las que estaba movilizando?

—También desaparecidas en combate —responde Baron.

—¿Desde hace cuánto tiempo? —pregunto bruscamente, intentando bajar la voz lo mejor que puedo.

—Alrededor de una semana —dice Maverick.

—Eso no puede ser bueno —murmura Baron.

Niego con la cabeza.

—No, no puede.

Lo único peor que tener a Tristan arruinandome la vida es no saber dónde está, pero sabiendo que sigue planeando joderme.

—¿Crees que ha huido? —pregunto.

—No lo creo —dice Maverick—. Creo que está cerca. Observando. Esperando. Creo que está a punto de atacar. Y va a empezar por donde más nos duela.

Observo a Amara sonriendo y riendo sentada en el sofá, rodeada de todas sus amigas, incluyendo a mi madre e incluso a Jenica, mientras abre los regalos de todos.

Está feliz. Amada. Y esperando un hijo mío.

La sola idea de que alguien quiera hacerle daño me enciende la sangre.

45

AMARA

Los bíceps de Ransome se tensan al estirarse por encima de la cabeza y su torso se alarga, definiendo cada músculo de sus dieciocho abdominales. Bueno, en realidad no son dieciocho. Pero sin duda hay un ocho bien marcado, seguido de una V pronunciada que se estrecha hacia sus pantalones. No sabría decir por qué decidió quitarse la camisa antes de subir la escalera.

Tampoco me quejo.

—Juro por Dios que si vuelves a pegar papel de seda de colores en mi techo, te juro que…

—¿Qué vas a hacer? —pregunto con una sonrisa. A pesar de que contrató personal de limpieza para que se encargaran de todo después de la fiesta, Ransome se ha pasado las últimas dos horas quitando las últimas serpentinas de las vigas del techo. Casi me hace sentir mal. Pero mentiría si dijera que no estoy disfrutando del espectáculo de músculos. Honestamente, la vista desde el sofá donde estoy recostada con mis pantalones de franela (y una sudadera con capucha que me regaló una de las chicas de yoga que dice MAMÁ DE NIÑO) es bastante buena.

Ransome baja de la escalera, mostrando el resto de sus músculos mientras se acerca a mí con paso despreocupado. Apoya las manos en el brazo y el respaldo del sofá, inclinándose sobre mí.

—Te voy a recordar quién manda.

Mis labios se curvan en una sonrisa.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué harías?

Ransome se detiene lo suficiente como para esbozar una sonrisa antes de que sus labios se estrellen contra los míos. Su lengua explora mi boca, provocándome, haciéndome sonreír y gemir durante el beso. Mis manos recorren sus hombros, bajan por su pecho y sus abdominales, y suelto una risita.

—¿Qué es tan gracioso? —pregunta.

—Por lo visto, maldecir en el techo fue todo un ejercicio. Estás empapado en sudor.

—Tienes razón —dice, apartándome del sofa—. Necesitamos una ducha.

—Espera —me río—. Yo me duché esta mañana. Estoy cómoda.

—¿Sí? —pregunta, bajando la mano y ahuecando la palma sobre mí. Luego me provoca con el pulgar hasta que mis bragas, e incluso mis pantalones de franela, se mojan—. Parece que necesitas cambiarte. Y si vas a desnudarte, bien podrías unirte a mí.

—Eres terrible —exclamo sin aliento.

—No tienes ni idea.

Una vez en el baño, Ransome abre el grifo y se desviste del todo, luego procede a desvestirme a mí. En el instante en que estoy completamente desnuda frente a él, jadea.

—Dios mío, eres preciosa.

—Estoy enorme —mi reflejo en el espejo de cuerpo entero, pronto empañado por el vaho, parece estar de acuerdo conmigo.

—Estás embarazada —me corrige—. De mi hijo me arrastra a la ducha—. Del futuro *pakhan* Rozanov.

—Del único *pakhan* —digo mientras el agua nos cubre a ambos. Los ojos de Ransome se iluminan al oír mis palabras, y sus manos recorren mis mejillas hasta mi cuello, bajando hasta la hinchazón de mi vientre.

—Sí. Todo el legado de mi familia está aquí mismo —levanta las cejas con sorpresa—. ¿Qué fue eso? ¿Qué acaba de pasar? —me mira fijamente el vientre como si estuviera a punto de reventar al xenomorfo de *Alien*—. ¿Pasa algo?

Dios mío. Por primera vez en su vida, Ransome Rozanov está entrando en pánico.

Apenas puedo contenerme para no estallar en carcajadas.

—No pasa nada malo —pongo mis manos sobre las suyas—. El bebé se está moviendo.

—Es tan fuerte —dice Ransome, arrodillándose.

—Sí, lo es —sonrío—. Igual que su papi.

Los ojos de Ransome se clavan en los míos. El agua caliente cae como lluvia sobre mi espalda y el aire está cargado de vapor y del calor de nuestra propia respiración.

—Repítelo —gruñe, con la voz cargada de deseo.

—Igual que su papi.

—Solo la última parte.

—¿Su papi…?

—La última palabra —exige.

—…*Papi.*

—Ahora dime qué quieres.

—Quiero que me hagas llegar al orgasmo —jadeo.

Su boca cubre mi monte.

Él succiona y lame. Gimo ante la sensación, con las manos apoyadas en el azulejo y el cristal. Ransome levanta una de mis piernas, coloca mi rodilla sobre su hombro y acerca mis caderas a su boca.

—Ransome —gimo mientras mis muslos arden.

—No.

—Quiero decir, Papi.

—Buena chica —gruñe.

—Ay, no pares…

—No hasta que te deshagas por completo.

Su lengua encuentra mi clítoris y se frota contra él.

—¡Sí! —grito—. Joder, sí…

—Sabes tan jodidamente bien —gime contra mí—. Tan dulce. Tan mojada. Tan *mía*…

—No sé cuánto tiempo más podré aguantar —le digo mientras mis rodillas empiezan a temblar.

Y por mucho que le guste torturarme, también le encanta oírme gritar. Encuentra el punto exacto que sabe que lo provocará y lame con violencia hasta que hago precisamente eso: gritar.

Me corro con fuerza, goteando por su cara sin poder controlarme. Pero, como estoy empezando a descubrir, le gusto así. Significa que él tiene el control.

Después de la ducha, me mima con un masaje con loción antes de vestirme con otro par de pantalones cómodos de pijama y una de sus camisetas.

—Tengo un montón de camisetas aquí —le digo mientras me la pone. No es que me queje. Huele a él, a almizcle pero a limpio y la verdad es que me encanta—. No necesito robarte una.

—Me gusta cómo te queda —dice mientras me la pasa por encima de la cabeza. Está de pie frente a mí, mirándome con sus salvajes ojos azules—. Te amo.

—Te amo —repito.

—Y nunca voy a dejar que nada malo te pase —dice antes de tomar mi rostro entre sus manos y besarme suavemente.

Al acostarnos, me atrae hacia él. La única posición cómoda para ambos en este momento es la de la cucharita, pero me funciona porque, mientras él se queda dormido, puedo fingir que yo también duermo.

En verdad, estoy completamente despierta. No es que el día haya sido malo. Fue perfecto. Todo, desde la primera ducha hasta la última y todo lo que pasó en ella.

Pero sigo pensando en Electra. Aunque dijo que no tenía problema en volver a casa, se notaba que estaba nerviosa. Sea quien sea ese tal Sean, la tiene asustada. Y eso me preocupa.

Por alguna razón, algo no cuadra. A pesar de que Ransome se ha vuelto más amable conmigo, me ha dicho varias veces que me ama y luego ha solicitado el divorcio sabiendo que podría desatar una guerra civil solo para demostrarlo, algo no está bien.

Lo presiento en el estómago. Algo se avecina. Algo que ninguno de nosotros podrá detener.

Cubro la mano de Ransome con la mía. Porque es todo lo que puedo hacer: sujetarlo con fuerza.

46

RANSOME

Amara tarda más de una hora en dormirse. Lo que ella no sabe es que yo también estaba completamente despierto.

Pero me quedo a su lado hasta que su respiración se vuelve rítmica. Hasta que la tensión en sus hombros cede ante el sueño y se relaja mientras se duerme. Sea lo que sea que la preocupe, sea lo que sea que la inquiete, quiero que sepa que estoy aquí. Detrás de ella, tanto literal como figuradamente. Quiero que sepa que me encargaré de todo.

En cuanto se duerme, eso es exactamente lo que hago. Me levanto y me visto. Con Iván vigilando fuera de la casa, me dirijo a donde Elsie. Es un club de striptease que se cree de lujo solo porque lo frecuentan hombres mayores con mucho dinero. Personalmente, no me interesa el sitio, pero sé que allí encontraré a Maverick a la una de la mañana. Le mando un mensaje a Baron para asegurarme de que estará allí cuando llegue.

Maverick, por supuesto, se sorprende cuando entro.

—Qué sorpresa verte aquí —me sonríe desde una mesa cerca del frente, donde una chica pelirroja con tetas más grandes que mi cabeza está abriendo completamente las piernas frente a él.

—Al bar, ahora —le digo. Como no me sigue rápidamente, lo agarro por el cuello justo cuando mete un fajo de billetes de un dólar entre las nalgas de la chica.

—¿Y a ti qué coño te pasa? —pregunta con el ceño fruncido, apartando mi mano de un manotazo.

Al mismo tiempo, Baron dobla la esquina y nos recibe al fondo del bar. En el VIP. Aparte de un contador que está a punto de echarse un polvo a plena luz del día, estamos solos.

—¿Alguna noticia? —le pregunto a Baron.

—Por lo que parece, ha habido cierta actividad.

—Ah, así que por fin salió de la alcantarilla en la que se esconde. —Maverick se burla mirando su vaso.

Pero yo no estoy sonriendo.

—¿Qué tipo de actividad?

Estoy tan enfadado que podría explotar. Me cuesta incluso mantener la compostura. Pero así no se logran las cosas y tengo que recordarlo. Desde que apareció Amara, es fácil olvidarlo.

—Se están demorando en las rutas —responde.

—¿Dónde? —pregunto.

—Filadelfia.

Mis ojos se abren de par en par.

—¿Filadelfia? ¿Qué demonios hacen los camiones en Filadelfia? —espeto.

Maverick mira a Baron como si fuera un muerto vivo. No suelo matar al mensajero, pero ahora mismo podría partir a mi primo a la mitad.

—Un puesto de control —dice.

—Tenemos hombres en Filadelfia. Deberían pasar por ese puesto de control a setenta millas por hora —afirma Maverick, una obviedad.

—¿Qué pasó en el puesto de control? —pregunto.

—Los dos camiones fueron desmantelados.

Casi me muerdo la lengua mientras espero a que continúe.

—¿Policías? —pregunta Maverick.

Baron niega con la cabeza lentamente.

—No. Pero hablando de eso… —señala hacia la puerta mientras Damon, mi amigo del departamento de policías de Nueva York, ingresa.

—De todos los sitios posibles para encontrarnos —dice mientras se sienta junto a nosotros—, tuve que avisar a mis chicos de que había un caso de violencia doméstica con una de las bailarinas —sonríe mientras la camarera le toma el pedido. Luego se vuelve hacia mí.

Voy directo al grano.

—¿Qué está pasando?

—Supongo que ya se enteraron de que recibimos noticias turbias esta noche —dice—. Mis hombres hicieron doce arrestos hoy. Todos por posesión y venta de drogas. Todos a personas que preguntaban por sus hombres.

—Déjame adivinar. ¿Todos Chadovich?

Él asiente.

—Joder.

—Así que él tiene nuestra mercancía —dice Maverick.

—Sí —suspira Damon. La camarera le entrega su bebida. Después de que ella se aleja, continúa hablando—. Y eso no es todo. Tiene otros cuatro camiones que se dirigen al sur. Si tuviera que adivinar,

diría que va a cortar el resto de los envíos en Las Cruces. Y eso si no los lanza él mismo por encima de la valla hacia Juárez.

Ya he oído suficiente.

Me termino la bebida de un trago y Maverick, Baron y yo salimos. Una vez junto a mi coche, empiezo a caminar de un lado a otro. Necesitaba aire. Más que eso, necesitaba poder pensar sin que chicas con olor a algodón de azúcar me restregaran los pechos en la cara.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunta Maverick—. No podemos dejar que se apodere de nosotros. Está vendiendo nuestra droga. Nos está robando nuestros camiones.

—¿Crees que Ransome no lo sabe? —le espeta Baron.

—Bueno, tenemos que decidir qué vamos a hacer al respecto —responde Maverick con brusquedad.

Ambos me miran.

—¿Primo? —pregunta Baron.

—¿Cuál es el plan? —pregunta Maverick.

Saco el teléfono del bolsillo.

—Voy a hacer una llamada.

Tras tres timbres, Jenica contesta, con voz irritada y soñolienta.

—Déjame adivinar. Olvidaste la clave de tu propia casa —bromea adormilada.

—Tristan está en movimiento —le digo.

—Siempre está en movimiento —dice ella—. El problema es que sus movimientos son erráticos y, por lo general, estúpidos.

—Tiene nuestros camiones.

—¿Te refieres a… los que tienen toda la cocaína dentro?

Respiro hondo y exhalo lentamente. La cantidad de personas a las que he querido matar hoy es alarmante.

—Escucha, te dije que no se detendría ante nada —dice ella.

—¿Y eso no te incluye a ti?

—Bueno, supongo que podemos decir que la tregua se fue al carajo —dice, un poco más despierta y con un tono ligeramente más serio —. ¿Qué quieres que haga? Porque si crees que puedo hacer entrar en razón a mi primo menos favorito, te vas a llevar una gran decepción.

—No quiero que hables con él. Pero sí quiero saber con quién anda metido. No los exconvictos a los que sobornó para que salieran de la cárcel. Los hombres con los que siempre trabaja. Los que le son lo suficientemente leales como para tener información sobre sus próximos movimientos. Pero no tantocomo para que perder un par de uñas no los convenza de decirme lo que quiero saber.

—Ah, sí, los interrogatorios. La parte divertida de la Bratva. ¿Ves por qué veo reality shows, Ransome? Porque mi realidad es una pesadilla.

—¿Tienes nombres para mí o no? —pregunto bruscamente.

—Igor Volkov. Es tan leal a Tristan como un cachorro de labrador y tan tierno como él. Probablemente podrías golpearlo con un periódico y conseguir lo que quieres.

—Para su desgracia, yo no trabajo con periódicos. Trabajo con alicates.

—Genial. Haz lo que quieras. Yo voy a volver a dormir.

La llamada finaliza.

—Espera — a Maverick se le cae la mandíbula—. ¿Es eso una maldita sonrisa?

—¿Qué pasó? —pregunta Baron.

Mi sonrisa se ensancha.

—Regresamos a los negocios, eso es todo.

47

AMARA

No sé qué es lo que realmente me despierta.

Después de lo que parecieron horas intentando conciliar el sueño, aunque probablemente solo hayansido minutos, finalmente me quedé dormida. Pero no fue un descanso tranquilo. Estuvo plagado de sueños fugaces. Sueños de Tristan y Gianni en el almacén, visiones que aunque intento olvidar constantemente nunca lo logro. Sueños de Electra y yo divirtiéndonos, bebiendo, bailando, los buenos viejos tiempos. Y luego, Electra asustada. La habitación a oscuras. Ella llorando.

Y así me despierto, sudando, con la boca seca y la almohada mojada. Me doy la vuelta y me doy cuenta de que estoy sola. Ransome se ha ido. El frío vacío en la cama bastó para despertarme de golpe, casi inconscientemente.

Pero mi teléfono también está vibrando con una llamada.

Es Electra.

Me incorporo rápidamente y atiendo.

—Amara. —Electra está frenética. O sea, en pánico total, llorando desconsoladamente.

—Hola. ¿Qué pasó? —pregunto mientras me levanto de la cama.

—Necesito ayuda —llora—. Es Sean. Está loco.

Y ahí están. Las palabras que no quería decir, pero que sabía que eran ciertas.

—Vale —le digo mientras me pongo una sudadera con capucha y unas botas—. Todo va a salir bien. Solo dime dónde estás e iré a buscarte.

—Estoy afuera —responde llorando. Literalmente, jadea en busca de aire, ahogándose con la bilis en su garganta.

—¿Afuera dónde? —pregunto mientras bajo corriendo las escaleras.

Pero al desactivar el sistema de seguridad y abrir la puerta, encuentro mi respuesta. Electra está frente a mí. En pijama, sin zapatos ni calcetines. Tiene el pelo revuelto, la cara aún peor y prácticamente se lanza a mis brazos.

—Lo siento —solloza—. Siento mucho no haberte escuchado.

—No pasa nada —le digo, pero no solo me preocupa ella. Me preocupa cómo entró. Este barrio es el hogar de algunos de los hombres más peligrosos del noreste. Lo que también significa que la seguridad es máxima—. ¿La puerta está abierta?

Sacude la cabeza frenéticamente, aferrándose a mí como un animal herido.

—No. La puerta sigue cerrada.

—¿Entonces cómo entraste?

—La escalé.

Me quedo boquiabierta.

—¿Saltaste la *reja?* —efectivamente, tiene rasguños y moretones en las piernas y los brazos.

Ella asiente.

—Simplemente necesitaba alejarme de él y no sabía a dónde más ir.

—Vale, ven aquí. Ya estás bien. —la acompaño hasta el sofá y la arropo con una manta—. Siéntate aquí. No pasa nada. Voy a prepararte un té —le digo y me dirijo a la cocina.

—Estoy tan avergonzada —dice con voz entrecortada.

—No te preocupes. —preparo dos tazas de té de manzanilla y me propongo darle las gracias a quien me haya regalado el set de té en el baby shower. Alguien de la clase de yoga, creo.

—Pero lo estoy —continúa—. Nunca hago esto. Nunca dejo que los hombres con los que salgo controlen mi vida. Y definitivamente no me meto en situaciones como esta. Normalmente soy yo quien advierte a los demás sobre hombres tóxicos y señales de alerta. Y aquí estaba yo, rodeada de ellas.

—Es más difícil ver las señales cuando las tienes justo delante de tus narices —le digo.

—Lo sé, pero yo no soy así, ¿sabes? —se seca los ojos con cuidado con la manta—. Normalmente soy la que se porta mal en la relación. Si es que hay una relación. No dejo que me manipulen. Esta vez siento que me han atropellado.

Me siento fatal. Dejo caer las bolsitas de té en las tazas, esperando a que la cafetera caliente el agua. Yo tampoco quería que llegara a esto. Pero llevo semanas notando que algo no andaba bien.

—¿Qué fue lo que pasó? —le pregunto.

Electra toma aire antes de exhalar lentamente y con voz temblorosa.

—Últimamente estaba como loco. Incluso más de lo normal. Iba y venía, se negaba a decirme nada. Algunos días estaba de buen

humor, lo que básicamente significaba que no me trataba mal mientras estaba dentro mío. Por cierto, no es muy bueno en la cama.

—¿Y aun así lo mantuviste cerca?

Esboza una leve sonrisa.

—Lo sé. Supongo que solo me dejé llevar por tantos regalos —murmura mientras se arranca la cadena y el diamante de Tiffany del cuello y los arroja. Se deslizan sobre la mesa de centro y ella vuelve a encogerse.

Me acerco al mostrador con dos tazas de té.

—Es fácil que lo que creemos que podría ser amor se apodere de… ¿Electra?

Me detengo al verla. Sus piernas y brazos están, por supuesto, raspados y magullados por trepar la reja, pero eso no explica del todo el moretón en su mejilla. Ni el ojo morado que ahora puedo ver a la luz de la farola—. ¿Te golpeó?

Las palabras salen en un susurro. La sola idea me revuelve el estómago.

No me mira a los ojos. En cambio, parece enfadada.

—Estaba de muy mal humor.

—Ay, El…

Debe percibir la compasión en mi voz. Creo que eso es lo que la destroza. Sus labios se contraen, pasando del orgullo a la derrota, mientras se derrumba de nuevo.

—No lo sé… —solloza—. ¡No sé cómo dejé que llegara tan lejos!

Dejo las tazas sobre la mesa de centro antes de volver a abrazarla.

—Está bien. —intento ser fuerte, porque no puedo permitirme perder el control también. Por mucho que lo desee—. No tienes que decir nada más. Todo va a estar bien.

—Estaba hablando de que la gente se reía de él. Que era un hazmerreír y que nadie lo respetaba a pesar de estar en el poder. Y que les iba a demostrar a todos lo contrario, sea lo que sea que eso signifique. No quería que me toque cuando estaba de ese humor, así que prácticamente le dije que se largara. Y fue entonces cuando él… —se interrumpe. La abrazo con más fuerza y ella continúa—. Pude agarrar mi bolso y encerrarme en el baño, hay una ventanita ahí dentro. Por suerte, mis caderas cabían —suelta un suspiro tembloroso—. Después de eso, conduje hasta aquí. Estoy bastante segura de que me salté todos los semáforos. Y luego, cuando me di cuenta de que no podía pasar por la puerta, la escalé.

—Dios —pierdo la batalla y empiezo a sollozar suavemente sobre su cabello.

—Me preocupa que me haya seguido —dice, apartándose para limpiarse la nariz de nuevo—. Juro que lo vi por el retrovisor.

—Bueno, aquí estás a salvo —retomo nuestros tés y le doy una taza —. Aunque escalara los muros, saltarían un millón de alarmas si entrara en la propiedad y este lugar está repleto de guardias de seguridad.

—¿No vas a hacer que me vaya? ¿O llamar a la policía? —pregunta mientras toma su té.

—¿Por qué haría eso?

—Porque Ransome se va a enfadar muchísimo cuando se entere de que me dejaste entrar.

Lo pensé. Ransome nunca ha sido fan de Electra. Y si supiera que un psicópata abusivo y descontrolado la persigue y que ella lo llevo hasta aquí, se enfurecería de verdad.

Pero no me importa. Electra es mi mejor amiga y tendrá que aceptarlo… cuando decida contárselo.

48

RANSOME

—¿Dónde encontraste a Igor?

Entro en el almacén. Las luces se encienden mientras avanzamos por el pasillo. La producción se ha detenido en seco gracias a que Tristan interceptó nuestros camiones, que se encuentran allí vacíos. Todo el lugar es un pueblo fantasma. Podrías mandar perros y ni ladrarían.

Damon me sigue el ritmo.

—La verdad es que no fue difícil. Aunque todos los hombres que Tristan contrató son bastante discretos, Igor va al club de striptease Foxy casi todas las noches. Mi amigo Jameson tardó apenas unas horas en encontrarlo.

—Tiene sentido —digo mientras doblamos la esquina. Nos dirigimos a una de las habitaciones laterales. Es una habitación de tres por tres con una sola silla fijada al centro y una mesita contra la pared. Sobre la mesa hay un botiquín quirúrgico, entre otros utensilios, incluyendo herramientas de carpintería y jardinería.

—¿Por qué lo querías a él específicamente? —pregunta Damon.

—Me avisaron que, de todos los que trabajan estrechamente con Tristan, él podría ser el más fácil de convencer.

—¿Más fácil que uno de los delincuentes que capturó en la fuga? —pregunta con una leve sonrisa. Es casi gracioso lo mucho que Damon disfruta de esto. Es policía. Jefe del departamento de Nuevo York, para ser exactos. Y, si bien hace un buen trabajo ante los ojos de la ciudad, es un auténtico despiadado cuando se trata de colaborar con la Bratva.

Algunos dicen que es por el dinero. Pagar a un pequeño ejército para que trabaje de nuestro lado y guarde silencio no es barato. Pero yo creo que es porque Damon proviene de una larga estirpe de jefes que han trabajado con nosotros. Al mismo tiempo que juró proteger la ciudad, también juró lealtad en secreto a la familia Rozanov. Supongo que es cierto lo que dicen: todo el mundo, por más bueno que sea, vende al menos una parte de sí mismo al diablo.

Nos detenemos frente a la puerta y miramos a través de la pequeña ventana. Maverick y Baron están de pie junto a Igor, quien se encuentravencadenado a una silla con una bolsa en la cabeza. Por cómo suda y tiembla, supongo que sabe que está en apuros. Conociendo a Maverick, seguro ya le ha hecho algo.

—Conoce a Tristan —le digo a Damon—. Le ha sido leal durante mucho tiempo. El suficiente como para que Tristan probablemente hable con él. Podrá contarnos no solo lo que está haciendo ahora, sino también cuál es su plan completo.

—Hm. —Damon reflexiona sobre eso—. ¿Cómo supiste que él era el indicado?

—Jenica —digo.

—¿Y no crees que eso sea una trampa? —pregunta Damon arqueando una ceja.

No es una pregunta injusta. Dios sabe que yo también me la he hecho. Pero por muy mal que haya estado nuestra relación en el pasado, Jenica y yo funcionamos mejor como aliados que como pareja. El hecho de haber resuelto nuestro matrimonio nos facilitó una *verdadera* tregua.

Además, ella también está mejor sin Tristan en su vida.

—Creo que ella misma está intentando escapar de una.

Abro la puerta. Damon y yo entramos.

Igor se sobresalta al oírla y gira la cabeza a pesar de no poder ver nada. Murmura con voz temblorosa.

—*Moy Bog ne ostavit menya…*

—No entiendo ni una palabra —dice Maverick—. Lleva una hora balbuceando entre dientes rotos.

Lo de los dientes rotos se debe a que Maverick le hizo un agujero extra en la boca. Lo sé por la sangre que tiene en toda la parte delantera de la camisa.

—Mi Dios no me abandonará —traduce Baron sin emoción. No le gusta esta parte del trabajo, nunca le ha gustado. Para ser sincero, a mí tampoco. Pero con los años me he acostumbrado, usando el dolor que siento al pensar en el cuerpo frío de Nik sobre el cemento antes de cumplir dieciséis años, para bloquear la moral que intenta interponerse.

Maverick se ríe entre dientes mientras está de pie detrás de Igor. Lentamente, le quita la bolsa de la cabeza.

—Aquí no hay ningún Dios, *suka.* Solo el diablo.

Igor me mira. Efectivamente, tiene la boca destrozada y el ojo hinchado.

—Le hiciste mucho daño antes de que yo llegara —le digo.

—Lo siento, jefe. Me gusta divertirme un poco.

—Jameson también tuvo que darle un rato en el Foxy para que obedeciera —dice Damon.

—Resistencia a la autoridad. —Maverick niega con la cabeza y chasquea la lengua.

—Parece que has tenido una noche difícil —le digo con calma a nuestro prisionero—. Así que, manos a la obra.

Me giro hacia la mesa mientras Igor pierde los estribos, se retuerce en su silla y suplica en ruso.

—*¡Pozhaluysta, pozhaluysta, pozhaluysta!*

Dejo el arma sobre la mesa y miro por encima del hombro con disimulo.

—Solo estoy preparando las cosas. Por si decides no colaborar.

Igor sigue llorando. La sangre corre por sus mejillas mezclada con las lágrimas. Entre el puñetazo de Maverick y la paliza de Jameson, parece bastante debilitado.

Aun así, agarro un par de alicates. Luego camino lentamente frente a él.

—Dime, Igor. ¿Qué tipo de cosas haces trabajando para Tristan?

—*On moy boss*… —tartamudea y lo interrumpo.

—En español. He tenido un día largo, Igor. Ahora mismo debería estar en la cama con mi mujer, no hablando contigo. Hazme la vida más fácil y quizás yo sea más indulgente contigo.

Es mentira. Pero la persuasión suele serlo.

—Tristan es mi jefe. Es como un hermano. Somos familia —dice Igor.

—Hm —digo—. Lo curioso de Tristan Chadovich, Igor, es que parece importarle una mierda su familia. De sangre o de cualquier otro tipo.

—Lo conozco desde hace mucho tiempo —dice—. Siempre le he sido leal.

—¿Y esa lealtad ha sido correspondida? —pregunto.

Igor abre la boca, pero se detiene.

—Es una pregunta tramposa —dice.

Sonrío con sorna.

—¿Qué te hace pensar que estoy jugando?

—Si digo que soy leal, me lastimarás. Pero gracias a mi lealtad, sé más de él que la mayoría. No es muy… listo cuando está borracho. Y se emborracha mucho.

Asiento con la cabeza y giro los alicates en mi mano. Los ojos nerviosos de Igor están fijos en ellos. —No eres tan tonto como dicen. Al menos hasta el momento. —me detengo frente a él—. Entonces, dime. ¿Qué debería saber sobre Tristan? ¿Qué trama?

—Él tiene tu cocaína.

Miro a mi alrededor y Maverick se ríe entre dientes.

—No hace falta que me lo recuerdes —le digo—. Sé que llevabas una bolsa en la cabeza cuando te metieron aquí dentro para que no vieras nada, pero mi almacén está pelado. Lo tiene todo. Quiero saber cómo y cuál es su próximo plan.

—Me matará si te lo cuento —dice Igor con el patético vestigio de dignidad al que aún se aferra.

—Estoy seguro de que eso dijo —me agacho frente a él—. Pero tengo curiosidad. ¿Qué dijo que te haría exactamente?

—Torturarme. Dispararme en las rodillas y prenderme fuego.

—Buena idea —dice Maverick—. ¿Jefe?

Igor entra en pánico, pero levanto la mano.

—Eso sí que suena a un final de mierda para un día que ya de por sí ha sido un desastre. Así que no será tan malo cuando te arranque las uñas una a una, ¿verdad? En comparación, claro.

Igor traga saliva con dificultad. Pero no habla.

Suspiro.

—De acuerdo. Podemos hacerlo por las malas si eso es lo que prefieres.

Le agarro la mano, que está atada al brazo de la silla. Luego, presiono la punta de los alicates debajo de una de sus uñas para sujetarla bien.

—¡No, no, no! ¡Hablaré! ¡Te lo contaré todo! —grita y le doy un respiro—. Tristan tiene hombres en la frontera. Están interceptando los camiones allí. Se hacen pasar por agentes de la frontera. Confiscan la mercancía, la cargan en sus propios camiones y luego conducen directamente hasta aquí. Sin paradas. La estamos vendiendo a un treinta por ciento más.

—Joder. —Baron habla por primera vez.

Le arranco una uña solo para calmar mi ira.

Igor grita como si lo hubiera destripado. Pero aún no he terminado. Aprieto otro dedo y lo miro fijamente.

—¿Qué más?

—Planea tomar el control total —dice con la voz quebrada—. Mandará a matar a tus hombres y luego irá tras tu familia. Dmitry matará a tu padre durante un almuerzo de negocios. Después, a tu madre. Luego irá tras Amara y el bebé. Y después, de ti.

Él sigue llorando mientras yo aprieto los dientes. Luego, tras un instante, retiro los alicates y los dejo a un lado.

Igor tiembla mientras murmura.

—*Spasibo, spasibo, spas*…

Sus últimos agradecimientos se ven interrumpidos cuando agarro la pistola y le disparo entre los ojos. Su cabeza cae hacia adelante, derramando sangre fresca sobre su regazo y goteando por el suelo.

Maverick y Baron me miran fijamente.

—¿Y bien? —pregunta Baron después de un momento—. ¿Ahora qué?

—Matamos a Tristan —respondo—. Antes de que pueda siquiera girar la cabeza hacia nosotros. Lo matamos.

49

AMARA

—¿Estás dormida?

La voz de Electra inunda la habitación a oscuras. Me giro para mirarla. Obviamente, se quedó a dormir. El hecho de que Ransome se haya ido en mitad de la noche me indica que algo está pasando. Algo que probablemente prefiero no saber.

Pero eso está bien. Ya tengo suficientes problemas.

—No —admito.

Electra mira su teléfono.

—Son las dos de la madrugada —suspira—. Y estoy demasiado nerviosa para dormir.

—Yo también —suspiro—. Me alegra que estés aquí.

Ella también se gira para mirarme y sonríe.

—Esto es como los viejos tiempos. Las pijamadas en la secundaria cuando tu papá no estaba y yo venía. Tus hermanos estaban todos dormidos y nos quedábamos despiertas hasta tarde comiendo bocadillos y viendo videos musicales.

—¿Cómo podría olvidarlo? Estoy bastante segura de que la voz de Harry Styles se ha quedado grabada en mi lóbulo frontal para siempre, independientemente de si mis gustos musicales han cambiado o no.

—Y los Jonas Brothers —añade y luego empieza a cantar en voz baja —. *We go together…*

Me río y niego con la cabeza.

—Dios, lo había olvidado. Han pasado años.

—Toda una vida.

—¿Recuerdas toda la comida chatarra que comíamos? Salchichas Slim Jim, caramelos Otterpop y pepinillos.

—Y esos pequeños bagels de pizza —añade.

—Fue repugnante.

—Lo fue —asiente ella.

—Tengo hambre —admito.

—Yo también —dice ella y ambas nos reímos.

Me obligo a sentarme y desconecto el teléfono del cargador.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta ella.

—Buscando un restaurante tailandés —le digo—. Está en una zona un poco dudosa, pero la comida es buenísima. Lo descubrí cuando trabajaba de camarera en un restaurante de carretera, cuando tenía dieciocho años. Estaba harta de las hamburguesas quemadas y las patatas fritas blandas, así que prefería ir al restaurante tailandés. Siempre me daban gyozas gratis.

—Eso suena muy bien —dice, incorporándose—. ¿Crees que estarán abiertos?

—Están abiertos hasta las 4 de la mañana —digo, pero luego frunzo el ceño—. Maldita sea. Solo hacen entregas hasta medianoche.

Electra se lleva el dedo a los labios.

—¿Podríamos ir a buscarlo?

La miro.

—No lo sé. Después de todo lo que ha pasado, Ransome me mataría si saliera de casa.

—O sea, lo entiendo. Pero tampoco somos niñas —argumenta, con un tono muy similar al de la antigua Electra.

—¿No te preocupa Sean?

Ella niega con la cabeza.

—Probablemente esté borracho. O en un club de striptease. O borracho en un club de striptease. En cualquier caso, nunca está por aquí a estas horas. Apuesto a que ya me ha descartado.

Todavía tengo mis dudas. Pero al mismo tiempo, quiero hacer algo divertido. Y estar en esta casa ahora mismo se siente como una prisión. Me siento como un pato indefenso. Un pato indefenso y hambriento.

—De acuerdo. Vamos.

Electra chilla, un sonido que agradezco mucho después de todo lo que ha pasado.

Resulta que salir de una casa diseñada para mantener a la gente fuera es casi tan difícil como entrar por la fuerza. Pero después de seguir todas las medidas de seguridad, estamos libres, recorriendo las calles oscuras rumbo a un restaurante tailandés. Atrapadas por la nostalgia, escuchamos música mientras conducimos, con los Jonas Brothers y One Direction a todo volumen. También incluimos *All The Single Ladies* solo por diversión, ya que Electra está harta de Sean. Piensa solicitar una orden de alejamiento mañana y denunciarlo.

Gracias a Dios.

En el restaurante nos volvemos un poco locas, pidiendo curry panang (a este bebé *le encanta* la comida picante), pad thai, fideos borrachos y fideos Singapur con pato. El lugar en sí es un poco cutre, pero en contraste, la gente es amable y hay un cartel en la ventana que dice: *Votado como el mejor restaurante tailandés de la ciudad.* ¿Será verdad? No lo sé. Pero huele a verdad.

También está muy concurrido. A pesar de ser las 2:30 de la madrugada, dentro estamos casi hombro con hombro.

—Voto porque nos lo llevemos de vuelta a casa —le digo mientras nos entregan la bolsa de papel marrón grapada.

—Buena idea —asiente ella. Antes de irnos, se maquilló y se puso mi sudadera para disimular los moretones. Pero mantiene la cabeza baja, sin mirar a nadie a los ojos.

Nos escabullimos para salir por la puerta, disculpándonos cada vez que necesitamos pasar junto a alguien. Electra se pone delante de mí, con la mirada fija en el suelo.

Justo cuando estoy a punto de cruzar la puerta, mi hombro choca con el de otra persona.

—Lo siento —digo, casi dejando caer la comida.

El hombre lleva una sudadera negra, con la capucha puesta y la cara hacia abajo. No dice nada, pero sujeta la puerta para que no se cierre.

—Gracias —digo con cuidado, apresurándome hacia el coche. De repente siento la necesidad de volver a casa.

—Eso fue una locura —dice Electra—. Pero valdrá la pena. Huele de maravilla.

—Así es —coincido.

Pongo el coche en marcha y regreso a la urbanización. Las carreteras están oscuras, casi sin tráfico. Pero, por supuesto, un policía nos sigue de cerca.

—Apuesto diez dólares a que nos va a parar la policía —murmuro.

—Si lo hace, es porque el tipo está aburrido —dice, sacando dos empanadillas fritas de la bolsa y dándome una para que me la coma —. Usa tu barriga para librarte de la multa.

—No creo que estar embarazada me vaya a librar de nada.

—Nunca se sabe —dice mientras mastica—. Si no, he usado mis senos más de una vez para ese propósito.

—Dios —sonrío y niego con la cabeza. Pero de repente, el policía enciende las luces—. Mierda.

Estoy a punto de detenerme cuando el policía da media vuelta y sale corriendo en dirección contraria.

Ambas soltamos un suspiro y comenzamos a reír.

—Estuvo cerca —dice Electra.

Estoy de acuerdo y me relajo un poco. Hasta que frunce el ceño de nuevo mientras mira por el retrovisor.

—El coche que viene detrás se acerca a toda velocidad —dice.

Miro por el retrovisor y, efectivamente, un coche negro nos sigue muy de cerca.

—¿Qué demonios está haciendo?

—No lo sé, pero nos va a sacar de la carretera —dice. Luego baja la ventanilla y asoma la cabeza—. ¡Oye, idiota! ¡Adelántanos!

—Electra —advierto, preocupada de que se vaya a caer.

El conductor se acerca aún más y logro verlo por el espejo retrovisor.

Mi corazón golpea contra mi pecho.

Es el tipo encapuchado del restaurante tailandés.

—Electra. Vuelve al coche. ¡Electra!

Grita otra palabrota y, justo cuando está a punto de darse la vuelta, nos choca. El golpe la impulsa hacia adelante, haciéndola golpearse la cabeza al volver a sentarse.

—¡Joder! —exclama.

—¿Estás bien? —le pregunto mientras la miro de reojo, intentando no perder de vista la carretera. Acelero con la esperanza de despistarlo, pero no hay suerte. Sigue pisándonos los talones.

—Sí. Solo que ahora voy a tener *dos* ojos morados. ¿Qué demonios le pasa?

—Creo que nos está siguiendo.

—No me digas. Si nos estuviera siguiendo más de cerca, estaría justo encima nuestro.

—Digo desde el restaurante tailandés. Lo vi dentro.

—¿Qué aspecto tenía?

—No lo sé. Llevaba una capucha.

—¡Pues ve más rápido!

Aprieto aún más el acelerador. El motor ruge y salimos disparadas, rozando los ciento diez por hora en una zona limitada a setenta, por una carretera estrecha y oscura.

—Está loco —dice entre dientes, y su parachoques vuelve a golpear el nuestro.

—Está intentando sacarnos de la carretera —busco algún sitio donde pueda detenerme, pero no hay nada.

—Amara —ella me llama, con la voz teñida de miedo.

—¡Lo sé!

De repente, nos golpea de nuevo, esta vez con la suficiente fuerza como para derribarnos. Chocamos contra el bordillo y salimos disparadas por encima de él.

Entonces, con muy poca o ninguna tracción, ambas gritamos mientras el coche se dirige directamente hacia un poste.

Después de eso, es como si el mundo hubiera pasado de ir a toda velocidad a moverse en cámara lenta.

Las luces se difuminan formando líneas.

El sonido se convierte en ruido blanco.

Se me para el corazón en el pecho.

Mi estómago está a punto de reventar.

El impacto, desconcertante y cegador.

El dolor.

Y entonces, todo se vuelve negro.

50

AMARA

Me despierto con olor a alcohol y luces brillantes.

—¿Estoy en el hospital? —gimo. Intento abrir los ojos, pero es como si estuvieran pegados. Me duele muchísimo la cabeza. De hecho, me duele todo el cuerpo.

—Todo está bien —reconozco la voz de Electra—. Estás bien.

Logro abrir los párpados. Con cierto esfuerzo, su rostro aparece ante mí. Pero a pesar de sus palabras, no parece que todo esté bien.

Y entonces me doy cuenta de que las luces no son fluorescentes, sino tenues. Y el alcohol no es higiénico, es vodka.

—¿Dónde estamos? —pregunto, intentando mirar a mi alrededor. Pero incluso el simple acto de mover la cabeza me duele—. ¿Y por qué huele a bar?

Electra traga saliva con dificultad y se remueve en su asiento. La cama en la que estoy acostada es agradable. Cómoda. Si algo he aprendido sobre las estancias en hospitales, es que las camas son cualquier cosa menos agradables y cómodas.

—No estamos en un hospital —dice Electra en voz baja. Me sonríe, pero algo en su expresión no cuadra. Nada cuadra. Se retuerce las manos y tiembla. Además, sangra por un corte en la frente. Un corte reciente.

Es entonces cuando todo vuelve a mi mente.

Estábamos comiendo comida tailandesa. Me topé con un hombre con una capucha negra. De camino a casa, ese hombre nos persiguió en un coche con los cristales tintados. Nos sacó de la carretera. Chocamos contra un árbol… o un poste… o algo así.

—¿Por qué no estamos en un hospital? —pregunto—. Mi bebé. ¿Y si mi bebé no está bien? Estás herida, El. Tenemos que ir a un hospital.

Pero Electra sigue esforzándose por sonreír entre lágrimas. Es entonces cuando sé que algo anda realmente mal.

—¿Dónde estamos? —me obligo a sentarme a pesar del dolor.

Miro a mi alrededor y, aunque no reconozco el lugar, un escalofrío me recorre la espalda.

—Estamos en el ático de Sean —me dice.

—¿De Sean? ¿Por qué demonios lo llamaste? ¡Debiste haber llamado a una ambulancia!

—Yo no lo llamé.

Entonces un hombre aparece detrás de ella. El hombre con una sudadera negra con capucha. Se baja la capucha y me mira.

—Hola, Amara.

Conozco la voz. Conozco el rostro.

—¿Qué haces aquí? —siseo.

—Ya oíste a mi novia —dice—. Esta es mi casa.

—Creí que habías dicho que se llamaba Sean —digo mientras los miro a ambos.

Electra frunce el ceño.

—Así es.

Lo miro. Él sonríe, una sonrisa pícara que nunca me ha gustado.

—No —gruño—. Su nombre no es Sean.

La sonrisa se extiende aún más por su rostro.

—¿Qué quieres decir? —Electra me mira con expresión de desconcierto—. Espera. ¿Ustedes dos se conocen?

Me mira con una sonrisa burlona.

—¿Quieres contarle la historia tú o la cuento yo?

—Hazlo —digo con la barbilla en alto—. Así, si vuelves a mentir, podré corregirte sobre la marcha.

Se ríe entre dientes antes de bajar la mirada hacia Electra.

—No me llamo Sean. Ni cerca —nos dedica una sonrisa burlona, mostrando todos los dientes—. Me llamo Tristan. Tristan Chadovich.



Después de esa revelación, Electra permanece en silencio mientras él le cuenta todo sobre los Chadovich y los Rozanov. Le explica que sus padres murieron y que Dmitry lo adoptó como hijo, no porque quisiera un varón, sino porque necesitaba un futuro *pakhan.* Luego, le explica qué significa eso y cómo Ransome es el *pakhan* de su familia rival.

Le cuenta toda la historia. Desde las disputas generacionales hasta la tregua y todo lo demás. De vez en cuando, Electra me mira como si dudara de que algo sea cierto.

Mi silencio responde a esa pregunta.

—Nunca te importé —dice Electra tras un largo silencio.

Tristan simplemente se ríe.

—Perra, no me importa ni mi propia sangre. ¿De verdad crees que me importarias tú? Solo fuiste una presa fácil para conseguir lo que quería.

—Espera, entonces… —dice—. ¿Qué tiene que ver Amara con todo esto?

—Mi prima está casada con Rozanov —responde.

—¿Y por qué importa eso? —pregunta ella—. Tú mismo dijiste que te importa una mierda la tregua. Que solo quieres ser el único *pakhan* en el poder.

—Eso se complica un poco. Verás, incluso si me deshago de Ransome, tu amiga está gestando a su heredero. Y lo último que necesito es otro Rozanov en mi camino.

—No vas a tocar a mi bebé —digo entre dientes.

—No puedes salirte con la tuya —dice Electra.

—¿Con qué? —pregunta con una sonrisa.

—¡Con lo que sea! —grita ella—. La policía…

—La policía está bajo mi poder. Y esto es solo el principio —su sonrisa dura apenas tres segundos antes de desaparecer, reemplazada por algo que jamás había visto en su rostro. Una rabia salvaje que se siente impredeciblemente peligrosa—. Ahora levántate.

Lo miro fijamente.

—Tuve un accidente de coche. Chocaste nuestro automóvil contra un poste. No puedo levantarme así como así.

Los ojos de Tristan se enfurecen. Agarra a Electra por el pelo y la levanta de un tirón.

—Creo que no están entiendiendo. Todo está en mis manos. Todo lo que Ransome tenía, ahora es mío. Así que, si te importan tus hermanos o tu hijo bastardo, será mejor que empieces a obedecer, perra.

Por mucho que no quiera hacerle caso, no soy tonta. Sé lo desequilibrado que está este hombre.

Así que me levanto.

De pronto, nos ponen bolsas en la cabeza. Nos jalan los brazos hacia atrás mientras nos atan las muñecas con bridas de plástico. Electra llora.

—Todo va a estar bien —intento consolarla mientras nos obligan a salir por la puerta principal—. Saldremos de esta.

Oigo lo que parece ser el portón trasero de una camioneta. Nos meten dentro, tumbadas de lado, una frente a la otra. Los asientos traseros están abatidos y el suelo es duro.

—Todo va a salir bien —repito, durante los dos segundos que estamos solas antes de que Tristan se siente al volante.

Decir que Electra está histérica es quedarse corto. A estas alturas está llorando desconsoladamente.

—¡Cállate, perra! —grita Tristan.

Me acerco más a ella, apoyando mi frente contra la suya.

—No puedo respirar —jadea Electra.

—Estás bien —la tranquilizo—. Solo necesitas calmarte. Respira más despacio. Más profundo. Todo estará bien.

Siendo sincera, estoy tan asustada como ella. Pero también sé que entrar en pánico solo va a empeorar las cosas.

—¿A dónde crees que nos lleva? —pregunta.

Y entonces me doy cuenta. No necesitamos tanto saber a dónde vamos, sino dónde estamos.

—Electra —susurro—. ¿Dónde estamos?

—¿Qué quieres decir? —pregunta ella.

Respondo lo más bajo que puedo.

—¿Dónde estamos? ¿En qué calle? ¿O barrio?

—Liberty Heights —susurra.

Liberty Heights. Vale. No es tan lujoso como donde vive Ransome, pero está entre los mejores barrios.

—No puedo calmarme —solloza Electra.

Pero ahora que empezamos a movernos, tengo un plan.

—Empieza a cantar en voz baja —le digo.

—¿Cantar?

—Te distraerá.

—¿Cantar qué?

—*Bohemian Rhapsody*. Y no pares hasta que lleguemos a nuestro destino.

51

AMARA

Bohemian Rhapsody tiene una duración de cinco minutos y cincuenta y cinco segundos.

Me sé la letra de memoria. La verdad es que casi todo el mundo lo hace. Incluso el solo de guitarra es fácil de cantar con un poco de improvisación. Lo hice cuando Ransome me llevó por primera vez al almacén, sin conocer nada, antes de que estuviera seguro de si quería que yo supiera todo lo que sé ahora.

Sabía dónde estábamos, más o menos, por la cantidad de veces que había cantado esa canción desde que encendió el motor hasta que lo apagó. O al menos, sabía cómo indicarle a alguien dónde encontrarme.

Y eso es exactamente lo que estoy haciendo ahora. Mientras Electra y yo cantamos, tomo nota mentalmente cada vez que paramos. Cada vez que giramos. Y llevo la cuenta de cuántas veces la cantamos de principio a fin. El simple hecho de hacerlo parece estar funcionando para calmar a Electra. No hace preguntas, simplemente sigue cantando en voz baja.

—¿Queen? —pregunta Tristan en un momento dado—. Odio a Queen, joder.

Pero seguimos cantando. Cantamos en cada curva, giro y aceleración. Nos dirigimos al noreste, de eso estoy segura. Cantamos hasta que el aire que entra en el vehículo huele a agua salada, madera almizclada y pescado. Cantamos al pasar por baches y al tomar curvas más lentas y cerradas. Estamos en algún lugar industrial. Muelles. Almacenes, tal vez.

Cantamos durante cuarenta y cinco minutos (unas nueve veces la misma canción) y luego el coche se detiene.

—¡Cariños, ya estamos en casa! —canta Tristan, como el loco que es, y Electra empieza a llorar de nuevo.

Apoyo mi frente contra la suya. Un instante después, se abre la parte trasera de la camioneta y siento que Electra se aleja de mí con un gemido ahogado, seguido de la voz de Tristan.

—Corre y te dispararé antes de que llegues a tres metros de la camioneta. ¿Entendido?

Sinceramente, no me la imagino corriendo. Todavía tiene un saco en la cabeza, las manos atadas y no tenemos ni idea de dónde estamos. Bueno, tengo una vaga idea, pero no de los alrededores.

La mano de Tristan se aferra a mi tobillo. De repente, me saca a rastras de la camioneta. Por suerte, es lo suficientemente amable como para ponerme de pie, pero después me agarra con fuerza por la nuca. A juzgar por el grito de Electra, le hace lo mismo.

Nos conduce al interior del edificio como si fuéramos ganado. Huele a moho, cemento fresco y a algo más que no sabría decir.

También hace mucho frío.

Caminamos a ciegas por el almacén a oscuras. En realidad, no sé si está oscuro o no. Es difícil distinguirlo con la bolsa en la cabeza. Me concentro en respirar, tomando nota mental de cuántos pasos hemos dado en cada giro y recodo. Por si acaso no nos matan y

podemos escapar, tengo los pasillos trazados para nuestra ruta de escape.

Nos detenemos y Tristan nos quita las máscaras. A Electra le corren lágrimas por las mejillas agrietadas y tiene el pelo enmarañado por el sudor. De seguro yo no tengo mejor aspecto.

Como si pudiera leer mis pensamientos, toma la barbilla de Electra entre sus dedos.

—Qué pena que haya terminado así, cariño. Me gustaba tu locura. —Sonríe con picardía antes de que ella se zafe de su agarre—. Tengo asuntos que atender, chicas. ¿Por qué no charlan entre ustedes? Improvisen otro pequeño concierto donde no tenga que oírlo.

—¿Te refieres a algo así? —pregunta Electra antes de gritar—: ¡Ayuda! ¡Nos han secuestrado! ¡Que alguien nos ayude!

La sonrisa de Tristan desaparece, pero no por enfado. Más bien parece que se aburre de nosotros.

—¿De verdad crees que te llevaría a un sitio con gente alrededor? Grita todo lo que quieras. Nadie te oirá. No hay nadie en kilómetros a la redonda.

Nos dedica una última sonrisa sádica antes de marcharse.

—Joder. —Electra da vueltas sobre sí misma. Entre los cortes, los moretones y los rastros de lágrimas, tiene un aspecto terrible y me siento fatal por ella—. ¡Joder!

—El. Tienes que calmarte.

Me estremezco al sentir un dolor agudo en el vientre. Me recuerda a los dolores que tenía la noche que fui al hospital. Pero hago todo lo posible por no entrar en pánico.

—¿Cómo quieres que me tranquilice? —jadea—. ¡Mi novio me dio una paliza, nos sacó de la carretera, nos metió en la parte trasera de

una camioneta y nos llevó al lugar de un asesinato porque, sorpresa, sorpresa, es un maldito psicópata!

Mientras Electra sufre una crisis nerviosa, me dejo caer al suelo. Tengo el estómago duro como una piedra y el dolor me recorre la espalda baja.

—Por supuesto que sí —le respondo entre dientes—. Es Tristan Chadovich.

—Mira qué suerte la mía, salir con un mafioso —dice entre sollozos mientras se sienta a mi lado.

—La Bratva —la corrijo.

—¡¿Lo ves?! Por eso tengo la regla de las tres citas. Si vas más allá de eso, te hacen la vida imposible.

Es un chiste malo, pero casi me hace sonreír.

Electra suspira.

—Lo siento, Amara. De verdad, lo siento muchísimo.

—Lo sé —le digo—. Y no es culpa tuya. Debí haber atado cabos.

—¿Podrías haberlo hecho? Atar cabos, digo. Ni siquiera me dio su nombre real.

—Sí, pero el hecho de que no te dejara tomarte ninguna selfie con él, que no usara las redes sociales y que se negara a conocerme fueron suficientes señales de alerta para darme cuenta de que era alguien a quien debería haber investigado más a fondo —le digo.

—Olvidé que eres una acosadora de primera categoría —dice ella—. Y sí, eso habría sido útil.

—Gracias —murmuro.

—¿Por qué parece que fue hace una eternidad? —pregunta—. ¿Por qué nuestra vida anterior parece literalmente otra vida por

completo?

Las lágrimas me queman los ojos, pero me niego a dejarlas caer.

—Lo sé.

—Lo echo de menos.

—Lo sé.

—¡Señoritas!

Las dos damos un respingo. Es la voz de Tristan, por supuesto, la que resuena en el edificio vacío mientras vuelve a entrar.

Me estremezco de dolor en el abdomen y la espalda. Siento que el vientre se me endurece de nuevo, pero intento respirar profundo.

—Es hora de que empiece la fiesta —dice.

—¿Vas a matarnos? —pregunta Electra, adelantándose a los acontecimientos—. Porque si es así, mátame a mí. No a Amara. No al bebé. Solo a mí.

—Jesucristo, qué dramática eres —dice Tristan, llevándose la mano a la espalda, y se me para el corazón. Pero solo es su teléfono—. No es que no me guste la idea. Aunque lo haría al revés. Porque, sinceramente, me da escalofrío cada vez que veo tu barriga. Saber que ese bebé es un Rozanov me pone los pelos de punta.

La sonrisa reptiliana de Tristan reaparece mientras se sienta frente a mí. Nuestras miradas se cruzan y, por un instante, se queda mirándome fijo. Parpadea y luego levanta su teléfono.

—Pero antes, vamos a hacer una pequeña llamada.

De repente, su teléfono suena. Lo mira sorprendido antes de que su sonrisa se ensanche.

—Hablando del rey de Roma —dice, mostrándome el teléfono.

No hay foto de contacto, pero no hace falta. Me sé el número de memoria.

Ransome.

52

RANSOME

—Tenemos un maldito problema —grito por teléfono.

Estoy en el baño de mi casa, lavándome la sangre de las manos, de la camisa, del rostro y, prácticamente, de cualquier otro sitio donde me salpicó después de dispararle a Igor en la cara. Siempre olvido lo desagradables que son los disparos a quemarropa en la cabeza.

—No me digas que hemos matado a la persona equivocada —dice Maverick.

—¿Qué pasa, jefe? —interviene Baron.

Cierro el grifo y me seco las manos.

—Estoy en la finca y Amara no está aquí.

—¿Su teléfono? —pregunta Maverick.

—Tampoco.

—¿El rastreador? —pregunta Baron.

—Apagado. O muerto, o no está.

—¿Cámaras de seguridad? —pregunta Baron.

—Las revisé. Vino Electra, se sentaron en el sofá un rato, se durmieron y luego ambas se fueron alrededor de las 2 de la madrugada.

—¿Entonces tal vez fueron a casa de Electra? —pregunta Mav.

Pero niego con la cabeza mientras entro en mi oficina.

—Poco probable. Las imágenes que tengo de Electra golpeando la puerta principal muestran su rostro magullado y desfigurado. Alguien la golpeó muy fuerte. He estado atando cabos y creo que he descubierto qué ha estado pasando con el novio sospechoso de Electra.

—¿Un pedazo de mierda de Brooklyn que detecta el sexo a kilómetros? —pregunta Maverick.

Ojalá fuera así de simple. Pero no lo es. Si no hubiera estado tan distraído, lo habría comprendido antes. El drama amoroso de Electra no fue una coincidencia. Fue algo premeditado.

Fue una maldita trampa.

Y todos caímos en ella.

Como siempre, Baron dice lo que pienso.

—Esto tiene toda la pinta de ser obra de Tristan.

—Bingo.

—Mierda. —Mav maldice entre dientes en ruso—. ¿Y ahora qué?

—Necesito que me ayuden. Tenemos que encontrar a Tristan. Apuesto a que tiene a las chicas.

—Entendido —dice Baron, y cuelgo.

Luego miro a mi alrededor, en busca de pistas.

Cualquier cosa que me pueda indicar dónde podrían estar. Pero aparte de un par de tazas de té frío a medio terminar y un montón

de pañuelos manchados de sangre y mocos, no veo nada. El bolso de Amara ha desaparecido, lo que me dice que se fue a propósito. El coche también ha desaparecido, así que se lo llevó a alguna parte con Electra.

¿Pero a dónde?



Introduzco el código de mi otra propiedad y me dirijo directamente al dormitorio principal, encendiendo todas las luces.

—¿Qué…? —Jenica se incorpora de golpe y se arranca la máscara de satén para dormir. Luego pone los ojos en blanco con fastidio—. ¿De verdad no te importa mi horario de sueño?

—Levántate. Necesito tu ayuda.

—¿Otra vez? A ver si adivino: Igor era un desastre y le disparaste antes de que se derrumbara —se vuelve a poner la máscara y se recuesta—. No es asunto mío.

Me acerco a la cama y le arranco la máscara.

—¡Oye!

—Conseguí lo que necesitaba antes de dispararle. Pero Amara no está.

—¿Qué tiene eso que ver con Igor?

—¡Significa que Tristan nos tiene en la mira y, mientras yo interrogaba al tipo que me recomendaste, él la estaba secuestrando a junto a mi hijo! —espeto.

—Dios —por fin se quita las mantas y se incorpora—. ¿Tienes idea de a dónde fueron?

—Si lo supiera, no estaría aquí. ¿A dónde lleva Tristan a la gente?

—¿Qué tipo de gente? —pregunta—. ¿Gente que quiere que trabaje para él? ¿Gente con la que quiere acostarse? ¿Gente a la que quiere matar? Sé específico.

Estoy temblando. De rabia, de impotencia, pero sobre todo, de un miedo que me cala hasta los huesos: no volveré a verlos jamás. Ni a Amara, ni a nuestro hijo.

—No me obligues a responder a esa pregunta.

Jenica toma aire y exhala.

—Tristan tiene una cadena de bares clandestinos que frecuenta. Lugares que parecen demasiado sórdidos para pertenecer a la Bratva de clase alta, que es su modus operandi, o lugares que no se ven desde la calle. Tugurios escondidos. Nunca los encontrarás si no sabes dónde están —se pasa la mano por el pelo—. También tiene almacenes en los muelles inferiores, cerca de la piscifactoría abandonada donde fabrica la mercancía. Eligió ese lugar porque la gente suele mantenerse alejada.

—¿Por qué?

—¿Hola? ¿Piscifactoría? —resopla—. Apesta a kilómetros de distancia.

Una antigua piscifactoría. Sería el lugar perfecto para pasar desapercibido. El sitio ideal para mantener secuestradas a dos mujeres sin que nadie se entere.

—¿Dónde está?

—Te lo dije. Por la vieja piscif…

—Necesito la ubicación exacta —espeto.

—Sí, bueno, ¡no sé la ubicación exacta! —responde bruscamente—. Las mujeres no solemos estar al tanto de los negocios cotidianos. Todo lo que sé lo he aprendido escuchando a escondidas en cenas y fiestas familiares. Y te lo estoy contando todo.

Me limpio la cara con la mano. No es todo lo que esperaba, pero por ahora, tendrá que bastar.

—Está bien.

—¿Puedo volver a dormirme ahora?

—No. Todavía no he terminado contigo.

—De acuerdo. Pero voy a necesitar una taza de café si tengo que trabajar tan tarde. O tan temprano.

Soy demasiado impulsivo como para discutir eso. Dios sabe que yo también necesito una taza caliente en mis manos.

Americano mediano. Un chorrito de crema. Sin azúcar.

Aprieto los puños y me obligo a no pensar en Amara. Si me dejo llevar por el pánico, todo habrá terminado. Para todos nosotros. Ella necesita que esté lúcido y no la defraudaré teniendo un ataque de nervios sin sentido cuando aún queda algo por hacer.

La voy a recuperar. Recuperaré a nuestro hijo.

Mientras nos dirigimos a la cocina, mi teléfono vibra.

—¿Quién es? —pregunta Jenica.

Luego mira mi pantalla.

Es un mensaje de texto de un número desconocido. Un mensaje que contiene una foto.

Se me revuelve el estómago al verla. Amara está en un suelo de cemento. Tiene las manos atadas y el rostro desfigurado.

DESCONOCIDO: ¿Buscas algo?

No tengo que preguntarme de quién es el número.

El maldito Tristan Chadovich.

—Dios —exclama Jenica. Nunca ha sido fan de Amara, pero una imagen así le revolvería el estómago a cualquiera. Dios sabe lo que me está revolviendo a mí—. ¿Y ahora qué?

Me muerdo el labio con tanta fuerza que casi me lo arranco. Estoy furioso. Tan furioso que se me nubla la vista. Pero no voy a perder el control.

Si lo pierdo, no la encontraré.

Si lo pierdo, no podré salvarla.

Si lo pierdo, ella muere.

Y nuestro bebé también.

Una vez que recupero la compostura por completo, marco el número de Tristan y espero.

Contesta al segundo timbrazo. Por el eco, sé que estoy en altavoz.

—Hablando del rey de Roma —dice.

—Voy a matarla —le respondo.

—¿Matar a quién exactamente? —pregunta Tristan. Y mis ojos se dirigen a Jenica, que espera—. Olvidas que soy yo quien está con la chica. *Tu* chica.

—Alguien a quien amas. Deberías saber de quién estoy hablando.

Pero Tristan solo parece aburrido.

—No amo a mucha gente, Rozanov. Por eso no me importa la Bratva. Toda esa charla sobre familia y sacrificio me aburre.

—Por supuesto —digo—. Eso significaría que te importa la lealtad. Las reglas. Lo cual, claramente, nunca te ha importado. Pero no creo que tu corazón sea tan malvado. Creo que Jenica significa algo para ti.

—No mucho —dice, pero puedo notar el nerviosismo en su voz. Sean o no amigos cercanos, crecieron juntos.

—Creo que es justo. Ojo por ojo. Ya sabes, como no tienes hermanos. Ella es la única que te ha querido de verdad. Aunque creo que es seguro decir que ese sentimiento es cosa del pasado. O lo será, cuando le pegue un tiro en su linda cabecita. Es una pena, de verdad. Tanto bótox desperdiciado.

Jenica pone los ojos en blanco y me muestra el dedo medio.

—Estás mintiendo —él espeta.

—¿Estás seguro? Porque Igor pensaba lo mismo antes de que rociara mi oficina con su materia gris.

Se produce un breve silencio al otro lado de la línea. Y luego: —Demuéstralo.

—Un momento. Esta mordaza está bastante apretada.

Miro a Jenica. Al principio parece confundida, pero luego lo entiende.

Tras un momento que, lo juro, tuvo que haber sido ensayado, ella lanza un grito escalofriante.

—¡Tristan! ¡Tristan, tienes que detenerlo! —grita entre sollozos. Su habilidad para fingir pánico y llorar es impecable.

—¿Dónde diablos estás? —espeta Tristan.

—Me dio una paliza, Tristan. ¡Dice que me va a matar! Por favor…

—Está bien, ya basta —digo, fingiendo amordazarla de nuevo—. ¿Y bien?

—Sí, de acuerdo, ya dejaste claro tu punto. ¿Qué quieres, Rozanov?

—Quiero saber que Amara está viva. —tras una breve pausa, añado —: Y su amiga.

—Lo están.

—Demuéstralo.

—Vale —puedo oír murmullos. Algo sobre que, si me dicen dónde están, Electra morirá.

Entonces oigo su voz.

—Ransome… —susurra, y basta esa palabra para que un alivio me inunde como un diluvio bíblico—. Te amo —dice—. Y tengo miedo.

—Tranquila —le digo con la mayor calma posible—. No voy a dejar que nada te pase.

—Yo… —tartamudea. Y entonces su voz se calma. Serena—. Te echo de menos.

—Lo sé. No pasa nada.

—No puedo dejar de pensar en ti. En el tiempo que pasamos juntos —me dedica una risa que sé que es forzada—. ¿Recuerdas aquella vez que fuimos al norte, junto al mar, buscando aquel restaurante de mariscos?

No tengo ni la más mínima idea de qué está hablando, pero le respondo: —Sí.

—¿Y recuerdas que no paraba de poner *Bohemian Rhapsody*?

—Tú y esa maldita canción —dice Tristan, pero Amara continúa.

—La escuché una y otra vez —dice.

Finalmente, me doy cuenta de lo que está pasando.

—Sí, lo hiciste. Dios mío. Estaba a punto de tirar tu teléfono por la ventana.

Ella se ríe. Y aunque sé que es falso, me oprime el pecho igualmente.

—Creo que la habré puesto unas nueve veces, más o menos. Antes de que supiéramos a dónde íbamos.

—Sí. Cuarenta y cinco minutos de los lamentos de Freddie Mercury —murmuro. Palabras que normalmente jamás saldrían de mi boca, porque me encanta Queen y Amara lo sabe.

Igual que sabe que la amo.

Amara coincide conmigo.

—Más o menos.

—Está bien, ya basta —dice Tristan—. Si alguna vez quieres volver a ver a tu chica… con vida, claro… tendrás que reunirte conmigo. Para una pequeña… negociación.

La llamada termina y Jenica levanta la vista hacia mí.

—Eso estuvo bien —dice ella.

—Tú estuviste bien —estoy dispuesto a admitir.

Jenica se encoge de hombros y toma un sorbo de café.

—Es todo gracias a las *Real Housewives*. He perfeccionado el arte de fingir que lloro.

Dicho esto, salgo por la puerta casi sonriendo.

Amara me dio una pista. Una pista crucial. Me contó cuántas veces había escuchado *Bohemian Rhapsody* de camino a dondequiera que estén. Y aunque no sé de dónde venían, mencionó mariscos y eso no puede ser una coincidencia. Sobre todo después de que Jenica me contara todo aquello sobre la antigua piscifactoría.

Dondequiera que esté, está a cuarenta y cinco minutos de algún lugar y apesta a pescado.

Y voy a sacarla de ahí cueste lo que cueste.

53

AMARA

Esto no es lo mismo que la última vez.

Las contracciones de Braxton-Hicks son falsas. Van y vienen de forma irregular. Y aunque duelen, no se comparan con lo que siento en este momento.

Tengo tanto dolor que estoy tumbada de lado sobre el cemento, con la cabeza ladeada en el suelo. Sigo con las manos atadas con bridas a la espalda, lo que me dificulta moverme. Ni siquiera puedo frotarme la barriga, algo que siempre hago para calmarme. Para calmarlo a él.

Las lágrimas me pican en los ojos por primera vez desde que todo esto empezó. No me gusta llorar. Siempre he tenido que ser fuerte. Pero ahora mismo, no sé cuánto más puedo soportar. Me vienen a la mente recuerdos de la última vez que estuve en un almacén con Tristan Chadovich. Aunque el atado era Gianni, una imagen que jamás olvidaré. Un incidente por el que jamás me perdonaré.

Y ahora jamás me perdonaré por esto tampoco. Porque si yo muero, mi bebé también. Y todo será culpa mía.

—¡Oye! —le grita Electra a Tristan, que está dando vueltas por la habitación con el móvil. Probablemente le esté enviando un mensaje a Ransome sobre su supuesta "negociación".

Estoy segura de que está tramando una trampa. En este mundo, las negociaciones son solo eso: trampas.

—¡Oye! —exclama de nuevo—. Tienes que llamar a emergencias.

—¿Te puedes callar? —le espeta—. Dios mío. Eras mucho más manejable en la cama. Al menos allí podía meterte algo en la boca para que te callaras.

—Amara está en trabajo de parto —dice. Y aunque yo no lo dije, no es mentira. Es eso, o algo anda muy, muy mal.

—Y ese es mi problema, ¿por qué?

—Porque si Ransome descubre que la dejaste morir en lugar de llevarla a un hospital, ¡no estarás vivo para regodearte por ello!

Dios, qué carácter tiene. Y me encanta.

—Joder —exclamo mientras otra oleada de agonía recorre mi cuerpo.

Pero incluso mientras me estremezco, puedo ver el rostro de Tristan a través de mi visión borrosa. Está sonriendo. Para él, todo esto es un juego. Y cree que está ganando. Honestamente, ahora mismo, puede que lo esté. Porque el dolor que siento se está volviendo más agudo. Dura más, con menos tiempo entre oleadas.

Estoy en trabajo de parto. Estoy en medio de quién sabe dónde y por parir.

—¡Eres un imbécil! —grita Electra mientras forcejea para liberarse de la brida—. Eres una persona horrible y vas a recibir tu merecido.

—Si te refieres a fama, dinero, respeto, poder… sí. Creo que por fin voy a recibir lo que me corresponde.

La habitación se vuelve borrosa en los bordes. Mi cuerpo toma el control, intentando ayudarse a sí mismo ya que no puedo hacer nada. Los músculos de mi abdomen y mi espalda se contraen simultáneamente y el dolor se irradia por mi columna. Estoy sudando y tengo náuseas. Siento como si me fuera a partir en dos.

—Quítame las bridas —digo con la mayor firmeza posible, pero apenas se oye. No tengo fuerzas—. Por favor. Necesito ponerme boca arriba.

—Bueno, esa es una buena posición para ti —dice Tristan riendo—. Pero tengo que irme pronto. Tengo una cita con el futuro padre.

—¡Eres repugnante! —grita Electra mientras se retuerce contra las bridas de plástico. Pero si tuviera que adivinar, diría que simplemente se está lastimando las manos.

Mientras tanto, siento un nudo en el estómago. Ya bromeé al respecto, pero ahora mismo me siento como ese tipo de *Alien* cuando el pequeño monstruo le desgarra el estómago.

Quizás estoy exagerando un poco. Pero realmente es lo que siento.

De repente caigo en la cuenta: Tristan no tiene ni una pizca de humanidad. Va a dejar que el bebé y yo muramos, mientras persigue a Ransome en un arrebato de venganza impulsado por la rabia.

—No te saldrás con la tuya —dice Electra, con tono de derrota por primera vez—. Ransome te va a destruir.

—No si no se entera hasta después —dice Tristan—. Y la verdad, eso sería la gota que colmaría el vaso. Yo consigo lo que quiero y él pierde todo lo que ama.

Miro a Electra, preguntándome si dirá algo. Pero guarda silencio. Su boca, que ha estado abierta desde que llegamos, se cierra lentamente. Sus ojos están fijos en algo a lo lejos y yo sigo su mirada.

Al principio, creo que estoy viendo cosas. Que veo lo que quiero ver. Parpadeo varias veces, esforzándome por concentrarme a pesar del dolor. Pero cuanto más parpadeo, más nítida se vuelve la imagen.

Ransome está saliendo del techo. Literalmente está bajando por las vigas, a unos tres metros detrás de Tristan, que no se da cuenta de nada.

—Piénsalo bien —murmuro y la mirada fulminante de Tristan se clava en mí.

—¿Qué dijiste, perra?

Antes de que pueda responder, Ransome cae al suelo.

Tristan se gira bruscamente. Su cerebro tarda un instante en comprender lo que está viendo, lo que realmente está sucediendo.

Pero es un instante demasiado largo. Justo cuando va a sacar su arma, Ransome se abalanza sobre él y lo derriba al suelo.

—¡Vaya, mira quién ha decidido unirse a la fiesta! —exclama Tristan entre dientes mientras ruedan por el suelo, luchando por conseguir la ventaja. Ambos intentan agarrar sus armas, pero ninguno logra liberar las manos lo suficiente como para alcanzarlas. Incluso si pudieran, sería un desastre. Están demasiado cerca. Así que, en vez de eso, luchan a puño limpio, golpe tras golpe.

Finalmente, Ransome logra sacar algo de sus pantalones: una navaja.

Pero antes de que siquiera pueda abrirla, Tristan se la arrebata de las manos y se desliza por el suelo. Otra oleada de dolor recorre mi cuerpo. Electra me mira.

Luego se acerca sigilosamente al cuchillo. Logra agarrarlo y regresa hacia mí, jugueteando con él a sus espaldas.

Un instante después, tiene las manos libres, y yo también.

—Tenemos que irnos —me dice.

—No sé si podré caminar —lloro.

—Tienes que hacerlo. Tenemos que hacerlo —Electra insiste y me levanta—. Vamos.

La mayor parte de mi peso recae sobre ella. Casi resbalamos con algo mojado mientras tropezamos al salir del almacén, tomando el camino que de alguna manera logro recordar a pesar del dolor cegador.

Es entonces cuando me doy cuenta de que estoy empapada.

Creo que Electra también se da cuenta.

—Rompiste fuente —dice mientras salimos—. Tenemos que llamar a alguien. Tenemos que pedir ayuda.

Me apoyo contra la pared mientras Electra revisa el auto de Tristan, pero está cerrado con llave. Luego se dirige al de Ransome.

Por la gracia de Dios, se abre.

—La guantera —digo, con la voz entrecortada.

—¿Qué? —pregunta, mirándome.

—Un celular —logro decir. Es el teléfono desechable que tiene desde que lo conocí. El teléfono que me metió en todo este lío de Ransome Rozanov.

Mi cuerpo se tensa de nuevo y empiezo a sollozar. Con la contracción, sale un chorro de agua. Mi mano se desliza sobre mi vientre duro y baja hasta mi muslo.

Y es entonces cuando me doy cuenta de que no es solo agua. Mi mano y todo lo demás, esta cubierto de sangre.

—No… —murmuro, justo antes de que todo se oscurezca.

54

RANSOME

Agarro a Tristan por la camisa y lo golpeo con tanta fuerza contra el cemento frío que sus ojos tiemblan dentro de su cráneo.

Si fuera cualquier otra persona, que no estuviera sobreviviendo a base de rabia y cocaína, ese golpe probablemente le habría provocado una conmoción cerebral. Pero no tengo tanta suerte. Tristan simplemente sonríe y me aparta de un empujón.

Me pongo de pie de un salto y él también. Luego ambos retrocedemos un paso.

Se limpia la sangre de la barbilla con el dorso de la muñeca.

—Tienes mucha cara al aparecer antes de que estuviera preparado para ti.

—Pensé que habías nacido preparado.

Siento cómo me gotea la sangre de la frente, pero la ignoro. No puedo bajar la guardia en absoluto. Tristan es probablemente el hombre más impredecible que he conocido. También es el más insensible. Su único punto débil es su propia avaricia, algo que no puedo arrancarle ni usar para atarlo a una silla de interrogatorios.

—No entiendo por qué sigues dando por sentado que me conoces, Rozanov. No somos iguales. Ni siquiera queremos las mismas cosas.

—Tienes razón —por mucho que odie esas palabras, no son mentira. No podríamos ser más diferentes. Y definitivamente no queremos ni valoramos las mismas cosas—. Supongo que lo que quiero saber es ¿por qué? ¿Por qué estás dispuesto a arriesgarlo todo?

—Para conseguir todo lo que no tengo —dice con su característica sonrisa burlona.

—¿Te das cuenta de que tu familia habría tenido que participar en el acuerdo de El Paso si la tregua hubiera continuado, verdad?

Claro, hubiera sido el último recurso conmigo como *pakhan*. Pero conozco a mi padre. Ese era su objetivo.

—Que se joda mi familia —dice—. Me importa un carajo lo que les pase a todos. Al menos no a los que siguen vivos.

—¿Y qué hay de Jenica?

—Jenica es… una baza —sigue mirando al frente, pero no me mira directamente a los ojos al decirlo—. Claro, es lo más parecido que tengo a alguien que me entiende, pero en el peor de los casos, no le soy leal a nadie.

No estamos peleando, estamos dando vueltas lentamente. Creo que ambos sentimos la necesidad de avanzar, pero ninguno de los dos está haciendo movimientos bruscos. Todavía no.

—¿Y Dmitry? —pregunto—. Es tu tío.

—Dmitry es un gordo senil que no sirve para nada. Los viejos están perdiendo su chispa. Tú lo sabes tan bien como yo. Puede que me haya acogido cuando murió mi padre, pero no tuvo otra opción.

—La Bratva se basa en la familia —sostengo—. En la lealtad.

—Y mira a dónde nos ha llevado eso. Dos familias en guerra durante generaciones, solo porque ninguna de las dos ha tenido las agallas

de romper todas las treguas y nombrar *pakhan* a un solo hombre —escupe—. Así es como debería ser. Un solo *pakhan*. Y nunca se suponía que fueras tú.

No hay sonrisa. Ni rastro de muecas maliciosas. Solo odio puro e incondicional.

Sé de qué está hablando. Sé *de quién* está hablando. El odio también me recorre las venas mientras continúa.

—Nik tenía el doble de potencial que tú —dice, obligándome a recordar la zona prohibida que es mi hermano—. Por eso lo introduje en el mundo de los coches.

—A los dos nos encantaban los coches.

—Sí, pero tú no tenías agallas —se burla—. Ningún coraje. Pero Nicklaus tenía potencial. Y ambición. ¿Y sabes qué es lo gracioso? De verdad pensé que él y yo podríamos ser amigos. Formar equipo. Tomar el control. Dos futuros *pakhan* con mucha más capacidad que Dmitry o Anton —su expresión se agria—. Pero luego se volvió arrogante.

—Él era mejor que tú —gruño—. En todos los sentidos.

—Tal vez —admite Tristan encogiéndose de hombros—. Por eso lo reté a una carrera.

—Su última carrera.

Los labios de Tristan se curvan en una sonrisa lasciva.

—Su última carrera. Sabes, contrariamente a la creencia popular, no fue un accidente.

—Sé que no lo fue —mi mandíbula se mueve—. La pregunta es, ¿cómo lo sabes tú?

—Eso es fácil —sonríe con picardía—. Le arranqué los frenos antes de que empezara la carrera.

Se me congela la sangre. Se me revuelve el estómago.

Lo sabía.

De alguna manera, en mi interior, siempre supe que había sido él.

Y ahora que lo tengo frente a mí, admitiendo ser el origen del recuerdo más doloroso que tengo, no pierdo el tiempo y saco el arma.

Hay un millón de maneras en que me encantaría que Tristan muriera. Gritando, suplicando, sangrando por todos los orificios. Pero más que torturarlo durante horas, días, años, simplemente quiero que muera.

Quiero que esta maldita pesadilla termine.

Pero mi arma no está allí.

Me toco el cuerpo, acariciándome, aunque no estoy muy seguro de por qué. Nunca la pongo en ningún otro sitio.

Y entonces caigo en cuenta. Debió de soltarse mientras forcejeábamos en el suelo. Y Tristan también debe darse cuenta, porque ambos la vemos, abandonada en el suelo, más cerca de él que de mí.

Y antes de que pueda hacer otro movimiento, oigo el clic del arma de Tristan.

Parpadeo y mis ojos se dirigen hacia él, viendo exactamente lo que esperaba. El cañón de una Ruger 357 apuntando directamente entre mis ojos.

No pongo en duda si Tristan es un buen tirador o no.

—Esto es un déjà vu —se ríe entre dientes.

—¿Qué cosa?

—Tienes la misma mirada que tenía Nik la última vez que lo vi. La última vez que estuvo vivo.

Trago saliva con dificultad. Normalmente no le permitiría que me hablara así. No dejaría que nadie me hablara así. Pero ahora mismo estoy en desventaja. La pistola me tiene paralizado. Y sus palabras son igual de paralizantes, para ser sincero.

Porque yo no estaba cuando murió Nik. Maverick me dijo que Nik estaba con Tristan y que iban a competir. Odiaba las carreras. Odiaba a Tristan. Así que conduje hasta la zona de la bahía lo más rápido que pude. Pero cuando llegué, ya era demasiado tarde. Primero vi el coche destrozado, boca abajo, en llamas.

Entonces vi a Nik. Y ya era demasiado tarde.

—Sabía que se estaba muriendo —las palabras de Tristan interrumpen mis pensamientos—. Podría haberlo salvado… pero lo dejé ir. Y ahora te toca a ti.

Corro hacia él. Arma cargada o no, me da igual.

Se oye un disparo.

Me detengo. Siento como si me hubieran quitado el aire de un golpe. Pero es solo la impresión.

Tristan grita momentos después y mi cerebro se esfuerza por averiguar qué demonios está pasando.

—Eres un enfermo de mierda.

Mav.

Se acerca por detrás de mí, con la pistola aún apuntando a Tristan, que maldice y se retuerce en el suelo mientras sangra por el muslo.

Le hago un gesto con la cabeza.

—Gracias por la ayuda.

—No fue por ti —dice Maverick con una sonrisa aguda y triste a la vez—. Fue por venganza —mira a Tristan, que se retuerce en el suelo, intentando respirar a pesar del dolor—. Por intentar matarme. Y por Nik.

Me acerco y recojo mi arma del suelo, recuperándome rápido del subidón de adrenalina. Le quito el seguro y me giro hacia Tristan, acortando la distancia entre nosotros hasta quedar justo encima de suyo.

Si le doy tiempo, se desangrará. Esa bala le dio en una arteria, sin duda. Pero no le voy a dar el lujo de que se desangre lentamente. No después de todo lo que me ha quitado.

—*Pasmotri na menya, Chadovich*.

Mírame.

Sus ojos se clavan en los míos. Es una mirada que he visto muchas veces. He matado a muchos hombres en mi vida. Más de los que puedo contar. Más de los que jamás quise. Pero aquello era diferente. Eran daños colaterales. Sus muertes eran órdenes de silencio. Una ventaja. Esta es venganza.

Y él lo sabe.

La mirada en los ojos de Tristan no es solo de miedo. Es de derrota.

Por primera vez, voy a disfrutar matando a alguien.

Aprieto el gatillo y le disparo a Tristan justo en medio de la frente. Solo una vez.

No se merece nada más.

~

—¿Dónde está Amara? —le pregunto a Maverick mientras salimos corriendo del almacén.

—Con Baron. Ella y su amiga estaban afuera cuando llegamos.

—De acuerdo —acelero el paso—. Vamos.

—¡Ransome! —grita Maverick. Su tono es tan urgente que me hace voltear—. Está en trabajo de parto.

55

RANSOME

—¿Dónde está?

Me dirijo al mostrador de urgencias y exijo la atención de todos los presentes.

—¿A quién se refiere, señor? —pregunta la mujer, pero no estoy de humor para ser amable.

—Amara Parker. La trajeron aquí hace menos de una hora. Está en trabajo de parto.

—Entonces está en el sexto piso, señor. En la sala de partos —dice secamente.

No me gusta su tono, pero antes de que pueda decir nada más, Maverick me aparta bruscamente.

No hay diferencia cuando llegamos al mostrador en el sexto piso, excepto que hago muchas más preguntas.

—¿Cuánto tiempo tiene? —pregunto. De parto, no de embarazo.

—Ya había roto aguas cuando la trajeron —dice por encima del hombro la enfermera que me acompaña por el pasillo.

—¿Cuánto tiempo tenemos?

—Señor…

—Quiero al mejor obstetra que tengas en esta sala, ¿me entiendes? —le grito.

—Señor, necesito que baje la voz. Hay otros pacientes…

—Me importan una mierda los demás pacientes —gruño—. Quiero saber cómo están mi esposa y mi hijo. ¿En qué habitación está ella?

—La llevaron al quirófano, señor —explica y yo me detengo.

—¿Por qué?

—Porque estaba sangrando.

Trago saliva con dificultad.

—¿Más de lo normal?

Ella asiente.

—Estaba inconsciente cuando la trajeron. Tuvimos que practicarle una cesárea de urgencia.

Eso me afecta más que cualquier bala.

Tras recuperar el aliento, consigo preguntar: —¿Dónde está ahora?



Amara parece sin vida acostada en la cama. Las enfermeras y las máquinas intentan tranquilizarme diciéndome que está estable, pero la palidez de su rostro y el azul de sus labios me dicen lo contrario. Está conectada a tubos y tiene las manos a los costados.

Me quedo de pie frente a ella, mirándola fijamente. Con cuidado, le aparto el cabello de la oreja y, aunque su piel aún está tibia, no se siente como tocarla a ella. Se siente… vacía.

—¿Dónde está el bebé? —pregunto sin apartar la mirada de ella.

—En la unidad de cuidado intensivo neonatal —responde la enfermera.

Y después de un momento que me parte el corazón en dos… un momento que siento como una traición a Amara, a todas las promesas que nos hicimos… me dirijo a la enfermera.

—¿Puedo verlo?

Ella asiente y me acompaña hacia afuera.

Miro a Amara una vez más mientras estoy en el umbral. No quiero irme. Ya me he ido demasiadas veces.

Pero ella me diría que me fuera. Así que lo hago.



La enfermera me lleva hasta la caja transparente donde está mi hijo.

Mi hijo.

—Es él —señala, aunque en realidad no hacía falta. Reconocería al bebé que tuve con Amara en cualquier parte. Tiene su nariz respingada, sus ojos rasgados. La barbilla es mía, pero el resto es todo suyo.

Es tan pequeño. Más pequeño que casi todos los bebés de la guardería.

—¿Está bien de salud? —logro preguntar.

—Nació unas semanas antes de lo previsto —explica—. Y el parto fue traumático. La otra mujer que vino con su esposa también está siendo examinada. Por lo que entiendo, por agresión. Dijo que ella y Amara tuvieron un accidente de coche —vuelve a mirar al bebé—. Está luchando, pero se mantiene a flote.

Asiento con la cabeza una vez, intentando asimilar la información.

—¿Cuánto tiempo puedo quedarme aquí?

Normalmente, exigiría quedarme. Retaría a cualquiera a interponerse entre mi hijo y yo. Pero esta noche me ha agotado y debe haber otros bebés en esta planta, bebés que necesitan ser protegidos tanto como el mío. Sin duda, ya ha pasado el horario de visitas. Y los hospitales son muy prudentes con los protocolos.

La enfermera de la UCI neonatal mira a su alrededor. No hay nadie más en la habitación. Solo mi hijo y yo.

—Por ahora, todo el tiempo que necesite —me dice.

Y ahí me quedo. De pie a su lado como una estatua, con la mirada fija en su pequeño cuerpo. Es delgado, no regordete como uno se imagina a los bebés. Su piel también es un poco más pálida de lo normal. Ni siquiera sé si sus dedos podrían rodear mi pulgar.

Eventualmente, la enfermera me acerca una silla mientras trabaja. La habitación está en el centro del hospital, así que no tiene ventanas, lo que hace imposible saber qué hora es. Me arden los ojos de cansancio. De la emoción que me niego a mostrar. Mi hijo lucha por su vida. El amor de mi vida está en coma. No voy a ser yo quien llore.

—Ransome —la suave voz que se escucha a través de la puerta de la unidad de cuidados intensivos neonatales, casi logra hacerme quedar como un mentiroso.

—Mamá.

Me giro y la veo entrar.

—No te levantes —dice, y yo le hago caso.

Se acerca a mi lado. Mira al bebé con una pequeña y triste sonrisa.

—¿Verdad que es precioso? —ella niega con la cabeza—. Mi primer nieto, es simplemente precioso.

—Está débil —digo con voz temblorosa y mi madre casi me ataca con la mirada.

—Es un Rozanov —dice ella—. Está enfermo. Es pequeño. Pero no es débil. ¿Me entiendes?

Asiento con la cabeza.

La enfermera acerca otra silla con una leve sonrisa. Mi madre se sienta a mi lado. Durante un largo rato, ambos permanecemos en silencio mientras observamos al bebé.

Cuando Mamá vuelve a hablar, su voz es firme y serena, como siempre.

—¿Tienes idea de lo difícil que es ser padre? —pregunta.

—Creo que me estoy haciendo una idea —respondo.

—Y en la Bratva es aún más difícil.

—¿Qué no lo es? —murmuro.

—Se sufre muchísimo —continúa—. Es como si viviéramos en otro mundo. Un mundo que nadie conoce y que nadie podría imaginar ni aunque lo intentara. Y es extraño, ¿verdad? Por un lado, vivimos en el lujo. Nunca nos falta de nada. Y por otro, dormimos con un ojo abierto. Sin saber quién nos acecha, pero sabiendo que hay alguien ahí. Sin saber cuándo perderemos a alguien que amamos, pero sabiendo que es un *cuándo,* no un *si*. No hay forma de evitarlo.

Sé que está hablando de Nik. Me dan ganas de llorar, pero me contengo. Si mi madre pudo superar la muerte de su hijo y ver a su nieto así, yo también puedo contener las lágrimas.

—Serás un buen padre —me dice. Vuelvo a tragar saliva.

—Siento que ya la he cagado —digo.

—¿Oyes eso? —pregunta—. Es su corazón. Es fuerte. Está vivo. Ya eres un buen padre. ¿Está viva Amara?

—Apenas —digo—. Pero sí.

—Entonces también eres un buen marido.

Casi sonrío.

—Todavía no estamos casados.

—Hago hincapié en todavía —dice con una sonrisa burlona.

—Sabes, no creo que Papá esté de acuerdo con lo que dices —le digo—. Tenía los nudillos blancos cuando me cedió el poder.

—Tu padre nunca te vio como un *pakhan* porque eres todo corazón. Y ese corazón es lo que te ayudará a superar todo esto. Es lo que te ayudará a guiar a nuestra familia como debemos ser guiados.

—Me preocupa que esa parte de mí ya esté muerta —digo—. Que haya muerto con Nik.

Pero mi mamá niega con la cabeza.

—Se hizo más fuerte cuando murió, hijo. Lo sientas o no, te hiciste más fuerte cuando murió.

No me gusta eso para nada. Y sin embargo, es cierto. Perder a Nik me endureció. Me hizo madurar en aspectos que jamás imaginé que podría hacerlo. Me volvió más incisivo, de maneras que me habrían horrorizado cuando era más joven.

Pero ya no soy un niño. Ahora soy un hombre. Y aunque nada podrá llenar jamás el vacío que se abrió en mi corazón el día que murió mi hermano, se lo debo todo a él. Todo lo que soy hoy es gracias a él.

Y a alguien más.

Me levanto.

—¿Podrías…?

—Yo me quedaré con el bebé —dice, como si me leyera el pensamiento—. Tú ve a ver a Amara.

—Gracias, Mamá.

Le doy un beso en la coronilla y me marcho.

Amara luce exactamente igual que cuando llegué. Aunque hay un sofá contra la pared donde seguramente muchos futuros padres han dormido, acerco una silla a la cama. Luego, tomo su mano inerte entre las mías, con cuidado de no mover la vía intravenosa.

—No puedes dejarme —susurro tras un largo silencio—. Creía que jamás me libraría de ti. Pero ahora… —mi voz se suaviza un poco y me doy cuenta de que no puedo esconderme tras el sarcasmo. No ahora—. Tienes que aguantar, *dorogoya.* No puedo hacer esto sin ti. Ahora eres una Rozanov. Incluso sin anillo, papeles ni nada. Eres Rozanov y eres mía. Yo… —trago saliva con dificultad—. Te necesito. Él te necesita. Así que tienes que aguantar.

Me quedo a su lado un rato, pero al final me arden los ojos, no solo por las lágrimas, sino también por la necesidad de dormir.

—El sofá de la esquina es más cómodo de lo que parece —dice la enfermera, porque de alguna manera siempre pueden leer la mente.

Aunque acurrucarme en un sofá duro y fabricado en serie no va conmigo, estoy demasiado cansado para que me importe. Así que acepto su invitación.

A los pocos instantes de acostarme, cierro los ojos.

Lo que parecen instantes después, pero que probablemente sean horas, mis ojos se vuelve a abrir.

Oigo el arrullo de un bebé.

Sonidos suaves y una voz aún más suave.

Me incorporo con dificultad, haciendo una mueca de dolor por la curvatura de mi cuello y entrecierro los ojos para enfocar.

Parece un sueño, pero no lo es.

Amara está despierta. Y no solo eso, sino que está sentada erguida. Y está amamantando a un bebé.

Nuestro bebé.

56

RANSOME

—¡Vaya, mira quién ha despertado!

Amara me sonríe y juro por Dios que debo estar muerto. Porque esto no puede ser real. Después de todo lo que pasó, verla sentada en la cama, con el color de vuelta en sus mejillas y una sonrisa en su hermoso rostro, me convence por completo de que es un ángel.

En cualquier caso, no me equivoco.

—Podría decirte lo mismo.

Corro a su lado. El pequeño bebé, envuelto en una manta azul. Su madre. Todo el hielo que sentía en mi corazón se derrite al verlo.

—Es tan pequeñito —digo. Porque incluso sin los tubos y todo lo demás, realmente parece diminuto.

—Lo es —dice ella sonriendo—. Pero es fuerte.

—Y está hambriento —observo.

Amara se ríe.

—Sí, así es. Con un poco de suerte, recuperará el tiempo perdido.

Me siento en la silla junto a la cama y me inclino hacia ellos. Es una imagen preciosa: Amara y nuestro bebé. Tan compenetrados, incluso después de todo.

La mirada escéptica de Amara me recorre.

—Tienes un aspecto terrible.

Me río. Me río de verdad.

—Sí, bueno, ha sido una noche difícil.

—Un par de noches —dice—. Al parecer, ambos dormimos más de doce horas.

Trago saliva con dificultad, pero esta vez no puedo contener la emoción.

—No sabía si ibas a despertar.

—Yo tampoco —admite con la voz quebrada por la emoción. Luego baja la mirada hacia el bebé—. Pero todo el tiempo soñe con él. Lo tenía en brazos, le daba de comer, lo bañaba, lo mecía y sabía que tenía que estar bien. Porque él me necesita.

—Yo te necesito —admito.

Ella me mira de nuevo. Sus ojos están brillantes, rojos por el cansancio y el llanto.

—Y yo te necesito a ti.

Se produce un momento de silencio. Lo dejamos pasar, sintiendo el calor del otro, disfrutando de la presencia de nuestro hijo.

Me aclaro la garganta.

—¿Electra está bien ?

—Sí. —Amara parece sorprendida por mi pregunta—. Se fue a casa anoche. Le envié un mensaje cuando me desperté. No quería dejarla afuera otros seis meses, ¿sabes?

—Sí —sonrío y le acaricio la cabecita al bebé—. Mav y Baron también me han estado bombardeando. Pero como este pequeño va a estar en la UCI neonatal un tiempo, no podemos tener más visitas por ahora. Lo cual me parece bien. Estoy harto de la gente.

Amara sonríe y luego la sonrisa se desvanece.

—¿Qué pasó? —pregunta.

—Ya no tienes que preocuparte por él.

No necesito decir quién. Los ojos de Amara se abren de par en par al darse cuenta.

—¿Estás seguro? Es un canalla astuto.

—Le disparé en la cabeza.

—Ah. Bueno, con eso bastara.

Extiendo la mano y la tomo entre las mías.

—Lo digo en serio, Amara. Ya no tienes que preocuparte por nada. Las cosas van a ser diferentes ahora.

—¿No más Bratva? —pregunta y ambos sabemos que es una broma.

—No más preocupaciones. Se acabaron los Chadovich merodeando por todas partes. Con Tristan fuera, no tienen *pakhan*. Y si tuviera que adivinar, diría que Yury y Daniil están demasiado asustados para dar un paso al frente. Todo va a estar mucho más tranquilo.

—Me gusta que sea más tranquilo —dice ella.

—Excepto cuando se trata de nosotros —le digo—. Se acabaron los escondites. Se acabaron las apariencias. Eres mía y el mundo lo va a saber. De ahora en adelante, somos tú, mi heredero y yo.

—Bueno, eso suena increíble —dice—. Pero *nuestro* heredero va a necesitar un nombre.

—¿Qué tal Lorenzo? —pregunto, pero ella arruga la nariz.

—No. Nada de nombres italianos. ¿Qué tal Aleksandr? —pregunta, pero esta vez yo niego con la cabeza.

—No. Tampoco nombres rusos. La tradición es buena, pero algunas cosas tienen que terminar.

Amara mira al bebé y le acaricia suavemente el cabello rubio claro. Luego sonríe.

—Nicholas —dice.

—Nicholas —repito en voz baja.

—Podemos llamarlo Nicky de cariño —añade—. A menos que no te guste.

—No —digo y siento un nudo en la garganta mayor del que pensaba —. No lo odio en absoluto. De hecho, me parece perfecto.

—Bien —le da un beso en la cabecita—. Porque lo amo.

—Y yo te amo a ti —le acaricio el rostro con la mano—. Más que a nada.

—Yo también te amo, Ransome.

Ambos nos inclinamos con cuidado para besar a Nicholas. Un beso que por fin nos hace sentir que el mundo está en orden. Tengo a mi chica y a mi hijo, y todos los que se interponían en nuestro camino se han ido.

Y por primera vez, también me siento libre del dolor por la muerte de Nik.

En el mundo de la Bratva, no muchas cosas se sienten genuinas o seguras. Pero teniéndolo todo en mis manos, puedo convertirlo en lo que yo quiera.

Las palabras de mi mamá se me quedan grabadas en la cabeza.

"Tu corazón te ayudará a guiar a nuestra familia como debemos ser guiados."

Puedo liderarlos. Puedo liderarnos a todos.

Y no hay nada que pueda interponerse en nuestro camino.



Epílogo Extendido: Amara Un Año Después

¡No te pierdas el epílogo extendido haciendo clic aquí!
